

GEORGE DU MAURIER

Trilby



Lectulandia

Trilby causó auténtica conmoción cuando se publicó en 1894, generando una verdadera «Trilbymanía» a ambos lados del Atlántico. Considerada el primer *best-seller* de la era moderna, es sin duda la gran novela de culto victoriana. El propio Du Maurier escribiría: «Desde el momento en que se me ocurrió el nombre de Trilby comprendí su capital importancia. Debí de sentirme tan feliz como Thackeray cuando se le apareció el título *Vanity Fair*».

En este libro se nos narra en ella la historia de la ingenua, bellísima y algo ligera de cascos Trilby O'Ferrall, modistilla y musa al mismo tiempo de unos bohemios pintores ingleses del legendario París de mediados del siglo XIX, que, al ser hipnotizada por el malvado músico Svengali, se convierte en la mejor cantante lírica del mundo, rompiendo los corazones de media Europa.

Du Maurier le había ofrecido el argumento de esta novela a su amigo Henry James, que no pudo evitar los celos cuando constató con estupor cómo su colega cosechaba con esta novela un fantástico éxito de crítica y de ventas.

La obra, con las ilustraciones del propio autor, uno de los mejores dibujantes satíricos del siglo XIX, y traducida por primera vez íntegramente al español, hallará sin duda el eco que se merece entre los lectores amantes de la literatura intemporal.

«Aquella noche Little Billee se despertó después de un corto e inquieto sueño y se encontró acorralado nuevamente por la marea de su pasión. Comprendía que amaba a Trilby de una manera desesperada, loca, pecadora e irremediable. Se daba cuenta de que podía haber sido suya y de que ahora pertenecía a otro hombre...».

Lectulandia

George Du Maurier

Trilby

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2017

Título original: *Trilby*

George Du Maurier, 1894

Traducción: Max Lacruz Bassols

Ilustraciones: George Du Maurier

Motivo de la cubierta: John Singer Sargent, *Lady Agnew of Lochnaw*. National Gallery of Scotland, Edimburgo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



«¡Era Trilby!»

*«Hélas, je sais un chant d'amour
Triste et gai, tour à tour!»*

(Conozco, ay, una canción de amor,
¡triste y divertida, divertida y triste!)

Primera Parte

*Mimi Pinson est une blonde
Une blonde que l'on connaît;
n'a qu'une robe au monde,
Landéirette! Et qu'un bonnet!*^[1]

Era un hermoso día de abril en el que el sol se alternaba con los chaparrones.

La gran ventana del estudio dejaba entrar por el montante abierto una agradable brisa del noroeste. Por fin iban las cosas poniéndose en su sitio. Un piano de media cola había llegado de Inglaterra en «pequeña velocidad», como llaman a los trenes de mercancías los franceses, y ya estaba recién afinado, junto a la pared de poniente. En el muro contiguo colgaba una panoplia con floretes, caretas y guantes de boxeo.

Un trapecio, una maroma con nudos y dos cuerdas paralelas aparecían colgadas de una inmensa viga del techo. Las paredes estaban pintadas con ese habitual rojo mate que se emplea en los estudios. Sobre ellas resaltaban los modelos en yeso de brazos, piernas, manos y pies; además de la máscara de Dante, el alto relieve de Leda y el cisne de Miguel Ángel, y un centauro.

También se veían estudios de desnudos al óleo: copias de Tiziano, Rembrandt, Velázquez, Rubens, Tintoretto... Pero ninguna de la escuela de Botticelli, Mantegna y compañía, firmas aún desconocidas por el público.

A gran altura, y a lo largo de las paredes, había una estantería bastante ancha sobre la que descansaban otros vaciados en yeso, arcilla e imitación de bronce: un pequeño Teseo, una pequeña Venus de Milo, un pequeño Discóbolo; un hombrecito desollado amenazando al cielo (gesto casi disculpable dada su situación), un *León con jabalí de Barye*; una figura anatómica de un caballo despojado de tres patas y de las dos orejas; una cabeza de caballo, también sin orejas, del dintel del Partenón, y el busto de Clytia con su hermosa frente inclinada, su dulce y pálida mirada y aquel inefable movimiento hacia adelante de los hombros que hace de su pecho un nido, un lugar de descanso, una almohada, un refugio, como la imagen de algo que debiera ser amado y buscado siempre; algo digno de que los hombres trabajen y luchen por conseguirlo, generación tras generación.

Cerca de la estufa aparecían colgados una parrilla, una sartén, un tenedor de tostar y un fuelle. En un armario de rinconera con puertas de cristal, situado también junto a la estufa, se veían platos, vasos, cuchillos de mango negro, cucharas de estaño y tenedores de acero de tres puntas; una ensaladera, unas vinagreras, una botella de aceite, dos tarros de mostaza (inglesa y francesa) y otras cosas por el estilo, todo ello limpio como los chorros del oro. En el suelo, que había sido oscurecido y encerado a todo lujo, se podían contemplar dos pieles de pantera y una hermosa alfombra persa de las llamadas de oración. Una de las mitades de la alfombra (la que caía precisamente debajo del trapecio, más allá de la tarima de los modelos y al extremo

opuesto de la ventana) estaba cubierta con una estera ordinaria, de forma que se pudiera practicar esgrima o boxeo sin resbalar uno o romperse la crisma en caso de caída.

Otras dos ventanas de estilo francés con contraventanas y espesas cortinas de bayeta verde se abrían hacia el este y el oeste para dejar entrar la aurora o el ocaso, o quizá para impedirlo. También había en el estudio refundidos, nichos, encrucijadas, caprichosos escondrijos y diversos rincones para ir llenando con infinitos trastos de uso, bibelots, objetos personales, regalos y adquisiciones... Todas esas cosas que forman un ambiente simpático y acogedor, grato de recordar y que provoca dulce añoranza pasados los años.

Un inmenso diván se extendía largo, espacioso y deliciosamente mullido debajo de la ventana norte, la ventana del trabajo. Se trataba de un diván tan inmenso, que tres ingleses robustos y bien nutridos podían tumbarse a la vez a fumar sus pipas sin estorbarse, cosa que allí sucedía con mucha frecuencia.

Uno de ellos —del condado de York por cierto— llamado Taffy (y también «hombre de sangre azul» por suponersele un lejano parentesco con cierto título nobiliario) se encontraba ocupado en aquel momento en más enérgicos menesteres. En mangas de camisa, y con los brazos desnudos, ejecutaba molinetes sobre su cabeza con dos bolos de gimnasia; estaba congestionado y sudaba copiosamente, todo ello con aspecto fiero. Se trataba de un muchacho grandote, rubio, con los ojos bondadosos aunque coléricos, y los músculos de sus membrudos brazos eran duros como barras de hierro.

Durante tres meses fue oficial de Su Majestad. Había hecho toda la campaña de Crimea y hubiera sido uno de los famosos seiscientos de la célebre carga de Balaclava de no haberse torcido un tobillo jugando a pídola^[2] en las trincheras, razón que le retuvo en cama en el transcurso de tan memorable jornada. Así perdió la ocasión de optar entre la gloria y la tumba, quedando tan asqueado de la vida militar por aquel humillante tropiezo que no volvió a levantar cabeza. Entonces, sintiendo en su interior una vocación irresistible por el arte, vendió su cargo y se fue a París, donde se encontraba trabajando con todo su ahínco, como puede apreciarse.



Taffy, alias Talbot Winne

Era un guapo mozo de facciones correctas, aunque siento decir que, además de

sus poblados mostachos de zapador, poseía unas inmensas patillas de un rubio rojizo, a las que se llamaba por entonces «plañideras de Piccadilly» y que Mr. Sothern puso de moda luego con su personaje de lord Dundreary.

Las patillas estaban de moda por entonces entre los miembros de nuestra dorada juventud que disponían de tiempo... y de pelo. Cuanto mayores y más rubias eran las patillas, más guapo era el muchacho. Parece increíble en estos tiempos actuales en que los de la brigada de Su Majestad van con la cara rasurada como si fueran clérigos o actores.

«*What's become of all the gold
Used to hang and brush their bosoms...?*»^[3]

Otro íntimo de aquella feliz mansión, Sandy, «el Laird» (el propietario, en escocés) de Cockpen, como le llamaban, estaba sentado, con el mismo sobrio atavío, delante de su caballete, pintando con gran verismo un cuadro en el que un torero daba una serenata en pleno día a una dama de alto copete. Nunca había estado en España, pero tenía un traje de luces completo, una ganga que había comprado por cuatro perras en el boulevard du Temple (la guitarra era alquilada). Tenía la pipa en la boca, pero hacia abajo, porque se había apagado volcando la ceniza sobre sus pantalones que, de esta manera, solía llenar de agujeritos.

Espontáneamente, y con su acento escocés, comenzó a declamar la *Balada de la Bouillabaisse*:

«*A street there is in Paris famous
For which no rhyme our language yields;
Rue Neuve des Petits Champs its name is—
The New Street of the Little Fields...*»^[4]



El «Laird» de Cockpen

Luego, con genuina admiración por la inmortal estrofa, se echó a reír con una cara tan alegre y jovial que daba gusto verle.

También él había cambiado de rumbo. Sus progenitores (gente buena y piadosa de Dundee) hubieran querido que fuese abogado como su padre y su abuelo; sin embargo, allí estaba, en el famoso París, pintando toreros y declamando la *Balada de*

la Bouillabaisse, que seguiría recitando con la más pura alegría de su corazón, y con mucha más frecuencia que sus oraciones.

De rodillas en el diván, con un codo apoyado en la ventana, estaba un tercer muchacho, mucho más joven que los otros. Era «Little Billee». Había bajado la cortina de bayeta verde y contemplaba desde arriba los tejados y chimeneas de París con mucha atención mientras se tomaba un panecillo y una salchicha con un fuerte condimento de ajo. Comía con fruición porque tenía hambre; se había pasado toda la mañana en el estudio de Carrel dibujando del natural.

Billee, Little Billee para sus amigos, era bajito y delgado, y aparentaba veinte o veintidós años. Tenía una frente lisa y ancha y de una blancura que dejaba transparentarse las venas azules. Los ojos eran de un azul muy oscuro, las facciones delicadas y finas, y el pelo negrísimo. De figura graciosa y bien formado, de pies y manos pequeños y mucho mejor vestido que sus amigos —que en eso se proponían aventajar a los habitantes del Quartier Latin y lo conseguían—, Billee ostentaba en su simpática y hermosa fisonomía un levísimo rastro de un posible y remoto antepasado judío; no era más que un leve vestigio de esa sangre fuerte, robusta, vigorosa, indomable e imborrable que adquiere un inmenso valor cuando aparece diluida en dosis homeopáticas, a la manera de ese vino blanco seco español llamado Montijo, que no se puede tomar puro, aunque le resulta imprescindible al Jerez, ya que sin una mezcla prudencial no puede pasearse por el mundo sin perder su aroma; o como la famosa raza canina *bulldog*, nada bella en verdad, aunque si un galgo no posee unas gotas de aquella estirpe, puede perder la esperanza de conseguir ser un campeón. Por lo menos así me lo han dicho comerciantes de vinos y aficionados a los perros, que son las personas más veraces del mundo. Afortunadamente para el mundo, y especialmente para nosotros, casi todos llevamos unas gotas de ese precioso fluido aunque no lo sepamos. *Taint pis pour les autres!*^[5]

Mientras Billee engullía, contemplaba a sus pies la bulliciosa place St. Anatole des Arts y veía las casas viejas de enfrente, algunas de las cuales estaban siendo derribadas sin duda para que no se cayesen por propia y graciosa voluntad. En los huecos que quedaban, se veían viejas paredes descoloridas, agrietadas y sucias, con balcones misteriosos y viejas barandillas de hierro de gran vetustez. Aquel cuadro le hacía soñar con la vieja Francia medieval, con sus amores, perversidades y crímenes. ¡Legendarios misterios de París!



El tercero era Little Billee

Un hueco entre dos manzanas de casas le ofrecía un atisbo del río, de la *cit *, y de la antigua y siniestra Morgue; un poco más a la derecha se levantaban sobre el cielo empedrado de abril las torres de Notre Dame. Con un poco de imaginación se podría creer que todos los tejados de París estaban delante de sus ojos, y él los contemplaba con un afán de novedad, un interés y un placer que no hubiera podido expresar con palabras.

 Par s!  Par s!...  ;París!!

Este solo nombre había sido siempre para él un conjuro; aunque no fuese más que el mero sonido pronunciado por unos labios o una palabra mágica escrita o impresa en un papel. Y he aquí que lo tenía delante de él, y él mismo, *ipsissimus*, estaba plantado en pleno corazón de la gran ciudad para vivir all  y aprender all  todo el tiempo que quisiera y convertirse en el gran artista que ansiaba llegar a ser.

Cuando acabo de comer, encendió una pipa y se tumb  en el diván lanzando un suspiro profundo, expresión de la plenitud de su corazón.

Nunca se había sentido tan feliz como entonces, ni so n  siquiera tan gran felicidad a pesar de que su vida había sido por completo dichosa. Billee era joven e ingenuo; nunca pis  un colegio ni sabía nada del mundo y sus maldades; desconocía el francés e ignoraba las costumbres de París y del Quartier Latin. Le habían educado en su casa, y su infancia transcurrió en Londres con su madre y su hermana, que ahora vivían con relativa modestia en Devonshire. Su padre, ya difunto, había sido empleado del Tesoro.

 l y sus amigos, Taffy y Laird, habían alquilado el estudio entre los tres. Laird dormía en un cuarto que daba al estudio, Taffy tenía una habitación en el H tel de la Seine, en la calle del mismo nombre, y Little Billee se hospedaba en el H tel Corneille, que estaba en la place de l'Od on.

Billee pensaba, al contemplar a sus compañeros, que era una gran suerte la suya de tener dos amigos tan encantadores.

Todo lo que sus compañeros hacían, todo cuanto decían, era perfecto para él. Eran sus rectores y maestros de filosofía, a la par que sus camaradas. Por otra parte, Taffy y Laird querían con toda su alma al muchacho.

La fe absoluta con que Little Billee acogía todos sus dichos y hechos, les emocionaba tanto más cuanto que se daban cuenta de que era mucho mayor de la que merecían. Su pureza de espíritu tan virginal les divertía y encantaba, y hacían todo lo posible para preservarla, aun en el Quartier Latin, donde la pureza suele pervertirse a poco que permanezcas en él algún tiempo.

Le querían por su temperamento afectuoso y sus maneras vivas y cariñosas, y le admiraban mucho más de lo que él se figuraba. Reconocían en él una gran rapidez, una agudeza y una delicadeza de percepción en materias de forma y color, una misteriosa y feliz facilidad de ejecución; un sentido de todo lo bueno y dulce de la naturaleza, y una capacidad para poder siempre expresarlo, que no habían recibido ellos, y que, según se confesaban mutuamente sin escatimarle nada, alcanzaba la

altura de la genialidad.

Cuando alguien en el círculo inmediato e íntimo que nos rodea posee un don excepcional, le amamos o le aborrecemos por ello en relación con la grandeza de su don y según la manera de ser de cada uno.

Así pues, Taffy y Laird querían a Billee de verdad. No es que Billee no tuviera sus defectos. Por ejemplo, no se interesaba mucho por los cuadros de los demás, no parecía que le gustase el torero guitarrista de Laird ni la dama de la serenata (nunca decía nada de ellos ni para criticarlos ni para admirarlos). Contemplaba en silencio las estampas realistas de Taffy (pues Taffy era un realista), y el silencio que guardaba en tales ocasiones podía haber resultado piedra de toque para una auténtica amistad.

Aunque quizás para contrarrestar esto, cuando iban los tres juntos al Louvre, parecía que tampoco se mostraba muy interesado por Tiziano, Rembrandt, Velázquez, Rubens, Veronés o Leonardo.

Miraba en cambio a las personas que contemplaban los cuadros, en lugar de mirar a los propios cuadros. Le gustaba especialmente la gente que los copiaba; algunas veces las copistas eran encantadoras muchachas que le parecían aún mucho más bonitas de lo que realmente eran. Solía asomarse frecuentemente a los ventanales del Louvre desde donde se ve una gran parte de París, de ese París del que nunca se hartaba.

Luego, saturados de belleza clásica, los tres se iban a comer juntos, y Taffy y Laird decían cosas maravillosas sobre los viejos maestros, y debatían mientras Billee escuchaba con silenciosa y deferente atención, aprobando con reverencia todo lo que decían. Después hacía unos deliciosos apuntes a pluma de sus dos amigos, mientras hablaban de esas cosas tan sublimes. Apuntes graciosamente logrados, que mandaba a su madre y a su hermana. Eran tan reales y atinados, que casi se podían oír las cosas tan hermosas que sus amigos decían; estaban tan bien dibujados, que los viejos maestros no los hubiesen hecho mejor, y eran tan irresistiblemente cómicos, que se comprendía que los viejos maestros no hubieran podido hacerlos igual, como tampoco Milton hubiera podido describir la pelea entre Sairey Gamp y Betsy Prig. Es decir, nadie los hubiera hecho como los hacía Little Billee.



It did one good to look at him

Little Billee tomó la *Balada de la Bouillabaisse* en la estrofa en que la dejó Laird, mientras pensaba en su porvenir y el de sus amigos cuando llegasen a la cuarentena, momento que le parecía inconcebiblemente remoto. Esta meditación fue interrumpida por fuertes golpes en la puerta seguidos de la entrada de dos hombres.

El primero, un individuo alto y seco, de unos cuarenta años de edad, que parecía judío, tenía hermosas facciones y un aspecto siniestro. Su traje era viejo y desaliñado, y llevaba una boina francesa roja y una capa de terciopelo negro con un gran broche de metal en el cuello. Su espeso pelo negro, mate, duro y mortecino, le caía por detrás de las orejas y sobre los hombros, al estilo bohemio, que tan odioso es para el inglés normal. Tenía unos ojos negros, audaces y brillantes, con párpados largos y pesados; un rostro enjuto y descolorido, y una barba de color de chamusquina que le nacía casi debajo de los párpados. Sobre ella le caían los bigotes en dos largas y retorcidas espirales. Se hacía llamar Svengali, y hablaba con cierta soltura un francés con fuerte acento alemán, esmaltado con graciosos giros y modismos germánicos; su voz era fina, baja y áspera, y tendía a quebrarse en ocasiones en un desagradable falsete.

Su compañero parecía húngaro: era un muchacho bajo y moreno, muy picado de viruelas y también bastante harapiento. Tenía ojos castaños, grandes, suaves y muy cariñosos, como los de un perro. Sus manos eran nerviosas, pequeñas y de abultadas venas, con las uñas comidas hasta el límite de lo posible, y llevaba un violín sin estuche y el correspondiente arco debajo del brazo, como si hubiera estado tocando en la calle.

—Buenos días, hijos míos —dijo Svengali—. Os *trraigo* a mi amigo Gecko, que toca el violín como un ángel.

Billee, a quien le encantaban todos los músicos, hasta los de las charangas, saltó del sofá y recibió a Gecko con toda la efusiva amabilidad que le permitía su incipiente francés.



Entre los grandes maestros

—¡Ah, el piano! —exclamó Svengali tirando sobre el instrumento su boina roja, y dejando caer al suelo su capa—. Supongo que *serrá* bueno y que *estarrá* afinado. — Dicho lo cual, sentándose en el taburete, tocó unas escalas con ese fácil dominio y esa dulce y clara firmeza de ejecución que revelan a un maestro.

Luego empezó a tocar el *Impromptu en la bemol* de Chopin tan maravillosamente que Billee creyó que el corazón se le rompía de entusiasmo y emoción contenidos. Nunca había oído nada de Chopin; sólo conocía la sencilla música de su provincia — melodías con variaciones, *Annie Laurie*, *La última rosa del verano*, *Las campanas azules de Escocia*—, en fin, ingenuas y familiares melodías compuestas para amenizar las tertulias y para facilitar la conversación a las personas tímidas, que se asustan del sonido de su propia voz y cuya animada charla cesa siempre al mismo tiempo que la música.

Billee no olvidó nunca aquel *Impromptu*, que habría de volver a oír en alguna otra ocasión a lo largo de su vida, en extrañas circunstancias.

Después Svengali y Gecko tocaron juntos primorosamente pequeños fragmentos que a veces sólo eran algunos compases, pero ¡qué belleza y qué expresión en aquellos compases! Fragmentos, ráfagas, pequeñas melodías hechas para captar y atraer en el momento o para enternecer, entristecer o enloquecer por un instante, cortadas sabiamente: *czardas*, danzas zíngaras, canciones de amor húngaras, motivos

que hacia el año cincuenta eran poco conocidos fuera de la Europa oriental. Laird y Taffy se mostraban casi tan locos de entusiasmo como el propio Billee; un entusiasmo silencioso, demasiado profundo para poder expresarse. Cuando los dos grandes artistas interrumpieron su música para fumar, los tres ingleses estaban demasiado emocionados para imitarlos y se produjo un silencio...

De repente, se oyó llamar con los nudillos en la puerta de la escalera. Luego, una voz de volumen extraordinario y que podía pertenecer a cualquier sexo (incluso al de un ángel) emitió el clásico pregón de los lecheros ingleses: «¡Abajo está la leche!». Antes de que nadie pudiera decir «¡Adelante!», apareció una extraña figura, enmarcada en el oscuro fondo de la pequeña antesala.

Se trataba de una muchacha alta y bien desarrollada, cubierta con un gabán gris, como los que usa la infantería francesa. Por debajo, asomaba una falda corta rayada, que dejaba al aire unos blancos tobillos desnudos y unos talones rosados, finos y suaves como el filo de una navaja de afeitar. Sus pies se perdían en un par de enormes zapatillas de hombre, lo cual hacía que los arrastrara al andar.

Su porte era suelto y naturalmente gracioso, como el de una persona que tiene los nervios y los músculos bien armonizados y un humor alegre y sano, y que, acostumbrada a la atmósfera de los estudios franceses, se encuentra en ellos como en su propia casa.

Aquella original indumentaria estaba coronada por una cabeza pequeña y descubierta, de pelo castaño, espeso y ondulado, recortado en melena. La cara reflejaba salud y juventud, y no parecía hermosa a primera vista, pues tenía los ojos demasiado separados, la boca excesivamente grande, algo maciza, la barbilla y el cutis invadido por las pecas. Pero nunca se puede decir todo lo hermosa o lo fea que es una persona hasta que se ha tratado de dibujarla.

Parte del cuello, cerca ya de la clavícula, que se acertaba a ver entre las desabrochadas solapas del levitón, era de una blancura de jazmín. Una blancura que no se encuentra en ningún cuello francés, y sólo en muy pocos ingleses. También poseía una frente espléndida, ancha y baja, con cejas espesas y rectas, mucho más oscuras que el pelo. El puente de la nariz era alto y ancho, y las mejillas bien proporcionadas y delineadas. Podría haber sido un magnífico muchacho.

Cuando aquella criatura paseó la mirada a su alrededor para observar a todos los presentes, sus dientes grandes y blancos dibujaron una amplia sonrisa de imponderable e irresistible dulzura, llena de candor y amistosa confianza. Se advertía a simple vista que era extraordinariamente inteligente, sencilla, alegre, honrada, valiente, buena y acostumbrada a ser bien recibida en todas partes. De pronto, volviéndose, cerró la puerta a sus espaldas y, dejando de sonreír, adoptó una expresión de bondad y tristeza con la cabeza inclinada hacia un lado y los brazos en jarras.

—Son todos ingleses, ¿no? —preguntó—. Oí la música y me dieron ganas de entrar un rato. ¿Les importa? Me llamo Trilby, Trilby O’Ferrall.

Dijo esto en inglés, con acento escocés y algunas entonaciones francesas, y con una voz tan pastosa, profunda y llena, que hacía pensar casi en un incipiente *tenore robusto*. Al conocer a esta muchacha uno pensaba instintivamente: «¡Qué lástima que no sea un chico; hubiera sido un muchacho guapísimo!».

—Al contrario, estamos encantados —contestó Billee, solícito, ofreciéndole una silla.

Pero Trilby, sentándose con las piernas cruzadas en la tarima reservada a los modelos, al lado del piano, dijo:

—Hagan como si no estuviera; sigan con la música.



«Bondad y tristeza»

Mientras ellos la observaban curiosos y algo perplejos, ella sacó su almuerzo, que traía envuelto en un papel, del bolsillo del chaquetón y exclamó:

—Si no les importa, voy a comer; soy modelo y ahora me toca descansar, pues son las doce. Estoy posando para Durien, el escultor del piso de arriba. Poso para desnudos.

—¿Desnudos? —preguntó Billee.

—Sí, desnudos, ya saben: cabeza, manos y pies, todo... Especialmente los pies. Éste es mi pie —exclamó sacudiéndose una zapatilla y alargando una pierna—. El pie más bonito de París. En todo París no encontrarán otro igual, y aquí está —y riéndose alegremente, cual claro tintineo de campanas, presentó el otro.

Y en verdad que tenía unos pies extraordinariamente hermosos, como los que se ven en las estatuas y en las pinturas, cuyas formas claramente despertaban la

inspiración, y tallados con líneas largas y delicadas, de curvas sutilmente suaves, de noble dibujo y salpicados de pequeños hoyuelos modelados en el candor de una carne blanca y rosada.

Little Billee, que gozaba de un golpe de vista estético rápido y observador, y que sabía, inspirado por la gracia de Dios, cómo ha de ser un buen pie (aunque tan raramente lo sea) incluso en sus mínimos detalles de forma, tamaño y color, perteneciese a hombre, mujer o niño, quedó asombrado de que unos pies de carne viva y desnuda pudieran ser algo tan maravillosamente hermoso. Y, en ese mismo instante, comprendió que aquel pedestal prestaba una venerable y olímpica dignidad a su figura, que en aquel momento aparecía casi grotesca ante sus ojos, ataviada con un chaquetón y una falda femenina y... ¡nada más!

¡Pobre Trilby!

Moldes de aquellos pies, unos pies que no eran ni grandes ni pequeños, que eran unos pies encantadores, esbeltos, reproducidos en yeso pálido y empolvado, sobreviven hoy en muchos estantes y aparadores de muchos estudios repartidos por todo el mundo; y muchos escultores que todavía no han nacido se maravillarán en el futuro de su extraña perfección, y serán seguras víctimas de una desesperada fiebre por reproducirlos.

Cuando la Dama Naturaleza se propone hacer bien una cosa, prodigando toda su minuciosa atención en sus más nimios detalles —lo que, dicho sea de paso, sucede de Pascuas a Ramos—, obliga a que el mísero arte humano que pretenda imitarla se convierta en un arduo trabajo.

Es cosa singular que el pie del hombre —lo mismo que la mano, extremidad ésta con la que estamos si cabe más familiarizados, y acaso aún en mayor medida—, resulta rara vez hermoso en los adultos civilizados que transitan por el mundo con él embutido en botas y zapatos de cuero. Esa fealdad del pie motiva que prefiramos llevar estas partes del cuerpo vergonzosamente ocultas, como cosa que hay que esconder y olvidar. A veces los pies de las mujeres son verdaderamente espantosos, y son lo más antiestético que puede encontrarse en los individuos más bellos, más distinguidos y más perfectos de su sexo. Su fealdad, en ocasiones, es tal que hiela y mata todo romanticismo, haciendo añicos el tierno sueño del amor y amenazando, incluso, con partir el corazón del joven amante.

Y todo por la insistencia en usar un tacón alto y una punta de zapato ridículamente fina. ¡Mediocre espectáculo, por cierto!

Por tanto, cuando la Madre Naturaleza se ha tomado tan especiales trabajos en construir un buen pie y cuando el cuidado del mismo, debido a una feliz coincidencia, lo ha mantenido convenientemente libre de lamentables deformaciones, durezas y decoloraciones —toda esa horrible abominación engendrada por la bota, que tan impopular le ha hecho—, la inesperada visión de un soberbio pie desnudo como el de Trilby, se convierte en sorpresa singularmente agradable para los ojos que saben mirar.

El pie posee, más que ninguna otra parte del cuerpo humano, incluso un rostro de divinos rasgos, el poder de evocar del modo más sutil cosas tales como la más alta distinción física, una feliz herencia evolutiva, o la constatación de una noble supremacía. Sugiere el poder del hombre sobre la bestia, el poderío del hombre sobre el propio hombre, y, sobre todo, el poderío de la mujer sobre sus congéneres.

¡En fin, perdonen tal derroche de elocuencia sobre los efectos que sobre una persona pueden ocasionar unas simples botas!

Trilby había sido consciente siempre de aquel regalo especial que le había hecho la Naturaleza, y por esta razón nunca en su vida había usado una bota o un zapato de cuero, dispensando siempre a sus pies los mismos cuidados que le otorgaría la dama más refinada a sus manos. Era ésta su única coquetería, su exclusiva vanidad.

Gecko, con el violín en una mano y el arco en la otra, la contemplaba con la boca abierta, en un pasmo de ingenua admiración, mientras ella comía despreocupada su bocadillo de pan militar con crema de queso.

Cuando hubo terminado, se chupó delicadamente las puntas de los dedos, que sabían a queso, sacó una petaquilla de otro bolsillo del chaquetón, lió un cigarrillo, lo encendió y comenzó a fumar tragándose el humo a grandes bocanadas para, después de llenar sus pulmones con él, volverlo a lanzar por las narices con aire beatífico.

Svengali tocó la *Rosamunda* de Schubert mirándola lánguidamente con sus ojos negros y conquistadores, pero Trilby ni siquiera lo veía. Miraba a Billee, a Taffy y a Laird, a los modelos en yeso, a los cuadros, al cielo, a las chimeneas de enfrente, a las torres de Notre Dame que se divisaban desde su puesto...

Solamente al terminar exclamó:

—¡Ah, qué bien que suena esa música! ¡Qué lástima que sea tan triste! ¿Cómo se llama?

—La *Rosamunda* de Schubert, *señorrita* —replicó Svengali.

—¿Qué significa eso de *Rosamunda*?

—Rosamunda era una princesa de Chipre, *señorrita*, y Chipre es una isla.

—¡Ah! Y Schubert, entonces, ¿dónde está?

—Schubert no es una isla, *señorrita*. Schubert era un compatriota mío que componía música y tocaba el piano como yo.

—¡Ah! Schubert era un hombre entonces... No le conozco, jamás oí su nombre.

—Es una lástima, *señorrita*. Tenía algún talento. Acaso esto le guste más —y entonces comenzó a tocar, mientras cantaba:

«*Messieurs les étudiants
S'en vont à la chaumière
Pour y danser le cancan*»^[6].

Tocaba notas falsas y golpeaba los bajos en la clave incorrecta, todo ello con una ejecución espantosamente grotesca.

—En efecto, eso me gusta más. Es más alegre. ¿Lo ha compuesto también un compatriota suyo? —preguntó la muchacha.

—Dios no lo hubiera permitido, *señorrita*.

Y Svengali quedó algo molesto; lo más gracioso, si la cosa hubiera sido para reírse, era la absoluta sinceridad de la muchacha.

—¿Le gusta la música? —preguntó Billee.

—¡Ya lo creo! Mi padre cantaba como un ave cantora. Era un hombre de universidad. Se llamaba Patrick Michael O’Ferrall, miembro del Trinity College, Cambridge. Solía cantar *Ben Bolt*. ¿Conoce *Ben Bolt*?

—¡Oh, sí! Muy bien... —repuso Billee—. Es una canción muy bonita.

—Yo la sé cantar —dijo la señorita O’Ferrall—. ¿Quiere que la cante?

—¡Ya lo creo!

Miss O’Ferrall tiró la punta de su cigarro y, poniéndose las dos manos sobre las rodillas, que tenía cruzadas como un beduino, encima de la tarima para los modelos, sacando los codos hacia fuera y mirando al techo rompió a cantar, con sonrisa tierna y sentimental, la tierna canción:

«*Oh, don't you remember sweet Alice, Ben Bolt?*

Sweet Alice, with her hair so brown... [7]»



La Rosamunda, de Schubert

Así como algunas cosas, por demasiado hondas y tristes, no nos permiten llorar, otras son, en cambio, tan cómicas que nos impiden reír. Entre estas últimas, la canción de Trilby ocuparía un lugar de honor.

A través de aquella boca suya tan grande y sensual, y por su huesuda nariz, brotó un sonido que más parecía un resuello de enorme volumen. Sin embargo, era suave, aunque tan intenso que parecía vibrar en todos los ámbitos del estudio. Trilby seguía más o menos las estrofas de la canción, atacando decidida las notas altas cuando era preciso, aunque con tan interminables intervalos entre compases como jamás se

hicieron en canción alguna. Parecía que le era totalmente imposible acertar con la melodía, ni siquiera con la nota justa, como si careciese de oído musical, aunque midiera los compases más o menos correctamente.

Acabó de cantar en medio del más absoluto silencio. Sus oyentes no sabían si todo aquello lo había hecho en broma o en serio. Pensaron que quizás había tratado de desquitarse de la impertinente ejecución a cargo de Svengali de *Messieurs les étudiants*. Si era así, había conseguido una genial interpretación de la conocida frase «donde las dan, las toman», representada en vivo. Los grandes ojos pardos de Svengali brillaron con un feo fulgor amarillento. Le gustaba tanto reírse de los demás como le molestaba extraordinariamente que se burlasen de él. Tras un instante, Billee dijo:

—Muchas gracias. Es una canción muy bonita.

—Sí —replicó *miss O’Ferrall*—. Es la única que desgraciadamente me sé. Mi padre solía cantarla tal como la han oído ustedes, cuando estaba alegre, después de tomarse su ponche de ron. Cada vez que la cantaba solía hacer llorar a la gente, y él también lloraba a veces. Yo, en cambio, no lloro nunca. Algunas personas creen que no soy capaz de entonar ni una sola nota. Todo lo que puedo decir es que he tenido que cantarla seis o siete veces seguidas en muchos estudios. Nunca la canto igual, ¿saben ustedes?, pero no cambio la letra, sólo la música. Hace bien poco tiempo que me aficioné a cantarla. ¿Conocen a Litolff? Bueno, pues es un gran compositor. El otro día estaba en donde Durien; yo canté *Ben Bolt*, y ¿a qué no saben lo que dijo...? Pues que *madame Alboni* no podía subir tan alto ni bajar tan bajo como yo, y que su voz no era ni la mitad de extensa que la mía. Me dio su palabra de honor. Decía que mi respiración era tan natural y tan perfecta como la de un niño, y que lo único que necesito es controlar un poco más la voz. Eso es lo que dijo.

—¿Qué es lo que dijo? —preguntó Svengali.

Y Trilby se lo repitió en francés (un francés muy francés), lleno de giros familiares. Su acento no es que fuese de la Comedie Française, ni siquiera del Faubourg Saint-Germain; pero tampoco era el de los campesinos ni el de los bajos fondos. Desde luego resultaba original, expresivo y gracioso, sin caer en lo vulgar.

—*Parbleu!* ¡Qué razón tenía Litolff! —dijo Svengali—. Yo también le *aseguro*, que no he oído nunca una voz que pueda compararse con la suya, *señorrita*. ¡Tiene usted un talento excepcional!

Trilby se ruborizó de gusto, mientras los otros llamaban canalla a Svengali para sus adentros, por reírse de aquella manera de la pobre muchacha; naturalmente, pensaban otro tanto del tal Litolff.

Entonces ella se levantó, se sacudió las migas del abrigo, se calzó de nuevo y dijo en inglés:

—Bueno, me tengo que marchar, que la vida no es toda holganza. Es una lástima pero así es. ¿Pero qué importa? Lo principal es no perder el buen humor...

Al salir se detuvo ante el cuadro de Taffy —representaba un traperero con su

linterna, hurgando en un montón de basura—. Taffy era por entonces, o al menos así lo creía él, un apasionado realista. Pero eso era entonces. Ahora ha cambiado; sólo pinta al rey Arturo con su escolta, Lancelots y demás etéreas damas medievales llevadas por las aguas.

—El cesto del trapero está demasiado bajo —comentó Trilby—. ¿Cómo va a poder ese pobre hombre echar los trapos con el gancho en el cesto si sólo le llega a la mitad de la espalda? Además, los zuecos no son los que llevan los traperos, ni la linterna tampoco; *todo* está mal.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Taffy poniéndose muy encarnado—. Por lo visto sabe usted mucho de todo. ¡Qué lástima que no pinte!

—¡Ah! ¡Ya he metido la pata! ¡Se ha enfadado! —exclamó *miss* O’Ferrall.

Y, al dirigirse a la puerta, se paró para mirar a su alrededor con benévola expresión.

—¡Qué bonitos dientes tienen todos! Ya se ve que son ingleses y que se los limpian dos veces al día; yo también hago igual. Trilby O’Ferrall para servirles, rue des Pousse-Cailloux, cuarenta y ocho, *qui pose pour l’ensemble si ça l’amuse! Va-t-en ville, et fait tout ce qui concerne son état!*^[8] No se les olvide. Gracias y adiós.

—¡Vaya una mujer *orriginal!* —comentó Svengali.

—A mí me parece guapísima —dijo el tierno y joven Little Billee—. ¡Dios mío, qué pies de ángel! Me resisto a pensar que es una modelo. Estoy seguro de que se trata de una señorita de verdad.



El pie izquierdo de Trilby

Y, apenas en cinco minutos, cogiendo la punta de un compás viejo, trazó en blanco, raspando sobre la pared roja, la silueta del pie izquierdo de Trilby; de los dos precisamente el de forma más perfecta.

Aunque fuera sólo un ligero esbozo, aquel improvisado dibujo, con su sentido de la belleza, con su rápida captación de una individualidad singular, con su sutil interpretación de una impresión fuertemente sentida, era ya la obra de un maestro. Se trataba del pie de Trilby, y no de otro; no podía ser el de ninguna otra persona, y sólo Billee podía haberlo dibujado de tan inspirada manera.

—¿Qué es *Ben Bolt*? —preguntó Gecko.

Entonces Taffy obligó a Billee a sentarse al piano para darles una audición, y acto seguido Little Billee cantó muy bien con su agradable y fina voz de barítono.

El piano había venido de Londres sólo con el objeto de que Billee ejercitase sus graciosas dotes musicales para deleite de sus amigos, corriendo los gastos del traslado por cuenta de Taffy y Laird. El piano había pertenecido a la madre de Taffy, ya difunta.

Antes de que Billee terminase el segundo compás, exclamó Svengali:

—¡Pero si es *prrecioso*! Vamos, Gecko. ¡Toca eso!

Y, poniendo sus grandes manos sobre el teclado por encima de Billee, le desplazó del taburete con un empujón de su gran cuerpo anguloso y, sentándose, empezó a tocar un magistral prelude. Era impresionante escuchar la complicada riqueza y

volumen de los sonidos que evocaba, una vez que uno había sido testigo de las notas triviales de Billee.

Gecko, abrazado amorosamente a su violín, y poniendo los ojos en blanco, tocó aquella simple melodía como probablemente jamás había sido tocada. ¡Qué pasión, qué ternura, qué dulce mecanismo! La canción brotaba impetuosa, transfiriéndose indistintamente el canto a ambos instrumentos. Svengali, con sus fugas y contrapuntos, jugando con las notas al volante, altas y bajas, fuertes y suaves, en menor, en *pizzicato* y en sordina —*adagio, andante, allegretto, scherzo*—, agotó todas las posibilidades de la más bella interpretación hasta que su auditorio, compuesto sólo por tres personas, estalló delirante de emoción y de entusiasmo. El enérgico Ben Bolt, su tiernísima Alice, el humilde amigo, el viejo maestro tan bueno y sincero, los compañeros de escuela, el rústico portal, el molino, la placa de granito gris,

«*and the dear little nook
by the clear running brook*»^[9]

se fueron ampliando con una extraña y poética nobleza casi celestial, y un esplendor no soñado por el autor de aquella ingenua canción que tantos sencillos corazones británicos ha estremecido.

—*Sacrebleu!* ¿Qué bien toca el Gecko, eh? —exclamó Svengali cuando hubieron terminado su magnífica y doble improvisación—. Es discípulo mío y le hago cantar *sobrr*e el violín; es como si yo cantase. *Ach!*, si yo tuviese una pizca de voz... ¡*Serría* el mejor cantante del mundo! Pero no puedo cantar. No puedo cantar, y no puedo tocar el violín, pero puedo enseñar, ¿eh, Gecko? Tengo una discípula, ¿eh, Gecko? La pequeña *Honorrine*.

Y miró a su alrededor haciendo una horrible mueca.

—El mundo *oirrá* hablar de *Honorrine* algún día, ¿verdad, Gecko? Oídmelos todos: ¡así enseñó a *Honorrine!* Gecko, toca un pequeño acompañamiento de *pizzicato*.

Y, seguidamente, Svengali extrajo de su bolsillo una especie de flauta desmontable, al parecer de su propia invención. Encajó los diversos trozos, se la puso en la boca y, con aquel humilde instrumento, comenzó a tocar *Ben Bolt*, mientras Gecko le acompañaba pulsando el violín como si fuese una guitarra, sin dejar de mirar a su maestro con ojos de admiración y respeto.

No es posible describir con meras palabras la habilidad, la distinción, la gracia, el poder, el sentimiento y la pasión con que aquel músico verdaderamente extraordinario ejecutó la pobre e ingenua melodía con su flauta desmontable. ¡Qué estremecida, vibrante y penetrante ternura en su interpretación! Tan pronto alta y llena, como un agudo grito de angustia; suave otras veces como un murmullo, como un humilde suspiro melancólico, más humano casi que la misma voz humana; una perfección, en fin, inaccesible aun para Gecko, maestro de un instrumento reconocido

como el rey de todos los instrumentos.

Una lágrima, que se había mantenido en el borde de los párpados de Little Billee mientras tocaba Gecko, terminó ahora de derramarse, tembló debajo de los párpados y se escurrió nariz abajo. Billee tuvo que disimularla y limpiarla a hurtadillas con el dedo meñique, apoyando la barbilla en la palma de la mano, y tosiendo mientras tanto con una tosecilla artificial y ronca, destinada a intentar demostrar serenidad.

Lo cierto es que nunca había oído antes una música semejante, ni siquiera había soñado que pudiera existir. Mientras duró el hechizo, se dio cuenta de que llegaba hasta el fondo de la belleza y de la melancolía de las cosas, captando su patético trasunto con una mirada interior completamente nueva, que pasaba aun a través del velo de la eternidad. Todo ello constituyó una especie de visión sideral que se desvaneció cuando cesó la música, dejando una viva reminiscencia de su paso y un apasionado deseo de expresar algún día, a través del medio plástico propio de su no menos nobilísimo arte, la misma insuperable emoción.



La flauta desmontable

Cuando Svengali hubo terminado, miró a sus estupefactos oyentes con una mueca desagradable, diciendo:

—Así es como enseño a Gecko a tocar el violín, así enseño yo el *bel canto*. ¡Se había perdido ciertamente *il bel canto*, pero yo lo encontré en sueños! ¡Yo, Svengali, y nadie más que yo! ¡Yo! Yo... Pero ya hemos hecho bastante música; vamos a jugar a otra cosa. ¡A esto, por ejemplo! —exclamó. Y, dando un salto, cogió un florete de la panoplia y lo pulsó contra la pared—. ¡Ven aquí, Little Billee! Te voy a enseñar *ahorra* algo que no sabes.

El aludido se quitó la chaqueta y el chaleco, se puso los zapatos de esgrima, y entabló con Svengali «un asalto de armas», como se llama muy noblemente en Francia, y en el que Billee llevó la peor parte. El germano-polaco manejaba el florete bien, aunque de manera estrafalaria.

Después le tocó el turno a Laird, quien tampoco salió bien parado. Así que cuando Taffy tomó el florete, no pudo por menos de reivindicar el honor de la Gran

Bretaña, como convenía a un húsar británico y a un «hombre de sangre azul». Taffy, habiendo practicado asiduamente en la mejor escuela de París, podía enfrentarse con cualquier maestro de esgrima del ejército francés. Y Svengali salió derrotado.

Cuando terminó el tiempo de descanso y llegó la hora de trabajar, empezaron a llegar otros amigos franceses, ingleses, suizos, alemanes, americanos y griegos. Se descorrieron las cortinas y se abrieron las ventanas, y el estudio se llenó de luz; y de ese modo, la tarde transcurrió entre ejercicios gimnásticos y atléticos, hasta que llegó la hora de cenar.

Billee, cuando se cansó de practicar esgrima y hacer gimnasia, se entretuvo en rellenar con tiza blanca, negra y roja el pie de Trilby grabado en la pared, temiendo olvidar la visión aún fresca que conservaba en su mente como una realidad absoluta o como feliz capricho nacido de una mirada casual.

Durien entró y, mirando por encima del hombro a Billee, exclamó:

—¡Hombre! ¡El pie de Trilby! ¿Lo has hecho del natural?

—No.

—¿De memoria entonces?

—Sí.

—Te doy la enhorabuena. ¡Qué manos tienes! ¡Ya quisiera hacer otro tanto! Es una pequeña obra de arte, sencillamente, querido. Pero no detalles, por favor, no lo retoques más.

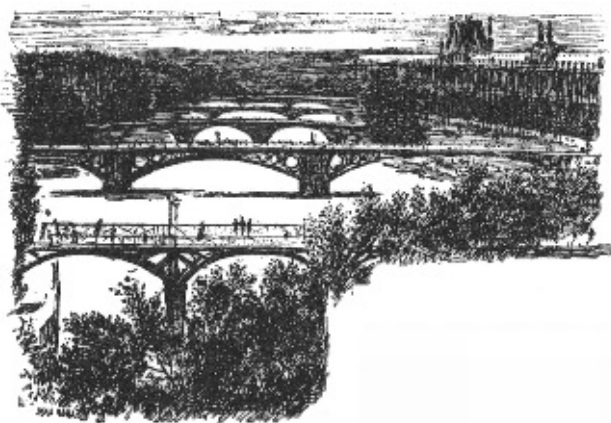
Billee se puso muy contento y no lo volvió a tocar, porque Duden era un gran escultor, y también la sinceridad en persona.

Poco después —no recuerdo ahora bien si aquella precisa tarde hizo buen tiempo, aunque invariablemente, hiciera bueno o malo, se iban del estudio a las seis— se marcharon todos a cenar al Restaurant de la Couronne, que dirigía le Père Trin en la rue Monsieur, y que, por veinte *sous* parisinos o por un franco en moneda del Imperio, ofrecía la mejor cocina y el mejor de los vinos: exquisitas sopas, enjundiosas y sabrosas tortillas, lentejas, alubias blancas y pintas, carne tan sazónada, aderezada y condimentada que no se sabía si era vaca, cordero o ave, y arenques que no se sabía si eran buenos o malos, algo que, para el caso, daba lo mismo, puesto que a la juvenil clientela le traía sin cuidado. Les daba además la misma lechuga, los mismos rábanos y el mismo queso de Gruyère o de Brie que se servían en los Trois Frères Provençaux, pero no la misma mantequilla. Para pasar todo esto, un vino fuerte servido en *bocks* de madera, que al derramarse embadurnaba todo de un azul muy estético.

Se codeaban allí con modelos de ambos sexos, estudiantes de leyes y de medicina, pintores, escultores, obreros, lavanderas y modistillas que en París se llaman «grisetas». Encontraban en ellos compañeros agradables, muy útiles para aprender francés —ya que el francés de nuestros amigos era el propio que se chapurrea en las Islas Británicas— y aun para aprender buenos modales, por ser los suyos todavía demasiado insulares. Pasaban las noches inocentemente entre el billar,

las cartas y el dominó; o en el Café du Luxembourg, que estaba enfrente, o en el Théâtre du Luxembourg, en la rue Madame, donde reían farsas grotescas, en que actuaban ingleses absurdamente cómicos; o, mejor aún, iban al Jardín Bullier (la Closerie des Lilas), para ver a las estudiantes bailar el cancán, o para tratar de bailarlos ellos mismos, lo que no es tan fácil como parece; o, mejor que todo lo anterior, al Théâtre de l'Odéon, a ver una obra del *répertoire* clásico.

Si hacía buen tiempo y además era tarde de sábado, Laird se ponía una corbata y otras cuantas cosas indispensables, y los tres amigos marchaban del brazo al hotel de Taffy, en la rue de Seine, y esperaban a que éste se pusiera tan presentable como Laird, cosa que le llevaba unos pocos minutos.



Le pont des Arts

Entonces (Little Billee siempre estaba bien arreglado) volvían a cogerse del brazo, dejando al gigantesco Taffy en medio, para bajar por la rue de Seine; cruzaban el puente de la Cité, y echaban un vistazo a la Morgue; luego volvían a los muelles de la orilla izquierda, por el Pont Neuf, para dirigirse hacia el oeste. Se paraban a veces a un lado u otro para curiosarse por las tiendas de grabados y pinturas y los *magasins de bric-à-brac*^[10], donde solían comprar alguna chuchería. También se detenían en los puestos de libros de viejo que se apoyaban sobre el parapeto y compraban alguna de esas gangas innecesarias que nunca volvían a abrir, ni mucho menos a leer.

Cuando llegaban al Pont des Arts lo cruzaban y se paraban en el centro del puente admirando la vista del río con la vieja Cité y Notre Dame al este, soñando con cosas inefables que, no obstante, trataban de expresar. Luego, volviéndose al oeste, contemplaban el cielo encendido que iluminaba tantas cosas hermosas: el rincón de las Tullerías y el Louvre; los diversos puentes, la Cámara de los Diputados; el río dorado, que iba estrechando su perspectiva y ensanchando su cauce, mientras corría serpenteando desde Passy y Grenelle a St. Cloud, luego a Rouen y a Le Havre, y acaso a Inglaterra, adonde los tres amigos no querían regresar en absoluto por el momento. Charlaban, tratando de demostrar que la vida era buena precisamente en aquella ciudad y en aquella hora del día, del año, y del siglo, y también, precisamente, en aquella época de sus vidas mortales e inciertas.

Más tarde, aún del brazo y charlando alegremente, cruzaban el patio del Louvre, atravesaban puertas doradas bien guardadas por bravos Zuavos Imperiales, y subían por los arcos de la rue de Rivoli hasta la de Castiglione, donde se paraban con ojos golosos ante el escaparate del gran confitero de la esquina, admirando el estupendo despliegue de bombones, *pralinés*, *dragées* y *marrons glacés*. Cristalinas y dulzarronas sustancias de todas clases y colores aparecían rutilantes a la vista de los transeúntes como una iluminación. Piedras preciosas, que eran en realidad delicados dulces escarchados, y perlas y diamantes de azúcar y almíbares presentados de una manera que hacían que la boca se les hiciese agua. Especialmente en aquella época del año, los inmensos huevos de Pascua, de seductores colores, descansaban como en un relicario en costosos estuches de raso y oro. Laird opinaba que los franceses sabían hacer mejor que nadie «estas cosas».

A continuación cruzaban la calle por una gran puerta, y entraban en la Allée de Feuillants hasta la place de la Concorde para ver pasar, aunque sin envidia ruin, a la gente elegante que volvía del Bois de Boulogne. Aun en París «la gente de coche» parece aburrída, como si el placer les pusiera tristes y nada tuviesen que decirse unos a otros, o como si la vibración de tantas ruedas, rodando todas cada tarde en la misma dirección, les hubiese hecho caer en un hipnótico silencio, pleno de una idiotizada melancolía.

Nuestros tres mosqueteros del pincel se ponían entonces a filosofar sobre la vanidad de las riquezas, del rango y de la moda; sobre la suciedad que sigue la senda de las satisfacciones egoístas y llega a superarlas; sobre el hastío de los placeres que se convierten en una servidumbre (como si supieran lo que era y lo hubieran experimentado, y nadie más lo hubiera descubierto antes que ellos).

Más tarde descubrían otra cosa: que el estímulo de sus jóvenes apetitos se iba haciendo intolerable, y entonces decidían acercarse a una casa de comidas inglesa de la rue de la Madeleine (a mano izquierda, hacia el final), donde reponían sus fuerzas y su patriotismo con *roast-beef* y cerveza, pan casero untado de una ardiente mostaza amarilla, tonificante y viva, unos heroicos rábanos picantes, una nobilísima tarta de manzana, y de postre, queso de Cheshire. Despachaban cuanto podían de lo apuntado en una hora poco más o menos, charlando sin cesar... ¡Y qué charla tan divertida! Estaban llenos de vehemente optimismo, alabando o vituperando olímpicamente a todos los pintores vivos o difuntos, y sintiéndose tan llenos de fe en sí mismos como están llenos los huevos de Pascua de esos confites tan agradables para la juventud.

Seguía un paseo por los concurridos e iluminados bulevares, y allí tomaban un *bock* en cualquier café al aire libre, sobre un veladorcito de tres patas situado en la acogedora acera de asfalto, sin dejar de hablar por los codos.

Por último, se marchaban a casa por oscuras y silenciosas calles, y a través de solitarios puentes, hacia su amado Quartier Latin, mientras que la Morgue se destacaba quieta, fría y fatal a la pálida luz de los faroles, y Notre Dame estiraba sus vigilantes torres gemelas, que han visto pasar durante siglos a tantos jóvenes felices,

entusiastas y expansivos, cogidos del brazo de dos en dos, y de tres en tres, y siempre hablando, hablando, hablando...

Laird y Billee acompañaban a Taffy hasta su *meubl * de la rue de Seine, donde nunca acababan de decirse todo lo que querían antes de despedirse; tanto que Taffy y Little Billee, decidían acompañar a Laird hasta su casa de la place St. Anatole des Arts, pero allí Taffy y Laird comenzaban a debatir sobre la inmortalidad del alma, por ejemplo, sobre el verdadero significado de la palabra *gentleman*, o bien sobre los relativos méritos de Dickens y Thackeray, o sobre cualquier otro tema igualmente abstruso y poco común. Entonces Taffy y Laird acompañaban a Billee hasta su casa de la place de l'Od on, desde donde él les volvía a acompañar... Y así hasta que se cansaban.

A veces, cuando llovía y París se asomaba a la ventana del estudio vestido de color plumizo, con sus tejados de pizarra bajo un cielo ceniciento y sombrío; cuando el fiero viento del oeste soplabla su música lastimera entre las chimeneas, y el río se estremecía en ondas menudas contra la corriente, y la Morgue se erguía escalofriante, opaca y húmeda, repugnante hasta para aquellos ingleses sanos de cuerpo y alma; en esos casos acordaban los tres cenar en el estudio y pasar allí la velada.



«Tres mosqueteros del pincel»

Billee se lanzaba entonces con apenas tres francos en el bolsillo (y a veces hasta con cuatro) por humildes callejuelas, y compraba una barra de pan tierno con la corteza bien dorada, y bien quemado por debajo; filetes de vaca y un litro de vino; patatas, cebollas y un quesito cilíndrico llamado *Bondon de Neufch tel*, lechuga tierna y rizada, perifollo, cebolletas, perejil y otras finas hierbas, amén de un diente de ajo que, frotado en una corteza de pan, servía para sazonarlo todo.

Taffy ponía el mantel a la inglesa y aliñaba la ensalada, para lo cual, como todo el mundo, tenía una receta especial (echar primero el aceite y después el vinagre). Y hay que confesar que sus ensaladas eran tan buenas como las de cualquier otro.

Laird, inclinándose sobre la estufa, guisaba las cebolletas con carne con tanta maestría que la carne sabía a cebolla, y la cebolla a ajo, pero cenaban mucho mejor que en casa del Père Trin, mejor que en un restaurante de la rue de la Madeleine, mejor, en fin, que en ninguna parte del mundo...

Después de la cena (¡qué café tostado y molido en el momento! ¡Qué pipas y qué cigarrillos Caporal!), bajo la luz de las tres lámparas, tamizada por sus pantallas, mientras la lluvia golpeaba la ventana grande que daba al norte, y el viento aullaba alrededor de la pintoresca torrecilla medieval de la esquina de la rue Vieille des Trois Mauvais Ladres^[11] y la leña húmeda chisporroteaba en la estufa, comenzaba la conversación. ¡Qué conversaciones tan amenas hasta altas horas de la noche! (Otra vez Thackeray y Dickens, Tennyson y Byron, que aún eran de este mundo en esa época, Tiziano y Velázquez, el joven Millais y Holman Hunt, que acababa de aparecer, *monsieur* Delacroix y Balzac, Stendhal y George Sand, el gran Dumas y Edgard Allan Poe, y la gloria que fue Grecia, y la grandeza que fue Roma...).

Una charla, en fin, honesta, inofensiva y sin pretensiones, acaso no muy llena de erudición (que lo mismo puede crear que destruir) que no conduce a ningún resultado práctico, aunque con todo el dulce patetismo de la sinceridad y el fervor de todas sus convicciones; una fe profunda en su propia importancia y una seguridad plena en aquella inmutabilidad que creían había de durar toda la vida. ¡Oh, felices días y felices noches consagradas al arte y a la amistad! ¡Oh, felices tiempos de escasez, de juventud, de esperanza, de salud, de fuerza y de libertad con todo París a sus pies, y su amado Quartier Latin, tan viejo y tan incorregible, sirviéndoles de hogar y de taller! Las complicaciones amorosas no habían venido a turbar hasta entonces la buena armonía. No. Decididamente no. Billee nunca había conocido felicidad como la presente, ni soñado que pudiera existir.

Cierta tarde, una o dos después de comenzar nuestra historia, cuando la esgrima y el boxeo ya habían empezado, y el trapezio estaba en plena actividad, sonó a la puerta el pregón de Trilby («¡Abajo está la leche!»), y ésta apareció vestida ya de una manera más normal, como una «griseta». Alta, erguida, recta de hombros, ancha de pecho y bien formada, vestida con una cofia encañonada y blanquísima, un vestido negro muy decentito, un delantal blanco, medias marrones ya descoloridas pero bien planchadas, y zapatillas sin forma ni tacón, de paño gris, a las que sus pies intransigentes e inexorables, como hormas de zapatero, habían ennoblecido dándoles la forma de la imperecedera simetría clásica, y dotándolas de una inolvidable individualidad como lo hace una hermosa mano con un guante usado. Todo esto lo observó presto Little Billee con un curioso estremecimiento que no era estético más que a medias.

Tropezaron después sus ojos con la carita pecosa y con la tierna alegría de la

mirada de Trilby; con la sonrisa franca y valiente de su boca rasgada en una cálida sonrisa, y Billee volvió a estremecerse, esta vez nada estéticamente (ni tampoco lo contrario), pues todo procedía del corazón. En uno de sus relámpagos intuitivos, adivinó el muchacho bajo la superficie brillante de aquellos ojos (que, por el momento, no reflejaban más que su propia imagen, pequeña, sobre el cielo que aparecía por la ventana del estudio), una sima de infinita dulzura y, en el fondo, la esencia misma de la compasión, la generosidad, y el cariño fraternal, y debajo de todo ello, ¡oh, dolor!, una fina capa enfangada de tormento y de vergüenza.

Sólo el tiempo que tarda una lágrima en subir, recogerse y ahogarse, duró el temblor de aquella repentina revelación en el sistema nervioso de Little Billee, seguido de una aguda compasión y de un caballeresco deseo de acudir en ayuda de la muchacha, mas no tuvo tiempo de dejarse llevar por dulces emociones. Al entrar, Trilby fue saludada cariñosamente a derecha e izquierda.

—¡Pero si es la gran Trilby! —exclamó Jules Guinot a través de su careta de esgrima—. ¿Ya estás de pie después de la nochecita? ¡Cómo nos divertimos en casa de Mathieu! ¡Vaya una juerga! ¡Buen estreno de casa! ¿Y qué tal de salud esta mañana?

—¡Hola, queridos! —respondió Trilby—. ¡Vamos tirando! ¿Y tú? ¿Y Victorine? ¿Qué tal está esta mañana? ¡Vaya una curda que tenía! ¡Qué mala suerte, exhibirla allí delante de todo el mundo! ¿Qué hay, Gontran? ¿Qué tal te va, «Zouzou» de mi corazón?

—¡Al pelo, querida! —dijo Gontran, *alias* «Zouzou», sargento de Zuavos—. Pero ¿te has vuelto trapera ahora? ¿Estás sin blanca? —Y es que Trilby traía colgado a la espalda un cesto de trapero, y en la mano un gancho y una linterna.

—Pues sí —respondió Trilby—. ¡Caramba! ¡Qué mala suerte tuve anoche! ¿Te diste cuenta? Pelada, por completo, mi sargento. ¡Sin una cochina moneda! Pero hay que vivir, ¿no?

Las válvulas del corazón de Billee se cerraron durante este intercambio de cortesías. Comprendía que hablaban un argot cerrado porque no les entendía una palabra. Además, odiaba el argot. Lo único que entendía era el repetido tuteo, y sabía bastante francés para comprender que esto significaba una gran familiaridad, lo que lo desconcertó. Así, las preguntas cordiales de Jules Guinot sobre si Trilby no se resentía después de la primera fiesta de unos recién casados (donde tanto se habían divertido), y la cariñosa solicitud de Trilby, que preguntaba cómo estaba Victorine, que había tomado una copa de más para celebrarlo; las lamentaciones de Trilby sobre su mala suerte en el juego, que le iba a obligar a tomar el oficio de trapera para mejorar su fortuna... Todas estas bromas inocentes, expresadas en un lenguaje que para él era arameo, le batían sentirse ajeno y extranjero a todo ello, además de celoso e indignado.

—Buenas tardes, mister Taffy —dijo Trilby en inglés—. He traído estos objetos de arte para hacer las paces con usted. Son los que necesita para su cuadro. Me los ha

prestado el Père Martin, trapero al por mayor y al por menor, Grand Officier de la Légion d'Honneur, miembro del Institut, etc., rue du Puits d'Amour, trece bis, entresuelo, al fondo del patio a la izquierda, frente al Monte de Piedad. Es uno de mis mejores amigos, y...

—¿Me vas a hacer creer que eres íntima amiga de un trapero? —exclamó el bueno de Taffy.

—¡Oh, sí! ¿Por qué no? Nunca presumo de lo que no soy. Además, en lo del Père Martin no hay pretensiones —dijo Trilby guiñando un ojo con picardía—. Ya lo vería usted si tuviese ocasión de tratarle en la intimidad. Ahora, le diré cómo se coloca el cesto. Yo se lo pondré y le enseñaré a manejar el gancho y la linterna. Cualquiera día viene a parar al oficio. *Il ne faut jurer de rien!*^[12] El Père Martin puede posar para usted si quiere. Generalmente tiene las tardes libres. Es pobre pero honrado, muy simpático, limpio y todo un caballero. Además, aprecia a los artistas, sobre todo a los ingleses, porque... pagan. Su mujer vende antigüedades y cuadros de firma. Rembrandts desde dos francos y medio para arriba. Tiene un nietecito que es un encanto de chiquillo. Yo soy su madrina. Pero... entiende usted el francés, ¿verdad?



Taffy prepara la ensalada

—¡Oh, sí! —respondió Taffy bastante intimidado—. Se lo agradezco mucho. Verdaderamente mucho.

—¡No hay de qué! —dijo Trilby despojándose del cesto y depositándolo junto con el gancho y la linterna en el suelo—. Y ahora me fumaré un cigarrillo y luego me voy. Me esperan en la Embajada de Austria. Seguid, queridos. ¡Adelante con el boxeo!

Se sentó con las piernas cruzadas sobre la plataforma, y se puso a liar un cigarrillo contemplando las peleas y las estocadas y los puñetazos de sus amigos. Little Billee le ofreció una silla, que ella no aceptó, y entonces él se sentó a su lado

dándole conversación como hubiera hecho con cualquier señorita inglesa entre sus amistades. Habló del tiempo, de la nueva ópera de Verdi (que ella no conocía), de la magnificencia de Notre Dame, de una notable novela de Victor Hugo (que ella no había leído), del encanto misterioso de la sonrisa de la Mona Lisa de Leonardo (que ella no había visto), pero Trilby, aunque con muchas ganas de reír, estaba algo avergonzada y acaso un poco enternecida por aquellas ingenuas atenciones. Taffy le llevó una taza de café, y charló con ella en un francés muy cuidado y cortés y muy correctamente pronunciado. Laird trató de hacer otro tanto con su francés, que era de lo más cómico, pero como sus maneras eran tan naturales, disipaba toda timidez facilitando la conversación.

Otros amigos empezaron a llegar de los estudios vecinos: toda la acostumbrada pandilla cosmopolita. Entre las cuatro y las seis de la tarde, en aquel acogedor estudio, todo era entrar y salir.

También había señoras, con pelo suelto, con cofia y con sombrero. Algunas conocían a Trilby y le hablaban con familiar y amistoso cariño, mientras que otras la trataban de *mademoiselle* con fría amabilidad, que ella devolvía.

—Exactamente igual que en la Embajada de Austria —hizo observar Trilby a Laird con un guiño británico muy poco apropiado de una embajada.

Luego vino Svengali, y tocó mejor que nunca. Tiempo perdido para Trilby, como los fuegos artificiales para los ciegos. Prefería mil veces la esgrima y el boxeo, ya que para una persona sin oído musical, era de mucho más interés contemplar a Taffy tirarse a fondo con el florete en todo el esplendor de su magnífica juventud flexible y fuerte, que ver a Svengali sentado al piano mirando descaradamente a su alrededor con una sonrisa malsana que parecía decir: «¿Verdad que soy un hombre hermoso? ¿Verdad que soy un genio? ¿Verdad que soy sublime?...».



La gloria que fue Grecia

Entró después el escultor Durien, que había obtenido una platea para el teatro de la Porte St. Martin, donde representaban *La Dame aux Camélias*, e invitó a Trilby y a

otra amiga a cenar en un *cabaret* para ir después al teatro.

Por lo que Trilby, después de todo, no iría a la Embajada de Austria, como le hizo observar Laird a Billee imitando tan bien el guiño de Trilby que hubiese hecho reír al muchacho si éste hubiese estado para bromas. Pero no lo estaba. Un sentimiento de tristeza y de desencanto se había apoderado de él y, para expresarlo mejor, repetía en su interior:

*«A feeling of sadness and longing
That is not akin to pain
And resembles sorrow only
As the mist resembles the rain»*^[13].

Aquella tristeza, aunque él no lo sabía, era porque lamentaba que las muchachas guapas que parecían tan buenas y dulces, y que tenían unos cuerpos y unas extremidades tan divinas, no fuesen tan puras como bellas. Además, Trilby no podía convertirse en una señorita, como, por ejemplo, aquella chica, la hija del vicario de un pueblecito de Devonshire que ayudaba a la hermana de Little Billee en la catequesis; una muchacha bien nacida, ingenua, sencilla y piadosa.

A Billee le gustaban las mujeres piadosas, aunque él no lo fuera mucho. Su intuición percibía, aunque no sabía expresarlo, no sólo los secretos de la forma y del color, sino que se esforzaba también en desgarrar el velo de los más profundos misterios con un impetuoso desprecio juvenil y dogmático hacia todas las interpretaciones admitidas.

Se jactaba de poseer un cerebro científico que funcionaba con toda claridad, y era muy intolerante con la inconsecuencia humana.

Aquella pequeña porción de su cerebro que debiera de haber permanecido inactiva mientras trabajaba el resto, se hallaba ocupada constantemente en dilucidar irresolubles misterios de la vida y de la muerte, con un montón de argumentos sin réplica en contra de la fe cristiana, mientras sentía inversamente cierta simpatía por los fieles. Por fortuna para sus amigos, Billee era discreto y tímido y muy considerado con los sentimientos de los demás, reservando para sí las juveniles elucubraciones de su agnosticismo.

Como contrapeso a todo aquel fárrago de densos pensamientos, era esclavo — cosa extraña en muchacho tan joven y tierno aún— de mil tradicionales supersticiones que carecen de fundamento alguno, científico o filosófico. Por ejemplo, por nada del mundo pasaba por debajo de una escalera de mano, no se sentaba si eran trece a la mesa, ni se cortaba el pelo en viernes, y se preocupaba mucho si le ocurría ver la luna a través de los cristales, además de creer en números afortunados e infaustos. Por otra parte, gozaba en secreto y muchísimo de la música y de la vistosidad y del perfume del incienso en la misa mayor de las viejas catedrales francesas.

Esperemos que no tomase completamente en serio sus supersticiones, y que alguna vez se riera de él mismo en su fuero interno.

Junto a su agudeza intelectual para conocer la vida, poseía en grado sumo, como los demás jóvenes bien educados de la clase media-alta inglesa, la convicción de la infalible eficacia de haber nacido *gentleman*, puesto que *gentleman* había sido su padre y el de Taffy, y el de Laird, y el de la mayoría de todos los buenos amigos entre los que había transcurrido su infancia. Gente, en suma, cuyos padres y cuatro abuelos habían recibido una educación liberal y pertenecieron a la clase profesional. Con estas ideas, combinaba (o creía combinar) un natural y democrático desdén por los despreciables duques y lores, y aun por los modestos e inofensivos *baronets* y toda la nobleza terrateniente. Es decir, todos los que habían nacido una pulgada más arriba que él.

Éste no es un mal credo, si es que puede seguirlo la clase media-alta a pesar de la experiencia adquirida a naves de toda una vida. Alimenta el espíritu de independencia y de la propia estimación, así como unas cuantas virtudes que, no por ser indigestas, dejan de ser prácticas, y, por lo menos, defiende a los jóvenes de las malas compañías que son siempre las de la clase superior o inferior. *In medio tutissimus ibis*^[14].

Toda esta melancólica preocupación de Little Billee provenía solamente del deslumbrante fulgor producido por un par de pies perfectísimos, observados por unos ojos hiperstéticos, demasiado enamorados de la forma pura.

Invirtiendo el proceso usual, había idealizado empezando por la base hasta llegar a la cumbre.

Muchos de nosotros, más doctos y viejos que Little Billee, hemos creído ver en bellas formas femeninas la envoltura exterior de un alma hermosa. Y este instinto no nos engaña en la mayoría de los casos. Pero también las bellas formas femeninas complican terriblemente las dificultades y los peligros de esta vida mortal en la mayoría de los casos, especialmente para su dueña, más aún si se trata de una humilde hija del pueblo, pobre, ignorante y, naturalmente, complaciente, dispuesta siempre a querer y a confiarse. Todo esto es tan verdadero que resulta trivial, y tan trivial que resulta vulgar.

Existe un novelista moderno que describe hombres y mujeres de California y que, como *El Corsario* de Byron, poseen una sola virtud y un millar de vicios, y tan bien enlaza sus historias, que las jóvenes pudorosas pueden leerlas y no aprender nada malo.



Los antepasados de Trilby

Mi pobre heroína era el reverso de aquellos simpáticos pecadores: tenía todas las virtudes salvo una. Pero esta virtud que le faltaba es la que representa siempre el papel principal y da su nombre genérico a todas las otras de tan noble compañía. Esta virtud es de un ámbito tan particular que me resulta imposible referirla aquí, para que nuestra narración resulte decente y digna de caer en las manos de las innumerables señoritas pudorosas que todos amamos.

Lo siento mucho, pues tenía la esperanza de que algún día se dijera de mí que, a pesar de mis muchos defectos literarios, jamás había escrito una línea que una madre inglesa de espíritu casto y puro no pudiera leer a su bebé de ojos azules, mientras el angelito chupa el biberón descansando en la cuna.

La suerte ha querido otra cosa.

También para describir este único defecto de Trilby quisiera tener un medio de expresión menos vulgar. El latín o el griego por ejemplo, para que las susodichas señoritas (a Dios gracias, innumerables señoritas) no pudieran echar la vista sobre estas páginas cuando sus madres no las viesan, y si la echaran, que no las entendiesen.

Desde luego, el latín y el griego no debieran estudiarlo estas jóvenes teniendo en cuenta que son lenguas muy escabrosas y bien merecidamente muertas, en las que los bardos paganos (que debieran haber sido hombres más serios, ¿no tenían nada mejor que hacer acaso?) cantaban los inmundos amores de sus dioses y diosas.

Pero, en fin, sé bastante latín para presentar un argumento en favor de la pobre Trilby, el más conciso, el mejor y el más hermoso que se puede encontrar. Fue empleado como circunstancia atenuante para perdonar la flaqueza de otra pobre

mujer débil y al parecer hermosa, y mucho más pecadora que Trilby, pero que, como Trilby, se arrepintió y fue misericordiosamente perdonada.

Quia multum amavit!^[15]

Fuese ello una circunstancia atenuante o agravante en sus extravíos, hay que decir que ni las angustias de la pobreza, ni las tentaciones de la vanidad o de la codicia, habían sido factores que la empujasen en su rodar cuesta abajo. Su primera caída fue el resultado de la ignorancia, los malos consejos (viniendo éstos sobre todo de la última que debiera habérselos dado: ¡su propia madre!) y de la más vil seducción.

Si lo hubiera deseado, hubiese vivido rodeada de un lujo pecador, pero tenía muy pocas necesidades y no conocía la vanidad. Sus gustos eran sencillos y ganaba bastante para satisfacerlos, y aun le sobraba.

Seguía al amor sólo por él, y sólo de vez en cuando; como hubiera seguido al arte si hubiera sido un hombre en lugar de una pobre muchacha. Y lo seguía caprichosamente y a ratos, con un alegre espíritu de camaradería más que otra cosa. Como un *amateur*, en suma. Un distinguido *amateur* demasiado orgulloso para vender sus cuadros, pero que de vez en cuando regala uno a un amigo muy apreciado y que le admira mucho.

Pura alegría de corazón, en fin. Y un corazón tan compasivo que no sabe negarse al que suplica. Era ante todo buena camarada y excelente chica. Aunque en su corazón no cabía más que un amor a la vez (a pesar de pertenecer al Quartier Latin, famoso por la gran capacidad de sus corazones), era, en cambio, una amiga admirable, compasiva, tierna y complaciente, y tomaba mucho más en serio la amistad que el amor.

Podría decirse en verdad que Trilby tenía un corazón virgen, pues nada sabía de las penas del amor, de sus tormentos, agonías, celos y transportes.

Para ella el amor era ligero. Llegaba y desaparecía con la misma facilidad, para nunca más volver, de lo que podrían dar fe dos o tres pintorescos bohemios del pincel o del buril, bien a costa de su vanidad y acaso también de un sentimiento más profundo, ¿quién sabe?

El padre de Trilby había sido, como había dicho ella, un caballero, hijo de un famoso médico de Dublín amigo de Jorge IV. Fue miembro de honor de su Universidad, y tomó las sagradas órdenes. También él tenía todas las virtudes menos una: era un borracho. Había empezado a beber desde muy joven y pronto tuvo que dejar el ministerio y se dedicó a enseñar los clásicos, en lo que igualmente fracasó por culpa de su triste defecto, hundiéndose definitivamente en la oscuridad.

Entonces fue a París y, habiendo conseguido unos cuantos discípulos (que también perdió), fue cayendo cada vez más bajo en su miserable existencia. Cuando iba a llegar a la miseria total se casó con una camarera del Bar des Montagnards Écossais, establecido en la rue du Paradis Poissonnière. Era una muchacha que se

vestía de escocesa y estaba guapísima con su boina de terciopelo. De nacimiento humilde, se las ingenió para hacerle salir adelante durante diez o quince años. Nació Trilby, y fue educada a la buena de Dios.

Pronto enseñó Patrick O'Ferrall a su mujer cómo había de ahogar las preocupaciones y las responsabilidades con el mismo sencillo sistema que él practicaba. Además, no le faltaban las oportunidades. Al cabo de algún tiempo murió Patrick, dejando un hijo póstumo que nació ¡oh, cielos!, diez meses después de la muerte de su padre, y que le costó la vida a su madre.

Trilby se había convertido en una planchadora de ropa fina, pero a los dos o tres años le ocurrió el primer percance por haberse fiado de un amigo de su madre. Entonces se hizo modelo, también para poder sostener a su hermano pequeño a quien quería entrañablemente.

En el momento en que empieza nuestra historia, el pobre niño estaba «en pensión» en casa del Père Martin, el traperero, y de su mujer, la vendedora de *bric-à-brac* y de obras maestras al alcance de todos los bolsillos. Eran muy buenas personas y se habían encariñado con el niño que era precioso, muy resuelto y lleno de travesuras e inteligencia, lo que le convirtió en la criatura más popular de la rue du Puits d'Amour y alrededores.

Trilby, por capricho, le llamaba su ahijado y decía que era nieto del matrimonio Martin, y aquellas buenas gentes habían llegado casi a creerse que el niño les pertenecía.

Todos los demás creían que el niño era de Trilby (a pesar de sus pocos años), y ella le quería tanto que no le importaba nada que lo creyesen. En resumidas cuentas, que el chiquillo no podía haber caído mejor.

La Mère Martin era piadosa, o lo aparentaba; el Père Martin lo contrario, pero los dos eran buenos, aunque toscos, ignorantes y poco escrupulosos muchas veces (como era natural). Sin embargo, estaban dotados de la gracia salvadora del amor y de la caridad. Puesto que los hombres han de ser juzgados por sus obras, esta simpática pareja ya habrá sido recompensada de los trabajos y luchas de esta vida miserable.

Hasta aquí la historia de nuestra heroína.

Mientras Trilby, sentada en la platea y cogida de la mano de Durien, lloraba las desventuras de *La Dame aux Camélias*, muy bien representada por *madame* Doche, recordaba vagamente, como si soñara despierta, unas veces la noble presencia de Taffy, que, dominando tranquilo y erguido a su adversario, florete en mano, le daba galantemente tiempo para reponerse, y otras las delicadas facciones de Billee y su respetuosa cortesía.

Durante los entreactos, su corazón se volvía al simpático *Laird of Cockpen*, que, de vez en cuando, soltaba terribles juramentos y abominables palabrotas en francés (aun delante de señoras), sin la menor idea de lo que quería decir. Pues Laird tenía buen oído y una gran afición a emplear palabras familiares y modismos típicos antes de saber la lengua, lo que le valía no pocas equivocaciones lamentables, que le

ponían en constantes aprietos.

Era como si un francés cortés le declarara a una noble hija de Albión:

«Por Dios, señorita, su té está j... frío, llamo al c... de Jules para que le traiga otro tazón».

Con el tiempo y la experiencia, llegó a aprender. Pero menos mal que aquellos primeros ensayos de conversación francesa avanzada fueron hechos en el despreocupado círculo de la place St. Anatole des Arts.



Fin de la primera parte

Segunda Parte

«Dieu! Qu'il fait bon la regarder,
La gracieuse, bonne et belle!
Pour les grands biens qui sont en elle
Chacun est prêt de la louer»^[16].

Pocas personas sabían exactamente cómo vivía Svengali, y muy pocas dónde y por qué. Ocupaba una amplia y destartalada buhardilla en el sexto piso de la rue Tire-Liard, con una cama con ruedecillas y un piano por todo mobiliario.

Era pobre, a pesar de su talento, aún no era conocido en París. Además su aspecto y sus maneras predisponían en su contra. O adulaba de forma servil, o atropellaba a la gente incurriendo en la más descarada grosería. Hacía gala de una gracia despreocupada y cínica que, en lugar de divertir, era ofensiva, y se reía siempre de todo, en los momentos y lugares menos oportunos. Su risa brotaba burlona y maligna, y su vanidad y soberbia resultaban insoportables. Además, era pretencioso y sucio en su manera de vestir, y su aspecto era más grasiento y descuidado del que se le se puede permitir a un pianista notable, aun en la buena sociedad.

No era un hombre simpático, y su pobreza no inspiraba compasión; una pobreza la suya que no era honorable ni tenía razón de ser, pues Svengali recibía constantemente dinero de su familia austríaca: sus ancianos padres, sus hermanas, sus primas y sus tías, pobres gentes frugales y trabajadoras que le adoraban y admiraban con toda su alma.

Su única virtud era el amor por su arte; más bien su amor a sí mismo como un maestro de su arte: «el maestro».

Despreciaba, o parecía despreciar, a todos los músicos vivos o difuntos, aun a aquellos cuyas obras interpretaba de manera tan genial, compadeciéndoles por no haber oído a Svengali dar expresión a sus composiciones (algo que hacía, naturalmente, mucho mejor que ellos).

«Todos ellos saben o *supierron* tocar el piano, pero no gran cosa».

Había sido el mejor pianista de su tiempo en el Conservatorio de Leipzig, y se le podía perdonar su vanidad pues transmitía un extraño encanto a toda la música que interpretaba, excepto cuando la música era sublime. Entonces fracasaba en toda la línea.

Llegaba hasta Chopin, pero no pasaba de él. Haendel, Bach y Beethoven no se prestan a caprichosas versiones. Con Chopin, sin embargo, es posible tomarse algunas libertades.

Había deseado ardientemente cantar, y para conseguirlo estudió con ahínco en Alemania, Italia y Francia, siempre con una remota esperanza de llegar a conseguir un volumen suficiente de voz. Pero la naturaleza había sido inexorable con él en este aspecto. Carecía totalmente de voz y, a pesar de poner en práctica todos los métodos

imaginables, nunca logró más perfecta emisión sonora que aquel débil graznido de cuervo que era su voz ordinaria. Sin embargo, llegó a comprender la voz humana como nadie la ha comprendido antes o después de él.

Así que en su cabeza él estaba siempre cantando, cantando, cantando, como probablemente ningún ruiseñor humano haya cantado nunca para deleite de los mortales. Obtenía maravillas melódicas siempre inéditas de las más vulgares cancioncillas de los cafetines, de los juegos de corro, del Cuerpo de Guardia, de las escuelas, de las trastiendas, de los tugurios... No había música, por humilde y ruin que fuese, que no fuese transmutada por la magia de Svengali en obra de inmarcesible belleza, sin variar, además, ni una sola nota. Esto parece imposible, pero ¿dónde estaría si no la magia de aquel músico extraordinario?



«Lo peor que se ha conocido»

Todos los dones que recibiera al nacer —conciencia, corazón, amor, piedad, ternura, virilidad, valor, reverencia y caridad—, habían sido absorbidos por aquella devoradora facultad musical, y nada le había quedado para la vida ordinaria. Y todo brotaba al exterior a través de su flautita desmontable.

Svengali tocando a Chopin al piano, o mejor aún, Svengali tocando *Ben Bolt* en su flauta, era un ser celestial.

Pero el mismo Svengali, recorriendo el mundo en busca de alguien a quien engañar, traicionar, explotar, de quien burlarse brutalmente, a quien atropellar si se atrevía, ante quien rebajarse si era preciso, fuese hombre, mujer, niño o perro o lo que se terciase, era lo peor que se ha conocido.

Para ganar unas monedas, cuando no podía pedírselas a nadie, tocaba acompañamientos en los cafés, y allí se las arreglaba también para ofender o molestar pues, en su desprecio por el cantante, tocaba demasiado fuerte, salpicando sus acompañamientos con brillantes improvisaciones, levantaba muy alto las manos para dejarlas caer como una maza sobre las teclas en las partes sentimentales, sacudía su sucia y despeinada melena, y sonreía al público con dulzona y malévola expresión. En fin, hacía todo lo posible por atraer la atención hacia su persona. Daba también clases (es de esperar que no fuese en colegios de señoritas). Clases que aparentemente le debían de pagar bastante mal, pues nunca tenía un céntimo y siempre estaba pidiendo dinero que jamás devolvía, agotando así la paciencia de todos sus conocidos.

Sólo tenía dos amigos. Uno de ellos era Gecko, que vivía en una diminuta

buhardilla muy cerca de allí, en el Impasse des Ramoneurs, y que era segundo violín en la orquesta del Gymnase, y repartía sus pobres honorarios con su maestro al que, desde luego, debía su gran talento, aún no muy conocido.

La otra amiga y discípula de Svengali era, o más bien había sido, la misteriosa Honorine, de cuya conquista se pavoneaba dejando entrever que se trataba de una mujer del gran mundo.

Nada más lejos de la verdad. *Mademoiselle* Honorine Cahen (más conocida en el Quartier Latin por Mimi la Salope^[17]), era una judía sucia y desaliñada, que se ganaba la vida posando desnuda como modelo. De condición social humilde y oscura, poseía, sin embargo, un carácter muy animado y una bonita voz, y cantaba con tanto gusto que hacía casi olvidar su acento, que era de lo más bajo y canallesco.

Solía posar en el estudio de Carrel, y cantaba mientras posaba. Cuando Billee la oyó por primera vez, tanto le gustó que «casi se puso malo al pensar que posaba desnuda». Todas las mujeres hermosas que se dedican a posar le producían el mismo efecto, pues tenía verdadera reverencia por las mujeres, y a las mujeres que cantaban las adoraba especialmente, sobre todo a las contraltos, debido sin duda a que esa voz profunda que se rompe, cambia en el centro, y sube repentinamente en un soberbio y angélico trémolo, le atravesaba los oídos y llegaba hasta sus entrañas.

Una vez oyó a *madame* Alboni, y este hecho dejó huella en su vida. ¡Qué buena presa para las sirenas hubiera sido Billee! Para él palidecía la belleza física ante una hermosa voz de mujer cantando en el centro de una nota. El ruiseñor mataba al ave del paraíso.

Por supuesto que Mimi la Salope no tenía ni el arte ni la voz de *madame* Alboni, pero en su clase era una vocecita agradable, y su arte inocente tenía una fácil seducción.

Cantaba cancioncillas de Béranger: *Grand mère, parlez-nous de lui*, o *T'en souviens-tu? Disait un capitaine*, o *Enfants, c'est moi qui suis Lisette!*, y otras tan bonitas que hacían llenarse de lágrimas los ojos de Billee, que se emocionaba con suma facilidad.

Luego cantaba canciones que no eran de Béranger precisamente, cosas ligeras, con letra del argot parisiense que Billee no entendía, pero que, por las rimas que suscitaba entre los «compadres» del estudio de Carrel, podía adivinarse que eran procaces a pesar de que la conmovedora vocecita seguía pareciendo la de un serafín. Little Billee sufrió un gran desencanto, y se sonrojó por ella.

Svengali la había oído cantar en la Brasserie des Porcherons, de la rue du Crapaud Volant, y se había ofrecido a darle clases. Ella comenzó por ir a verle a su buhardilla. Svengali se ponía al piano y la miraba con un notable juego de ojos, lanzándole miradas relampagueantes con sus audaces pupilas negras que parecían dos abalorios de azabache. La pobre Mimi se postró inmediatamente en espíritu de reverencia y adoración ante aquel brillante ejemplar de su raza.

Y así, aquella alma vil y mercenaria, acostumbrada a arrastrarse por el fango, se

conmovió ante los espavientos y las melodías que provenían de aquel hombre que parecía un ser sobrenatural lleno de majestad; un héroe que tocaba timbales y atabales; un profeta, en fin, del Dios de Israel, ¡David y Saúl al mismo tiempo!

Svengali empezó a enseñarle con paciencia y dulzura, dedicándole palabras cariñosas al principio. La llamaba su «rosa de *Sharron*», su «perla de *Babilonia*», su «*alondrra* de Jerusalén con ojos de gacela», y le prometía que sería la reina de los ruseñores.

Pero, antes de enseñarle, tenía que hacerle olvidar todo lo que sabía; la manera de respirar y de emitir la voz, pues *todo* lo hacía mal. Mimi trabajaba sin descanso, y consiguió olvidar pronto todas las simpáticas gracias de fraseo y canto que había practicado hasta entonces. Aunque tenía un oído exquisito, carecía realmente de inteligencia, no sólo musical, sino de cualquier otra clase, excepto cuando se proponía obtener dinero. Era tonta como una lechuza y su voz tenía el gorgojeo de un malvís, todo de cabeza y de garganta (voz que, en esta ocasión, Svengali no supo entender), un don de lozanía, de juventud, de salud y de alegría, como su belleza física, «belleza del demonio, maldita belleza»...

La pobre muchacha hacía cuanto podía: estudiaba asiduamente el nuevo sistema hasta ponerse ronca, y apenas comía ni dormía. Su maestro se volvió duro, impaciente, de una fría severidad y, como es lógico, ella le adoraba mucho más entonces, y cuanto más le adoraba, más nerviosa se ponía y peor cantaba. Su voz se rompía, su oído se desmoralizaba, y sus ensayos de vocalización llegaron a ser tan desoladores como los de Trilby. Svengali se ponía furioso, la insultaba, la pellizcaba y le pegaba con sus manazas huesudas. Ella lloraba como una Niobe, y él aprovechaba para pedirle prestadas monedas de cinco francos y aun de un franco y de medio franco —que nunca devolvía— y la amedrentaba, tiranizaba y martirizaba, hasta que Mimi se enamoró de Svengali de tal manera que se hubiera tirado de un quinto piso por darle gusto, aunque el terrible profesor no le exigiera tanto, ya que se limitaba a pedirle que cantara bien. Y así, una hermosa mañana de *Sabbath* (un sábado naturalmente), la cogió por los hombros y la puso con armas y bagajes a la puerta de la buhardilla, con la amenaza de que si osaba volver a presentarse allí, la denunciaría a la policía. ¡Terrible amenaza para las congéneres de Mimi la Salope! Svengali la increpaba diciéndole: «¿De dónde han salido todas esas monedas de cinco francos con que has tratado de pagar las lecciones que para nada te han valido?».



«Una voz que él no entendía»

La pobre alondra de Jerusalén con ojos de gacela volvió a sus calles nativas convertida en una alondra del cieno de los bajos fondos de París, con las alas rotas, el alma destrozada y cegadas las fuentes de la alegría, y sin más voz en su garganta que el piar de un gorrión y, acaso, ni tanto siquiera.

¡Y aquí yace «la pequeña Honorine»!

La mañana siguiente a la marcha de Honorine, se despertó Svengali en su buhardilla con un vehemente deseo de pasar un día agradable, pues era domingo y hacía un tiempo hermoso.

Estiró el brazo y, alcanzando el chaleco y los pantalones caídos en el suelo, vació los bolsillos sobre la andrajosa manta de su cama; no cayó plata ni oro y sólo unas monedas de cobre, aunque suficientes para un parco desayuno.

El día anterior había desvalijado a Gecko de sus únicos diez francos para gastárselos todos en una noche de juerga —en la que Gecko, naturalmente, no tomó parte—, así que no tenía en perspectiva más que a Billee, Taffy y Laird, a quienes hacía tiempo no había dado un sablazo.

Se vistió y se miró en un trozo de espejo de zinc, encontrando que la frente podía pasar, pero que los ojos y las sienes estaban demasiado mugrientos. Echó un poco de agua en un cacharro, y retorciendo la punta de su pañuelo alrededor de un dedo muy sucio, la metió muy delicadamente en el agua, y se quitó la mugre más visible. Las manos podían tirar como estaban uno o dos días más, y, pasándose los dedos por la enredada melena, se la echó por detrás de las orejas de aquella afectada manera que

tenía por costumbre, y que tanto molestaba a sus amigos ingleses. Luego, poniéndose la boina parisiense y la chaqueta de terciopelo, se lanzó a las calles cuajadas de sol, con aquella impresión de libertad y aquella fragancia que impregnan las calles de París en las mañanas de mayo.

Encontró a Little Billee sentado en su baño de zinc, afanándose con el jabón y la esponja, lo que le hizo tanta gracia y le divirtió tanto, que olvidó para lo que había venido.

—¡Cielos! ¿Por qué diablos haces *ahorra* eso? —preguntó en su francés hebraico-germánico.

—¿Hago ahora qué? —preguntó Little Billee en su mal francés.

—Sentarte *ahorra* en el agua y jugar con el jabón y con la esponja.

—Supongo que para tratar de limpiarme.

—¡Ajá! ¿Y se *podría* saber cómo demonios te has ensuciado tanto?

A esto no supo qué contestar Billee, y siguió sus abluciones con los resoplidos y chapoteos de un energético británico. Svengali rió a grandes carcajadas ante aquel pequeño inglés que trataba de limpiarse.

Cuando el muchacho consiguió toda la limpieza de la que fue capaz en aquellas circunstancias, Svengali le pidió doscientos francos y Billee le dio cinco.



«Aquí yace la pequeña Honorine»

Contento con los cinco, ya que no le daban más, preguntó cuándo pensaba volver a tratar de limpiarse, pues le agradaría presenciarlo de nuevo.

—Mañana por la mañana —replicó Billee con cortés inclinación.

—¿Cómo? ¿El lunes también? ¡Dios del cielo! ¿Pero es que intentas «limpiarte» de esta *manera* todos los días?

Y salió corriendo de la habitación y de la casa de la place de l'Odéon, y siguió riendo hasta la rue de Seine, donde vivía «el hombre de sangre azul», al que pensaba engatusar con la historia de aquel original Billee, que trataba de «limpiarse» todos los días para, de paso, sacarle cinco francos, o dos por lo menos.

Como quizá haya pensado el lector, Svengali encontró a Taffy también en el baño,

por lo que empezó a reírse con una risa tan convulsiva que se retorció y enroscaba y se doblaba en dos, apuntando con un dedo sucio al desnudo y gigantesco Taffy, de tal manera que el inglés se enfureció.

—¿De qué diablos te ríes, cerdo? ¿Quieres que te tire por la ventana a la rue de Seine? ¿De qué te ríes, indecente judío? ¡Espera y verás, cómo te lavo yo la cabeza! —Taffy saltó del baño hecho una fiera, y Svengali, al ver venir sobre él aquella figura hercúlea, presa de británico furor, huyó aterrado.

—¡Qué horror! —exclamó al bajar a grandes zancadas las escaleras del Hôtel de Seine—. ¡Vaya un bárbaro! ¡Qué *asqueroso* animal! ¡Qué bestia de *Englander*!



«Dos Englander en un día»

Se detuvo para tomar aliento y, después de reflexionar, decidió ir a ver al escocés de la place St. Anatole des Arts, para sacarle los cinco francos, pero pensó que era mejor desayunar primero. No se quería exponer a toparse con otro Englander tratando de «limpiarse».

Svengali desayunó en la lechería de Souchet, de la rue Clopint-Clopant y, sintiéndose seguro, rió a carcajadas hasta que le dolieron los costados.

Se había encontrado a dos *Englanders* en un mismo día, uno grande y otro pequeño, los dos desnudos y tratando de «limpiarse». Los consideraba seres ridículos.

Después de todo, acaso no se equivocase desde su punto de vista. Igual se ensucia uno en una semana que en toda su vida. ¿Para qué molestarse tanto? Además, no se debe estar ni más ni menos limpio que los que nos rodean, pues el estar más limpio puede parecer presunción y atraer antipatías.

En el momento en que Svengali iba a llamar a la puerta de Laird, bajaba Trilby del estudio de Durien, pero era una Trilby muy diferente de lo que acostumbraba. Tenía los ojos encarnados de llorar, enmarcados por unas grandes ojeras. Sus pecas resaltaban además sobre la palidez de su semblante.

—¿Qué le sucede, *señorita*? —preguntó Svengali.

Trilby le contestó que tenía una gran neuralgia en los ojos, que solía atacarle con frecuencia, que el dolor era enloquecedor y que a veces le duraba un día entero.

—Acaso pueda *currarla*. Entre aquí conmigo.

Las abluciones de Laird (si es que las había hecho) ya habían concluido. Estaba desayunando un panecillo con mantequilla y café hecho por él mismo. Al ver a Trilby tan triste le ofreció café, *whisky* y galletas, que ella no quiso ni tocar.

Svengali la hizo sentar en el diván y le ordenó que le mirase fijamente al blanco de los ojos.

—*Mírreme* al blanco de mis ojos —y empezó a darle pases magnéticos sobre la frente y las sienes, sobre el cuello y la garganta. Pronto Trilby tomó una expresión de placidez y entonces se cerraron sus ojos.

Al cabo de un cuarto de hora Svengali le preguntó si sufría.

—¡Oh! Casi nada, señor. Estoy en la gloria.

Después de unos minutos, Svengali preguntó a Laird si sabía alemán.

—Lo bastante para entenderlo —contestó Laird, que había pasado un año en Düsseldorf.

Svengali entonces le dijo en alemán:

—Vea usted: no está dormida, pero no abrirá los ojos. Pregúnteselo...

—¿Está dormida, Trilby?

—No.

—Entonces abra los ojos y míreme.

Trató de abrir los ojos la muchacha. Al no conseguirlo exclamo:

—¡No puedo!

Svengali entonces dijo en alemán:

—No abrirá la boca.

—¿Por qué no puede abrir los ojos, señorita Trilby? —le preguntó Laird.

Trilby quiso abrir la boca, aunque también en vano.

—No se levantará del diván —continuó Svengali.

Y Trilby se quedó sin poder moverse.

—Ahora la voy a dejar en libertad —dijo Svengali; y Trilby se levantó gritando:

—¡Viva Prusia! ¡Estoy curada!

Y, en prueba de su gratitud, besó la mano de Svengali. Éste corrió entonces a lanzarle fascinadoras miradas y a hacerle muecas enseñando sus grandes y oscuros dientes y el blanco amarillento de sus ojos. Su respiración parecía un silbido.

—Ahora puedo volver a posar para Durien. No sé cómo darle las gracias, señor, me ha quitado el dolor por completo.

—Sí, *señorrita*. Claro que ahora lo tengo yo aquí, en este hombro. Pero me gusta porque viene de usted. Siempre que le duela venga a mi casa, rue du Tire-Liard, número doce, piso sexto, encima del entresuelo. Yo la *curraré* quedándome con el dolor.

—¡Oh, qué bueno es usted! —Y, en su alegría, dio media vuelta sobre los talones y gritó su monumental pregón—: «¡La leche está abajo!».

Se estremecieron hasta las vigas, y el piano contestó con un solemne zumbido.

—¿Qué ha dicho usted, *señorrita*?

—El pregón de los lecheros ingleses.

—Es un grito magnífico. Viene *derrecho* del corazón, tiene las raíces en el estómago y florece hecho música en los labios como la voz de *madame Alboni*: *voce sulle labbre!* ¡Es una cosa magnífica! ¡Un grito del *corrazón*!

Trilby se puso colorada de orgullo y de emoción.

—Sí, *señorrita*. Sólo conozco otra persona en el mundo que pueda emitir la voz tan bien como usted. Le doy mi palabra de honor.

—¿Y quién es...? ¿Usted, acaso?

—¡Ay, *señorrita*...! No poseo ese privilegio. Desgraciadamente, no rengo apenas voz... Se trata de un *camarrero* del café de la Rotonde del Palais Royal. Cuando alguien pide café, él contesta ¡bum!, en bajo profundo. Es fenomenal. Parece un cañón. A este hombre le pagan mil francos al año por la clientela que trae al café de la Rotonde, donde el café no es muy bueno, aunque cuesta quince céntimos más caro que en el café de Larsouille de la rue Flamberge-au-Vent. Cuando *muerra* buscarán otro igual por toda Francia, y luego por toda Alemania, de donde vienen todos los buenos *camarreros* —y los buenos cañones—, pero no lo encontrarán y se arruinará el café de la Rotonde si no consiente usted en reemplazarle. ¿Me permite, *señorrita*, que le vea la boca?

Trilby abrió entonces la boca y Svengali la examinó.

—¡Dios mío! ¡Tiene usted el paladar como la bóveda del Panteón! ¡Cabén debajo «todas las *glorrias* de Francia», y aún sobra sitio! La entrada de la garganta es como el pórtico central de Saint Sulpice cuando se abren las puertas el día de Todos los Santos. Y no le falta ni una muela, treinta y dos dientes ingleses blancos como la leche y grandes como huesos de taba. Su lengua está ahuecada como el pétalo de una peonía rosa, y el puente de su nariz es como el vientre de un Stradivarius. ¡Vaya una caja de resonancia! Dentro, sus pulmones encajados en un pecho magnífico parecen de *cuero*, y su aliento embalsama como el de una ternera alimentada de margaritas y ranúnculos en el Vaterland. Y posee usted un dulce corazón lleno de sensibilidad. Un corazón de *orro*, señorita. ¡Todo eso se lee en su rostro!

Votre coeur est un luth suspendu!

Aussitôt qu'on le touche il résonne...^[18]

—¡Qué lástima, *señorrita*, que no tenga usted un temperamento musical!

—Pero si lo tengo, señor. ¿No me oyó cantar Ben Bolt? ¿Por qué lo duda entonces?

Svengali enmudeció confuso; pero luego continuó:

—Cuando toco *Rosamunda*, de Schubert, usted, *señorrita*, se pone a fumar y a mirar hacia otro lado. Mira al gran Taffy, a Little Billee, a los cuadros de la pared o bien por la ventana al cielo, a las chimeneas de Notre Dame de París. ¡No! ¡No mira a Svengali! ¡Svengali, que la *mirra* con toda su alma y toca para usted *Rosamunda*, de Schubert!

—¡Oh! ¡Qué cosas tan bonitas dice! —exclamó Trilby.

—Pero no importa, *señorrita*. Cuando le vuelva el dolor, acuda a Svengali que se lo *quitarrá* y se *quedarrá* con él como recuerdo suyo. Cuando no le duela, Svengali *tocarrá* sólo para usted *Rosamunda*, de Schubert, y luego *Messieurs les étudiants, montez à la chaumière!*, porque es más alegre. Entonces no *serrá* usted nada, ni *oirrá* nada, más que a Svengali, a Svengali, a Svengali...

Al llegar aquí, entusiasmado de su perorata, decidió no perder el efecto y marcharse rápidamente. Inclínándose sobre la mano salpicada de pecas de Trilby, la besó y, saludando, desapareció sin haber pedido los proyectados cinco francos.

—¡Vaya un tipo! —comentó Trilby—. Parece que es una araña hambrienta y que yo soy la mosca, ¡pero me ha quitado el dolor! ¡Me ha quitado el dolor! ¡Si viera usted lo que es ese dolor!



«¡Dios mío! El paladar de su boca»

—Sin embargo, yo que usted, Trilby, procuraría no intimar con él —le aconsejó Laird—. Preferiría sufrir cualquier dolor a que me lo quitase semejante hombre y de esa manera tan artificial. Estoy seguro de que Svengali es una mala persona. Ha hecho una demostración de hipnotismo. Ya había oído hablar de ello, pero nunca lo había visto. Se apoderan de la voluntad de una persona y le hacen ejecutar todo lo que quieren: mentir, matar, robar... ¡Cualquier cosa! Y cuando ya no los necesitan, les hacen suicidarse. ¡Es horrible!

Así habló Laird, muy serio y solemne, sorprendido y preocupado, en contra de su alegre costumbre de tomar las cosas a broma. Su preocupación crecía por momentos, hasta hacerle parecer un verdadero profeta. La pobre Trilby sintió un frío estremecimiento por la espalda. Tenía un temperamento singularmente impresionable, como había demostrado al ser hipnotizada tan rápidamente y con tanta facilidad por Svengali.

Todo el día, mientras posaba para Durien (a quien no había contado su aventura), le persiguió el recuerdo de los grandes ojos de Svengali. Parecía aún sentir sobre su frente los suaves golpecitos de sus dedos sucios. Y su miedo y su repulsión iban en aumento.

En sus oídos sonaba: ¡Svengali! ¡Svengali! ¡Svengali...! Como un fúnebre y obsesionante tañido que gravitase sobre ella, alucinante e insoportable, y casi tan difícil de resistir como el dolor neurálgico.

—¡Svengali...! ¡Svengali...! ¡Svengali...!
Por fin preguntó a Durien si le conocía.
—¡Que si le conozco!
—¿Qué piensa de él?
—Que cuando muera habrá un canalla menos en este mundo.

«CHEZ CARREL»

El estudio (o escuela de pintura) estaba en la rue Notre Dame des Potirons St. Michel, al fondo de un amplio patio al que daban muchas grandes ventanas, todas al norte y todas sucias, que iluminaban otros tantos estudios también muy sucios.

El mayor de todos, y el más mugriento, era el de Carrel, donde unos treinta o cuarenta alumnos dibujaban o pintaban todos los días de ocho a doce, a excepción de los domingos, modelos desnudos. Por la tarde trabajaban dos horas también, menos los sábados, cuyas tardes estaban reservadas para unas épicas limpiezas de los establos de Augías.



«Cuando muera, habrá un canalla menos en este mundo»

Una semana tocaba el modelo femenino y otra el masculino, y así se turnaban durante todo el año.

Una estufa, una tarima, taburetes, cajones, unas cincuenta sillas bajas muy fuertes, dos veintenas de caballetes, e innumerables tableros de dibujo completaban el mobiliario.

Las paredes estaban decoradas con un sinfín de caricaturas al carbón y a la tiza blanca, amén de las rebañaduras de las paletas que componían una decoración polícroma nada desagradable.

Cada estudiante pagaba por el uso del mobiliario y del modelo diez francos mensuales al *massier* (o decano de los estudiantes), que era el responsable del

estudio. Además todos debían dar al entrar treinta, cuarenta o cincuenta francos para gastarlos en pasteles y ron el día del ingreso.

Todos los viernes acudía *monsieur* Carrel, un gran artista y además un señor muy elegante y educado (debidamente condecorado con la Legión de Honor), y durante dos o tres horas daba la vuelta al estudio, deteniéndose unos minutos ante cada caballete o tablero, y hasta diez o doce cuando el discípulo era trabajador y prometía.

Lo hacía por amor, no por dinero, y merecía toda la reverencia que le profesaban aquellos irreverentes y revoltosos alumnos de tan diferentes clases y nacionalidades.

Había allí hombres maduros que llevaban pintando y dibujando más de treinta años, y que recordaban a maestros anteriores a Carrel. Algunos podían pintar y dibujar un torso casi tan bien como Velázquez o Tiziano —casi, pero no del todo— y, aunque no servían para otra cosa, eran una institución en el estudio de Carrel.

Había otros más jóvenes que en un año o dos, o tres o cinco, o diez o veinte, llegarían a darse a conocer y acaso seguirían algún día los pasos de su maestro. Otros se veían claramente marcados por el signo del fracaso y el futuro estigma del hospital, la buhardilla, el río, la Morgue o, lo que era peor, la maleta del viajante o el mostrador paterno.

Los muchachos irresponsables eran *rapins*^[19]; entregados a sus bromas, los chistes y las travesuras eran *blague et bagout Parisien*^[20]. Los ingenieros, los torpes, los camorristas, los holgazanes y los trabajadores, los buenos y los malos, los limpios y los sucios, todos animados por un espíritu de camaradería, trabajaban, contentos y felices, juntos siempre, deseando ayudarse mutuamente con sinceros consejos artísticos si se los pedían en serio, aunque no siempre se expresaban en términos muy lisonjeros para el interesado.

Antes de que Little Billee llegase a formar parte de aquella ruidosa hermandad, había estado trabajando tres o cuatro años en una escuela de arte de Londres, dibujando y pintando del natural; también había copiado a los viejos maestros en el Museo Británico; por lo tanto, no era un novato en el arte.

Cuando hizo su aparición en el estudio de Carrel un lunes por la mañana, se notó de algún modo intimidado y a disgusto. Había estudiado francés con mucho ahínco en Inglaterra, lo leía ya bastante bien e incluso lo escribía y lo hablaba, pero esto último con bastante dificultad, ya que el francés de los estudios del Quartier Latin era completamente distinto del correcto lenguaje que Billee había estudiado. Ollendorf no abastece al Quartier Latin. Aconsejado por Taffy, que había trabajado en el estudio de Carrel, Billee dio sesenta francos al *massier* para su *bienvenue*, una suma respetable. Su liberalidad produjo una excelente impresión, y contribuyó a disipar el recelo que hubiera causado su traje bien cuidado y limpio y sus maneras corteses. Le designaron un sitio para el caballete, pues prefirió empezar a dibujar de pie y con tiza. El modelo, un hombre, estaba sentado y todos comenzaron a trabajar en silencio. Las mañanas de los lunes son en todas partes poco animadas (excepto en Judea, acaso). Durante los diez minutos de descanso, tres o cuatro estudiantes se acercaron a Billee

para ver su trabajo, y al observar que su habilidad era poco común, empezaron a respetarle.

La naturaleza le había dotado de una mano ligerísima o más bien de dos, pues era ambidextro y manejaba ambas con idéntica facilidad; unos cuantos meses de práctica en una escuela del natural de Londres le habían curado de aquella vaga indecisión en su toque, que, con tanta frecuencia, caracteriza al principiante, y que a veces persiste durante toda su época de aprendiz, y que nunca pierde el *amateur*. Los más leves y descuidados trazos de su lápiz tenían una precisión inimitable y un encanto tan especial y auténtico que fácilmente dejaban adivinar a su autor. Sus toques sobre el papel o el lienzo eran como los de Svengali sobre las teclas: únicos.

Al ir avanzando la mañana, hubo varios ensayos de conversación para romper el silencio.

Lambert, un muchacho de expresión abierta y guasona, rompió el primero el silencio con las siguientes inesperadas observaciones en un inglés mal chapurreado:

—¿Ha visto *ustet* los *sapatos viehos* de *mei* padre?

—No; no he visto los *sapatos viehos* de *suo* padre.

Y tras una pausa:

—¿Ha visto *ustet* el sombrero *vieho* de *mei* padre?

—No; no he visto el sombrero *vieho* de *suo* padre.

—Bonita cabeza la del inglés. ¿Qué te parece, Barizel?

—Sí, pero ¿por qué tiene los ojos como un par de caramelos de dos chavos?

—Porque es inglés.

—Bien, ¿y por qué tiene la boca como la de un conejo de Indias, con los dientes delanteros tan grandes como la blanca doble del dominó?

—Porque es inglés.



«¿Ha visto *ustet* los *sapatos viehos* de *mei* padre?»

—Bueno, ¿pero por qué tiene la espalda tan derecha que parece que se ha tragado

la Columna Vendôme entera hasta llegar a Austerlitz?

—Porque es inglés.

Y así siguieron hasta agotar todas las características exteriores de Little Billee.

Luego:

—¡Papelard!

—¿Qué?

—*Quisiera* saber si ese inglés reza oraciones al acostarse.

—Pregúntaselo.

—Pregúntaselo tú.

—Yo *quisiera* saber si el inglés tiene hermanas, cuántos, de qué edad y... ¡de qué... sexo!

—Pregúntaselo.

—¡Pregúntaselo tú!

—Yo *quisiera* saber la historia detallada y circunstancial del primer amor del inglés y cómo perdió su inocencia.

—Pregúntaselo tú.

Etcétera, etcétera...

Little Billee, dándose cuenta de que era el objeto de la conversación, se puso nervioso. Pronto se dirigieron a él personalmente.

—Dites donc, l'Anglais?

—¿*Cuá*? —preguntó Billee.

—Avez-vous une soeur?

—*Güí*.

—Est-ce qu'elle vous ressemble?

—*Nong*.

—C'est bien dommage! Est-ce qu'elle dit ses prières, le soir, en se couchant?^[21]

Los ojos de Little Billee adoptaron una expresión alarmante, lanzando chispas de rabia. En vista de estos síntomas fue abandonado aquel original sistema de conversación.

Al cabo de un raro, Lambert dijo:

—¿Y si le hacemos «la escalera»?

Little Billee, que había sido advertido, ya sabía lo que significaba aquello.

Te ataban a una escalera de mano, y te llevaban en procesión alrededor del patio, y si resistías, te ponían debajo de la manguera y te daban una ducha.

En el descanso siguiente, le explicaron que tenía que someterse a aquella indignidad y trajeron la escalera que usaban para alcanzar las repisas que había alrededor del estudio.

Little Billee, con su simpática sonrisa, se dejó atar de tan buen grado que le desataron diciendo que aquello no era nada divertido, y así escapó al suplicio de la escalera.

Taffy también escapó en su época a la misma prueba. Cuando trataron de atarle,

cogió al primer *rapin* que encontró a mano, y manejándolo como una porra, golpeó y echó por tierra a tantos estudiantes, caballetes y tableros que el estudio en plena tuvo que clamar ¡*pax!* Entonces hizo una exhibición de fuerza de tal calibre, que dejó memoria imperecedera en el estudio de Carrel; memoria que se convirtió en leyenda y tradición, para transformarse en fabuloso mito. Aun hoy en día se dice (en lo que queda del Quartier Latin) que Taffy medía siete pies de alto y hacía juegos malabares con el *massier* y el modelo como si fueran dos bolas de billar, y todo con la mano izquierda.

Pero volvamos a Little Billee: cuando sonaron las doce, aparecieron los pasteles y el ponche de ron. Fue una bienaventurada aparición que puso a todo el mundo de buen humor.

Los pasteles eran de tres clases: *Babas*, *Madeleines* y *Savarins*, a tres *sous* cada uno. Ningún otro pastel es tan sabroso entre todos los que se hacen en Francia, y se pueden encontrar algunos tan buenos en el Quartier Latin como en cualquier otro lugar; que yo sepa no los hay mejores en ninguna otra parte del mundo. Se debe de empezar con la *Madeleine* que es muy dulce y más bien pesada, luego el *Baba* y se termina con el *Savarin* que tiene la forma de un anillo, es muy ligero y sabe a ron. Luego... pero luego va no se puede con ninguno más.

El ponche de ron estaba tibio, muy dulce y nada fuerte.

Los estudiantes arrastraron la tarima del modelo hasta el centro, y pusieron encima una silla para Little Billee, que hizo los honores de un modo muy fino y haciendo gala de gran simpatía, sirviendo primero al *massier* y luego, por orden de veteranía según lo gris de sus cabellos, a los alumnos, y así hasta el modelo.

Cuando iba a empezar a probar los pasteles, le pidieron que cantase alguna canción popular inglesa. Después de dejar que insistieran un rato, cantó una romanza sobre un alegre caballero que, al dar una serenata a su amada, encuentra en su balcón unos guantes y una escalera de cuerda que no son suyos. Era una canción malvada, pero era la única que sabía Billee que pudiera hacer reír. Constaba de cuatro estrofas, todas eran largas y no resultaban nada graciosas para un auditorio francés, aunque incluso para un auditorio inglés Little Billee carecía por completo de aptitudes cómicas.



¡Taffy y la escalera!

Sin embargo, fue muy aplaudido al final de cada estrofa. Cuando terminó le preguntaron decepcionados si estaba *totalmente* seguro de que la canción no era más larga, y mostraron su disgusto. Entonces los estudiantes, montados como a caballo sobre sus sillas bajas, de robustas patas, y agarrados al respaldo, empezaron a galopar alrededor del estrado con mucha seriedad: la procesión más extraña que el joven inglés había tenido ocasión de presenciar en su vida. Billee empezó a reírse con tal gana que las lágrimas le corrían por las mejillas. Al terminar la extraña procesión no pudo comer ni beber de la risa. Luego siguió sirviendo ponche y pasteles; y justo cuando se disponía a probarlos, Papelard exclamó:

—¿No os parece, muchachos, que el inglés tiene una voz muy distinguida? Algo muy simpático y sentimental, un *je ne sais quoi!*

—Sí, sí —aprobó Bouchardy—. Un *je ne sais quoi!* Vaya frase, ¿eh?, un «no sé qué», ¿no os parece chicos? La acaba de inventar Papelard para describir la voz del inglés. Muy inteligente, este Papelard.

Y el coro exclamó entonces:

—Perfecto, perfecto; un genio de la caracterización, este Papelard. ¡Oye, inglés! Una vez más, que cante una vez más esa bonita canción, ¿eh? Te lo pedimos de rodillas.

Little Billee repitió su romanza, cosechando aún más aplausos. De nuevo se pusieron a galopar, pero en sentido contrario y mucho más de prisa, y Little Billee reía tanto que le dolían los costados.

—Yo encuentro —interrumpió Dubosc— que existe algo exuberante y fascinador en la música inglesa, que se sube a la cabeza. ¿No te parece, Bouchardy?

Y Bouchardy:

—¡Oh! ¡Para mí lo más admirable es la *letra!* ¡Qué palabras tan apasionadas, tan románticas! Ya sabéis: «istos gua-antes, istos gua-antes, non me pertenesen». Me

gusta sobre todo ese *ne sais quoi*. Otra vez, inglés; sólo una vez más, cántanos de nuevo los cuatro *couplets*.

Y Billee cantó por tercera vez mientras todos comían y bebían con mucha calma, y fumaban mirándose unos a otros gravemente, y aprobando solemnemente ciertas frases con la cabeza:

—*Très bien! Très bien! Ah, voilà qui est bien réussi! Épatant ça! Très fin!*^[22]...

Little Billee, animado por el éxito, se excedió en los gestos enfáticos y grotescos y en lo teatral, sin reparar en que ninguno de los que escuchaban tenía la menor idea de lo que quería decir. El recital dejó mucho que desear.

Hasta que no cantó por cuarta vez no cayó en la cuenta de que todo era una broma improvisada, ya que de su magnífico banquete no quedó ni una sola miga para él.

¡Era la vieja fábula de la zorra y del cuervo! Pero para hacerle justicia, deberemos confesar que nadie rió la broma de mejor gana que Little Billee, y como si las bromas se aceptan bien, la gente se cansa pronto de gastarlas, esta buena condición resulta tan útil en la vida social como poseer los puños de Taffy.

En esto consistió el primer contacto de Little Billee con el estudio de Carrel, donde pasó muchas mañanas felices e hizo muy buenos amigos.

No ha vuelto a pasar por aquel estudio un alumno tan popular como él, ni tan considerado, respetuoso y educado, y desde luego, ninguno con más disposición artística.

Carrel solía dedicarle un cuarto de hora y con frecuencia le invitaba a su estudio. No fue raro ver al cuarto o quinto día de su llegada a un grupo de estudiantes viéndole trabajar.

—¡Vaya con el inglesito! Al menos se sabe toda la sintaxis de la pintura.

Ése era el veredicto de todos los alumnos del estudio de Carrel acerca de Little Billee, opinión que no podía ser más elevada...

* * *

Joven como era (diecisiete o dieciocho años) y también ingenua (como Billee), Trilby tenía una percepción rápida y clara de lo que le gustaba; sabía discernir perfectamente entre sus caprichos y sus afectos y siempre sabía lo que quería, y no perdía tiempo en conseguirlo.

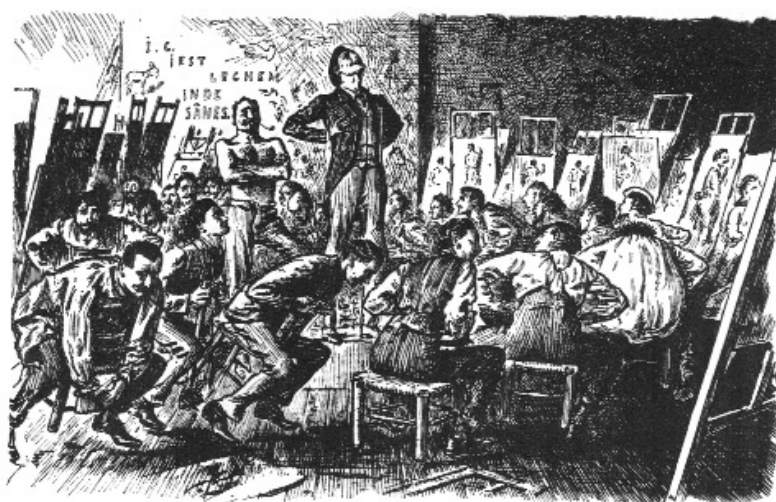
Cuando entró por primera vez en el estudio de la place St. Anatole des Arts, no tardó ni cinco minutos en descubrir que era aquel el estudio más acogedor, simpático, amable y agradable no sólo de todo el Quartier Latin, sino de cualquier otro sitio que ella conociera, y que sus tres ocupantes eran, individual y colectivamente, mucho más de su gusto que ninguna de las personas que había conocido en su vida.

En primer lugar, se trataba de ingleses, y a ella le encantaba oír y hablar su lengua materna, pues despertaba en su interior toda clase de tiernos recuerdos y dulces reminiscencias de su infancia, sus padres y su hogar, a pesar de lo poco que éste

valía, o más bien valían, va que habían sitio muchos los pobres nidos que la habían cobijado. Los O'Ferrall eran como pájaros, siempre de rama en rama.

Trilby había querido mucho a sus padres, pues a pesar de sus muchas faltas, tuvieron en cambio muchas cualidades: encanto, simpatía, bondad, ternura de corazón, un deseo constante de agradar, y la suya era de ese tipo de generosidad que precede a la justicia, haciendo que uno preste su último céntimo... y se olvide de pagar sus deudas.

Trilby conocía a otros artistas ingleses y americanos que habían copiado sus manos y su cabeza, pero ninguno de ellos podía compararse con el fornido Taffy, el alegre y rechoncho Laird y el refinado, simpático y elegante Billee. Así que Trilby decidió estrechar lo más posible aquella amistad, frecuentando el estudio y a sus *inquilinos*.



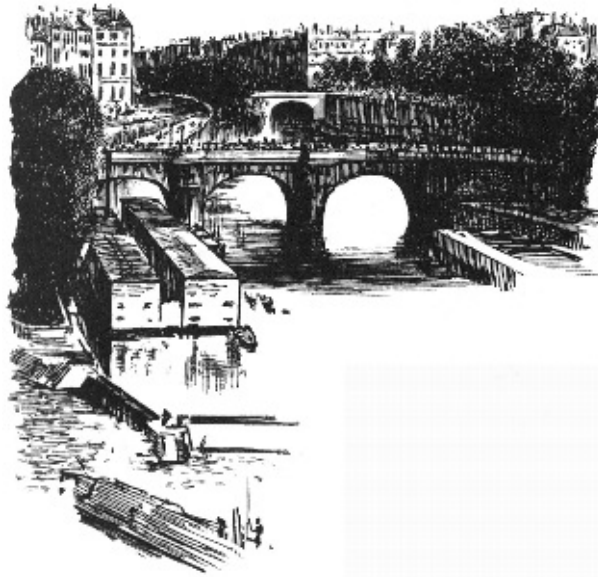
«La zorra y el cuervo»

Haciéndose útil y a la vez ornamental si le convenía, Trilby, sin traslucir ni pizca de vanidad o timidez, no dudaba nunca de sus poderes de seducción.

Lo primero que hizo fue pedir prestado al Père Martin el cesto, la linterna y el gancho (de los que el trapero tenía varios equipos) para llevárselos a Taffy, al que temía haber ofendido por la libertad de los comentarios que había hecho sobre su cuadro.

Decidió gritar su pregón a la puerta del estudio siempre que pudiese sin ser inoportuna, y tras preguntar por todos cariñosamente, se sentaba con las piernas cruzadas sobre la tarima. Luego se comía su bocadillo de queso y fumaba un cigarrillo para pasar el rato, dándoles las noticias que había podido recoger del Quartier. Era una fuente inagotable de anécdotas, rumores, comidillas y otras zarandajas, procedentes de los otros estudios que frecuentaba. Trilby era la persona más expresivamente literal del mundo, y contaba sus cuentos y chismes de una manera pintoresca y muy graciosa.

En cuanto creía adivinar en cualquiera de los tres la menor señal de aburrimiento o cansancio, desaparecía.



Le Quartier Latin

Pronto encontró ocasiones de hacerse útil. Si se necesitaba un traje para un modelo, sabía dónde pedirlo, alquilarlo o comprarlo. Se procuraba telas baratísimas y las convertía en trajes femeninos del estilo que fueran, y se los ponía y servía de modelo como lo hizo para «la novia del torero», cuya mantilla preparó, con sus propias manos. Lo mismo hizo para «la modistilla hambrienta» de Taffy que se quería tirar al Sena, y para los estudios que hizo Little Billee de una hermosa aldeana francesa, destinados a su cuadro titulado *El cántaro que a la fuente*.

Repasaba además los calcetines, cosía la ropa y hacía que *madame* Boisse, de la rue des Cloîtres Ste. Pétronille, se la lavase cuidadosamente.

Y cuando tenían poco dinero y necesitaban una cantidad para hacer una excursión de dos o tres días a Fontainebleau o Barbizon, ella era la que llevaba sus relojes y alfileres de corbata al Monte de Piedad (*alias* «a casa de mi tía»), establecido en la rue du Puits d'Amour, a fin de conseguir los fondos necesarios.

Como es natural, la retribuían generosamente por todos estos favores que ella hacía con tanto gusto y fina voluntad; pago excesivo según ella, puesto que lo hubiera hecho por puro cariño.

Al cabo de poco tiempo se convirtió en *persona gratissima*; un ser lleno de salud, alegría, gracia y un inalterable buen humor. Siempre estaba dispuesta a molestarse por sus queridos «Angluchos», como les llamaba *madame* Vinard, la de la voz de grajo, que estaba un poco celosa, toda ella a disposición de los tres «Angluchos», lo mismo que *monsieur* Vinard y los pequeños Vinard.

Trilby sabía cuándo tenía que hablar, y cuándo callarse. Formaba una estampa tan deliciosa sentada en la tarima mientras repasaba la ropa con las piernas cruzadas, que los tres la pintaron en aquella postura mientras repasaba los calcetines de Laird, y zurcía las quemaduras de sus pantalones. Uno de aquellos bocetos se acaba de vender en Londres hace poco, por una suma fabulosa y eso que fue dibujado en una sola

tarde.

Algunos días de lluvia, cuando decidían quedarse a cenar en el estudio, Trilby hacía la compra, guisaba la cena, ponía el mantel y preparaba la ensalada. Era mejor «ensaladista» que Taffy, guisaba mejor que Laird y hacía la compra mucho mejor que Little Billee. Desde luego, siempre era invitada al banquete subsiguiente. Y Trilby se sentaba entonces a la mesa, trémula de felicidad, tanto, que resultaba emocionante para aquellos tres ingleses que se conmovían al pensar en la absoluta soledad, desamparo, expatriación e inconsciente pérdida de valores raciales que revelaban aquella emoción infantil y aquellos actos de servidumbre.

Es por esta razón sin duda, a pesar de la vida cotidiana, por lo que nunca se deslizó en las relaciones de los cuatro la menor insinuación de coqueteo de ninguna clase; eran buenos camaradas y nada más. Si se hubiera tratado de la hermana de Billee, no la hubieran distinguido con mayor respeto; y por parte de Trilby, la viva gratitud que sentía por aquella actitud tan nueva para ella, superaba a cualquier otra pasión que hubiera sentido en su vida. Como el buen La Fontaine dijo graciosamente:

*Ces animaux vivaient entre eux comme cousins
Cette union si douce, et presque fraternelle,
Edifiait tous les voisins*^[23].

¡Y cómo charlaban! La conversación de los tres amigos era para Trilby como la de los dioses del Olimpo, salvo que era mucho más comprensible, pudiendo intervenir a veces en ella, pues era inteligente, aunque su educación había sido muy descuidada. Ahora tenía un gran deseo de aprender, un deseo nuevo en ella.

Le prestaban libros ingleses: Dickens, Thackeray, Walter Scott, que devoraba en el silencio de la noche, en la soledad de su pequeña buhardilla de la rue des Pousse-Cailloux, y era como si descubriera mundos nuevos. Cada día progresaba más en su inglés y el cambio le sentaba bien.

La Trilby que hablaba inglés se transmutaba en una Trilby diferente cuando hablaba francés. El inglés de Trilby era parecido al de su padre, que había sido un intelectual; su madre, que era escocesa aunque sin cultura alguna, no tenía el acento plebeyo que afea el lenguaje de algunas mujeres inglesas, especialmente maleducadas, que no pronuncian las haches y cargan las «oes» y las «aes».

El francés de Trilby era el del Quartier Latin, alegre, picante, original y pintoresco, de todo menos plebeyo; pero no había una sola frase que no marcara claramente que Trilby no era «una señora». Aunque su lenguaje era gracioso sin ser vulgar, también era, acaso, un poco *demasiado*... picante.

Sin embargo, manejaba los cubiertos con la misma delicadeza con que sin duda lo había hecho su padre y su abuelo, y, por supuesto, cuando estaba sola con ellos era «toda una señora», lo que contrastaba singularmente con su traje, su cofia y su delantal de griseta, a pesar de que estaba encantadora con ellos. Ésta era la Trilby

inglesa.

Pero en cuanto entraban uno o dos franceses, se operaba una transformación inmediata. Una nueva Trilby se reencarnaba, tan graciosa y tan alegre que era difícil afirmar cuál de sus dos facetas era más encantadora.

Hay que reconocer, no obstante, que tenía sus defectos, como los tenía Little Billee.

Por ejemplo, tenía unos celos exagerados de todas las mujeres que venían al estudio, fuera a fregar, posar, barrer o a lo que fuera. Hasta le molestaba que viniese la vieja borracha y sucia que posaba para el cuadro de Taffy que se titulaba *La ahogada*. ¡Como si Trilby no hubiera podido posar mejor que ella! Se enfadaba y se ponía de mal humor, aunque por poco tiempo, como una mártir ofendida, aunque dispuesta a perdonar y a ser perdonada.

Trilby declinaba cualquier otro compromiso con tal de venir a posar para sus amigos ingleses. Hasta Durien llegó a quejarse.

El cariño de Trilby era exigente; constantemente demandaba palabras de afecto. Era además voluntariosa, y le gustaba salirse con la suya, aun en pequeños detalles como el cosido de un botón o el zurcido de un calcetín, cosas bien inocentes, por cierto; lo malo era cuando se trataba de cortar el vestido de la novia del torero, ¡entonces sí que se armaba una buena!

—¿Pero qué puede saber Trilby del vestido de la novia de un torero? — preguntaba indignado Laird, como si en verdad perteneciera a la arriesgada profesión; éste era el lado travieso de la incorregible Trilby.



Cocina burguesa de los bohemios

En la expresiva ternura de su amistad, miraba con la misma dulzura a cada uno de los tres amigos sin hacer distinción, aunque a veces Billee, al levantar la cabeza de su trabajo, mientras la muchacha posaba para Taffy o para Laird, se encontraba con los ojos grises de Trilby fijos en él observándole con una mirada envolvente, profunda y

penetrante, infinitamente dulce, bondadosa y tierna; una mirada de paloma acariciadora, cargada de tiernísima solicitud. Entonces la mano de Billee temblaba al compás de su corazón, y tenía que dejar de pintar. Recordaba, como en un sueño, que su madre le miraba así cuando era niño, cuando era todavía una mujer hermosa que no conocía aún los quebrantos del dolor. Y al evocar esto, Billee sentía próxima a derramarse aquella lágrima que nunca estaba muy alejada de sus párpados.

En aquellos momentos, la idea de que Trilby fuera modelo de desnudos laceraba su corazón.

Verdad era que no se prodigaba, pero seguía posando para Durien, para el gran Gerôme y para M. Carrel, que no empleaba a más modelo que a ella.

Tenía Trilby el triste privilegio de superar a todas las demás no por embotamiento físico o por falta de imaginación, posaba con la misma naturalidad vestida que desnuda; puede decirse que en esto era una verdadera salvaje.



«Los suaves ojos»

Hubiera podido ir a caballo en Coventry como *lady* Godiva, sin sentir más asombro que el de ver las calles vacías, las tiendas cerradas y las persianas bajadas, y hasta habría saludado con la cabeza hacia la ventana de Tom el Mirón, si su presencia hubiera llamado su atención

En efecto, no conocía la vergüenza, como no conocía el miedo, aunque muy pronto iba a conocer las dos cosas.

Aquí quiero hacer una afirmación que compartirán todos los pintores y escultores que han empleado a un modelo desnudo (si exceptuamos a algunos seniles fingidores, cuyo puritanismo, del tipo incorrecto, ha dado en *voyeurismo*, por ser de mal origen): que nada es tan casto como el desnudo. Venus, al dejar caer sus vestidos para subir al estrado de los modelos, deja caer todas las armas con las que pudiera despertar las bajas pasiones de los hombres. Cuanto más perfecta es la belleza desnuda, en mayor medida despierta los instintos elevados de la naturaleza humana, y cuando la forma no es bella, como sucede casi siempre en las Venus que posan para los artistas bajo la implacable luz cruda de los estudios, el mismísimo Don Juan, que no es pintor, se

cubriría los ojos en el dolor de su desencanto y volaría hacia otros climas.

Toda belleza carece de sexo a los ojos del artista: la belleza del hombre, la de la mujer y la celestial belleza del niño, que es la más encantadora y la más bella de todas.

La belleza de la mujer es la más difícil de encontrar, sin embargo, porque le falta casi siempre la perfección de formas debida a la falta de ejercicio físico adecuado.

G***, un artista para quien posó Trilby para su *Friné*, me dijo en una ocasión que Trilby posando desnuda era capaz de derretir al mismísimo Galahad, de serenar a Sileno, de volver casto a Júpiter y de hacer todo un Quijote de un picapedrero. Por mi parte, no puedo hablar de Trilby más que como la vi siempre, vestida como solía. No posó para ninguna *Friné* mía, y no se desnudó ante mí ni yo osé proponérselo. Antes me hubiera atrevido a pedir a la reina de España que me dejase pintarle las pantorrillas. Para mí han posado las mejores modelos femeninas de muchos países, y también he visto, como Svengali, a Taffy «limpiarse», ya sea en casa o en las piscinas del Sena; sin embargo ni una sola de todas las mujeres que he referido tenía la gracia y el esplendor tan acabado de forma de Taffy secándose al sol como Ulises en les Bains Henri IV, o arrojándose como una flecha *à la hussarde* desde el trampolín de los Baños Deligny mientras un grupo de franceses lo admiraba con la boca abierta.

Con un sonoro golpe de los pies, se proyectaba entre cielo y tierra, iniciando una parábola y luego describiendo en el aire un espléndido triple salto mortal, volvía a caer derecho como una saeta, penetrando limpiamente en el agua, sin ruido ni salpicaduras, para aparecer cien metros más lejos...

—¡Menudo tipo tiene el inglés de marras!

—Habrás visto el torso...

—Y los brazos...

—Y qué piernas, ¡Dios mío!

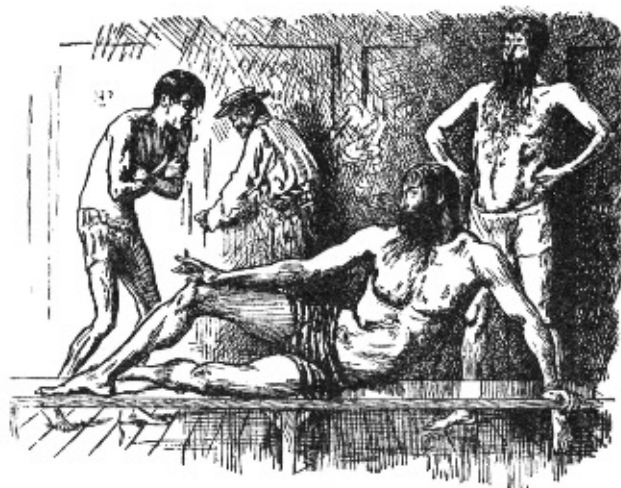
—¡Pues preferiría enfadarme yo con él que viceversa!

Omne ignotum pro magnifico!

Si nuestros climas nos permitieran pasearnos a cuerpo gentil, seguramente lo haríamos; en tal caso, si bien seguiríamos asesinando, mintiendo, robando, perjurando, y no respetaríamos las fiestas de guardar e invocariamos en vano al Señor, muchos otros vicios de diferente tipo dejarían de existir por esa mera falta de misterio sobre las cualidades de nuestro cuerpo: y la cristiandad se vería aliviada de su fardo más pesado en este mundo de pecadores, y Venus Afrodita (*alias* Aselgeia) se vería obligada a mendigar por los caminos acompañada de sastres, fabricantes de vestidos y de botas; y tal vez nuestros miembros se asemejarían a los de Teseo y la Venus de Milo, que no era en nada una Venus, salvo por su buen aspecto.

De todos modos, ya no habría lugar para esas decepciones viciosas, crueles, ni para esos ingeniosos engaños acerca de la cándida inexperiencia, o para esos despertares precipitados del joven sueño de Amor, o para los legados a la posteridad

de fealdades y debilidades ocultas, y cosas peores...



Ulises

Más de una flor, nacida hoy para enrojecer separada, se vería arrancada a su desierto, alentada a mantener su rango, y a hacer valer sus encantos junto al resto en la intimidad de la rosaleta...

Y la humilde *miss* Gale, modelo desnudo, se dedicaría, para aumentar sus escasos ingresos, a enseñar a tener un buen porte a las hijas de la alta burguesía británica en la Academia para señoritas de *miss* Pinkerton, en el Mall, Chiswick.

Y perdone el lector estas digresiones. Ya aquellos que encuentren en ello materia ofensiva (tema que me parece tan vulgar y ordinario que no merece parar mientes en él, y mucho menos escribir sobre él), les confieso que mi sinceridad es tan grande como la suya, y que profeso grandísimo amor y reverencia a la hermosura de nuestra forma externa, que Dios hizo a Su imagen y semejanza en Sus inexplicables designios.

Tampoco abogo por una medida tan subversiva y revolucionaria como la abolición pura y simple de la vestimenta, pues yo mismo soy el mortal más friolero, y bastante alejado de la apariencia de los señores Teseo y Ulises.

A veces Trilby traía a su hermanito al estudio de la place St. Anatole des Arts, con sus bonitas ropas de Pascua, su pelo bien rizado y engomado, y las manos y la carita relucientes de limpias. Era un chiquillo muy simpático. Laird le llenaba los bolsillos de caramelos escoceses y le utilizaba para modelo para su cuadro *Le fils du Toréador*, un singular niño español de ojos azules, rizos de color de estopa y un cutis de leche y rosas en acusado contraste con el tipo de sus progenitores.

Taffy le cogía como si fuera una pesa, o como un mazo, y le daba mil vueltas colgándole finalmente del trapecio y enseñándole a boxear.

La dulzura y la alegría de aquella aguda risa infantil, que parecía un eco de la risa de Trilby, aunque una octava más alta, enternecía y emocionaba tanto, que Taffy tenía que poner cara feroz para ocultar la extraña felicidad y ternura que rebotaban de su pecho viril al escucharle. No quería que sus amigos creyeran que era de mantequilla,

y cuanto más feroz se mostraba, menos le temía el chiquillo.

Little Billee le hizo una acuarela preciosa, y se la dio a Trilby, que se la dio al Père Martin, que se la dio a su mujer con instrucciones severas de que no la vendiese como un cuadro de un gran autor. ¡Por Dios! Hoy lo es, ¡y cualquiera sabe quién tendrá el cuadro!

Aquellos fueron días muy felices para el hermanito de Trilby y para ésta, que le adoraba, orgullosísima de ser su hermana. El más feliz fue uno en que los «Tres Angluchos» llevaron a Trilby y a Jeannot (éste era el hombre del chiquillo) a pasar el día a los bosques de Meudon. Desayunaron y comieron en casa del guarda, luego hubo columpios, visitas a las barracas, paseos en burro, tiro al blanco con arco y con bolitas de arcilla, rompiendo figuritas de yeso y ganando pastas de almendra, y después se perdieron en los hermosos bosques cogiendo lagartijas de agua, renacuajos y ranitas verdes y tocando la armónica. Trilby tocando *Ben Bolt* en una armónica era un espectáculo que no podía olvidarse nunca.

Para la ocasión, la muchacha se había vestido de *demoiselle* con un sombrerito negro y una chaqueta gris confeccionada por ella misma.

Al verla (si exceptuamos sus botas de seda negra, blandas, anchas de punta, sin tacón y abrochadas por dentro), se la hubiera tomado por la hija de un deán anglicano... hasta que se puso a enseñar a Laird sus pasos favoritos de cancán. Tampoco (hay que confesarlo). Laird parecía precisamente en aquel momento el hijo de un digno abogado escocés, religioso y de severas costumbres.

El baile se celebró después de comer en el jardín de la casita del guarda campestre. Taffy, Jeannot y Billee tocaron con sus armónicas y el baile pronto se hizo general, con gran concurrencia y animación del público, pues el guarda tenía mucha clientela los domingos de verano.

No exagero si digo que Trilby era la belleza del baile, y recordaré de paso que ha habido peores bailes con gente de mucho más copete, y con mujeres bastante más triviales.

Trilby bailando con ligereza el cancán (hay cancanes y cancanes), era una figura singularmente atractiva y seductora, *et vera incessu patuit dea!* También en el baile más corriente era graciosa sin llegar a ser vulgar, y podía haber regalado gracia y donaire a muchas estrellas que hemos admirado después, como *Miss Kate Vaughan* o *Miss Nelly Farren*. Laird, cuando trababa de emularla bailando después que ella («soy un bailón del *kongkong*», decía), resultaba una figura casi grotesca; y si el verdadero éxito entre la concurrencia prueba el buen humor de una persona, hay que reconocer que nunca más grande humorista pisó una pista de baile.

¡Qué cosas podían hacer en Francia los ingleses en 1850 sin perder su dignidad ni el respeto de sus respetables amigos los franceses!



«¡Ese es el claze de hombre que yo zoy!»

—*¡Ese es el claze de hombre que yo zoy!* —exclamaba Laird en su francés macarrónico cada vez que saludaba a la concurrencia, recibiendo los merecidos aplausos por sus pasos de fantasía, en los que mezclaba bailes escoceses como el de las espadas, que armonizaban admirablemente con el cancán.

Pero llegó un día en que Laird cayó enfermo (como castigo de sus pecados) y hubo que llamar al médico, que pidió una enfermera. Pero Trilby no quiso oír hablar de enfermeras ni de Hermanas de la Caridad. Cuidó ella sola al enfermo y, mientras estuvo a su lado, no cerró los ojos en tres días con sus tres noches.

A la tercera, Laird estaba fuera de peligro, la fiebre había remitido y el médico encontró a la pobre Trilby dormida junto a la cama.

Madame Vinard, a la puerta del cuarto, con el dedo en los labios murmuraba:

—¡Qué alegría! ¡Menos mal que se ha salvado! Señor doctor, mire cómo reza en inglés... ¡qué buen chico que es!

Y el buen y viejo doctor, que no entendía el inglés, escuchó como Laird con voz débil, aunque clara, entonaba solemnemente una estrofa de *La Balada de la Bouillabaisse*.

*«Green herbs, red peppers mussels, saffron,
Soles, onions, garlic, roach, and dace—
All these you eat at Terre's Tavern
In that one dish of bouillabaisse!»*^[24]

—¡Es un buen muchacho, está muy bien dar gracias a Dios por haber pasado el peligro! ¡Está muy, pero que muy bien!

El médico, aunque decididamente escéptico y volteriano, no pudo evitar emocionarse un poco por aquella ingenuidad, pues era viejo y por consiguiente bondadoso, tolerante y comprensivo.

Y luego se lo contó todo a Trilby, presa de la emoción todavía, y le dijo cosas tan hermosas sobre los tiernos cuidados que había dispensado al enfermo, que la muchacha se echó a llorar de alegría, como la dulce Alice de pelo castaño cada vez que *Ben Bolt* le sonreía.

Todo esto parece un cuento ingenuo, pero es verdad.

Así comprenderá el lector que los «Tres Angluchos» llegaron a sentir un cariño especial por Trilby, y empezaron a preocuparse por el día que había de amanecer en que el actual cuarteto se disolviera para abrir cada uno sus alas por su cuenta en distinta dirección, dejando a la pobre Trilby sola en París. De vez en cuando, hacían planes con la idea de mejorar la suerte de la muchacha y evitarle las celadas y peligros que habían de sembrar su ruta solitaria por el Quartier Latin.

Trilby nunca pensaba en ello; se tomaba la vida tal como venía sin preocuparse del mañana.

Había, sin embargo, una mancha desagradable en su pequeño paraíso artificial, una siniestra figura que cruzaba constantemente su camino, quitándole la luz del sol y cubriéndola con su sombra: y esa figura no era otra que Svengali.

También él era visitante asiduo del estudio de la place St. Anatole des Arts, donde se le disculpaba por lo mucho que les entretenía con su música, especialmente si iba acompañado de Gecko. Pero pronto se dieron cuenta de que no iban allí ni mucho menos para deleitar a los «Angluchos», sino para ver a Trilby y para intentar cortejarla, cada uno de los dos a su modo.

Gecko lo hacía adorándola humildemente, como lo haría un perro; su adoración se manifestaba en una deferencia muda y patética por medio de miradas que imploraban perdón por el solo delito de que éstas se produjeran, como si lo único que se atreviera a esperar fuese una palabra de simple cortesía, una mirada de tolerancia y amistad, algo así como el hueso que se arroja a un perro hambriento.

Svengali, en cambio, era un tipo de adorador más atrevido. Cuando se rebajaba lo hacía usando una falsa humildad, que ocultaba sin embargo todo tipo de sardónicas amenazas; cuando se ponía juguetón, sus acciones se revestían de la terrible puerilidad que un gato usa con un ratón; un gato extravagante y sucio, un gato grasiento, fantasmagórico, larguirucho, flaco y negro, como un «gato-araña», si es que existe semejante animal fuera de las pesadillas.

Svengali lamentaba mucho que Trilby no hubiera vuelto a sentir dolores en los ojos. Sin embargo, y eso él no lo sabía, Trilby seguía padeciéndolos, aunque prefería sufrir en silencio con tal de no someterse al tratamiento del judío.

A veces, medio en broma, Svengali trataba de hipnotizarla con su mirada, se acercaba a ella poco a poco, le daba pases y contrapases con una mirada dominadora, hasta que Trilby, llena de escalofríos y temblores, se sentía enferma de terror y casi atrapada por aquella fuerza aterradora, como si sufriese una pesadilla. Pero, con gran esfuerzo, escapaba al maligno poder que trataba de atenazarla.

Si Taffy estaba presente intervenía con un «Vaya, vaya, amigo mío, nada de eso»,

y entonces le daba una tan alegre palmada en la espalda que dejaba a Svengali tosiendo durante una hora y malograba por una semana sus poderes hipnóticos.

Pero ocurrió que Svengali se vio agraciado por un golpe de suerte. Organizó tres conciertos con Gecko, y en los tres logró un merecido éxito. Así que decidió dar uno en solitario, y fue entonces cuando su nombre hizo furor casi instantáneamente. Víctima del engreimiento, Svengali comenzó a ataviarse a partir de entonces con magníficos y costosos trajes de originales formas y colores, que hacían que la gente volviese la cabeza por la calle para mirarle, cosa que a Svengali le entusiasmaba. Creyó asentada su fortuna y contrajo deudas con sastres, sombrereros, zapateros y joyeros, aunque no pagó ninguno de los antiguos préstamos que le habían hecho sus amigos. Llevaba los bolsillos repletos de recortes de periódicos que hablaban de él, y se los leía en voz alta a todos sus conocidos, especialmente a Trilby. Ésta, mientras, sentada en la tarima repasaba calcetines, y sus amigos boxeaban practicaban esgrima, y Svengali ponía su nombre y su fortuna a los pies de Trilby con la única condición de que compartiese su vida con él.

—¡Ach, cielos, Trilby! —exclamaba—. No sabe usted lo que es ser un gran pianista como yo, ¡hein! ¿Qué futuro le espera a tu Little Billee con sus apestosas pinturras, sentado con la paleta en una mano y un mísero pincelillo de juguete en la otra? ¿Qué ruido *harrá*? Cuando termine ese estúpido cuadro que está pintando, lo mandarán a Londres o lo colgarán en la pared junto con otros reclutas en un desfile, y el público *pasarrá* a verlos bostezando y aburrido. Svengali en cambio *irrá* a Londres *en persona*, y aparecerá solo y *tocarrá* como nadie. ¡Ja, ja! Y cientos de hermosísimas inglesas le *oirrán* y le *verrán* y se volverán locas de amor por él: *Prinzessen*, *Comtessen*, serenas *Altessen* inglesas... que muy pronto perderán su *serrenidad* y su alteza al oír a Svengali. Le invitarán a sus palacios y le *pagarrán* mil francos para que toque para ellas; Svengali se arrellanará en la mejor butaca, y todas se *sentarrán* a su alrededor en taburetes, y le traerán té y ginebra, dulces y *marrons glacés* e inclinándose le *abanicarrán*, porque *estarrá* cansado después de tocar mil francos de Chopin. ¡Qué seguro estoy de todo eso, *hein*! ¡Ja, ja! Pero Svengali no *mirrará* a ninguna de ellas. *Mirrará* hacia adentro suyo, a su sueño interior, y *soñarra* con Trilby y con poner su talento, su gloria y sus miles de francos a sus preciosos y blancos pies. Los gordos, estúpidos, grandes, rubios y narigudos maridos se *volverrán* locos de celos y rabiarán por darle de bofetones, aunque su deseo no *pasarrá* de las ganas. *Ach!*, las más hermosas inglesas se *disputarrán* el honor de coser sus camisas y los botones de sus calzoncillos, de repasar sus calcetines lo mismo que está usted haciendo para ese maldito e imbécil escocés que continuamente está tratando de pintar toreros... ¡y por ese buey de inglés que siempre se está lavando para ponerse limpio *e da capo*! ¡Cielos! ¡Qué tamaño de calcetines, *parrecen* sacos de patatas!

»¿Y *parra* qué sirve su Taffy? ¡Sólo para dar palmadas en la espalda a los pobres músicos con sus manazas de oso! ¡Y se cree gracioso el animal...!

»Pues, ¿y los franceses, esos malditos perros presumidos como Durien, Barizel y Bouchardy? ¿De qué puede hablar un francés? ¡Sólo de sí mismo o para criticar a los demás! El francés es tan vanidoso que me repugna. Cree siempre que todo el mundo está hablando de él. Se olvida de que hay un hombre que se llama Svengali, el único de quien el mundo se preocupa, *señorrita*. ¡Es decir de mí, de mí y de nadie más que de mí!

»Escuche lo que dice el Fígaro. —Y le leyó unos cuantos párrafos encomiásticos—. ¿Qué le *parece*, eh? ¿Qué *dirría* su Durien si hablasen así *de él*...? Pero ¡caramba!, no me está escuchando. Es usted la mujer más tonta que he conocido, ¡tan tonta como un borrego! ¡Tonta, más que tonta! ¡Estar *mirrando* a las chimeneas mientras habla Svengali! ¡*Mirre* un poco más abajo, entre las casas, al otro lado del río! Allí se encuentra un edificio pequeño, gris y muy feo. Dentro hay ocho grandes planchas de cobre, inclinadas y en hilera como las camas de un dormitorio. Un día *llegará* en que la *echarán* en una de ellas, si, a usted, *señorrita*, que no quiso escuchar a Svengali. Eso es lo que la perdió. Le pondrán en la cintura un delantal de cuero y sobre la frente un grifo de cobre, y todo el día y toda la noche *gotearrá* agua sobre su cabeza, ¡drip, drip, drip!, y sobre su hermoso cuerpo blanco hasta que sus encantadores pies se pongan verdes. Su ropa mojada y llena de barro *aparecerá* colgada encima de usted para que puedan identificarla mis amigos. ¡Drip, drip, drip! Pero no tendrá usted amigos... Y una extraña multitud de desconocidos la *mirrará* a través de un cristal: ingleses, *traperros*, pintores, escultores, obreros, viejas, lavanderas... *Dirrán* todos: ¡Qué mujer más hermosa! ¡Miradla! Merecía haberse paseado envuelta en pieles por todo París en una gran carroza. Pero Svengali, que *aparecerá* dando un salto y fumando un gran cigarro habano, apartará a la canallesca y *dirrá*: «¡Ja, ja!... Sí, es la gran Trilby que no quiso oír a Svengali, y se puso a *mirrar* a las chimeneas sin hacer caso de su amor tan fiel y...».

¡Maldito Svengali! —le interrumpía Taffy—. ¿Qué le está diciendo a Trilby...? ¿No ve que la está poniendo enferma? ¡Váyase al piano o le doy otro golpe en la espalda!



Sus manazas de oso

Así interrumpía el fornido inglés las declaraciones amorosas de Svengali, librando a la pobre Trilby de un mal cuarto de hora. Entonces Svengali, que tenía un saludable terror al testarudo pintor, se iba al piano y tocando unos acordes discordantes decía:

¡*Querrida* Trilby, venga y cantemos *Ben Bolt*! Estoy anhelante *ahorra* por oír esas notas de pecho. ¡Venga!

La ingenua Trilby no necesitaba hacerse mucho de rogar, y cantaba *Ben Bolt* tan lamentablemente que Little Billee pasaba un rato malísimo. El acompañamiento de Svengali no disimulaba ninguno de los grotescos detalles, consiguiendo un triunfo de cacofonía mientras la animaba sin cesar diciendo:

—*Très bien, très bien!* ¡Así, así...!

Cuando terminaban, Svengali le probaba el oído y tocando un *do* primero y seguidamente un *fa* más arriba, le preguntaba cuál era la nota más alta. Trilby replicaba que las dos eran iguales. Solamente cuando tocaba una nota muy baja y a continuación otra altísima decía que la baja le recordaba al Père Martin riñendo a su mujer, y la alta a Jeannot obligándoles a hacer las paces.

Trilby padecía una carencia total de oído, pero Svengali adulaba de manera cruel su talento hasta que Taffy decía:

—Vamos a ver ahora cómo canta usted, amigo Svengali.

Y empezaba a hacerle cosquillas con tanta habilidad, que el músico aullaba y se ponía histérico como un gato.

Después, Svengali, en vena de broma, sujetaba los brazos de Little Billee por la

espalda y haciéndole dar la vuelta, le decía:

—Dios mío! ¿Esto es el brazo de un hombre o el de una *señorrita*?

—Pero bien que tiene fuerza para pintar —replicaba Billee.

—Y esto, ¿qué es *ahorra*? ¿Una pierna o un palillo?

—No lo sé, pero sé que servirá para darle una buena patada si no me suelta en seguida.

Y seguidamente Billee largaba un taconazo en la espinilla del alemán, y cuando éste se disponía a devolvérselo, el gran Taffy agarraba los brazos del judío por detrás y le hacía cantar una canción aún más discordante que la de Trilby, sin que el pianista se atreviera a darle un solo puntapié a Taffy, por supuesto.

Así era Svengali. Sólo la música le hacía soportable, pues siempre estaba dispuesto a mortificar, asustar, tiranizar o atormentar a cualquiera, con tal de que se tratara de alguien más pequeño y débil que él, mujer, niño, ratón o mosca.

Tercera parte

*«Par deçà ni delà la mer
Ne sçay dame ni demoiselle
Qui soit en tous biens parfaits telle—
C'est un songe que d'y penser:
Dieu! Qu'il fait bon la regarder!»^[25]*

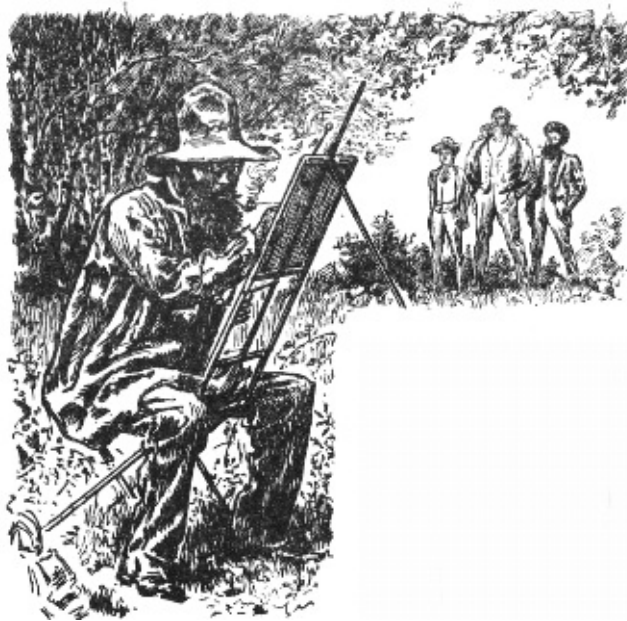
Eran las once de una magnífica mañana de lunes a finales de septiembre. Taffy y Laird estaban sentados en el estudio cada uno frente a su caballete fumando en silencio, y agarrándose con las dos manos las rodillas. El sopor de los lunes les pesaba más que de costumbre, pues habían vuelto muy tarde la noche anterior, después de una semana pasada en Barbizon y en el bosque de Fontainebleau. Una semana ideal entre pintores: Rousseau, Millet, Corot y Daubigny entre ellos, y otros que no han llegado aún a alcanzar la gloria. Little Billee, sobre todo, se había entusiasmado por aquella vida consagrada al arte con su acompañamiento de blusas, zuecos y enormes sombreros de paja o panamás. Afirmaba que algún día volvería allí y se quedaría a vivir para siempre. Pintaría el bosque tal como era, y lo llenaría de personajes producto de su fantasía, y llevaría una vida sana, sencilla y al aire libre, llena de grandes aspiraciones.

Al fin Taffy dijo:

—¡Ea!, hoy no trabajo, prefiero un paseo por los jardines del Luxembourg y almorzar en el Café de l'Odéon, donde hacen unas tortillas tan buenas y donde el vino no es peleón.

—Lo mismo que estaba pensando yo —replicó Laird.

Así que Taffy se puso su vieja americana de *sport* y una gorra de la Universidad de Harrow, con la visera puesta al revés. Laird se embutió en un gabán de Taffy que le llegaba hasta los tobillos, y se caló un sombrero de paja mellado y viejo que habían encontrado en el estudio cuando lo alquilaron. Trajeados así, fueron por las calles doradas bajo el suave sol de septiembre en dirección al estudio de Carrel. Tenían la intención de convencer a Billee de que abandonase el trabajo y se entregase con ellos a la holganza, la glotonería y la desmoralización general.



La vida feliz

¡Cuál sería su sorpresa al encontrarse de sopetón, entre las torrecillas de la rue des Trois Mauvais Ladres, con Billee ya en estado de completa desmoralización y con tal aire de tragedia que casi les asustó de verdad! Llevaba en una mano la caja de pinturas y el caballete, y en la otra la maleta. Estaba pálido, desesperado, y con el sombrero en la coronilla.

—¡Dios todopoderoso! ¿Qué te pasa? —preguntó Taffy.

—¡Qué está posando en el estudio de Carrel!

—¿Quién?

—¡Trilby! ¡Y posando para todos aquellos bárbaros! Al abrir la puerta la vi allí delante de mí. Fue como si me hubieran dado un mazazo en la frente. Me escapé y no pienso volver por allí nunca más. Me voy a Barbizon a pintar el bosque. Iba precisamente a decíroslo. ¡Adiós muy buenas!

—¡Espérate! ¿Es que estás loco? —dijo Taffy cogiéndole por las solapas.

—Suéltame, Taffy. Volveré dentro de una semana. Pero ahora nada impedirá que me marche. ¡Déjame! ¿Me has oído?

—¡Espera! ¡Me iré contigo!

—¡No! Quiero estar solo, completamente solo. ¡Suéltame, te digo!

—No te voy a soltar hasta que no me jures por tu honor que me escribirás en cuanto llegues allí, y luego todos los días hasta que regreses. ¡Júralo!

—Bueno, está bien, lo juro. ¡Ya está! Ahora déjame. Adiós, volveré el domingo.

Y escapó corriendo.

—Pero ¿qué demonios le pasa? —preguntó Taffy preocupado.

—Supongo que se ha asustado al ver a Trilby posando desnuda en el estudio de Carrel. Es un chiquillo tan especial... Si quieres que te diga la verdad, también me choca a mí un poco: no debería hacerlo, y más cuando no estamos nosotros. ¿Cómo se le habrá ocurrido? Nunca ha posado desnuda de esa manera. Yo creí que sólo lo

hacía para Durien y Carrel. —Los dos amigos continuaron un rato en silencio—. ¿Sabes lo que creo que ha pasado? Que este idiota se ha enamorado de Trilby.

—Pues a mí, hace ya mucho tiempo que viene pareciendo que *también ella* está enamorada de Billee.

—¡Pues sí que es una complicación!

Siguieron su camino meditando sobre el fastidioso problema que se les venía encima, y cuanto más meditaban más se convencían de que al final acabarían teniendo razón.

—¡Vaya un embrollo! —exclamó Laird—. Pero, en fin, yo creo que deberíamos almorzar.

Estaban tan desmoralizados que Taffy se comió tres tortillas sin darse cuenta, y Laird se bebió dos medias botellas de vino, y Taffy tres, y después siguieron paseando toda la tarde por miedo a volver al estudio y encontrarse con Trilby. Los dos eran muy infelices.



«Déjame irme, Taffy»

Y he aquí la historia de cómo Trilby fue a posar al estudio de Carrel.

El maestro había decidido pasarse una semana en el estudio y pintar una figura delante de sus alumnos, a fin de que éstos le viesen trabajar desde las primeras pinceladas. Pidió, pues, a Trilby, como un gran favor, que posase para él, y ella, que le quería mucho, consintió en seguida. Así, Carrel se encontró con Trilby el lunes por la mañana temprano, y acordaron que ella se colocaría a posar como la célebre figura de *El manantial* de Ingres, sosteniendo sobre su hombro un cantarillo de barro.

Comenzó entonces el trabajo en medio de un religioso silencio. No habían pasado

ni cinco minutos cuando Little Billee irrumpió a todo correr en el estudio, y al divisar a Trilby, el pobre se quedó petrificado, con los hombros todo encogidos y los ojos dilatados. Luego, levantando los brazos, echó a correr.

—*Qu'est ce qu'il a donc, ce Litrebili?*^[26] —preguntaron un par de alumnos al unísono (que habían adaptado su apodo inglés chapuceramente al francés).

—A lo mejor se le ha olvidado algo. Acaso lavarse los dientes o hacerse la raya.

—O rezar esta mañana —aseguró Barizel.

—Espero que vuelva —dijo el maestro.

Y el incidente quedó ahí, y no motivó más comentarios.

Pero Trilby estaba muy alterada cavilando sobre el motivo de aquella repentina huida.

Al principio sus preguntas se las hizo en francés, el francés del Quartier Latin. No había visto a Billee hacía una semana y pensaba que acaso estuviese enfermo. ¡Ella, que había esperado que Billee la pintase con su mano maravillosa! En fin, esperaba que volviese pronto y que no perdiese más el tiempo.

Pero luego empezó a discurrir en inglés; el sano y limpio inglés del estudio de la place St. Anatole des Arts; el inglés de su padre. Y fue entonces cuando repentinamente tuvo una idea que la atravesó de parte a parte poniéndole la carne de gallina y cubriendo sus sienes y su frente de sudor.

Trilby tenía buena vista y Billee tenía una cara muy expresiva.

«¿Era posible que Billee se hubiera *afligido* al verla posar allí de esa manera?».



«¿Qué le pasa al tal Litrebili?»

Trilby era consciente de que el muchacho era muy diferente a los demás, en muchos sentidos. Recordaba que ni él, ni Taffy, ni Laird le habían pedido nunca que posase desnuda, aunque lo hubiera hecho con mucho gusto. También recordaba que Billee callaba siempre cuando ella aludía a su profesión de modelo, y se quedaba como apenado y disgustado.

Trilby entonces se puso roja; luego pálida, y luego otra vez roja, según crecía en su interior una ansiedad que se fue convirtiendo en un tormento.

Aquel sentimiento de vergüenza, totalmente nuevo para ella, era algo intolerable, y su aparición suponía un alumbramiento tan doloroso, que atenazaba y desgarraba todas las fibras de su espíritu en una agonía que jamás antes había experimentado.

—¿Cuál es el problema, criatura? ¿Estás mala? —preguntó Carrel que, como todos, la quería mucho, y que la conocía desde niña, desde que le había servido de modelo para su *Infancia de Psique*, actualmente en la Galería del Luxembourg.

Trilby negó con la cabeza, y el trabajo continuó. Mas al poco rato, dejando caer el cantarillo que se hizo pedazos en el suelo y cubriéndose la cara con las manos, rompió a llorar a grandes sollozos, de pie, sobre el estrado lo mismo que una chiquilla, como en *La source aux larmes*.

—¿Pero se puede saber qué te pasa, hija mía? —exclamó Carrel corriendo para ayudarla a bajar.

—¡No lo sé, no lo sé! Estoy mala, muy mala. ¡Déjeme marcharme a mi casa!

La ayudaron solícitamente a vestirse, y Carrel la acompañó en un coche. En el camino, dejando caer la cabeza sobre el hombro del pintor, le contó, entre sollozos, lo que le pasaba. Carrel sintió que también a él se le anegaban los ojos de lágrimas, arrepentido con toda su alma de haberla animado a posar desnuda. Y meditando amargamente sobre su gran responsabilidad (Carrel tenía hijas de la edad de Trilby), volvió al estudio donde antes de una hora ya tenían otra modelo y otro cantarillo, y pudo reanudar el trabajo. Y así volvió de nuevo el cántaro a la fuente...

Trilby, por su parte, se pasó todo el día echada desconsoladamente sobre la cama, y el otro, y el otro también... Pensó tanto, presa de la vergüenza y el arrepentimiento, sobre su vida pasada, que aceptó su acostumbrado dolor neurálgico casi como un grato alivio, a pesar de que la atormentaba por ser éste más tenaz que nunca. Descubrió entonces la pobre Trilby que los dolores del espíritu son mucho peores que los del cuerpo.

Por fin decidió escribir a uno de sus tres Angluchos. Escogió a Laird.

Tenía más confianza con él que con los otros dos, pues era tan natural, tan llano y comunicativo, que a poco que uno se lo propusiera, se intimaba con él a pesar de que era prudente y desconfiado, como buen escocés. La muchacha le había cuidado además durante su enfermedad, y muchas veces le había abrazado y besado en el estudio cuando estaba lleno de gente, y aun cuando estaba sola con él, como la cosa más natural del mundo. Era su relación con él como la de una niña que acaricia a un hermano mayor o a su tío favorito, y aunque el bueno de Laird era la persona menos impresionable del mundo, las inocentes demostraciones de Trilby le hacían pasar a veces algunos apuros. Trilby nunca se habría tomado aquellas libertades con Taffy y mucho menos con Little Billee.

Así que escribió a Laird. Transcribo la carta sin las faltas de ortografía que salpicaban el original de Trilby, a quien sus lecturas nocturnas no le habían hecho mejorar mucho en este sentido.

Mi querido amigo:

Estoy muy triste. Estaba posando para Carrel en el estudio de la rue des Potirons cuando entró Billee y se escandalizó tanto al verme que escapó corriendo y no volvió.

Lo vi todo en su cara.

Yo estaba posando porque Carrel me lo había pedido. Ha sido tan bueno conmigo desde que era una niña, que no puedo negarle nada; pero le aseguro que no lo volveré a hacer.

Carrel también estaba allí cuando pasó todo.

Nunca pensé que fuese malo posar. No era más que una niña cuando Carrel me pintó por primera vez. Mamá me obligó a hacerlo, y me hizo jurar que no diría nada a papá, y claro que no se lo dije. Muy pronto me pareció tan natural posar, como ir a hacer recados para unos y para otros, o como coserles la ropa. Claro que a papá tampoco le hubiese gustado eso, aunque necesitábamos mucho el dinero. Por eso nunca se lo dijimos.

He posado desnuda para M. Gerôme, Durien, para los dos Hennequin y para Émile Baratier; y he prestado las manos y la cabeza a mucha gente; los pies, sólo a Faure, a André Besson, a Dumoulin y a Collinet; y a nadie más.

Me parecía tan natural posar ante toda una concurrencia, como lo habría sido posar para un hombre solo. Ahora veo que la diferencia es grandísima. Además, he hecho cosas peores, como sabrá usted, y como debe de saber todo el Quartier. Baratier y Besson; pero no Durien, como mucha gente cree; y nadie más, salvo el viejo *monsieur* Penque, que fue el primero, y que era amigo de mamá. Todo esto hace que me quiera morir de vergüenza y de pena, porque eso sí que no es como posar. Yo siempre supe que era una cosa muy fea, y no tengo excusas, aunque mucha gente lo hace y en el Quartier no piensan mal de nadie por eso.

Si usted, Taffy y Billee dejan de saludarme, creo que me volveré loca y me moriré. Sin la amistad de ustedes, nada me importa en la vida.

No sé qué hacer, no me atrevo a salir por miedo a encontrarme con alguno de ustedes. ¿Le importaría a usted venir a verme?

No volveré a posar en mi vida, ni siquiera con las manos y la cara. Volveré al oficio de planchadora en fino con mi antigua amiga Angèle Boisse, que trabaja mucho y a la que le va muy bien, en la rue des Cloîtres Ste. Pétronille.

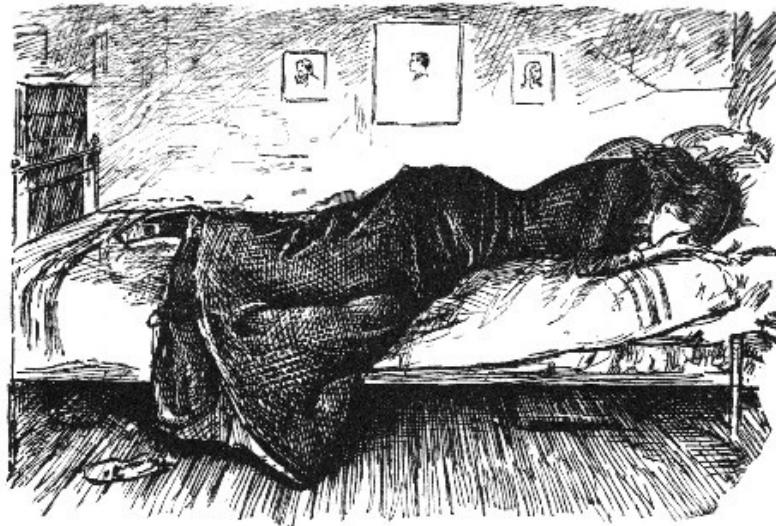
Vendrá usted a verme, ¿verdad? No saldré en todo el día; o mejor, yo iré a donde usted me diga, y a la hora que usted quiera, o si quiere iré al estudio si es que está usted seguro de estar solo; pero contésteme pronto.

No sabe usted lo que sufro.

Su amiga que le quiere siempre,

TRILBY O'FERRALL.

Mandó la carta para que se entregara en mano, y Laird no tardó ni diez minutos en llegar junto a ella. Trilby le abrazó, le besó y le llenó de lágrimas, hasta que el pobre Laird casi se echó a llorar también, pero en lugar de eso le dio por reír, lo que era mucho más oportuno y más acorde con su manera de ser, y también más consolador. Luego se puso a hablarle tan cuerda y cariñosamente, y de una manera tan natural, que cuando Laird se hubo marchado de la humilde buhardilla de la rue de Pousse-Cailloux, Trilby había cambiado ya de apariencia, y su estado, tan alarmante en principio, pareció volver por cauces más naturales.



Arrepentimiento

Aquel cuartito bajo las vigas, con su tejado inclinado, y sus ventanas abuhardilladas, estaba tan escrupulosamente limpio como si su dueña hubiera sido una monjita del Sagrado Corazón de las que educan a las hijas de la nobleza de Francia. En el borde de la ventana había tiestos de capuchinas y reseda, y una planta de campanillas trepaba alrededor del marco.

Los dos se sentaron sobre la estrecha cama blanca, Trilby le cogía las manos llenas de pintura y que olían a aguarrás y se las besaba cada cinco minutos. Él le hablaba como un padre —según él mismo le contó luego a Taffy—, y la riñó por haber sido tan niña y no haberle mandado a buscar antes, o haber ido al estudio. Le dijo lo contento que estaba y lo contentos que estarían sus compañeros, de que no volviese a posar desnuda —no porque fuese cosa mala, sino porque era mejor no hacerlo—, y sobre todo, ¡qué contentos se pondrían al saber que pensaba vivir decentemente de allí en adelante! Little Billee pensaba seguir en Barbizon unos días, pero tenía que prometerle que aquella misma noche iría a cenar con él y con Taffy, y les prepararía la cena. Y cuando Laird se marchó para ponerse a trabajar otra vez, en *Les noces du Toreador*, le soltó un «¡hasta esta noche pues, por mil demonios!» en francés macarrónico, que la dejó convertida en la mujer más feliz del Quartier Latin.

Había confesado y había sido perdonada, y con el arrepentimiento, la vergüenza, la confesión y el perdón había recibido un sentimiento nuevo: la aurora de su propia estimación.

Hasta entonces, ese sentimiento no había significado para ella más que el tener el cuerpo limpio, algo en lo que siempre se había esmerado. Era una de las tristes condiciones de su humilde oficio. Ahora había de consagrarse a otra clase de limpieza, a la que se iba a dedicar con fervor y para siempre; y aquel repugnante pasado —que nunca olvidaría— acaso lo olvidarían los demás a fuerza de que ella fuera buena.

La cena de aquella noche fue un acontecimiento memorable para Trilby. Después

de fregar los tenedores, los cuchillos, los platos y cacerolas, los puso en su sitio, se sentó y se puso a coser. No quiso ni siquiera fumar un cigarrillo por que no le recordase situaciones y escenas que ahora le repugnaban. Se habían terminado los cigarrillos para Trilby O'Ferrall.

Todos hablaron de Little Billee. Le contaron a Trilby cómo había sido educado, hablaron de su madre y de su hermana, de la gente con quien había vivido. También le dijeron cuál era su previsible porvenir y las señales que daba de un extraordinario talento, y que, según la opinión de sus amigos, la gloria y la fortuna le esperaban con los brazos abiertos; pero no iba a ser la suya una gloria corriente, sino aquella grandiosa e incomparable, patrimonio de muy pocos mortales y que sería suya a no ser que algún accidente de la vida viniese a esterilizarla, embotarla y quitarle su poder. Trilby escuchaba con alternativas de esperanza para él y de desconsuelo para ella. ¡Cómo soñaba ser la amiga de un hombre semejante! ¿Podría ser acaso su más humilde y fiel sirvienta?

Little Billee pasó un mes en Barbizon, y cuando volvió estaba tan moreno que sus amigos casi ni lo reconocieron. Traía estudios magníficos que dejaron maravillados a todos.

El sentimiento de inferioridad que debía de haberles abatido, quedó sumergido en una ola de cariño, admiración y entusiasmo por el artista.

Aquel Billee tan joven e ingenuo, tan débil de cuerpo, tan fuerte de voluntad, tan tierno de corazón, tan ligero de mano, tan agudo, rápido y penetrante de entendimiento y de golpe de vista, era un maestro como para ponerle sobre un pedestal, al que había que mirar desde un plano inferior; ante el que había que inclinarse; al que había que contemplar y vigilar para librarle de todo daño, en una constante adoración.



Confesión

Cuando llegó Trilby a las seis, después de su trabajo, y Billee le dio la mano exclamando: «¡Hola, Trilby!», ésta se puso blanca hasta los labios. Su labio inferior tembló, y Trilby observó al viajero desde arriba (puesto que ella estaba entre los más altos ejemplares de su sexo) con una mirada tan abierta, anhelante y húmeda, y que contenía tanta humilde y suplicante adoración, que Laird comprendió al momento que todos sus temores se confirmaban, mientras que la mirada de Billee llenaba el pecho viril de Taffy con un recelo muy semejante.

Decidieron irse los cuatro a cenar juntos a casa del Père Trin, y Trilby, después, se volvió a su trabajo de *branchisserie de fin*.

Al día siguiente Billee llevó sus trabajos a Carrel y éste le invitó a volver a su estudio particular para terminar el cuadro de *El cántaro que va a la fuente...*, favor tan extraordinario que el muchacho aceptó con un temblor que era una mezcla de orgullo, gratitud y afectuosa reverencia.

Desde aquel momento, Billee acudió rara vez al estudio de la place St. Anatole des Arts, y lo mismo le sucedió a Trilby, ya que una planchadora no puede separarse mucho tiempo de sus planchas; pero se veían con frecuencia a la hora de cenar. Los domingos por la mañana iba Trilby a componer la ropa de Laird y a ocuparse de que todo estuviese a su gusto en el estudio, y aprovechaba para pasar un día entretenido, pues por la tarde aquello se animaba como de costumbre con la esgrima, el boxeo, el piano y el violín.

Y día tras día, y semana tras semana, los amigos notaban en Trilby un cambio manifiesto aunque indescriptible. Su francés se volvió más correcto, a no ser que en

algún momento se le desmandase la lengua; sus bufonadas bajaron de tono, y a pesar de ello, parecía más feliz que nunca.

También empezó a adelgazar; los huesos de sus pómulos y su mandíbula se hicieron más marcados, y como eran de estructura tan perfecta —igual que los de su frente, nariz y barbilla—, el cambio mejoró su aspecto de un modo maravilloso, impresionante y casi inexplicable.

Al morir el verano, las pecas desaparecieron, pues además, salía poco. Se dejó crecer el pelo recogéndolo en un moño sobre la nuca, dejando a la vista sus orejas pequeñas y aplastadas que eran preciosas y que estaban colocadas en el lugar debido, hacia atrás y un poco en lo alto. Little Billee no las hubiera colocado mejor. Su boca, siempre demasiado grande, adquirió líneas de suave firmeza y sus dientes eran tan blancos e iguales que los franceses les perdonaban su tamaño tan británico. Una luz nueva llena de dulzura apareció en sus ojos que parecían estrellas; dos grises y gemelas estrellas, o más bien planetas recién lanzados por un nuevo sol, por la luz firme y suave que desprendían.



«Todo como solía ser»

Los tipos de belleza femenina varían según la moda. Estos eran los tiempos de las bellezas del *Album Buckner* en que las mujeres ostentaban frentes altas, rostros ovalados, narices pequeñas y aguileñas, bocas diminutas en forma de corazón, un hoyuelo en la barbilla y los hombros caídos y acariciados por largos tirabuzones —las *Lady Arabellas* y las *Lady Clementinas*, Musidoras y Medoras—. Un tipo, en fin, que acaso vuelva en el constante rodar del ciclo de la moda.

Cuando esto suceda espero no pertenecer ya a este mundo.

El tipo de Trilby sería hoy mucho más admirado que a mediados del siglo pasado. Su fotografía se exhibiría en los escaparates, y *sir* Edward Burne-Jones la habría aceptado como suya a pesar de su marcada y exuberante alegría y extraordinaria vitalidad. Rossetti acaso hubiera desarrollado con ella una nueva fórmula de belleza, lo mismo *sir* John Millais, otro viejo artista de esa clase que nunca sacia, ni fatiga, ni empalaga, siempre nuevo como *Clytia*; siempre viejo y siempre nuevo, como el amor mismo...

El tipo de Trilby contrastaba completamente con el que Gavarni había hecho tan popular en el Quartier Latin en la época sobre la que escribimos, de tal manera que los que caían bajo el encanto de Trilby, solían preguntarse por qué lo hacían. Además, a todos les parecía demasiado alta para su sexo, su época y el país en que vivía. Apenas era más baja que un gendarme, y un gendarme era casi tan grande como un dragón de la guardia, que es casi tan alto como un policía inglés. No es que fuera gigantesca: tenía la misma estatura que la gran actriz inglesa Ellen Terry, que tiene una estatura preciosa y proporcionada, creo yo.

Un día Taffy le dijo a Laird:

—Mira, creo que Trilby es la mujer más hermosa que conozco. Parece una gran señora disfrazada de modistilla, de griseta, y a veces una Santa que despide alegría por los cuatro costados. ¡Es guapísima, por Júpiter! ¡Yo no podría soportar que me abrazase como hace contigo! Un día, haría una barbaridad: sería capaz de matar a Little Billee.

—¡Ah! ¡Taffy, en esos abrazos fraternales no es a mí a quien abraza!

—¡Además, qué simpática y qué buena es! Tan recta y tan honorable como un caballero. Y todo cuanto dice, ¡es tan agradable! Supongo que se deberá a su sangre irlandesa; además nunca miente...

—¡Eso más bien es propio de un escocés! —afirmó Laird, tratando de guiñar un ojo a Billee, pero éste no estaba ya allí.



Dos estrellas gemelas

Incluso Svengali advirtió la curiosa metamorfosis.

—¡Ach, Trilby! —Solía decirle en las tardes de los domingos—. ¡Qué guapa está usted *ahorra*, me está volviendo loco! ¡La *adorro*! Me gusta usted todavía más, delgada como está *ahorra*: tiene usted una anatomía perfecta. ¿Por qué no contesta a mis cartas? ¡Ni las lee siquiera! ¡Las *quema*! Y yo, sin embargo... Las grisetas del Quartier Latin no han aprendido a leer y escribir, sólo saben bailar el cancan con esos monos indecentes que ellas llaman hombres. Algún día, nosotros los alemanes, les enseñaremos a bailar. Mejor que el *camarrero* del Café de la Rotonde, ¿*hein?* ¡*Harremos* música para que bailen algo distinto esos indecentes! Y las grisetas del Quartier Latin nos servirán el buen vino blanco, como dice ese poeta de guardarropía que llamáis Alfred de Musset y que tan glorioso futuro tiene ante él. ¡Bah! ¿Qué

saben *ustedes* de Alfred de Musset?... También nosotros tenemos un poeta, Trilby de mi alma; se llama Heinrich Heine. Aún vive en París, en una callejuela que da a los Champs Elysées. Se pasa el día en la cama y sólo ve con un ojo, como la Condesa Hahn-Hahn, ¡ha, ha!... Le encantan las grisetas. Se ha casado con una de ellas que se llama Mathilde. Usted le *encantaría* a Heine. La *adorraría* por sus espléndidos huesos. ¡*Ach*, qué magnífico esqueleto *harria* usted, y esto va a suceder muy pronto porque no sonrío a su locamente enamorado Svengali! ¡Quema usted sus cartas sin leerlas!... Tendría usted un estuche de caoba y cristal en la Escuela de Medicina y Svengali *irría* a verla con su abrigo nuevo forrado de pieles, fumando un magnífico habano, y apartando a la chusma estudiantil, *mirraría* por los huecos de sus ojos hasta el fondo de su estúpida *calaverra* y por los agujeros de su nariz hasta el hueso que es su caja de resonancia, y *verría* su nariz sin punta y su boca sin labios y el paladar de su inmensa boca con sus treinta y dos inmensos dientes ingleses, y a través de sus grandes costillas el lugar donde estuvieron sus pulmones de *cuero*. *Dirría* entonces: *Ach!*, ¡qué lástima que esta mujer no *tuvierra* más música en su organismo que un vulgar gato *callejero*! Luego *mirraría* sus pobres huesos a medio deshacer hasta llegar a los pies y *repetirría*: *Ach!* ¡Qué tonta fue en no contestar a las cartas de Svengali!

—¡Cállese, estúpido, o verá qué pronto estropeo yo su esqueleto! —le dijo Taffy impaciente, puesto que había oído todo.

Svengali, con el ceño fruncido, se puso a tocar la Marcha Fúnebre de Chopin mejor de lo que nunca lo había hecho, y al llegar a la parte más dulce y melodiosa le *iba* diciendo por lo bajo a Trilby:



Un incubo

—Éste es Svengali, que viene a verla en su cajita de caoba y cristal.

Quiero hacer aquí la observación de que estas malévolas elucubraciones de Svengali, que malamente pueden pasar en inglés, sonaban de manera horrible en un francés-hebreo-alemán, expresadas con su ronco y áspero graznido, gangoso y gutural, mientras mostraba sus dientes amarillos en un gruñido que parecía el de un can hambriento y plebeyo, los pesados párpados cayéndole sobre sus insolentes ojos negros.

Además, al tiempo que interpretaba la encantadora melodía, representaba una pantomima vampiresca como si estuviera enumerando los huesos del esqueleto de Trilby, con ansiosa y especulativa aprobación. Pero a Trilby no le hacían gracia todas aquellas bromas macabras; le daban escalofríos.

Le parecía más bien a ella como si Svengali fuera un demonio poderoso que, a pesar de la protección de Taffy (el único que podía dominarle), la oprimía y abrumaba como una pesadilla, de tal manera que soñaba más con él que con Taffy, Laird e incluso que con Little Billee.

Y así, de la manera más agradable y tranquila, fueron pasando los días hasta que llegó la Navidad.

Little Billee apenas hablaba de Trilby, ni Trilby de Little Billee. Todas las mañanas se reanudaba el trabajo en el estudio de la place St. Anatole des Arts. Se empezaron y se terminaron cuadros, cuadros de poca importancia que tardaban poco en pintarse. Por ejemplo, las variadas versiones del torero de Laird (en las que nunca se veía al toro), que mandaba invariablemente a su tierra y que se vendían en Dundee, su ciudad natal. Taffy seguía pintando sus pequeños dramas de los suburbios de París —muertos de hambre, ahogados, suicidas...—, que mandaba a todas partes y que no se vendían en ninguna.

Durante todo este tiempo, Little Billee seguía asistiendo al estudio particular de Carrel y cuando se reunía con sus amigos para comer, parecía preocupado aunque contento, y más callado que de costumbre. Siempre había sido el menos hablador de los tres, más bien inclinado a escuchar y, por consiguiente, a pensar. Por la tarde entraba y salía, sin cesar, gente en el estudio: gente que boxeaba, hacía gimnasia y admiraba los bíceps de Taffy, que por aquella época igualarían a los de *Mr. Sandow*.

Algunos de los visitantes eran personas distinguidas, y muchos son hoy artistas famosos en Inglaterra, Francia y América, otros se han muerto, o bien se han casado. Algunos han sido desgraciados, y otros han alcanzado la gloria. Es la *Balada de la Bouillabaisse*, cantada una y otra vez.

Merecería la pena describir a algunos de los más notables, ahora que mi narración se hace por momentos más acompañada, como un tren francés cuando el maquinista ve ante él un túnel largo y lleno de curvas, como yo lo veo ahora, sin luz a la entrada ni a la salida.

Mis modestos ensayos descriptivos serían útiles acaso, como puntos de referencia, para futuros biógrafos. Existen además otras razones para mi quehacer, como el lector irá descubriendo.

Pues bien, allí estaba Durién, aquel adorador particular de Trilby, de honorables intenciones. Un hijo del pueblo, un magnífico escultor, y una tan rica y tan perfecta personalidad en todos los sentidos, que se puede criticar de él mucho menos que de cualquier otro. Era modesto, formal, sencillo, frugal, casto, y un incansable trabajador; viviendo para su arte y acaso algo para Trilby, con la que hubiera deseado casarse. Era un nuevo Pígalión, y Trilby su Galatea, una Galatea cuyo corazón de

mármol nunca latiría para él.

Hoy en día, la casa de Durien es la más hermosa del Parc Monceau; su mujer y su hija, las mujeres más elegantes de París, y él uno de los hombres más felices del mundo, pero nunca olvidará a la pobre Galatea, «La bella de los pies de alabastro, la de los talones de rosa».

También estaba Vincent, un estudiante de medicina yanqui que lo mismo estudiaba que se divertía.

Hoy Vincent es uno de los mejores oculistas del mundo y los europeos cruzan el Atlántico para consultarle. Todavía le gusta divertirse, y cuando cruza el océano con este fin, viaja de incógnito como los príncipes para que el trabajo no venga a estorbarle la diversión.

Sus hijas son tan guapas y elegantes que han hecho suspirar en vano a varios duques ingleses. Por lo visto, estas preciosas muchachas se pasan el otoño dando calabazas a la aristocracia británica, según nos cuenta la prensa, y estoy dispuesto a creerlo. El amor no siempre es ciego, y si lo es, Vincent puede curarlo.

En aquellos días, Vincent nos recetaba a todos, nos apretaba el estómago, nos auscultaba, nos miraba la lengua, claro que todo por amistad, y nos decía lo que habíamos de comer, beber, o evitar, y aun dónde debíamos ir a buscarlo.

Por ejemplo, una noche, ya muy tarde, Little Billee se despertó bañado en sudor creyendo que se moría. Todo el día se había sentido mal y no había comido. Se vistió y se arrastró hasta el hotel de Vincent como pudo, y le despertó diciendo:

—Vincent, Vincent, ¡me muero! —Y casi se desmayó sobre la cama.

Vincent le reconoció cuidadosamente y le hizo muchas preguntas, luego mirando al reloj le dijo:

—Hum, es algo tarde, las tres y media, pero en fin, mira, Billee, ¿sabes dónde está el mercado de verduras, ahí al otro lado del río?

—¡Sí, sí! ¿Qué verdura tengo que...?

—Escucha. En la parte norte hay dos restaurantes, Bordier y Baratte, yo prefiero Bordier. Podías empezar por Bordier y seguir por Baratte. En todo caso, ¡no pierdas el tiempo y vete!

Así salvó Vincent a Little Billee de una muerte prematura.

Había también un griego, un chico de dieciséis años, muy alto, que zascandileaba por allí. Representaba veintitantos y podía fumar un tabaco más fuerte aún que Taffy, y aculotaba las pipas divinamente. Tenía muchas simpatías en la place St. Anatole des Arts por su bonhomía, naturalidad y simpatía. Era el capitalista de aquel simpático grupo, y gastaba su capital con prodigiosa generosidad. Se le conocía familiarmente por Poluphloisboiospaleapologos Petrilopetrolicoconose. Había sido bautizado así por Laird en vista de que su nombre verdadero era demasiado largo y bonito para el Quartier Latin, y recordaba mucho las islas griegas donde cantó y amó la ardiente Safo.

¿Qué es lo que estaba aprendiendo en el Quartier Latin? ¿La lengua francesa? ¡Si

hablaba el francés como un parisién! ¡Quién sabe lo que hacía allí! Cuando sus amigos ingleses trasladaron su bohemia a Londres, ¿acaso fueron más felices o mejor tratados en ninguna parte que en la morada de su padre?

Aquella mansión, más señorial que ninguna, como corresponde a un millonario y magnate de la City, es hoy en día de su propiedad, y aunque su barba ya platea de gris, sigue tan alegre y tan hospitalario como en los lejanos días de París, aunque ya no se dedica a cambiar el color de las pipas.



El capitalista y el elegante

Después estaba Carnegie, recién salido de la escuela de Balliol, y que iba dejando tras sí su estela de universitario. Quería ser diplomático y había ido a París para beber el francés en su fuente más pura. Pasaba la mayor parte del tiempo con los ingleses elegantes de la orilla derecha del Sena y el resto con Taffy, Laird y Little Billee en la orilla izquierda. Acaso por eso no pudo llegar a convertirse en embajador. Hoy día es deán rural y habla el peor francés que he oído en mi vida, y lo habla siempre que tiene la oportunidad y en cualquier lugar donde se le ofrezca. ¡Bien empleado le está!

Le gustaban los lores y conoció a alguno (por lo menos, eso daba a entender), hablaba mucho de ellos y se vestía tan bien que Billee se sentía avergonzado en su presencia. Sólo Taffy, con su chaqueta de *sport* vieja y raída y su gorro de *cricket*, y Laird con el abrigo de Taffy hasta los pies, y el abollado sombrero de paja, se atrevían a pasearse con él del brazo; es más, insistían en ello, mientras escuchaban a la Banda de música tocar en los Jardines del Luxembourg.

No olvidemos, tampoco, al rubio Antony, un suizo poco amigo del trabajo, el rey de los truhanes, como le llamábamos, al que todo se le perdonaba como a François

Villon *à cause de ses gentillesses*^[27], pues a pesar de sus reprehensibles travesuras, era la criatura más encantadora que se ha conocido en la bohemia o fuera de ella. Siempre entrampado, como Svengali, pues no tenía más noción del dinero que la que pudiera tener un pájaro-mosca, daba con pródiga generosidad a sus amigos aquello que en estricta conciencia pertenecía a sus acreedores. Como Svengali también, era un alegre humorista y un artista exquisito y original, y también algo excéntrico en su indumentaria, aunque escrupulosamente limpio, de tal manera que cuando la gente le miraba en la calle, le molestaba mucho. Pero al revés de Svengali, era extremadamente delicado, refinado y distinguido en su espíritu y sus formas, sin ningún género de presunción o artificio. A pesar de la irregularidad de su vida, era la nobleza y la verdad personificadas, el mejor amigo, el más cariñoso, el más sincero, el menos egoísta, y el más alegre compañero.

Aunque esto no siempre, ya que cuando no tenía un cuarto en el bolsillo se apresuraba a recogerse en alguna minúscula buhardilla de un perdido suburbio de París, y allí escribía su propio epitafio en buenos versos franceses, alemanes o aun ingleses, pues era un extraordinario políglota, mientras se decía a sí mismo que, abandonado por sus parientes y aun por su amiga del alma, contemplaba por última vez desde su ventana las chimeneas de París, escuchando «las armonías de la Naturaleza» y, «aspirando hacia el infinito», «lloraba las crueles decepciones de la vida». Por último, se echaba en una cama, preparado para dormir su postrero sueño de hambre y desamparo. Mientras descansaba en espera de su liberación, distraía sus largas horas comiendo unos mendrugos «mojados con sus saladas lágrimas», y decorando su epitafio con unas bellísimas ilustraciones llenas de gracia y melancolía.

Estos tempranos epitafios ilustrados por el joven Antony, de los que aún se puede encontrar un buen número por ahí, alcanzan hoy en día precios fabulosos, como saben todos los coleccionistas del mundo.

Cada día que pasaba en su encierro se iba debilitando un poco más, y generalmente al tercer día le llegaba una remesa de fondos de alguna paciente hermana de Lausanne, o acaso de la esquivada amante o del amigo ingrato, que habían estado buscándole infructuosamente por todo París, y por fin descubrían su escondite; cogían el precioso epitafio, lo llevaban en triunfo al Père Marcas de la rue du Ghetto y lo vendían por veinte, cuarenta y hasta cien francos y después... a bogar, y otra vez a la bohemia, la querida bohemia, con sus alegrías mientras duraba el dinero... *e poi da capo!*

Y actualmente, cuando su nombre es conocido familiarmente en los dos hemisferios, y es un honor y una gloria para su patria de adopción, le gusta recordar todo esto y mirar hacia atrás, desde la alta cumbre donde descansa, a los días de escasez de sus tiempos de aprendizaje, «aquellos buenos tiempos en que éramos tan desgraciados».

Revestido de esa su dignidad quijotesca, es tan famoso por su ingenio, que cuando habla en broma —lo que hace casi siempre—, la gente se ríe primero y luego

pregunta qué es lo que ha dicho. Incluso si alguien quiere hacer reír con algún chiste poco ocurrente, no tiene más que decir: «¡Me lo contó Antony!».

Y estas bromas acarrearán tan buen humor que casi le molestaría a uno que fuera otro quien pagara el pato.

Nunca se podrá decir de Antony:

*The aimless jest that striking has caused pain,
the idle word that he'd wish back again!*^[28]

Estoy seguro de que, a pesar de su gloria, Antony no tiene un solo enemigo en el mundo.

Aquí añadiré, por si alguien lo quisiera identificar, que hoy en día es un hombre alto, fuerte y extraordinariamente hermoso aunque algo calvo, y tan aristocrático de porte, aspecto y maneras que parece que corre por sus venas la sangre azul de los Cruzados en vez de la vulgar de un burgués de Lausanne.

También rondaba por allí Lorrimer, el industrioso aprendiz, que hoy en día ostenta también un alto puesto, pues es, nada menos, que una de las columnas de la Royal Academy de Londres, y si vive bastante, llegará a ser su presidente: como si dijéramos, el alcalde con grado de caballero o de barón de «todas las artes plásticas», dejando de lado a uno o dos, aquí o allá, y que también su importancia tienen, todo hay que decirlo.

Dios quiera que estas ligerezas sucedan dentro de muchos años, como él mismo anhela.

Alto, delgado, pelirrojo y de hermosas facciones, era por entonces un muchacho serio, formal, trabajador y entusiasta, de cultura precoz, que leía libros instructivos y no tomaba parte en las diversiones del Quartier Latin. Se pasaba las noches en vela en compañía de Haendel, Miguel Ángel y Dante, en la orilla más respetable del río. Algunas veces iba también a las reuniones elegantes con chaleco blanco, frac y peinado con raya en medio.

Pero a pesar de aquellos lunares en su por otra parte ejemplar conducta bohemia, era un compañero encantador, un amigo afectuoso, servicial y complaciente. Dios le dé una larga y próspera vida. A pesar de lo entusiasta que era, no podía adorar más que a un dios a la vez. Tenía que ser Miguel Ángel, Fidias, Veronés, Tintoretto, Rafael o Tiziano, pero nunca uno moderno. Los modernos no existían para él, y tan persistente era en manifestar sus entusiasmos, que consiguió que aquellos inmortales fuesen casi execrados en la place St. Anatole des Arts. Aprendimos a temer sus nombres. Cada uno de ellos le duraba un par de meses, luego le daba vacaciones por un mes, y se dedicaba a otro durante una temporada.

Antony no pensaba que el arte de Lorrimer valiese nada, y Lorrimer le pagaba en la misma moneda, a pesar de que ambos eran buenos amigos. Ninguno de los dos admiraba, y en eso sí estaban de acuerdo, el arte de Little Billee, aunque hoy en día la

cumbre en que se sienta la inmarcesible gloria de Billee es la más alta de todas; la más alta que pintor alguno haya podido alcanzar nunca.

Una de las cosas que tiene hoy Lorrimer es que, a pesar de su barba gris y de su respetabilidad de académico y cumplido hombre de mundo, admira el genio de Antony, lee los deliciosos cuentos de Rudyard Kipling y *El Infierno* del Dante, escucha encantado además las dulces canciones del *signor* Tosti, que no se basó precisamente en Haendel, y se muere de risa con una canción cómica y aun con una melodía de negros con tal de que sean cantadas entre gente educada y distinguida, pues Lorrimer no es ningún bohemio.

Shoo, fly! Don't cher bother me!
For I belong to the Comp'ny G!^[29]

Estos dos hombres están felizmente casados, y es probable que tengan hasta nietos. Se mueven en el seno de la más distinguida sección de la sociedad (Lorrimer en todo momento, y Antony de vez en cuando); «*la haute*», como solíamos decir los bohemios en Francia, es decir, duques, lores y príncipes de sangre azul, y además de ellos, todos los amigos que le quieren, y todos los amigos a los que ellos quieren.

Ésta es la mejor sociedad, ¿no es cierto? Por lo menos eso nos decían, pero eso debió de ser antes de que el ingenuo autor que esto escribe hubiera tenido el privilegio de estudiarla con sus propios ojos desde su modesto puesto de observador.

Cuando Antony y Lorrimer se encuentran en ese elegante círculo, no creo que corran a abrazarse recordando con alegres y atropelladas palabras los viejos tiempos de París, ni pienso que sus mujeres sean íntimas amigas (ninguna de nuestras mujeres lo son), ni siquiera las de Taffy y Laird.

¡Oh, Orestes!... ¡Oh, Pílates!

¡Oh, vosotros jóvenes estudiantes sin dinero, sin gloria; con vuestros dieciocho, diecinueve, veinte y aun veinticinco años, que compartís todo el uno con el otro, que juráis por los mismos dioses, que fumáis en la misma pipa, respetando la novia el uno del otro, guardando los secretos el uno al otro, empeñando el reloj del uno o del otro para divertirlos los dos juntos con el producto del empeño; que os veláis el uno al otro en la enfermedad y os consoláis el uno al otro en la tristeza y la desilusión con varonil y silenciosa simpatía, «esperad a que lleguéis a los cuarenta», y esperad a que los dos, o uno de los dos, tenga su pequeño pedestal en este mundo, aunque sea de los más humildes!

Y sobre todo, ¡esperad a que tengáis cada uno una esposa!

La historia se repite y también las novelas y aunque esto sea una vulgaridad: ¡no hay nada nuevo bajo el sol!

Como diría Laird en su jerigonza que tanto le gustaba:

—Nada *nueva* bajo la sol.

Y ahora llegamos a Dodor, el hermoso dragón de la guardia, un soldado raso a

mucha honra, imberbe y con unas mejillas sonrosadas y sedosas, una cintura delgada y unos pies menudos como los de una damisela, y que hablaba (cosa extraña) el inglés como un nativo de las Islas.

Con él solía estar su amigo Gontran, *alias* Zouzou, cabo de Zuavos.

Estos dos bravos mozos habían conocido a Taffy en Crimea y frecuentaban los estudios del Quartier Latin, donde adoraban y eran adorados por las grisetas y las modelos, y por encima de todo, por Trilby.

Los dos tenían fama de ser los peores figurones sus respectivos regimientos; a pesar de todo, eran popularísimos entre sus compañeros y aun entre sus jefes, de coroneles para abajo.

Los dos a veces eran ascendidos al grado de cabo o brigada, para ser degradados al día siguiente a soldados rasos otra vez, debido a la excesiva alegría con que festejaban el ascenso.



«¡De eso nada! ¡De eso nada!»

Ninguno de los dos sabía lo que era el miedo, la envidia, la ruindad, el mal humor o la tristeza. Nunca decían o hacían nada con mala intención, ni siquiera lo pensaban, así es que no tenían más enemigos que ellos mismos. En cuanto a sus maneras, eran de las peores, o de las mejores, dependiendo de ante quién se encontraran, comportándose como verdaderos camaleones.

Ambos estaban también dispuestos siempre a repartir su última moneda (aunque rara vez la tenían) con los demás; le ofrecían a uno su último cigarro, invitaban a

cenar a cualquier amigo que se hallase con ellos; se pegaban con uno o se pegaban por uno según se terciase, y como para compensar de todos los disgustos, penas y tribulaciones que proporcionaban a sus familias, se dedicaban a divertir y a hacer la vida agradable a los extraños.

No hacían más que divertirse, y nuestros tres amigos de la place St. Anatole (como no eran los que pagaban los vidrios rotos) les querían mucho, especialmente a Dodor.

Un domingo por la mañana se encontraba Billee, aprovechando que hacía un tiempo hermoso, estudiando la vida popular en la más característica de las fiestas callejeras, la Fête de St. Cloud, cuando se encontró con Dodor y Zouzou, que lo saludaron encantados diciendo:

—Vamos a divertirnos; ¡qué caramba!

Insistieron en que se fuera con ellos y les convidase, y allá que se fueron a los tiouvivos y a los columpios y a ver al gigante, al enano, al hombre forzado y a la mujer gorda —a la que por cierto cortejaron, siendo esto tomado en serio y por consiguiente haciendo que les expulsasen de la barraca—, y también a admirar la colección de animales feroces, a los que hicieron cosquillas, poniéndolos en tal estado de excitación que tuvo que intervenir la gendarmería. También tomaron parte en los bailes al aire libre, donde bailaron los más extraordinarios y desenfrenados cancanes, hasta que un brigada se dejó ver entre el público. Entonces nuestros amigos bailaron un cancán cursi y distinguido, como «de maestro de escuela», como decían ellos, acompañado por las carcajadas del inmenso público, que iba en aumento, aunque con el escarnio de todos los varones respetables.

Los dos militares insistieron en que Little Billee se pasease con ellos del brazo y hablase con ellos en inglés, sobre todo cuando aparecía en su camino una respetable familia inglesa con alguna bella muchachita. El dragón se divertía hablando un inglés perfecto al pasar cerca de ellas para que las bellas hijas de la rubia Albión le miraran extrañadas al ver a un dragón francés hablar un inglés tan correcto como el de ellas. También a Zouzou le encantaba que lo tomasen por un inglés, aunque lo único que sabía decir eran tres palabras que había aprendido en Crimea: «¡De eso nada!»; expresión que repetía una y otra vez en cuanto veía acercarse a una inglesa joven y bonita.

A Little Billee no le divertían estas andanzas. No era un *snob*, pero le habían educado en un círculo tranquilo de la alta burguesía, y no le agradaba que sus compatriotas (y si éstas eran jóvenes y guapas, mucho menos) le viesan pasearse del brazo de dos soldados franceses revoltosos y atrevidos, y encima un domingo...

Acabaron volviendo a París en lo alto de un ómnibus mezclados entre la plebe proletaria. Los dos alegres guerreros también se hicieron en seguida populares allí, y demostraron su simpatía sobre todo entre las mujeres y los niños, pero no se hicieron notar precisamente por la decencia, refinamiento y discreción de su conducta.

Little Billee se prometió a sí mismo nunca más volver a salir con ellos de fiesta.

Ellos, en cambio, se empeñaron en acompañar a Little Billee hasta el Quartier Latin por el Pont de la Concorde y la rue de Lille y el Faubourg St. Germain.

A Billee le gustaba mucho el Faubourg St. Germain, y sobre todo la rue de Lille. Solía pasearse contemplando las viejas fachadas magníficas de las mansiones de la antigua nobleza francesa, o más bien los muros con sus espléndidas portadas esculpidas con los escudos de armas y los grandes nombres encima: Hôtel de Rohan-Chabor, Montmorency, La Rochefoucauld-Liancourt, la Tour d'Auvergne, esto y lo otro...

Little Billee solía soñar despierto al conjuro de los gloriosos nombres caballerescos, pues conocía algo de la Historia de Francia y le gustaba leer a Froissart, a Saint-Simon y al tierno Brantôme.

Se detuvo delante de uno de los portales más hermosos y antiguos, su preferido, que llevaba el nombre de Hôtel de la Rochemartel en letras de oro gastado sobre una corona ducal y un enorme escudo de armas, y empezó a exponer Zouzou las bellezas arquitectónicas y las nobles proporciones del edificio.

—¡Caramba! —dijo Zouzou—. ¡Qué chistoso eres! Aquí nací yo el seis de marzo de mil ochocientos treinta y cuatro a las tres y media de la mañana. Vaya un día glorioso para Francia, ¿eh?

—¿Que naciste aquí? ¿Qué quieres decir? ¡Sería en la garita del portero!

En aquel momento se abrieron de par en par unas enormes puertas y apareció un portero de librea abriendo paso a un coche abierto tirado por un tronco de caballos, en el que iban dos señoras de edad y una muchacha.



Dodor en su gloria

Con gran indignación de Billee, los dos soldados hicieron el saludo militar, al que respondieron las tres señoras con una fría inclinación de cabeza. Y la indignación del

muchacho llegó al colmo, pues habiendo vuelto la cabeza una de las señoras, Zouzou le tiró un beso.

—¿Conoces a esa dama? —preguntó Billee muy serio.

—¡Vamos, hombre! ¿Que si la conozco?... ¡Si es mi madre! ¿Verdad que es encantadora? Y eso que ahora está enfadada conmigo.

—¡Tu madre!... ¿Qué quieres decir?... Pero ¿qué iba a hacer tu madre en ese coche y en esa casa?

—¡Pero, caramba, si vive aquí!

—¿Que vive aquí? Entonces, ¿quién es tu madre?

—La duquesa de Rochemartel, *parbleu!* La chica que iba con ella es mi hermana y la otra señora mi tía, la princesa de Chevagné-Bauffremont, que es la dueña de ese coche tan *chic*. Mi tía Chevagné es millonaria...

—Pues nunca lo... entonces..., ¿cómo te llamas tú?

—Oh, ¡mi nombre! Espera que me acuerde: Gontran-Xavier-François-Marie-Joseph d'Amaury, de Brissac, de Roncesvaux de la Rochemartel y Boisségur, servidor de usía.

—Completamente correcto, el niño no miente —dijo Dodor.

—Y tú, Dodor, ¿cómo te llamas?

—¡Oh! Yo soy un individuo sin importancia, no tengo más que un nombre de pila, Théodore, y mis apellidos son Rigolot de Lafarce; en cambio, Zouzou es un elegante, un noble de tomo y lomo...

Ya hemos dicho que Billee no era un *snob*. Sí era un muchacho inglés de una respetable familia de la clase elevada, y aquellas revelaciones, que no podía acabar de creer, le dejaron perplejo. Aunque presumía de despreciar a la aristocracia, los títulos son siempre los títulos, a pesar de que sean franceses, sobre todo si pertenecen a duques y princesas que viven en una casa como el Hôtel de la Rochemartel... ¡Aquello era casi para privar del habla a un respetable muchacho inglés!



Hôtel de la Rochemartel

Aquella noche, cuando Billee vio a Taffy le preguntó:

—Oye, ¿es verdad que la madre de Zouzou es duquesa?

—Sí, la duquesa de la Rochemartel-Boisségur.

—¿Cómo no me lo has dicho?

—Nunca me lo preguntaste. Es uno de los títulos más antiguos de Francia, pero yo creo que no tienen dinero.

—¿Que no? Si vieras en que casa viven...

—La conozco, he ido allí a cenar; y no fue, por cierto, nada buena la cena. Tienen alquilada parte de la casa y viven en el campo casi todo el año. El duque es hermano de Zouzou y no se parece en nada a él. Está enfermo, es soltero y es el hombre más formal de París. Zouzou será duque el día de mañana.

—¿Dodor es también tan distinguido? Me han dicho que se llama de no sé qué.

—Sí; Rigolot de Lafarce. A lo mejor descende de los de las Cruzadas, porque suena muy bien, y aquí parece que todos tuvieran un antepasado que hubiera participado en la toma de Jerusalén. Su madre era inglesa y llevaba el modesto pero digno apellido de Brown. Él se educó en un colegio inglés, por eso lo habla tan bien y por eso acaso se porta tan mal. Tiene una hermana guapísima casada con un oficial inglés del 60.º Regimiento de Fusileros; se llama Jack Reeve y es hijo de lord Reevely. Por lo visto es un individuo muy estirado, que no debe de llevarse muy bien con su cuñado. ¡Pobre Dodor! Su hermana es la única cosa que le importa en el

mundo, aparte de Zouzou.

A veces me pregunto si el amable y alegre *monsieur* Théodore, que es hoy el socio más joven del almacén de mercería Passefil et Rigolot en el *boulevard* des Capucines, y uno de los pilares de la capilla inglesa de la rue Marboeuf, reñía a sus empleados y empleadas cuando entraban tarde los lunes al trabajo...

También suelo preguntarme si el tieso, tacaño, pesado, religioso, puntual, frío, hipócrita pedante y controlador *monsieur* le Maréchal-Duc de la Rochemartel-Boisségur contaría algunas veces a la duquesa (née Hunks, de Chicago): «Una vez Dodor y yo, sabes, resulta que...».

Pero no seamos chismosos.

El que escribe esto no es precisamente un *snob*. Es un respetable inglés de la clase media-alta, por lo menos así lo cree él. Pues escribe sobre sus viejos y tradicionales amigos que pertenecen a una época en que los títulos valían más que hoy. Desgraciadamente ha desaparecido en estos tiempos la reverencia por todo lo grande; y todo lo bello y lo antiguo está en desuso.

Por este motivo he guardado a este Zuavo ducal y botarate para el *bouquet* final de este desfile, el último bocado, digámoslo así, de este menú de la bohemia dedicado a aquellos que consideran al viejo Quartier Latin el barrio más bajuno, ordinario y vulgar, digno de la suerte que ha corrido al ser casi expulsado de la faz de París, y donde los señores bachilleres (todos ellos desvergonzados y groseros individuos) no tenían otra cosa que hacer tanto de día como de noche que acudir a un local de mala nota llamado *La chaumière*...

*Pour y danser le cancan
Ou le Robert Macaire
Toujours, toujours, toujours
Le nuit comme le jour...
Et youp! Youp! Youp!
Tra la la la... la la la!*^[30]

* * *

Se aproximaba la Navidad.

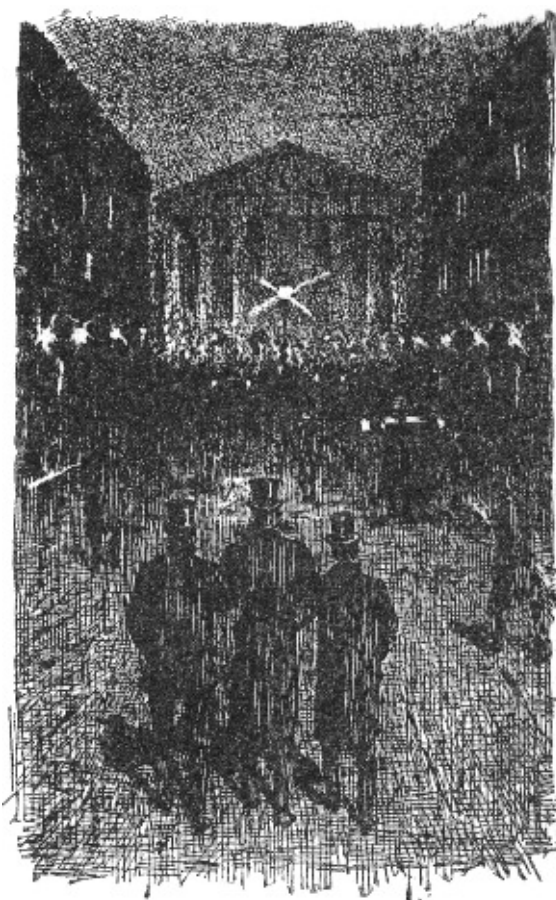
Había días en que el Quartier Latin velaba sus vicios bajo una gasa de niebla casi digna del valle del Támesis entre el puente de Londres y el de Westminster. La vista, desde la ventana del estudio, era de una triste opacidad. No se veía la Morgue, ni las torres de Notre Dame, ni siquiera las chimeneas intermedias, ni tampoco la torrecilla de la esquina de la rue des Trois Mauvais Ladres, que parecía un juguete medieval y que hacía las delicias de Little Billee...

Tenían que llenar la estufa hasta arriba para que se pusiera al rojo, si querían

sostener los pinceles entre los dedos helados y apretar los tubos de pintura, ya que, de otro modo, no les obedecían las entumecidas manos, y para entrar en reacción después del baño frío tenían que ponerse a boxear y hacer esgrima.

Taffy y Laird se tornaban melancólicos, infantiles y tiernos, y, cuando hablaban solía ser siempre de las Navidades tan familiares que solían pasar en la vieja Inglaterra, aquel gran País de la Exquisitez y la Repostería donde se jugaba por esas fechas a la rayuela sobre el hielo o se cazaba a todas horas.

Y todo eran vítores recordando el encantador distrito de Cork y los amables gorritos de Dundee, hasta que, superados por la nostalgia, habrían tomado de buen grado el primer tren para volver a sus casas.



Nochebuena

Pero no hicieron nada tan extravagante, sino que optaron por escribir a sus amigos de Londres para que les mandaran el mayor pavo y el *pudding* más grande que pudieran encontrar, además de pasteles de frutas secas y ramas de muérdago y acebo. Y de propina unas gordas salchichas inglesas, medio queso de Stilton y un solomillo de buey, o mejor dos, por si acaso...

Pensaban los tres amigos celebrar una fiesta pantagruélica en el taller el día de Navidad, invitando a todos sus queridos compañeros que antes he tratado de describir: Durien, Vincent, Antony, Lorrimer, Carnegie, Petrolicoconose, Zouzou y Dodor.

La cena iba a ser preparada por Trilby, por su amiga Angèle Boisse, el

matrimonio Vinard y todos los pequeños Vinard que fuesen capaces de manejar vasos, loza y pastelería sin peligro; y, si esto no bastase, guisarían y servirían la mesa ellos mismos.

Una vez diesen cuenta de la primera cena, se serviría otra fría para ellos y para algunos otros invitados: Svengali, Gecko y dos o tres más. Desde luego ninguna dama, pues el poco susceptible Laird opinaba, usando el lenguaje propio de un criado de una residencia de los Highlands con motivo de un baile de sirvientes: «Las mujeres siempre espachurrean las fiestas».

Fueron enviadas algunas invitaciones muy decorativas y relamidas, en las que Taffy y Laird echaron el resto de su creatividad (Billee no tenía tiempo para estas cosas).

Vinos, bebidas y cerveza inglesa fueron conseguidos no sin gran esfuerzo donde M. E. Delavigne, el de la rue St. Honoré, y también toda clase de licores: *chartreuse*, *curaçao*, *ratafia de cassis* y *anissette*; no se escatimó en gastos.

También abundaban la gelatina de pavo trufado, las lenguas, las lonchas de jamones, *rillettes de Tours*, patés de *foie gras*, *fromage d'Italia* (que nada tiene que ver con el queso normal), *saucisson d'Arles et de Lyon* con y sin ajo, gelatinas frías; todo, en fin, cuanto un salchichero francés y su mujer pueden sacar de un cerdo francés o de otro animal, bestia, pájaro o ave de corral (incluidos gatos y ratas) para surtir una cena. Y como complemento, no faltaban las jaleas, pasteles, dulces y toda la clase de golosinas de las que prepara tan bien el pastelero de la esquina de la rue Castiglione.

Todo el día se les estuvo haciendo la boca agua durante la alegre espera. Todavía hoy experimento, aunque con un poco de melancolía, el mismo síntoma con el mero recuerdo de aquellas succulentas viandas, a pesar de que la vista y el aroma de los platos no me proporcionarían, ¡ay de mí!, tan agradables secreciones en estos degenerados tiempos.



«Allons Glycère! Rougis mon verre...»

¡Alas! ¡Ahimè! ¡Ach weh! ¡Ay de mí! ¡Eheu!, y... en francés... ¡Helas!^[31]

Llegó, pues, el día de Nochebuena. Todavía no habían llegado los principales encargos de Londres, pero aún había tiempo.

Los Tres Angluchos cenaron en casa del Père Trin como de costumbre, y después se entretuvieron jugando al billar y al dominó en el Café du Luxembourg, haciendo tiempo hasta la hora de la Misa del Gallo en la iglesia de la Madeleine, donde Roucouly, el gran barítono de la Opera Comique, estaba contratado para cantar el famoso *Noël* de Adam.

Todo el Quartier Latin permanecía despierto para celebrar el Réveillon. Era una noche clara y escarchada con una luna magnífica (acababa de pasar el plenilunio). La noche se presentaba de lo más propicia para un paseo estimulante que comenzara por la orilla izquierda y que, tras pasar por el puente de la Concorde a través de la plaza del mismo nombre, subiera por la rue de la Madeleine hasta aquel gran templo cristiano calcado del Partenón, de un aspecto pagano, y de una modernidad floreciente, burguesa y próspera.

Entraron a fuerza de apretones, y por fin se encontraron ora de pie, ora de rodillas, entre la más ferviente masa del pueblo, asistiendo a la solemne ceremonia que suscitaba en ellos tan encontrados sentimientos, como corresponde a unos británicos de opiniones liberales y religiosamente de vanguardia, y que no eran vistos con buenos ojos por los británicos rigurosamente ortodoxos que no debían de ser pocos allí esa noche.

Pronto sus impresionables corazones empezaron a estremecerse con la hermosa y solemne música, y no tardaron en unirse a los demás en su canto.

Al sonar las doce, el órgano lanzó una música triunfal, y de entre los muros surgió la voz más hermosa de Francia:

*Minuit Chrétiens! C'est l'heure solennelle
Où l'Homme-Dieu descendit parmi nous!*^[32]

Sobre el alma de Little Billee pasó como una ola de emoción religiosa que le sumergió, sacándole de sí mismo y anegándole en amor. Amor a la humanidad, amor a la vida y a la muerte, amor a todo lo que es y será, un amor tan intenso que no parecía que pudiera caber en el menudo cuerpo de Billee.

Tuvo la impresión de que extendía los brazos hacia una figura amadísima, una figura alta, que también le tendía los brazos de manera implorante como si necesitase salvación.

Era ¡Trilby! ¡Trilby! ¡Trilby!, una pobre criatura pecadora, desamparada entre las heces de la ciudad más depravada del mundo.

Trilby frágil y mortal, como él, y que tan necesitada estaba de perdón... En sus ojos grises de paloma creyó ver el muchacho el fulgor de un amor tan intenso que quedó anonadado, comprendiendo que todo aquel tesoro de amor era suyo y sería

suyo para siempre a pesar de todos los vaivenes de la vida.

*Peuple debout! Chante ta délivrance!
Nöel! Nöel! Voici le Rédempteur*^[33]

Así cantaba, sonaba y resonaba en las bóvedas del templo sobre el órgano, sobre el incienso y sobre el mundo entero, la voz profunda del barítono, hasta que parecía que todo el universo vibraba con el inmenso clamor de aquel mensaje de amoroso perdón.

Por lo menos así lo sentía Billee, con su tendencia a exagerar las cosas, bajo el sutil estímulo del sonido, porque la voz humana tenía un extraño poder para penetrar hasta lo más profundo de su alma, aunque fuese la voz de un hombre.

Y qué voz sería lo bastante profunda, grave y magnífica para pronunciar dignamente un mensaje que es el compendio y resumen, la propia esencia de la sabiduría y de la bondad. Little Billee llegó aquella noche al Hôtel Corneille con el alma elevada hasta los más sublimes sentimientos.

Pero observemos cómo somos también el juguete de las cosas más bajas, triviales e innobles.

Sentado en el umbral de la puerta se encontró a Ribot, uno de los inquilinos que ocupaba la habitación debajo de la suya. Estaba fumando dos puros a la vez y tan borracho, que no podía ni llamar a la puerta, aunque sí cantar con entusiasmo y energía.

No entonaba precisamente el *Nöel* de Adam, ni había pasado el Réveillon en la iglesia.

Con la ayuda de un soñoliento camarero pudo Billee subir al juerguista hasta su cuarto donde encendió una vela, y deshaciéndose de sus vinosos abrazos le dejó tumbado en la soledad de su habitación.

Ya en su cuarto, se acostó tratando de recordar las profundas y elevadas emociones de aquella noche, pero el ruido que hacía el borracho no le dejaba coordinar las ideas. Ribot cantaba su estribillo demencial:

*Allons, Glycère
Rougis mon verre
Dujus divin dont mon coeur est toujours jaloux...
Et puis à table,
Bacchante aimable!
Enivrons-nous (hic)
Les glouglous sont des rendez-vous!*^[34]

Luego cesaron estos cánticos, que fueron seguidos por otros que hablaban de cruzar la Mancha en un vapor... con mucho gluglú de nuevo.

Entonces fue cuando Billee empezó a asustarse al pensar que el malhadado

borracho bien podía prender fuego a las cortinas de su cuarto, y entonces las celestiales impresiones anteriores se esfumaron y no pudo recuperarlas en toda la noche.

Medio trastornado de miedo, asco e irritación, estuvo despierto aguzando el olfato en espera del olor de la cretona quemada, mientras se preguntaba extrañado, cómo un hombre educado —pues Ribot era estudiante de leyes— podía convertirse en un repugnante animal de esa manera. Aquello era un escándalo y una vergüenza. Se quejaría a *madame* Paul, la patrona, y haría que echase a Ribot a la calle, o de lo contrario, a la mañana siguiente, se marcharía para siempre del hotel.

Por fin se quedó dormido pensando en lo que debía de hacer, y de esta ridícula e ignominiosa manera terminó el Réveillon de Little Billee.

Al día siguiente se quejó a *madame* Paul y aunque no se despidió ni insistió en el despido de Ribot, que al parecer estaba, esta vez sí, muy enfermo aquella vez (lo que no conmovió nada el duro corazón de Billee), sí se expresó con la debida severidad sobre la conducta de aquel caballero y sobre el riesgo de incendio a que puede dar lugar un hombre borracho, tendido solo durante toda una noche en una habitación con cortinas de cretona y una vela encendida.

A Ribot le dijo que de haber sido por él, habría dormido en el arroyo, y le hubiera estado bien empleado.

Estuvo realmente elocuente en su virtuosa indignación, a pesar de su imperfecto francés, y *madame* Paul, verdaderamente avergonzada por la actitud de su huésped, se deshizo en profundas excusas, y Billee empezó su vigésimo primer día de Navidad como un fariseo dando gracias al destino por no ser como Ribot.

Cuarta parte

*Félicité passée
Qui ne peut revenir,
Tourment de ma pensée
Que n'ay-je en te perdant, perdu le souvenir!*^[35]

Habían dado las doce y la cesta con las viandas no había llegado a la place St. Anatole des Arts.

Toda la batería de cocina de *madame* Vinard estaba preparada. Trilby y *madame* Angèle Boisse permanecían en el estudio con las mangas remangadas, dispuestas a empezar.

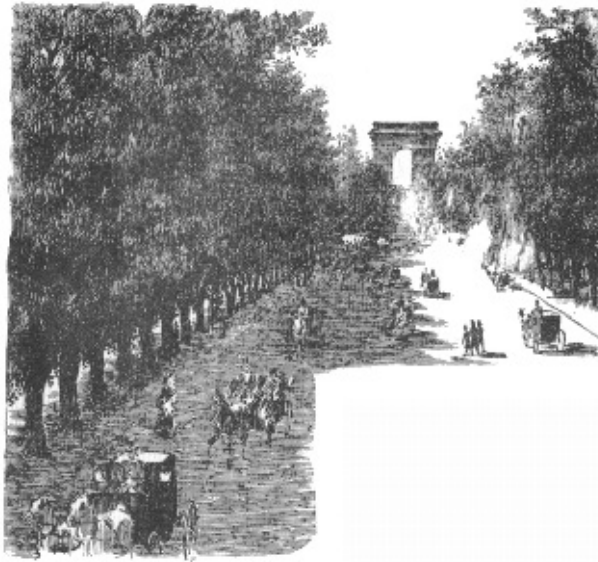
A las doce, los Tres Angluchos y las dos lindas planchadoras se sentaron a la mesa y, presas de un estado de profunda preocupación, se comieron un pastel de *foie gras* acompañándolo con dos botellas de Borgoña: tal era el estado de ánimo en que se encontraban.

Los invitados estaban avisados para que apareciesen a las seis de la tarde.

Con gran ceremonia pusieron el mantel en la mesa que habían pedido prestada al Hôtel de Seine, y decidieron dónde se iba a sentar cada uno; luego cambiaron de opinión y acabaron peleándose. Trilby, como era su costumbre, se arrogaba una autoridad que no tenía, saliéndose siempre con la suya.

—Una vez más, una clara muestra de su confusión de papeles —murmuró Laird.

Dieron las dos, y luego las tres, y las cuatro, y la cesta no llegaba. Casi era de noche. La situación era sencillamente enloquecedora. Se pusieron de rodillas en el diván con los codos sobre el borde de la ventana contemplando cómo los faroles volvían a la vida a lo largo de los muelles, sin dejar de vigilar la llegada del camión procedente del Chemin de Fer du Nord, y hasta miraban con melancolía la Morgue, que aún se veía al otro lado del río.



Souvenir

Por fin Trilby y Laird se fueron en un coche a la estación, pero a las seis, antes de que regresaran, llegó la cesta deseada. Y con él, llegaron Durien, Vincent, Lorrimer, Carnegie, Petrolicoconose, Dodor y Zouzou, estos dos últimos, como siempre, de uniforme.

De repente, el estudio, que hasta aquel momento había permanecido tan silencioso, oscuro y triste, con Taffy y Billee sentados, aburridos y tristes al lado de la estufa, se tornó un cuadro ruidoso, animado y lleno de alegría. Se encendieron las tres lámparas y muchos farolillos de colores. El contenido de la cesta desapareció en manos de Trilby, Angèle y *madame* Vinard, hacia regiones ignoradas: la portería y el estudio de Durien, que habían sido cedidos para el festejo. Todo el mundo fue invitado a intervenir en la preparación del banquete. ¡Faltaban brazos! Había que freír salchichas para el pavo, preparar el aderezo y las distintas salsas, mezclar las ensaladas, el ponche, colgar el muérdago y el acebo en artísticas guirnaldas alrededor y mil cosas más. Todo el mundo se mostró tan dispuesto a trabajar e hizo gala de tan buen humor, que no se estorbaron unos a otros, ni siquiera Carnegie, que vestía traje de etiqueta para gran regocijo de Laird. Como es natural le pusieron a fregar y lavar cacharros.

La preparación de la cena fue aún más divertida que el propio banquete, y aunque había tantos cocineros, ni una sola salsa se echó a perder y el *potage* salió de maravilla, gallo con puerros, según receta *Lairdiana*.

Dieron las diez cuando pudieron sentarse a la mesa.

Zouzou y Dodor, que habían sido los más útiles y enérgicos entre los cocineros, se olvidaron, al parecer, de que tenían que irse al cuartel, ya que no tenían permiso más que hasta las diez.

Pienso, sin embargo, que sí se acordaron, aunque la idea de que Zouzou iba a ser degradado al día siguiente y Dodor arrestado por un mes no turbó en lo más mínimo su buen humor.

El servicio fue tan esmerado como la cena. *Madame* Vinard, tan guapa como siempre, rápida y autoritaria, estaba en todas partes corrigiendo, animando y riñendo a su marido para hacerle rendir a su mayor nivel. *Madame* Angèle, pequeña, suave y decorativa, se movía ligera y eficaz como un ratón, lo que no impedía que las dos tomaran parte en la conversación en cuanto ésta volvía al idioma francés.

Trilby, alta, graciosa y digna, a pesar de su actividad —más bien Diana o Juno que Hebe—, se dedicaba principalmente a sus amigos preferidos: Durien, Taffy, Laird, Billee y también Dodor y Zouzou, a quienes tuteaba como buena camarada mientras les servía los mejores bocados.

Los dos pequeños Vinard se portaron lo mejor que pudieron, respetaron escrupulosamente las tartas con frutas, y sólo rompieron dos botellas de aceite y una de salsa Harvey, por lo que no se libraron de que su madre les echara una buena reprimenda. Para consolarles, Laird les sentó en sus rodillas dándoles su parte de *pudding* con pasas y algunas otras cosas deliciosas, aunque desacostumbradas para sus pequeños estómagos franceses.

El elegante Carnegie nunca había presenciado una escena más extraña. Se le abrieron grandes perspectivas, pues estaba sentado entre Dodor y Zouzou (Laird pensó que le vendría bien cenar entre un soldado y un modesto cabo), y aprendió durante aquella noche más francés que en todos los meses que llevaba en París, pues Dodor y Zouzou estaban especializados en un francés de un tipo más popular del que suele usarse en los círculos diplomáticos, pero tan gráfico que se grababa rápidamente en la memoria, y que, hasta ahora, no ha perjudicado excesivamente a Carnegie para su promoción en la Iglesia anglicana.

Aquella noche su etiqueta se esfumó por completo y fue el primero que arrancó a cantar sin que se lo pidieran, mientras se encendían las pipas y los cigarrillos después de los acostumbrados brindis a la salud de Su Majestad, de Tennyson, Thackeray y Dickens... y a la de John Leech.

Cantó, con voz cascada y temblorosa, lo único que sabía cantar al parecer, una tonada inglesa pero que venía del patrimonio francés.

«*Veeverler veeverler veeverler vee
Veeverler companyee!*»^[36]

Zouzou y Dodor le felicitaron por su *buen acento* y le alabaron tanto que les costó mucho trabajo impedir que entonase de nuevo la canción in extenso.

Luego todos los demás fueron cantando por turnos.

Laird entonó, con su vozarrón de barítono:

«*Hie diddle dee for the Lowlands low*»^[37]

Hubo un bis de esta tonada. Little Billee canto... *Little Billee*. Vincent cantó:

«Old Joe kicking up behind and afore,
And the yaller gal a-kicking up behind old Joe»^[38]

Excelente canción cuya letra era recitada con maestría.

Antony cantó *Le Sire de Framboisy* y hubo también un bis entusiasta.

Lorrimer, inspirado para la ocasión, cantó el *Chorus Hallelujah*, acompañándose él mismo al piano, pero no obtuvo petición de bis.

Durien cantó:

«*Plaisir d'amour ne dure qu'un moment;
Chagrin d'amour dure toute la vie*»^[39]

Era su canción favorita y una de las más hermosas del mundo, y la cantó muy bien. Desde entonces se ha hecho muy popular en el Quartier Latin.

El «griego», que no sabía cantar, calló prudentemente.

Zouzou cantó un precioso cuplé en honor de *le vin a quat'sous!*^[40]

Taffy, con un vozarrón como un vendaval (y con una brillante imitación del acento de Yorkshire), les obsequió con una canción de caza inglesa de Somersetshire, que tuvo que repetir dos veces y que acaba así:

«*Of this 'ere song should I be axed the reason for to show,
I don't exactly know, I don't exactly know!
But all my fancy dwells upon Nancy,
And I sing Tally-ho!*»^[41]



«Mi hermana querida»

Por último, con general sorpresa, el valiente dragón cantó en inglés *Mi hermana querida*, extraída del *Masianello*, con mucho sentimiento y una voz muy dulce y modulada, y tan perfecta de tono que el auditorio, a pesar de su buen humor, casi se echó a llorar. Los ingleses, cuando están en tierra extraña, se ponen muy

sentimentales después de beber unas copas, sobre todo si oyen una bonita canción y piensan en sus hermanas y en las hermanas de sus amigos de las que les separa el azulado mar.

Madame Vinard interrumpió la cena que estaba tomando sentada en la tarima de los modelos y lloró abiertamente limpiándose los ojos con el pañuelo, y diciendo a *madame* Boisse, que estaba modestamente de pie:

—¡Qué simpático es ese dragón! ¡Y qué bien canta, Dios mío!

Por lo visto también es inglés. ¡Todos los Angluchos están muy bien educados y son tan simpáticos! Y en cuanto a Litrebili, es como para darle la comunión sin confesión...

Madame Boisse aprobó todas estas expansiones.

Poco después llegaron Svengali y Gecko, y hubo que poner otra vez la mesa, y volver a decorarla pues era ya la hora de servir la cena fría.

Ésta fue más divertida que la primera, pues al estar ya los apetitos apaciguados, todos podían hablar a la vez. Antony narró sus aventuras bohemias. Y explicó cómo un cierto domingo por la mañana, después de haber estado en casa durante un mes entero escondido por miedo a los acreedores, se fue a los Baños Deligny, donde se tiró al agua por el sitio más profundo. Ignoraba este detalle y también todos los relacionados con el arte natatorio, siendo salvado de una muerte segura por un valiente nadador que resultó ser el zapatero Satory, a quien debía sesenta francos, y que era el coco entre sus acreedores, y que no le soltó luego tan fácilmente.

Entonces Svengali hizo observar que él también debía sesenta francos a Satory, «pero como no me baño nunca, nada tengo que temer».

Estas palabras fueron acogidas con tal explosión de risas, que Svengali se puso muy contento creyendo que tenía mucho más ingenio que Antony, y que le había hecho sombra.



«La lucha de gallos»

Al terminar la cena, Svengali y Gecko ofrecieron un concierto tan maravilloso que todos se serenaron... y volvieron a tener sed. Se colocó entonces en el centro de la mesa el cuenco del ponche, decorado con ramitas de acebo y muérdago, y rodeado de vasos limpios. Dodor y Zouzou bailaron con Trilby, y *madame* Angèle ejecutó una

serie de pasos de cancán graciosísimos, que tuvo que repetir varias veces, todo ello, eso sí, dentro de la más decorosa decencia.

Luego Laird bailó la danza de las espadas sobre dos escuadras de dibujo, que dejó hechas astillas. Después Taffy, desnudando sus poderosos brazos, hizo ejercicios gimnásticos utilizando a Little Billee como si fuera una pesa, y casi le deja caer en el cuenco del ponche. Trató además de partir en dos pedazos una tapadera de estaño con la ayuda del sable de Dodor, y como no pudo conseguido, tiró el sable por la ventana, opinando que los sables franceses eran de peor estaño que sus tapaderas, a lo que Laird asintió sentenciosamente guiñando un ojo a Billee.

Luego jugaron a la pelea de gallos. Sentados en el suelo se juntan las manos por delante de las piernas y, metiendo entre ellas el palo de una escoba, se tiene que acometer y derribar al adversario con los pies. Se trata un juego muy divertido. El coracero y el Zuavo se enfadaron tanto y se pusieron tan graciosos, que las carcajadas de la concurrencia podían oírse desde el otro lado del río. Al escándalo acudió un sargento de los gendarmes que subió a decirles muy cortésmente que no hicieran tanto ruido, pues estaban alborotando a todo el barrio y se había formado un gran grupo de curiosos a la puerta. Entonces le dieron de beber y le emborracharon; al poco subió otro guardia a preguntar por su compañero y después otro. Estos tres agentes de la autoridad fueron atados como pollos para jugar a la pelea de gallos y se pusieron mucho más graciosos que los soldados, y se rieron y alborotaron todavía más que ellos hasta que *madame* Vinard se puso a sermonearlos; pero estaban demasiado borrachos para poder hablar, y como se caían de sueño, pusieron a los tres detrás de la estufa para que durmiesen la mona.



«¡Respóndeme, Trilby!»

No se escandalice el lector de *fin de siècle* con la descripción de tal orgía, y recuerde que en el año cincuenta los caballeros aún podían llamarse así y arrancar llamadores de las puertas y llegar a casa borrachos, como puede verse en los viejos dibujos de *Punch*.

Por fin, el matrimonio Vinard, Trilby y *madame* Angèle Boisse dieron las buenas noches y se dispusieron a marcharse.

Billee llevó a Trilby a lo alto de la escalera y le dijo:

—Trilby: te lo he preguntado ya diecinueve veces y siempre me has dicho que no, pero como hoy es Navidad... Por vigésima vez, ¿quieres ser mi mujer? Si no, me marcho de París para siempre jamás, palabra de honor...

Trilby se puso muy pálida y apoyándose contra la pared se cubrió la cara con las manos, pero el muchacho las retiró.

—Contéstame, Trilby.

—Dios me perdone... ¡Sí!

Tras lo cual bajó corriendo la escalera, presa del llanto.

Era ya muy tarde.

Pronto se hizo evidente que Little Billee estaba muy lanzado y en un estado de extraordinaria excitación.

Desafió a boxear a Svengali; le hizo sangrar por la nariz y le asustó tanto que logró hacerle perder su sardónico humor. Después hizo unas demostraciones de fuerza sorprendentes; juró amistad eterna a Dodor y Zouzou y les llenó las copas una

y otra vez, y también (¡oh, inocencia!) la suya, y brindó con ellos repetidas veces. Fueron los últimos que se marcharon (si exceptuamos a los tres guardias fuera de combate), y a eso de las cinco o seis de la mañana se encontró con gran sorpresa suya en la rue des Trois Mauvais Ladres entre Dodor y Zouzou mientras una luna tardía y un viento frío les envolvían. Tan pronto se encontraban en una acera helada como en la de enfrente, o en medio de la calle, y Billee se paraba de vez en cuando para decir a los soldados lo mucho que les quería.

De repente el viento se le llevó el sombrero, que salió disparado calle arriba dando tumbos; trataron de recuperarlo, pero descubrieron que en cuanto se separaban su embriaguez les hacía dar con sus huesos en el suelo.



Un perro sombrerier

En vista de esto, Dodor y Little Billee se quedaron sentados abrazados, mientras Zouzou avanzaba a cuatro patas en busca del sombrero hasta que lo alcanzó y lo trajo en la boca como un perro de caza que estuviese borracho.

Little Billee lloró de emoción y de gratitud, y le llamó «perro sombrerier», riéndose luego de su propio ingenio, que Zouzou no pareció apreciar. Billee tartamudeaba:

—Nunca ningún... hombre tuvo un... amigo mejor... ni fue tan feliz como yo.

Después de permanecer un rato sentados en amor y compañía, consiguieron ponerse otra vez en pie ayudándose mutuamente. Y, sin saber cómo, llegaron al Hôtel Corneille.

Una vez allí los dos amigachos sentaron a Little Billee en el umbral y llamaron a la puerta, pero viendo que alguien se acercaba procedente de la place de l'Odéon, y temiendo que fuese un gendarme, se despidieron de Billee propinándole dos besos en cada mejilla al estilo francés, eclipsándose no sin alguna dificultad por la esquina... Billee trataba de cantar la canción del brindis de Zouzou:

*«Quoi de plus doux
Que les glouglous—
Les glouglous du vin a quat'sous»*^[42].

El desconocido se acercaba; pero no era ningún gendarme, sino nada menos que

Ribot, que volvía de un baile familiar de Navidad que se había celebrado en casa de su tía *madame* Kolb (la mujer del banquero alsaciano de la rue de la Chaussée d'Antin).

A la mañana siguiente el pobre Billee amaneció malísimo. Había pasado una noche horrible. La cama se balanceaba como si bogase por un océano, con resultados también oceánicos. Recordó que se le había olvidado apagar la vela, pero, afortunadamente, Ribot la había apagado después de haberle metido en la cama y tapado convenientemente como buen samaritano que era.

Cuando, por la mañana, acudió *madame* Paul, le trajo para reanimarlo una taza de *tisane de chiendent*^[43], y aunque estuvo cariñosa, también se mostró severa hablándole como una madre de los peligros e indignidades de la embriaguez.

—Si no hubiera sido por M. Ribot —le dijo—, hubiera dormido usted a la intemperie, lo que le hubiera estado muy bien empleado. ¿Ha olvidado el peligro de incendio que significa un hombre borracho solo en una habitación con cortinas de cretona y una vela encendida?

—Ribot fue tan bueno que apagó la vela —dijo humildemente Billee.

—¡Ah, caramba! —replicó *madame* Paul recalcando mucho las palabras—. Es que *monsieur* Ribot tiene, por lo menos, un buen corazón.

Pero en ese momento, lo que le pareció más cruelmente humillante fue que el simpático e incorregiblemente festivo Ribot entrara y se sentara a su cabecera musitándole prevenciones cariñosas, y yendo luego a buscarle algo para entonarlo a la botica sin decírselo a *madame* Paul.

—Vaya, vaya, os divertisteis de lo lindo ayer noche, por lo que veo —dijo Ribot—. ¡Menuda juerga! Mejor que en casa de mi tía Kolb, seguro que sí...

Little Billee no había conocido, en toda su inocente vida, humillación semejante. ¡Verse sumido en aquella sima de vergüenza, tristeza y arrepentimiento! Ya no le importaba la vida. No deseaba más que una cosa: que Trilby, su buena, su amada Trilby, viniese y, sosteniéndole la cabeza, la hiciese descansar sobre su pecho, y poniendo en su frente dolorida su suave y fresca mano, le dejase dormir. Y así durmiendo... ¡que viniese la muerte!

Durmió, y durmió, sin nada más suave para su frente que la dura almohada del Hôtel Corneille. ¡Y no se murió...! Cuando después de cuarenta y ocho horas se hubieron volatilizado los vapores de aquella noche orgiástica, se encontró con que algo muy triste le había ocurrido. Era como si un deletéreo aliento se hubiera extendido por el espejo de su memoria, dejando al desaparecer una finísima capa, de manera que nada de lo que se esforzaba en recordar podía verlo con la prístina claridad de antaño. Era como si el agudo y fino corte de su poder de evocación, al recordar el encanto, la luz y la propia esencia de las cosas pasadas, se hubiera embotado, o como si la floración de aquella gracia singular, don que poseía en su subconsciente, para evocar emociones, sensaciones y hechos pretéritos y volverlos a vivir con un sencillo esfuerzo de la voluntad, se hubiera marchitado.

Nunca más volvió a recobrar el uso completo de aquella preciosa facultad que antes había poseído de manera absoluta y excepcional. Aún había de perder otras preciosas facultades de su riquísima personalidad, que serían podadas, cortadas, cercenadas, a fin de que la suprema facultad de pintar pudiera conseguir la amplitud que reclamaba, o de lo contrario los árboles no le dejarían ver el bosque... ¿o es lo contrario?

El día de Año Nuevo se hallaban Taffy y Laird trabajando en el estudio, cuando llamaron a la puerta. *Monsieur* Vinard, con la gorra en la mano, introdujo en el estudio a dos visitantes ingleses, una señora y un caballero.



«Les glouglous du vin à quat'sous»

El caballero era un pastor anglicano, pequeño, delgado, caído de hombros, y con un cuello muy largo; lucía una mirada sin energía y sus maneras eran secas, aunque corteses. La señora era de mediana edad, pero joven de aspecto, muy linda aún y con el pelo gris. Iba muy bien vestida y era bajita, aunque llena de energía, muy nerviosa, y mostraba unas manos y unos pies muy pequeños. Era la madre de Little Billee, acompañada del reverendo Thomas Bagot, su cuñado.

Por su rostro, parecían muy alterados; tanto, que los dos pintores ni siquiera se atrevieron a presentarles sus excusas por el descuido de sus trajes y el olor de tabaco que llenaba el estudio. La madre de Billee reconoció a los dos amigos por los muchos dibujos que de ellos había recibido en las cartas de su hijo.

Se sentaron los cuatro.

Después de unos segundos de embarazoso silencio, la señora Bagot exclamó dirigiéndose a Taffy:

—Señor Wynne, tenemos un disgusto terrible. No sé si les habrá dicho mi hijo que la noche de Navidad se puso en relaciones con una muchacha y que se quiere casar.

—¿Que se quiere *casar*? —exclamaron a un tiempo Taffy y Laird, que del asunto

no sabían ni media palabra.

—¡Sí! Que se quiere casar con una señorita, llamada Trilby O’Ferrall, que por lo que me indica es de distinta posición social que mi hijo. ¿La conoce usted acaso, señor Wynne?

—¡Ya lo creo! La conozco muy bien. Todos la conocemos mucho.

—¿Es inglesa?

—Sí; creo que es súbdita inglesa.

—¿Protestante o católica romana? —preguntó el tío.

—¡Ah!, pues... no lo sé.

—O sea, que ¿la conoce usted muy bien, y no sabe usted eso? —exclamó el señor Bagot.

—¿Pero se trata realmente de una dama? —preguntó con cierta impaciencia la madre de Billee, como si considerase esto lo más importante.

Ya en este momento Laird había abandonado traicioneramente a su amigo y, metiéndose en su cuarto, se marchó a la calle por otra puerta.

—¿Una dama? —dijo Taffy—. ¡Ejem! Depende del sentido que se quiera dar a la palabra; las cosas aquí son distintas. Su padre era un caballero miembro del Trinity College de Cambridge. Fue sacerdote anglicano, si ese dato les puede servir de algo. Muy desgraciado, por cierto; creo que algo intemperante. Murió hace seis o siete años.

—¿Y su madre?

—Realmente sé muy poco de ella; sólo que era muy hermosa y de posición social inferior a la de su marido. También murió poco después que él.

—Entonces, ¿qué es exactamente esa muchacha? ¿Institutriz acaso?

—¡Oh, no, nada de eso! —exclamó Taffy, y para sus adentros: «Ese canalla, bandido y ladrón de Laird, hacerme la faena de dejarme solo».

—Entonces, ¿tiene una posición independiente?

—¡Ah!, no creo... vamos, no lo sé de cierto... es decir, ¡no!, ¡no! Desde luego que no.

—Entonces, ¿qué diablos es? Será por lo menos una persona decente, espero.

—Ahora es planchadora en fino. Aquí eso se considera como un oficio decente.

—Pero ése es un oficio demasiado vulgar, ¿no es así?

—Pues... sí, algo así, pero de ropa fina, ¿sabe usted? Aquí es distinto que en Inglaterra. Si la viese, no le parecería que tiene aspecto de planchadora.

—¿Es muy hermosa, entonces?

—¡Ya lo creo! ¡Hermosísima! Le aseguro que sobre eso no hay duda alguna.

—¿Y de carácter intachable?

Taffy, encarnado y sudoroso como si estuviera haciendo gimnasia, calló entonces con una expresión de angustiosa perplejidad. Pero nada igualaba la anhelante interrogación que transmitían aquellos ojos maternos que le miraban con tanta ansiedad.

Después de unos segundos de incómodo silencio, la señora dijo:

—¿No podría usted darme una respuesta, señor Wynne?

—Señora, me pone usted en una posición muy difícil. Yo quiero a su hijo como a un hermano, y todo lo que me dice usted es una sorpresa para mí. Ese matrimonio jamás se me habría ocurrido que pudiese celebrarse, y realmente yo no puedo ni debo callar mi opinión de que no es una boda apropiada para su hijo, desde el punto de vista social, aunque lo mismo yo que el señor M'Allister sentimos profunda simpatía por Trilby O'Ferrall, además de una gran admiración, un gran respeto y un gran aprecio. Antes era... modelo.

—¿Una modelo, señor Wynne? ¿Qué clase de modelo? Porque hay modelos y modelos, naturalmente.

—Pues una modelo en todo el sentido de la palabra, para las manos, los pies, la cabeza, para todo en fin.

—Una modelo... ¿incluso de desnudos?

—¡Pues... sí!

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó la señora Bagot, y se puso a pasear de un lado a otro del estudio.

Su cuñado la seguía, tratando de calmarla y diciéndole que se dominase. Las exclamaciones de la señora parecían escandalizarle, pero a ella no parecía importarle gran cosa.



«¿Es ella una dama, señor Wynne?»

—¡Oh, señor Wynne! ¡Si supiera usted lo que es y lo que siempre ha sido mi hijo para mí y para todos nosotros! En su vida se separó nunca de nosotros hasta que vino a esta maldita y depravada ciudad. Mi pobre marido jamás quiso que fuera al colegio para evitarle las malas compañías. Mi hijo era tan inocente y tan puro como una muchacha, señor Wynne. Yo tenía una confianza plena en él y por eso le permití venir aquí solo. ¡Debía de haber venido con él! ¡Qué tonta, pero que tontísima he sido! Fíjese, señor Wynne, que ahora no quiere verme, ni tampoco a su tío. Ha dejado una carta en el hotel diciendo que se ha marchado de París y ni siquiera sé dónde está. ¿No puede usted o el señor M'Allister hacer algo para evitar este desastre? ¡No puede

figurarse cómo les quiere mi hijo a los dos! ¡Si viera las cartas que nos escribe a mí y a mi hija! Sólo habla de ustedes...

—Puede contar, señora mía, con que lo mismo el señor M'Allister como yo haremos todo lo posible. Pero es inútil que tratemos de convencer a su hijo, estoy seguro. Es a ella a quien tenemos que hablar y suplicar.

—¡Oh, señor Wynne! ¡Una lavandera, una modelo, y quién sabe qué cosas más! ¡No le interesará dejarse convencer!

—No la conoce, señora Bagot. Habrá sido todo eso, pero aunque le extrañe a usted (y a mí también), pienso que ella es, ¡palabra de honor!, la mujer más buena que he conocido, la menos egoísta, la más...

—¡Vamos, la más bella, eso se ve!

—Es bella en el alma también, señora Bagot, aunque no lo quiera usted creer; y esa bondad y esa generosidad suya es a la que voy a acudir como amigo de su hijo que se interesa de verdad por él. Y permíteme que le diga que aunque siento mucho por usted todo lo que pasa, lo siento muchísimo más por ella.

—¿Siente usted por ella que se frustre esa boda?

—No, señora; lo que siento es lo que va a sufrir al renunciar a ella. Acaso no renuncie, pero la conozco bien y creo que lo hará.

—¿Lo cree de verdad, señor Wynne?

—Espero conseguirlo, pues creo ciegamente en la bondad y generosidad de su corazón y en el apasionado cariño que siente por su hijo.

—¿Cómo sabe usted que está enamorada de mi hijo?

—Porque M'Allister y yo lo hemos adivinado hace tiempo aunque nunca nos figuramos que el asunto iba a derivar en una relación formal. Yo creo que lo primero que debía usted hacer es verla personalmente, pues se convencería de que no es lo que se figura. Le aseguro que será una sorpresa para usted.

La señora Bagot se encogió de hombros con impaciencia, y hubo unos minutos de silencio.

De repente, como en un drama, sonó en la calle la llamada de Trilby, y poco después, la propia Trilby apareció por la puerta del estudio; mas al ver que había gente extraña dentro, volvió sobre sus pasos, dispuesta a irse. Llevaba un vestido de griseta, el de los domingos, con su bonita cofia (pues era el día de Año Nuevo) y estaba como nunca de bien arreglada.

Taffy la llamó:

—Ven aquí, Trilby.

Y Trilby entró en el estudio.

Al ver la cara de la señora Bagot se detuvo en seco. Erguida, con los hombros un poco levantados, la boca entreabierta, los ojos dilatados por el terror y pálida hasta los labios, era una aparición sorprendente, distinguida y magnífica dentro de su patetismo y a pesar de su humilde atavío.

La pequeña señora Bagot se levantó entonces de su asiento, se acercó a Trilby, y

observó aquel rostro que la dominaba desde su magnífica estatura. Trilby tenía la respiración entrecortada.

Al cabo de un momento la madre de Billee dijo, con voz fina y elevada:

—¿Es usted la señorita Trilby O’Ferrall?

—Sí, yo soy Trilby O’Ferrall. Y ya adivino que usted es la señora Bagot.

Su voz suave, profunda y grave, había adquirido una nueva entonación tan trágica, tan vibrante de emoción, tan extrañamente acorde con su situación, que Taffy sintió frío en el rostro y en los labios y un gran escalofrío le corrió por la espalda.

—Ya veo que es usted muy hermosa, no hay duda. ¿Quiere casarse con mi hijo?

—Le he dicho su hijo que no diecinueve veces, pero acepté por él. Billee mismo se lo dirá. Yo no soy la mujer que necesita su hijo. Lo sé muy bien; pero la noche de Navidad me lo volvió a decir, era la vigésima vez, y como juró marcharse de París si no le decía que sí, no tuve valor y acepté. Comprendo que he sido débil. Ha sido una terrible equivocación.

—¿Le quiere usted mucho?

—¿Si le quiero? ¿No le quiere usted?

—Sí, mi querida niña, pero es mi hijo.

A esto Trilby no tuvo nada que contestar.

—Acaba usted de decir que no es la mujer que necesita mi hijo. Pues si le quiere tanto, no deseará destrozarle la vida casándose con él, rebajándole, cercenando su carrera, separándole de su madre, de su hermana, de su familia y de sus amigos.

Trilby volvió sus ojos angustiados hacia el angustiado Taffy.

—¿Crees que sería así, Taffy?

—Mira, Trilby. Cuando se tuercen las cosas no se pueden enderezar. Yo creo que sí que resultaría así. No sabes, querida Trilby, lo que lo siento, más de lo que yo puedo decirte, pero sería absurdo andar con mentiras.

—¡Oh, no, Taffy, tú no mientes nunca!

Entonces Trilby empezó a temblar como una hoja, y Taffy trató de hacerla sentar, pero ella se negó. La señora Bagot la miraba sin respirar, con una expresión anhelante en los ojos, casi suplicante.

Trilby la miró bondadosamente, y alargándole una mano temblorosa, dijo:

—Adiós, señora Bagot. No me casaré con su hijo. No volveré a verle nunca más.

La madre de Billee le cogió la mano y trató de besársela diciendo:

—No se vaya, querida, quiero hablar con usted. Quiero decirle qué profundo...

—Adiós, señora Bagot —repitió Trilby. Y desasiéndose salió rápidamente del estudio.

La señora Bagot se quedó como aturdida sin poder alegrarse de su rápido triunfo.

—¡No se casará jamás con su hijo, señora! ¡Si al menos quisiera casarse conmigo!

—¡Oh, señor Wynne! —exclamó la visitante echándose a llorar.

—¡Ah! —intervino su cuñado con una débil sonrisa satírica y una tosecilla poco

agradable—. Si lo pudiéramos arreglar no estaría mal, y estoy seguro de que por parte de la señorita no habría gran oposición. —Aquí hizo una inclinación de cabeza que quería ser amable—. Yo creo que sería una cosa muy acertada.

—Le agradezco mucho su interés por mi modesta persona —replicó Taffy—. Mire usted, señor Bagot: yo no soy un genio como su sobrino, y a nadie le importa lo que hago con mi vida, pero le aseguro que si me quisiera Trilby como quiere a su sobrino, yo me consideraría más que feliz casándome con ella. Es una mujer única. Es la pecadora arrepentida, ¿sabe usted?

—Desde luego, ya lo creo que lo es. Sin embargo, los hechos no se pueden deshacer y el mundo es el mundo y tenemos que vivir en él —objetó el señor Bagot, cuya satírica sonrisa había desaparecido bajo el fulgor de los coléricos ojos de Taffy, quien seguidamente exclamó mirando fijamente al señor Bagot (que parecía insignificante y despreciable, como lo parecen a veces las personas aunque tengan toda la razón):

—Y ahora, señor Bagot, tengo que decirle lo que he sufrido en esta entrevista tan desagradable por el gran afecto que profeso a Trilby O’Ferrall. Le felicito a usted y a su señora cuñada por el completo éxito de esta gestión; también lo siento mucho por su sobrino. Me parece que ha perdido más de lo que ha ganado con el... éxito de... esta entrevista.

Aquí la elocuencia de Taffy se agotó, como se le estaba agotando la paciencia.

Entonces la señora Bagot, secándose los ojos, se acercó a Taffy y tomándole la mano le dijo de una manera sencilla pero encantadora:



«¡Si le quiero! ¿No le quiere usted?»

—Señor Wynne, comprendo todo lo que siente usted. Le suplico que nos perdone, como espero lo hará cuando nos vayamos y haya usted podido meditar sobre ello con un poco más de tranquilidad. Le aseguro que después de haber conocido a esa noble y magnífica muchacha, yo querría que mi hijo se casara con ella si su vida pasada hubiera sido otra. No sería su posición social lo que me asustaría; hágame el favor de

pensar que soy absolutamente sincera y procure no pensar mal de la madre de su amigo. Piense usted en lo mal que lo voy a pasar con mi pobre hijo tan enamorado como está de esa muchacha —lo que no me extraña—, y más cuando ha conseguido que ella le quiera. ¿Cómo hacerle comprender que sería un matrimonio fatal para él? A pesar de esto, veo y comprendo el encanto y la bondad de esa mujer. ¡Qué hermosa es y qué voz tan preciosa tiene! Comprendo que todo esto es muy importante. No puedo decirle lo que también siento por ella, y quisiera poder reparar el mal que le he hecho, pero ¿qué podría hacer?... ¡Qué se puede hacer cuando el daño es tan grande! Le escribiré al menos, y le diré todo lo que pienso de ella. ¿Nos perdonará usted también?

La señora Bagot, con sus maneras impulsivas, cariñosas y llenas de gracia, era tan parecida a Little Billee, que el corazón de Taffy se dejó enternecer en seguida, y perdonó, aunque no había nada que perdonar.

—No hable de perdón, señora Bagot. Éste es un asunto muy triste, pero nadie tiene la culpa, que yo sepa. Adiós, señora; adiós, caballero.

Dicho esto, les acompañó hasta su coche de alquiler en el que estaba sentada una señorita monísima de unos diecisiete años, y tan parecida a Billee que el corazón de Taffy se enterneció otra vez.

Cuando Trilby salió a la place St. Anatole des Arts vio a la señorita Bagot sentada en el coche mirando por la ventanilla. La muchacha tenía los labios entreabiertos y las cejas un poco levantadas, y su mirada, llena de admiración y simpatía, era una mirada igual a la que tantas veces le había dirigido Little Billee. Entonces sintió una fuerte sacudida en su corazón al comprender que se trataba de la hermana de su amado.

Continuó su camino pensando: «No le separaré nunca de su hermana, de su familia y de sus amigos. *No puede ser*. Está decidido».



«Se parece tanto a Little Billee»

Sintiéndose algo aturdida, y deseando encontrar algún sitio tranquilo para pensar a solas, entró en la rue Vieille des Trois Mauvais Ladres, que a aquellas horas solía estar desierta. En efecto, no había nadie más que una figura solitaria; un hombre sentado sobre un poste con las piernas colgando, las manos en los bolsillos y una pipa en la boca, y en la cabeza un sombrero viejísimo de paja. El hombre iba cubierto con un gabán gris que le llegaba a los tobillos. Era Laird.

En cuanto la vio, Laird dio un salto y se acercó a Trilby presuroso diciendo:

—¡Trilby! ¿Qué pasa? No podía aguantar más y escapé. La madre de Billee está ahí arriba...

—Sí, querido Sandy, acabo de verla.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Le he prometido no volver a ver a su hijo nunca más. Hice mal en aceptar su propuesta. A lo largo de estos tres meses, no he hecho más que decirle que no... pero luego me amenazó con marcharse de París para siempre, y yo, como una tonta, acepté. Le he propuesto que me iría a vivir con él, que le cuidaría, que sería su criada, que sería lo que él quisiera menos su mujer. Pero él no dejaba de insistir. Billee es un ángel, y yo he de tener buen cuidado de que por mi culpa no se le cause ningún mal. Me marcharé de esta odiosa ciudad y viviré en el campo. Hay que vivir, sea como sea... Ya me las arreglaré. ¡Los días son tan largos! ¿No piensas tú lo mismo, Sandy? Y días hay tantos, además, que no se acaban nunca. Tengo contacto con una familia pobre, pero que me quiere mucho, y puedo vivir con ellos y ganar lo suficiente para ir sobreviviendo. El problema es Jeannot. Pero ya hace tiempo que lo tenía pensado, estaba preparada para esto.

Y Trilby sonrió tristemente con el labio superior muy tirante, como si alguien le estirase los lóbulos de las orejas.

—Pero, Trilby, ¿qué va a ser de nosotros, de Taffy y de mí?... Eras ya algo nuestro.

—¡Qué buenísimo eres! —replicó Trilby con los ojos llenos de lágrimas—. Yo también vivía sólo para vosotros... hasta ahora. Pero ya no puede ser. Todo ha cambiado para mí. ¡Hasta el cielo tiene un color diferente! Es el cantar de Durien: *Plaisir d'amour* —*chagrin d'amour*! ¡Qué verdad tan grande...! En fin, me marcharé inmediatamente y creo que me llevaré a Jeannot conmigo.

—Pero ¿adónde te irás?

—Eso no te lo puedo decir, querido Sandy, hasta que pase mucho tiempo. Hay que evitar complicaciones. En fin, no hay tiempo que perder. ¡Hay que coger el toro por los cuernos!

Trilby intentó sonreír, y cogiendo a Laird por las patillas, le cubrió de besos mojándole con sus lágrimas.

Viendo que no podía hablar, le dijo adiós con la cabeza y marchó de prisa calle arriba. Al llegar a la primera esquina, se volvió a decirle adiós con la mano, tirándole dos o tres besos, y luego desapareció.

Laird se quedó contemplando la calle vacía durante unos minutos, apenadísimo, lleno de dolor y compasión. Luego llenó la pipa y se sentó en otro poste, de nuevo con las piernas colgando, esperando a que se marchase el coche de los Bagot antes de atreverse a subir y enfrentarse como un hombre con la justa cólera de Taffy y soportar sus amargos reproches por los cargos de cobardía y deserción frente al enemigo.

A la mañana siguiente, Taffy recibió dos cartas. Una de ellas era de la madre de

Little Billee. La leyó dos veces y tuvo que reconocer que estaba muy bien redactada. Era la carta de una mujer de talento, con alma, para la que su hijo era como las niñas de sus ojos. Se comprendía que hubiera sido capaz de cualquier cosa por conservar a su hijo. La madre de Taffy se parecía en cierto modo a ella, y Taffy la echaba de menos todos los días de su vida.

La señora Bagot, en su carta, hacía justicia a las cualidades físicas e intelectuales de Trilby, pero apuntaba, astutamente, haciendo uso de todo el ingenio propio de la lógica femenina cuando una mujer quiere suplicar de manera interesada (aunque toda la razón esté de su parte), a las inevitables consecuencias que en pocos años, o acaso antes, tendría aquel absurdo matrimonio. La desilusión, el cansancio mutuo, etc... y los lamentos que se extenderían para toda la vida.

Taffy no podía hallar palabras que rebatieran los argumentos de la señora Bagot, aunque su corazón querría haberla respondido que lo mismo Trilby que Billee eran dos seres excepcionales. Pero no podía convencerla de que conocía a su hijo mejor que ella misma. Mas si hubiera sido el hermano mayor de Billee en la carne como lo era en el espíritu, ¿se hubiese opuesto a aquel matrimonio?

Ni como hermano, ni como amigo podía hacerlo.



«Tengo que coger el toro por los cuernos»

La segunda carta era precisamente de Trilby. De su descuidada escritura, que salpicaba las páginas con alguna que otra falta de ortografía, podía extraerse lo siguiente:

Mi muy querido Taffy:

Esta carta es para decirte adiós. Me voy para poner fin a todo este desgraciado asunto en que la única culpable soy yo.

Desde el momento en que prometí casarme con Billee comprendí perfectamente que había actuado como una tonta, y desde entonces no he hecho más que arrepentirme. Te aseguro que pasé una semana horrible, pues algo en mí sabía cómo iba a terminar este asunto.

Estoy muy triste, pero lo estaría mucho más si algún día Billee acabara arrepintiéndose de haberse casado conmigo, y se avergonzara de mí. Sé que tarde o temprano ocurriría, aunque él no me lo dijese, pues es tan bueno que parece un ángel.

Además, yo nunca seré una señora, aunque quisiera; sería imposible, aunque en justicia debería haberlo sido. Mi vida se torció hace mucho tiempo, y ya no se puede enderezar.

¡Pobre papá!

Me marcho con Jeannot. Le tengo muy abandonado y pienso portarme mejor con él de ahora en adelante.

No trates de buscarme. Te suplico que no lo hagas, ni dejes que lo hagan los demás. Sería un tormento más para mí.

Angèle sabe dónde estaré, pero ha prometido no decirlo. Me gustaría que me contestases, así que puedes mandarme unas letras por medio de Angèle, ella se encargara de hacérmelas llegar.

Querido Taffy, después de Little Billee, a quien más quiero en el mundo es a ti y a Laird. No supe lo que era la felicidad hasta que os conocí. Habéis hecho de mí una mujer nueva, tú, Laird y Billee. ¡Qué feliz he sido con vosotros! Y aunque duró poco esta felicidad, su eco no se extinguirá en mí en lo que me reste de vida. Adiós, nunca os olvidaré.

Sabes que te quiere mucho tu amiga,

TRILBY O'FERRALL.

P. S.— Cuando todo esté apaciguado, si es que eso pasa alguna vez, volveré a París y quizás nos veamos.

El bueno de Taffy meditó esta carta profundamente, luego la volvió a leer unas seis veces; después la besó, la devolvió al sobre y la guardó bajo llave.

Comprendía la profunda angustia que ocultaba aquella carta, que a primera vista parecería trivial.

Adivinaba que Trilby, a pesar de que era tan puerilmente impulsiva y comunicativa en su trabajo ordinario, había de ser más reticente que la mayoría de las mujeres en un caso como aquél.

Taffy le escribió una carta muy cariñosa y larga, y la mandó como ella le pedía.

Laird también le escribió otra carta a Trilby, repleta de tiernas expresiones de amistad. Los dos le decían que esperaban verla pronto, cuando hubiera pasado la primera amargura de su dolor, y que volverían a reunirse como antes.

Luego, como estaban tan disgustados, se fueron a almorzar juntos al Café de l'Odéon, donde servían buenas tortillas y el vino no era peleón.

Aquella noche se sentaron en el estudio a leer. Habían descubierto que no sabían charlar con facilidad si no tenían a Billee para escucharles.

De repente se oyó un ruido en la escalera, como de una persona que subía corriendo, y entonces Little Billee entró en la habitación como un huracán; descompuesto, sin aliento y con una excitación nerviosa que apenas le permitía hablar.

—¡Trilby!, ¿dónde está?... ¿Qué ha sido de ella? ¿Se ha escapado? ¡Oh, me ha escrito una carta! ¡Vamos a casarnos en la Embajada..., mi madre se ha metido de por

medio... y ese maldito..., ese animal..., ¡mi tío! ¡Han estado aquí!... ¡Lo sé todo! ¿Por qué no la protegisteis?...

—Yo hice... cuanto pude.

—¡Tú apoyaste a mi madre! Le diste la razón a mi madre diciendo que no me debía casar con ella, tú que eres un falso amigo, tú... Cuando ella es un ángel demasiado bueno para un tipo como yo... y tú lo sabes... ¡Qué posición social ni qué niño muerto! Su padre era un caballero, lo mismo que el mío, además, ¡qué demonios me importaba a mí su padre!... ¡A quien quiero es a ella, a ella, a ella, a ella! No puedo vivir sin Trilby. Tengo que encontrarla, ¿lo oyes?... Pensábamos irnos a vivir a Barbizon... para siempre... y yo iba a pintar unos cuadros magníficos... como los otros pintores que viven allí. ¿A quién le importa nada qué posición social tienen ellos o sus mujeres? ¡Maldita posición social! ¡Cuántas veces lo hemos repetido! La vida de un artista debía de estar fuera del mundo y por encima de esas conveniencias y ruindades... ¡Todo para su arte! ¡Posición social! Lo hemos dicho una y otra vez: que era algo miserable y repugnante, como para asquear a un artista y hacerle alejarse del mundo... ¿Por qué decir una cosa y hacer otra?... El amor pasa por delante de todos los obstáculos... Todo lo allana. El arte y el amor, y la belleza... ¡Qué maravillosas palabras! ¡Sobre todo ante una belleza como la de Trilby no existe el rango social, y vaya un rango el mío! ¡Dios! Si no regresa a mis brazos, no volveré a dar una pincelada en mi vida... ¡Nunca, nunca, te lo digo! Ni quiero, ni podría hacerlo aunque me lo propusiera.

Y el pobre muchacho siguió delirando, golpeando a un lado y a otro en su locura, tirando caballetes y balbuceando y gritando con loca excitación. Trataron de calmarle y hacerle entrar en razón, diciéndole que no era sólo su posición social la que la incapacitaba para ser su mujer y la madre de sus hijos, y otras cosas del mismo cariz.

Todo fue inútil: no podían con él. Su voz era cada vez menos inteligible, y resultaba un triste espectáculo verle en tan lastimoso estado.



«¡Trilby! ¿Dónde está?»

—¡Oh, Dios mío! Vosotros sois tan puros que arrojáis piedras a la pobre Trilby... ¡Qué vergüenza, qué horrible vergüenza, que haya una ley para el hombre y otra para la mujer!... ¡Pobres mujeres! ¡Tan débiles! ¡Pobrecillas, ellas tan dulces y cariñosas que no viven más que para que los bestias de los hombres corran tras ellas, las persigan, las arruinen y las pisoteen...! ¡Oh! ¡Qué repugnancia más horrible! —Y al llegar aquí, Billee cayó al suelo víctima de un terrible ataque.

Mandaron avisar a un médico. Taffy marchó al Hôtel de Lille et d'Albion a buscar a la madre del muchacho, y el pobre Billee fue desnudado por Sandy y por *Madame* Vinard y metido en la cama de Laird.

Vino el médico en seguida, y después la señora Bagot y su hija. Era un caso grave. Llamaron a otro médico. Se pusieron dos camas en el estudio para las dos afligidas señoras y así terminó el día que tenía que haber sido la víspera de la boda de Billee.

El ataque era por lo visto epiléptico. Derivó en una fiebre cerebral, sin duda una larga y tediosa enfermedad. Billee tardó muchos días en estar fuera de peligro y la convalecencia fue también larga y tediosa.

La naturaleza de Little Billee parecía haber cambiado. Permanecía echado e indiferente, y no mencionaba a Trilby. Sólo una vez preguntó si había vuelto, si se sabía dónde estaba y si le habían escrito.

Pero Trilby no había vuelto, y en cuanto a escribir, la señora Bagot había preferido que no lo hiciesen, pues a nada bueno conduciría, y Taffy y Laird opinaron lo mismo.

La madre de Billee sentía una gran amargura al pensar en la mujer que había causado tal estrago y, acto seguido, experimentaba la misma amargura al pensar en su propia injusticia.

Pero aún les esperaban días más amargos.

Una mañana, poco después, Angèle Boisse se presentó en el estudio en que trabajaban Taffy y Laird. Estaba verdaderamente atribulada.



«La hermana de Litrebili»

El hermanito de Trilby había muerto de escarlatina, y Trilby había desaparecido después del funeral. Estaba viviendo con su hermano en un pueblo que se llamaba

Vibraye, en la Sarthe, con unas pobres gentes que ella conocía. Lavando y cosiendo, había logrado mantenerse ella y mantener a su hermano, hasta que el niño cayó enfermo. Desde entonces no se había separado de él ni de día ni de noche, y su dolor por la pérdida fue tan terrible que sus amigos creyeron que iba a perder la razón. Al día siguiente del entierro no la pudieron encontrar por ninguna parte. No se había llevado consigo ni la ropa. Desapareció, sencillamente, sin dejar rastro de ninguna clase.

Temiendo que se hubiera suicidado, sondearon las charcas, los pozos y el riachuelo que pasa por Vibraye, y escudriñaron también el bosque.

Taffy marchó a Vibraye. Hizo todas las indagaciones posibles, se comunicó con la policía de París, y todas las tardes iba a la Morgue con el corazón palpitante.

Estas noticias le fueron ocultadas, como es natural, al enfermo. Nada más fácil, por lo demás, ya que nunca preguntaba, y apenas hablaba.

Cuando por fin pudo levantarse y le llevaron por primera vez al estudio, pidió que sacaran su cuadro *El cántaro que va a la fuente*, y se dedicó a mirarlo un rato. Luego, encogiéndose de hombros, se echó a reír con una risa tan amarga y triste que hacía daño: era la risa de un viejo que ríe por no llorar. Luego miró a su madre y a su hermana y vio los estragos que el dolor había hecho en aquellos rostros tan queridos. Le parecía que había estado loco muchos años causando a los demás un horrible e interminable dolor y una inmensa zozobra, y que por fin su pobre razón vacilante había vuelto, trayendo consigo un terrible remordimiento y el recuerdo de todo el amor paciente, y toda la bondad que durante años y años le habían sido prodigados. Volvió a observar a su dulce hermana, a su paciente madre... ¿Qué había ocurrido para que llegara a verlas tan cambiadas? Así que, tomándolas a las dos en sus débiles brazos, se echó a llorar desesperadamente durante largo rato.

Cuando hubo pasado el llanto, quedó tan agotado que se durmió. Al despertar se dio cuenta de que otra cosa muy triste le había ocurrido, pues por una causa misteriosa, su capacidad de amar no había vuelto al recuperar la razón; parecía que la había perdido para siempre, pues no había vuelto a sentir el amor de antes por su madre y por su hermana, ni su gran amor por Trilby. En el sitio que habían ocupado aquellos amores, había ahora una laguna inmensa y un inmenso vacío.

Gran verdad era que si Trilby había sufrido mucho, había sido también la causa inocente de muchos sufrimientos. La pobre señora Bagot no podía llegar a perdonarla.

Pero en fin, la historia se está poniendo triste, hora es ya de dar término a esta parte.

Al venir el buen tiempo, Billee fue cobrando fuerzas y el estudio comenzó a animarse.

Las camas de las señoras fueron trasladadas a otro estudio desalquilado en la misma escalera, y los amigos venían a ver a Billee y a distraer un poco a las señoras.



«Llorando desesperadamente»

Taffy y Laird habían sido una ayuda inapreciable en los apuros y disgustos de la señora Bagot. Sin ellos, no hubiera podido soportarlo. M. Carrel venía todos los días a charlar con su discípulo favorito y alegraba el corazón de la madre de Billee. También acudían Durien, Carnegie, Petrolicoconose, Vincent, Antony, Lorrimer, Dodor y Zouzou. La señora Bagot, una vez se aseguró de que estos dos últimos eran verdaderos caballeros, aunque no lo pareciesen, disfrutaba tanto en su compañía que los convirtió en sus favoritos. Ellos se excedían en su misión de distraer y hacer reír, y aunque eran tan opuestos a Billee en todo, ella se sentía maternal con ellos y les daba inocentes consejos que ellos aceptaban algo enternecidos, sin atreverse a mirarse el uno al otro. Y mientras sostenían las madejas de la señora Bagot, escuchaban todos sus píos consejos con los ojos en blanco.

Eso de ser un soldado y una mente extraviada suele dar cartel con las mujeres (excepto acaso con las madres mundanas de hijas casaderas). Todas interpretarán los gestos más anodinos de uno como una confesión sentimental en toda regla.

Y es verdad que las mujeres buenas del mundo entero tienen la debilidad de dejarse engañar por todos esos alegres y osados calaveras que siempre están sin blanca (lo que mueve sus corazones compasivos) y además... ¡les ven tan valientes aun en tiempo de paz! Aunque a veces también cae en sus redes alguna de las escasas malas mujeres por cuya salvación, paradójicamente, muchos de nosotros seríamos capaces de vender nuestras almas.

*«A lightsome eye, —a soldier's mien,
A feather of the blue,
A doublet of the Lincoln green—
No more of me you knew,
My love!
No more of me you knew...»*^[44]

¡Como si aquello no bastara ya de sobras!



«El dulce y melódico fraseo»

Little Billee no podía creer que aquellos dos cortesés, dulces y compasivos hijos de Marte fuesen los mismos de St. Cloud, esos populares juerguistas, y se admiraba de que a la ya larga lista de sus pecados, añadiesen el de la hipocresía.

Al parecer, Svengali se había marchado a Alemania con los bolsillos bien llenos de napoleones y cigarros, envuelto en un inmenso abrigo de pieles que no pensaba quitarse ni en verano; pero el menudo Gecko venía frecuentemente a tocar el violín y les daba preciosos conciertos que parecían hacer mayor bien a Little Billee que ningún otro remedio. Le hacían sentir, en su mente, todo el amor que no podía experimentar su corazón. Aquellas deliciosas frases melódicas, ejecutadas por un maestro, eran un bálsamo saludable y refrescante mientras duraban; algo así como el maná en el desierto. Era el mejor consuelo a su alcance y no quería que se lo quitaran mientras tuviera al maestro a su disposición.

El pobre Gecko trataba a las señoras con gran respeto, como si fueran diosas, aun cuando le acompañaban al piano. Les pedía perdón por cada nota falsa que ellas daban y adaptaba su música a la de sus acompañantes, cambiando los *scherzos* y *allegrettos* en música funeraria para complacerlas, y convenía con ellas (¡oh, traidor!) en que sonaba mucho mejor.

¡Oh, Beethoven! ¡Oh, Mozart! Debieron de agitarse en sus tumbas.

Cuando la tarde era templada, Billee salía en coche abierto con su madre y su hermana; Taffy solía completar el cuarteto. Visitaron el Bois de Boulogne, Passy, Auteuil St. Cloud y Meudon, pues, realmente hay sitios deliciosos en los alrededores de París.

A veces Taffy o Laird acompañaban a las señoras a la Galería del Luxembourg, al Louvre o al Palais Royal. También fueron a la Comédie Française una o dos veces, y algunos domingos a la capilla inglesa de la rue Marboeuf. Fue una deliciosa temporada, y la señora Bagot siempre recordó aquellos días como los más agradables

de su vida.

Comían todos juntos en el estudio, y les atendía *Madame* Vinard y su madre, que era un *cordon bleu* y, por lo tanto, la que guisaba. El aspecto del estudio había cambiado completamente, pues la presencia femenina lo había llenado de un fragante encanto.

¿Hay algo más dulce de contemplar que el despertar de un tierno amor cuando se encuentran la fuerza y la belleza junto a la cama de un amado convaleciente?

Por supuesto que el simpático lector creerá adivinar que, en buena lógica, el buen amigo Taffy caería a los pies de la encantadora hermana de su amigo, y que ésta le devolvería su amor con creces, y cómo una noche en que marzo avanzaba suavemente para dejar paso al mes de abril, Little Billee, juntando sus manos, les habría dado su fraternal bendición. Pero a decir verdad, nada de esto sucedió. Nunca pasa nada, salvo lo que no se puede prever. Paciencia...

Pasó el tiempo, pues, y llegó un día de abril templado, soleado a ratos, y a ratos lluvioso. La parte superior de la ventana del estudio estaba abierta, y dejaba entrar una agradable brisa del nordeste, lo mismo que el día en que comenzó nuestra historia. Un ómnibus procedente de la estación se detuvo ante la puerta cochera de la place St. Anatole des Arts, y a él que se subieron, en dirección a la Gare du Nord, Billee, su madre y su hermana, con todos sus enseres y equipajes (el famoso cuadro había ido por delante). Taffy y Laird les acompañaron hasta el último instante con caras muy largas. Billee, con su estática mirada, aguda y poderosa, contempló larga y tristemente las muchas bellezas de aquel París que tanto había amado, empezando por las torres de Notre Dame, y siguiendo con todo lo demás. Sólo Dios sabía cuándo volvería a verlas, y por eso trataba de fijarlas en la memoria, para que al recuperar el poder de amar, pudiera guardar un rico tesoro de recuerdos, con su forma y su color, para rumiarlos amorosamente. Aquella noche ya le había parecido oír el ruido de las olas en las rojas y areniscas piedras de las costas inglesas. Tenía la esperanza de que, al despedirse de sus dos amigos, sentiría una impresión dolorosa, pero no fue así. Cuando llegó aquel momento no pudo sentir nada, a pesar de que hizo todo lo posible. Les dio las gracias más expresivas que pudo, por toda su bondad, paciencia y cariño, y lo mismo hicieron su madre y su hermana. El corazón de los dos amigos estaba demasiado conmovido para hablar, y como no querían que se advirtiese, sus gestos eran bruscos y cortantes. Billee, al arrancar el tren, contempló a aquellas dos figuras tan tristes y desamparadas que le miraban desde el andén. Fue entonces cuando, de lo más hondo de su alma, surgió un inmenso dolor por su propia indiferencia. Su rostro adoptó una expresión de tal angustia y ansiedad que Taffy y Laird, al observarle, por poco toman el tren siguiente y se van tras de él a Devonshire para seguir acompañándole allí, distrayéndole, y para consolarse a sí mismos de la inmensa pena de la separación.

Pero no cedieron a aquel primer impulso. Se volvieron desconsoladamente, cogidos del brazo, y se alejaron arrastrando sus paraguas. Cruzaron el río y se

refugiaron en el Café de l'Odéon, donde se comieron varias tortillas en silencio, bebiendo desconsoladamente cuanto pudieron.

* * *

Casi cinco años han transcurrido desde que dijimos adiós a Taffy y Laird en la estación du Chemin de Fer du Nord en París, y nos despedimos de Little Billee y de su familia, que partían camino de Devonshire, donde el pobre enfermo había de descansar durante unos meses para recuperar las fuerzas y las energías, antes de volver a emprender sus brillantes y bien merecidos éxitos, lo que sin duda contribuiría a normalizar su salud.

Muchos de mis lectores recordarán todavía el magnífico debut de Billee en la Royal Academy, en Trafalgar Square, con su famoso lienzo *El cántaro que va a la fuente*, y cómo se vendió por el triple de su precio inicial en la mañana de la apertura privada, la tercera vez en mil libras esterlinas, justamente cinco veces más de lo que habían pagado a Billee por el cuadro. Suma enorme en aquellos tiempos, tratándose de un principiante.

Sé muy bien que esto no es prueba del mérito del lienzo. Pero hoy en día el cuadro es conocido en el mundo entero; el año pasado volvió a venderse en la Sala Christie (al cumplirse treinta y seis años de haber sido pintado) por la suma de tres mil libras esterlinas.

El cántaro se puede contemplar ahora en la National Gallery, acompañado de otro lienzo del mismo artista, *El cuadrante lunar*. Allí están colgados para que todos los que quieran los puedan contemplar; el primero y el último: la flor y el fruto.

El destino no reservó a Little Billee una vida larga, pero mientras estuvo entre nosotros, tuvo la buena fortuna, tan rara entre aquellos cuyas obras han de ser perdurables, de acertar desde el primer momento.

Su triunfo fue de los mayores y de los más halagadores. Empezó por arriba entre los maestros de su arte, pero su fama se filtró rápidamente a los inmediatamente inferiores, y de aquéllos a otros círculos. Se produjeron bastantes diatribas, críticas y aun groseros ataques; lo bastante para purificar el arte de Billee de cualquier sospecha de pasajera vulgaridad. ¿Qué mejor antiséptico que el odio profundo? ¿Qué música más fresca, sana y dulce, que el sonido de su voz cuando tan furiosamente ascendía?



«Desconsoladamente cogidos del brazo»

¡Sí! Se trataba de un «buen producto». Como Svengali hubiera dicho: «Es un grito del *corrazón*».

Y cuando el aplauso popular atrae a los grandes compradores, y a los grandes cheques, se levanta el grito impreso del fracasado, del que debió de ser un artista aclamado y feliz, y que lo dejó todo por el arte para descubrir que no sabe pintar en realidad, y que nunca se hará un nombre. En vista de ello se dedica a escribir contra los que consiguieron lo que él no pudo realizar, y entonces, ¡qué diatribas!

Escribir contra nuestros más afortunados compañeros y contra los que les admiran no es un oficio muy limpio, pero al parecer sí fácil y con muchos adeptos. Ni siquiera necesitan saber gramática, pero da dinero, y con ello se puede fundar una revista mejor que con títulos, buen gusto, y talento; mejor aún que con gracia, ingenio, sentido común y sabiduría. Es como el comercio pornográfico: muy malo es ser el comprador, pero ser el vendedor, ¡uf!

Imaginemos a un pobre diablo castrado con voz de soprano —no sé si aún los hay— que fuera expulsado de las filas de los coristas pontificios porque *verdaderamente* no afina. Imaginen cómo vociferaría indignado en contra de Santley, Sims Reeves y Lablache...

¡Qué desperdicio! ¿Por qué no volar a otros climas donde al menos poder ocultar tan lamentable fracaso y guardar tan miserable secreto? ¿No hay en Estambul harenes donde tus semejantes puedan barrer, limpiar, hacer las camas de las señoras, vaciar las aguas sucias con baldes, proteger puertas y ventanas, y ganarse los favores y la protección del pachá? Pero esto es un comercio más reluciente que ese obsceno y

mercenario aliento del instinto más innoble que haya, el que nos hace disfrutar a algunos echando huevos podridos y gatos muertos a aquellos que, no por menos admirados, son secretamente envidiados por nosotros.

Billee fue llevado y traído por la crítica unas veces para condenarle, otras para alabarle en exceso; pero todo ello, críticas y alabanzas, resbalaban sobre él como resbala el agua sobre un pato.

Fue un verano feliz para la señora Bagot y una dulce compensación por la angustia del invierno anterior. Tenía a sus dos hijos junto a ella, y todo el mundo cantaba las alabanzas de Billee, a quien ella quería como a las niñas de sus ojos y que acababa de ser tan providencialmente salvado de las garras de la muerte y de otros peligros casi tan terribles para su corazón maternal.

El cariño de su hijo hacia ella parecía aumentar por momentos, al recobrar completamente la salud; pero nunca volvió a ser el alegre, inocente y expansivo muchacho que había sido antes del funesto año de París.

Un capítulo de su vida se había cerrado para jamás volver a abrirse, y ni ella ni él volverían a recordarlo en sus conversaciones. Ella no podría olvidar ni perdonar. Lo más que podía hacer era permanecer en silencio.

Por otra parte, Billee era dulce y agradable; en casa se hacía lo posible por darle gusto en todo, rivalizando en ello su madre y su hermana, y también las hermanas de otros, que eran igualmente encantadoras y estaban siempre dispuestas a adorar al nuevo genio, que se había revelado en aquel pueblecito, despertándose una mañana célebre de repente. Billee tenía que recibir, lleno de confusión, sus felicitaciones y enhorabuenas. Entre aquellas muchachas figuraba la hija del vicario, que era amiga de su hermana y compañera de catequesis, una muchacha sencilla, pura, piadosa y bien nacida, es decir, todo lo que antaño consideraba Billee que debía de ser una muchacha. Su nombre era Alice, tenía el temperamento muy dulce y el pelo castaño.

Si Billee no encontraba las ingenuas diversiones rurales, las excursiones y meriendas en el campo y las veladas musicales tan divertidas como antes, no lo decía, al menos.

En efecto, callaba muchas cosas que su madre y su hermana trataban de adivinar; sí, muchas cosas.

Entre ellas, una que constantemente le preocupaba y apenaba: la insensibilidad de sus afectos. Podía ser, y era en efecto, cariñoso y expresivo con su madre y su hermana, como si nada hubiese sucedido, pero era un hábito, una dulce costumbre, o mejor aún, y para ser más exactos, derivaba más bien de un sentimiento de arrepentimiento y gratitud.

En el fondo de su corazón sabía que ya no podía quererlas, ni tampoco a Taffy, ni a Laird, ni a sí mismo. Ni siquiera a Trilby, a pesar de que constantemente pensaba en ella, pero sin emoción. Había sido informado, por fin, de su extraña huida, por la propia Angèle Boisse, en la detallada contestación de ésta a una carta que él le escribió.

Little Billee sentía que sus afectos estaban paralizados, mientras que su cerebro continuaba vivo y penetrante como antes. Le parecía que era como un pobre animal al que han sacado parte del cerebro para hacer un experimento, y que, sin embargo, sigue viviendo. Su mayor emoción era la preocupación y alarma que le producía aquel extraño síntoma, y no sabía si debía de hablar de ello.

No lo hizo para evitar más penas a los suyos y redobló sus atenciones hacia su madre y su hermana, a las que parecía querer más que nunca; se volvió más considerado aún con los demás, en palabras, hechos y maneras, como si fingiendo aquella virtud que había perdido, pudiese de ese modo llegar a recuperarla. No reparaba en sacrificios ni molestias, con tal de dar gusto a los más humildes.

También la vanidad de su arte se había evaporado y la echaba de menos tanto como a sus afectos.

Sin embargo, se decía a sí mismo constantemente que era un gran artista y que no cejaría hasta hacerse grande. Pero eso no era un mérito que pudiera depender de él.

Dos más dos son cuatro y dos por dos lo mismo, pero esa peculiaridad no debería hacer que se oculte el cuatro, pues ¿qué era esa cifra sino un resultado, de todos modos?

Y él no era más que el resultado inevitable de circunstancias ajenas a su voluntad. Un producto o una suma cualquiera. Y si bien consideraba ser un cuatro espléndido, ya no se sentía orgulloso como antes, y al echar de menos el orgullo de su arte recordaba con nostalgia las alegrías que le había producido, y era duro olvidar todo aquello, y en el fondo de su alma reinaba una tristeza vaga e inquieta, un constante desasosiego.

Le atormentaba la idea de no poder sentir ya nunca nada más que aquella leve tristeza, que aunque leve y todo, presentía iba a ser su eterna compañera, ya que veía su existencia moral para siempre como un interminable vacío, oscuro y gris cual fulgor de atardecer, y nunca más la alegre y confiada claridad de la mañana.

Así fue la convalecencia de Little Billee.

Hasta que, por fin, llegó el día, un día de otoño avanzado, en que abriendo sus alas voló hacia Londres donde todos le esperaban con los brazos abiertos, para dar la bienvenida al ya famoso pintor William Bagot, ¡más conocido por Little Billee!

Quinta parte

Little Billee

Un interludio

*Then the mortal coldness of the soul like death itself comes down;
It cannot feel the other's woes, it daré not dream its own;
That heavy chill has frozen o'er the fountain of our tears,
And though the eye may sparkle yet, 'tis where the ice appears.*

*Though wit may flash from fluent lips, and mirth distract the breast,
Through midnight hours that yield no more their former hope of rest:
Tis but as ivy leaves around a ruined turret wreath,
All green and wildly fresh without, but worn and gray beneath^[45].*

Cuando Taffy y Laird volvieron al estudio de la place St. Anatole des Arts y reanudaron su vida cotidiana, fue con un sentimiento de duelo y desolación que nunca hubieran imaginado, y que no parecía disminuir con el pasar del tiempo.

Se dieron cuenta, por primera vez, del profundo, penetrante e invariable encanto de aquellas dos naturalezas de excepción que eran Billee y Trilby, y la vida se les hacía difícil en su ausencia, después de la pasada intimidad.

«¡Qué feliz he sido y qué poco duró todo!», había escrito Trilby en su carta de despedida, y estas palabras se podían aplicar a Taffy y a Laird lo mismo que a ella.

Es lo malo de esas adorables personas que poseen un especial atractivo: que después de que las hemos conocido, no podemos prescindir de ellas.

Y cuando además de atractivas, son sencillas, inteligentes, afectuosas, constantes y sinceras, como lo eran Trilby y Billee, entonces el lamentable vacío que dejan es imposible de llenar. Y, naturalmente, ello ocurre en mucha mayor medida cuando además son geniales como Billee, o graciosas sin ser vulgares como Trilby, según les parecía a los dos amigos, aun en los momentos en que hablaba francés, y a pesar de sus audacias de pensamiento, palabra y obra tan afrancesadas.

Todo parecía haber sufrido un cambio irreversible. El boxeo y la esgrima lo practicaban de un modo puramente mecánico, apenas como ejercicio físico; y una ligera capa de tejido adiposo empezó a cubrir los bíceps de los potentes brazos de Taffy.

Dodor y Zouzou ya no venían con tanta frecuencia desde que Billee y su encantadora familia se habían marchado, ni Carnegie, ni Antony, ni Lorrimer, ni Vincent, ni «el Griego»; Gecko, por su parte, no volvió a pisar el estudio. Echaban de menos hasta a Svengali, a pesar de lo poco que le apreciaban. Un piano de cola, si no

se toca, se convierte en un mueble triste y melancólico, con todos sus sonidos y sus recuerdos encerrados dentro como una especie de mausoleo, así que lo volvieron a mandar a Londres «en el mercancías», tal como había venido.



Desmoralización

A consecuencia de todo ello, Taffy y Laird se habían ido poniendo cada vez más taciturnos, y parecían de lo más abatidos. Almorzaban cada día en el café de l'Odéon, hasta que se cansaron de las buenas tortillas, y el excelente vino tinto tendía a ponerles nerviosos y a subírseles a la cabeza, sumiéndoles en la somnolencia hasta la hora de cenar. Entonces se despabilaban, se vestían con decoro y se iban a cenar como caballeros al Palais Royal, al Passage Choiseul, o al des Panoramas, pagando tres francos, tres cincuenta y aun cinco francos por cabeza, más cincuenta céntimos de propina para el camarero. Iban casi todas las noches a algún teatro de la orilla elegante del río, y casi siempre tomaban un coche para la vuelta, mientras fumaban un Panatela que les costaba veinticinco céntimos.

Poco a poco, fueron convirtiéndose en personas respetables, como Lorrimer y Carnegie, siempre con su frac y su corbata blanca y su raya en medio abierta hasta la nuca, dejando caer a cada lado sobre las orejas unos grandes mechones, como era entonces la moda entre los ingleses; y se suscribieron al periódico elegante *Gazette Galignani* y fueron propuestos y aceptados para el Cercle Anglais de la rue Sainte-n'y Touche, un tradicional círculo de ingleses; además solían ir los domingos por la mañana a la capilla de la rue Marboeuf.

Al finalizar el verano habían llegado a tal estado de desmoralización, que decidieron cambiar de aires. Dejaron el estudio de la place St. Anatole des Arts, acabaron por abandonar París y se fueron a Dusseldorf, que es un sitio muy agradable para unos pintores ingleses que no quieren matarse a trabajar, como sabía muy bien Laird por haber vivido allí un año.

Taffy acabó por marcharse a Amberes para la Kermesse, pues quería pintar un borracho flamenco de nuestros tiempos tal como es, y Laird se fue a España en busca de verdaderos toreros de carne y hueso.

Hay que advertir aquí que los cuadros de toreros de Laird que estuvieron tan de moda en Escocia mientras se contentó con pintarlos en la place St. Anatole des Arts, dejaron de gustar y de venderse después de su visita a Madrid y a Sevilla; en vista de ello, se dedicó a pintar cardenales romanos y *pifferari* napolitanos sacados de su imaginación, y como obtuvo tanto éxito, se propuso no visitar Italia para no sabotear su propio filón.

Estaba en Argel pintando cardenales y *pifferari*, cuando Taffy acudió a reunirse con él. Entonces le dio por pintar judíos argelinos tal como eran (con lo que, claro, no vendió los cuadros); más tarde pasaron un año en Munich, otro en Düsseldorf, un invierno en El Cairo, etc...



Fred Walker

Mientras tanto, Taffy, que se tomaba todas las cosas muy en serio, sobre todo los derechos y deberes de la amistad, sostenía una muy animada correspondencia con Billee, que le contestaba con cartas muy largas y divertidas, en las que le daba toda clase de pormenores de su vida en Londres: que era, por cierto, una ininterrumpida sucesión de triunfos tanto artísticos como sociales. (Por sus cartas se hubiera creído que, a pesar de su modestia, no podía encontrarse en el mundo un muchacho más alegre ni más feliz).

Era una buena época en Inglaterra para los artistas jóvenes que prometían; una época de evolución, revolución, cambio y desarrollo. Cada día se fundaban escuelas nuevas y se derrumbaban las antiguas; la lucha por la existencia y la supervivencia de los muy dotados era durísima, aunque esperemos que constituyera algo así como una preparación para el resurgimiento final de los mejores.

Entre las muchas glorias de aquel periodo, dos nombres destacan notablemente por la reputación inmediata que adquirieron (que había de convertirse en perdurable), y por la gran influencia que ejercieron y ejercen todavía.

El mundo no olvidaría fácilmente a Frederic Walker y a William Bagot, aquellos dos muchachos tan geniales, que era costumbre nombrar siempre juntos para poder así contrastar y comparar sus respectivos talentos, como se comparaba a Thackeray y a Dickens, a Carlyle y a Macaulay, a Tennyson y a Browning, todo ello fútil entretenimiento que constituye, sin embargo, una irresistible tentación.

A pesar de esto, ¿por qué comparar al lirio con la rosa? Aquellos dos jóvenes

maestros gozaron del genio y la suerte suficientes como para ser los inspiradores de la mayoría de las obras de arte que se han producido en Inglaterra durante los últimos treinta años, en el óleo, la acuarela y el dibujo.

Los dos eran ingleses en pura esencia, y de la misma época; los dos completamente originales, y recibían sus impresiones directamente de la Naturaleza, y no fueron influidos por escuela alguna antigua ni moderna. Fundaron escuelas en lugar de seguirlas, y cada uno era una ley en sí mismo, ley que se permitían promulgar para que los demás la cumplieran. Los dos eran igualmente grandes en cualquier disciplina que emprendieran: paisaje, figuras, aves, peces... ¿Quién no recuerda *La pescadería* de F. Walker y *Los cerditos* de W. Bagot, con su venerable mamá negra, y su inmenso y sonrosado papá porcino? Un encanto y una poesía inimaginables, un refinamiento, un sentimiento, una ternura y un delicado humor combinados; una facilidad y una gracia incomparables, unidas a una prodigiosa manera de manejar el pincel, eran el patrimonio de cada uno de ellos. Sin embargo, sus obras difieren totalmente; están separadas como los dos polos de la Tierra, cada una siendo autosuficiente en sí misma, y, con todo, complemento de la otra.

Además y cosa rara, ambos artistas se parecían mucho físicamente: los dos eran pequeños de tamaño, aunque muy bien formados; menudos de pies y manos, siempre vestidos como los lirios del valle a pesar de lo mucho que trabajaban y luchaban; los dos tenían facciones regulares, cuajadas en moldes nobilísimos y un gran encanto personal; los dos poseían sencillas y distinguidas maneras y se hacían querer pronto y para siempre.

¡Que la tierra les sea leve!

Nadie puede decir que la fama de uno superase a la del otro.

Los dos pedestales en que descansan son gemelos, iguales en todas sus dimensiones, como lo eran sus cuerpos en esta vida; pero no se asemejan a éstos sólo por una cosa; sus pedestales son los más elevados que pueden encontrarse en el jardín de los pintores muertos, aunque inmortales, de nuestra época, ambos contruidos para durar como ningún otro que les rodease.

Pero no es el arte de Billee ni su reputación como pintor lo que más nos interesa para continuar el hilo de esta narración: nos interesa sólo por la influencia que ejercieron sobre su carácter y su destino.

—*Quisiera* saber la historia detallada y circunstancial del primer amor del inglés y cómo perdió su inocencia.

—¡Pregúntaselo!

—¡Pregúntaselo tú!

Así hablaban Papelard y Bouchardy la mañana en que apareció el pequeño Billee en el estudio de Carrel de la rue des Potirons Saint Michel.

Y a esa pregunta es a la que quiero tratar de contestar.

Un muchacho famoso, guapo, bien educado y bien vestido encuentra que todas las puertas se le abren con facilidad; no tiene que llamar mucho tiempo para que le

dejen pasar. Difícilmente se encontrará un muchacho mejor situado, más guapo, más famoso, mejor vestido y al parecer más feliz y afortunado, con más cualidades encantadoras y menos faltas que Billee, tal como le encontraron Taffy y Laird cuando volvieron a Londres después de sus cuatro o cinco años de vida en el extranjero.

Poseía un amplio estudio y una hermosa *suite* de habitaciones en Fitzroy Square. De las paredes del estudio colgaban magníficos lienzos sin terminar y un sinfín de bocetos. Todo era allí bonito y refinado, los muebles, los bibelots, los cacharros y objetos artísticos recolectados en el extranjero y en Oriente: drapeados, cortinas, alfombras y tapices y el piano de media cola «Collard y Collard».

El inmortal lienzo *El cuadrante lunar* (que acababa de empezar por encargo de Mr. Moses Lyon, el famoso comerciante de cuadros) descansaba sobre su caballete. Nadie trabajaba con más ahínco que Little Billee ni con los dientes más apretados, y nadie descansaba ni se divertía más discretamente, cuando le tocaba hacerlo.

El espejo de su chimenea estaba lleno de tarjetas de invitación de colores rosa y malva, perfumadas con lila, y en muchos casos adornadas con insignias nobiliarias. Billee había perdido su aversión por los duques y por la aristocracia, sobre todo en lo que se refiere a sus esposas, hermanas e hijas y a toda su parentela femenina, incluso a las madres y las tías. Si hemos de decir la verdad, Billee corría el riesgo, a pesar de su escasa altura, de convertirse en uno de esos niñitos adorados por las mujeres sencillas que tienen poco que hacer; es decir, el amigo, el perrillo faldero, el amante platónico (con muchos amores), el paje, el confidente del que no desconfían ni los maridos ni los hermanos, el delicado e inocente diletante de Eros, el pastorcillo que vive en el utópico *Pays du tendre* y que no pasa de allí.

La mujer halaga y el hombre confía, y se dicen que en ello no hay peligro, y lo celebro.

Un hombre ama su violín (¡oh, dolor!, y a veces el de su vecino) por las diversas melodías que puede despertar en él. Es un amor egoísta.

Otro, que no toca el violín, puede también amar un violín por su simetría, su finura, su color, su fino veteado; por las líneas y curvas delicadas que presenta por delante y por detrás, por el objeto mismo, en fin. Puede llegar a poseer una galería repleta de ellos, para amarlos a su inocente manera —un harén—, y sin embargo no conocer ni una sola nota musical ni importarle lo más mínimo la música. Les quitará el polvo, los acariciará, los cogerá para afinarlos, ¡*pizzicato!*, los volverá a dejar en su sitio, los bautizará con nombres dulces, exóticos y familiares: *viol*, *viola*, *viola d'amore*, *viol di gamba*, *violino mio*, y les murmurará sus cuitas, y ellos le devolverán dulces y suaves gemidos en cariñosa respuesta, como un arpa de Eolo, humedecida; pero nunca les rozará sus cuerdas con el arco para sacarles ni una sola nota afinada ni discordante.



Amor platónico

¿Y quién nos asegurará que no es un sabio quien tal haga? La teoría de que los violines sólo se hicieron para ser tocados es una vieja teoría convencional. Los propios violines están empezando a resentirse de esta apreciación y con sobrada razón.

De esta ingenua manera era amigo Billee de más de una gran señora *de par le monde*. Más de un bohemio entre sus compañeros de pincel le ha acusado injustamente de esnobismo. Nada hay que moleste más a un bohemio tronado o a un burgués, como la repentina intimidación de un compañero suyo con los llamados grandes del mundo, o sea los pequeños señores y damas de este pequeño mundo. El éxito, la gloria y toda la alegría y el orgullo que ellos nos traen, son más fáciles de perdonar, y menos amargos y humillantes para el corazón fraternal.

¡Pobre Humanidad! ¡Pensar, ay, que sólo la vista de nuestros llamados grandes (si es que lo son) es considerada como un don preciosísimo, una brillante hazaña y una corona de gloria!

«A dirty bit of orange-peel,
The stump of a cigar—
Once trod on by a princely heel,
How beautiful they are!»^[46]

Billee no era un cazador de alcurnias sino que más bien era él el cazado, o lo había sido. Nadie como él fue tan resuelta y hospitalariamente perseguido por la gente elegante de rango y de posición. Al principio, les encontraba encantadores, como a veces lo son esos seres graciosos, amables, alegres, cariñosos, estoicos y

bárbaros, cuyas maneras son tan fáciles y tan sencillas como sus costumbres —si no mucho mejores—, y que por lo menos tienen la gracia de bañarse en oro, sin que nadie lo note por el olor. Hay que convenir en que saben llevar sus riquezas con gracia, y su pobreza con más gracia, si se quiere. Estas pequeñas habilidades tiene que aprenderlas nuestra nueva aristocracia del mostrador y de la casa de cambio; judíos y gentiles que en todas partes se van abriendo camino a codazos hasta la primera fila de todo, lo mismo en Inglaterra que en el extranjero.

Billee descubrió por fin que, aunque se puede estar siempre con ellos, nunca se puede llegar a ser uno de ellos, a no ser que por casualidad se consiga pescar con los lazos del matrimonio a una de las hijas feas, las fracasadas, las sobrantes; y aun así, la vida no es un camino de rosas para el intruso (eso, por lo menos, me han contado). Luego, Little Billee descubrió que no le apetecía nada el ser uno de ellos, sobre todo a tal precio, y además que el estar mucho en su compañía le hastiaba, ¡como todo lo demás!

Descubrió también que había entre ellos mucha mezcla; bueno, malo e indiferente, y no siempre eran muy delicados o selectos en sus predilecciones, puesto que se apasionaban por gentes extrañas, sólo porque les divertían por una temporada, hasta el punto de que sus caprichosos favores dejaban de ser un honor —si es que alguna vez lo fueron—, y luego, ¡qué inconstancia!

Vio además que podían ser listos, generosos, corteses y refinados, pero al mismo tiempo ruines, insolentes, presuntuosos y vulgares, tan hermosos como feos, tan graciosos como torpes, tan modestos o tan presumidos como los de cualquier otra clase alta, o, por supuesto, como los de cualquier otra de las clases más bajas.

Encontró hermosas mujeres que habían aprendido a pintar paisajitos con una ruina cubierta de hiedra en segundo plano, y que hablaban con él de la técnica de la pintura con una desenvoltura tal que parecía que estuviesen en el arte a su mismo nivel y con una connivencia que no les importaba a pesar de la gran diferencia social.

Había viejas horribles, obesas o huesudas y con escotes al aire, cuya sola vista le repugnaba, que se dedicaban a protegerle y a darle buenos consejos, diciéndole que imitase a Buckner, tanto en su talento como en sus maneras, pues el señor Buckner era el típico *gentleman* que había pintado por dinero, prometiéndole con el tiempo un éxito similar.

Aquí y allí encontraba a algunas ancianas encantadoras que le esclavizaban con su bondad, gracia, conocimiento de la vida y tierna simpatía, como *lady* Chiselhurst, la decana, o alguna joven y también encantadora, como la duquesa de Towers que, con su belleza, ingenio, buen humor y fraternal interés en todo lo que él hacía, le recordaba constantemente, aunque de una manera vaga y distante, a Trilby, a pesar de que la duquesa era una gran y elegante señora.

Pero las mismas encantadoras mujeres, jóvenes o menos jóvenes, se podían encontrar, y aun con ideales más modestos, en esferas menos elevadas y de más fácil acceso, sin ningún abismo social que les separase; esferas en que nadie se sentía

superior, en donde no se encontraba más que cariñoso entusiasmo y delicados halagos, lo mismo de los hombres que de las mujeres, y donde las Venus ajadas que fueron las bellas del campo de Waterloo, cubrían debidamente sus históricos restos, como las ruinas se cubrían de hiedra (¡y en segundo plano!).



«Encantadoras jóvenes o menos jóvenes»

Billee se cansó de los grandes de la Tierra antes de que ellos se cansasen de él, aunque esto parezca inverosímil y contra natura, y al hacerlo se ahorró muchos dolores de corazón. Ya no se le vio más en las fiestas elegantes ni en las reuniones de sociedad, excepto en una o dos casas donde le querían de verdad, como en la de lord Chiselhurst, donde *El cuadrante lunar* encontró un sitio de honor durante varios años, hasta que fue definitivamente acogido en la National Gallery... descanse en paz. También iba a casa del barón de Stoppenheim, situada en Cavendish Square, donde muchas delicadas acuarelas firmadas «W. B.» ocupaban puestos de honor, colgadas sobre las ricas paredes, y también en la espléndida y dorada mansión de solterón del rico mercader de cuadros Moses Lyon en Upper Conduit Street, pues Billee (siento tener que decirlo de un héroe romántico) era un excelente hombre de negocios. Aquellas pocas gotas de sangre oriental que poseía, le dotaron de aplomo, y le ayudaron a no salirse de su camino y a seguir las pisadas de sus afines, amoldándose a ellas y aceptando para siempre su compañía, que era la que deseaba, maneras que nunca quiso variar.

Le gustaba ganar todo el dinero que podía para gastarlo regiamente en magníficos regalos para su madre y su hermana, a las que colmaba de esta manera, a pesar de que las circunstancias para ellas habían cambiado mucho con el éxito de Little Billee. Nunca hubo un hijo ni un hermano más generoso que aquel gran artista del nublado corazón, que ya no podía volver a amar...

Como un contrapeso a todo este esplendor, gustaba Billee de estudiar la vida de Londres en los barrios más humildes. Pronto fue conocido en Whitechapel, Ratcliffe

Highway, los Docks, Rotherhithe, encontrando en ellos muchas cosas de interés y mucho que admirar en sus habitantes. Allí tenía tantos amigos entre los obreros del puerto, cargadores, consumidores y marineros como en los barrios elegantes de Bayswater y Belgravia o Bloomsbury.

Lo que más le gustaba era frecuentar las tabernas en las que al anochecer se reunían los trabajadores para descansar, fumar, beber y cantar. Se sentaban alrededor de una mesa grande, llena de vasos humeantes y jarras de estaño, el Presidente de la mesa en una punta y enfrente el Vicepresidente. Todo el que podía pagarse una pipa y un cuartillo de cerveza y no le importase cantar, podía tomar parte en la reunión.



«El cuadrante lunar»

En esta clase de reuniones no hacen falta presentaciones. En cuanto el recién llegado se sienta y se retrepa en su silla, el señor presidente, golpeando la mesa con su larga pipa de barro, reclama silencio y dice:

—Señor Vice, me parece que el señor que acaba de sentarse tiene cara de saber cantar. Acaso, señor Vice, ¿sería usted tan amable de permitirme que pida al referido señor que nos dedicase algunas armonías?

El señor Vice pide al recién llegado que cante y éste, ante tal petición, simula una modesta sorpresa y accede finalmente. Y tras varios y repetidos carraspeos, se decide a cantar, puede que adoptando una dulce voz de tenor, *Kathleen Mavourneen*:

«*Kathleen Mavourneen, the gry dawn is brykin,
The 'orn of the 'unter is 'card on the 'ill...*»^[47]

A Billee no le importaba nada la mayor o menor pureza del acento, si la voz era agradable y no desentonaba, y si el sentimiento era sencillo, tierno y sincero en las canciones sentimentales.

O podía ser también una voz de bajo con inflexiones patrioterías:

«*'earts o'hoak are our ships; 'earts o'hoak are our men;
And we'll fight and we'll conkwer agen and agen!*»^[48]

Y si el canto era valiente y marinero, ninguna falta en la pronunciación quitaba arrestos ni acentos patrióticos británicos a oídos del muchacho, ni afeaba más sus baladronadas y su grosera vulgaridad.

En definitiva, la canción se acaba en medio de los aplausos unánimes del público.

—A su salud y a la de su canción, caballero —declara el Presidente. Luego bebe, y todo el mundo hace lo propio.

Y ahora le toca el turno al Sr. Vice de preguntar:

—¿Qué nos cumplirá declarar, señor, después de esta maravillosa «armonía»?

Y el cantante, enrojecido, si es hombre avezado replica:

—Un solomillo de cordero en Newgate, y ningún convidado para catarlo... —O bien—: Que quien suba por la loma de la prosperidad no se tope con un amigo que vaya de bajada. —O bien—: ¡A la salud de aquella que comparte nuestras dichas y dobla nuestras penas!

Y así sucesivamente.

Más libaciones, e innumerables «bravo», «bravo»...



El presidente

Luego el señor Vice le requiere al cantor:

—¿Tendría la bondad, señor, de pedirle a otro caballero que nos brinde una nueva «armonía»?

Y la velada prosigue.

Nadie adquirió en aquellas reuniones más rápida popularidad, ni cantó mejores canciones, ni propuso brindis más sentimentales, ni fue Presidente ni Vicepresidente con más gracia y dignidad que Little Billee. Ni aun Dodor y Zouzou lo hubieran hecho mejor.

Tan feliz, alegre y satisfecho se encontraba en aquella asamblea como en los dorados salones de los grandes de la Tierra donde hay pianos de cola y músicos pagados para acompañar a los más caros cantantes, y donde la gente charla durante el concierto.

De esta manera fueron desarrollándose más y más sus facultades de aguda, amplia y universal comprensión, y con ello se consolaba de la perdida capacidad de amar a personas en particular.

No tenía entre los hombres amigos íntimos y cercenaba sin piedad cualquier tentativa de intimidad y cualquier avance hacia un afecto que no podía devolver. Y más de un admirador de su arte y de su personalidad se veía forzado a confesar que con todos sus dones y su simpatía, parecía lleno de caprichos y falto de corazón, pues tan pronto acogía a un amigo como estaba dispuesto a dejarle para siempre.

Lo que prefería era estar entre sus congéneres, fuesen mayores o menores que él, y tan feliz iba en un barquito de dos cuartos como en el yate de un millonario, en el estribo de un ómnibus como en el asiento de honor del carruaje de un aristócrata; incluso parecía aun más feliz con los modestos. Le gustaba sentir el tibio contacto de la humanidad en sus hombros y en su espalda, y no le importaba la mugre del trabajo.

Aquel amor suyo tan alegre y acariciador, aquella profundidad de simpatía humana, están bien patentes en todas sus obras.

Acabó por encaminar sus preferencias a la sociedad de los mejores y más inteligentes de su clase, los que viven y prevalecen por el ejercicio profesional de un talento bien preparado y educado, los hábiles artífices del entendimiento, desde el Lord Justicia Mayor de Inglaterra para abajo —la sal de la tierra, según Little Billee—, y ya nunca se apartó de su compañía.

No hay clase social tan agradable y simpática como la *nuestra* a la larga, aunque sea la clase de los criminales; en ninguna nos reciben más espontánea y sinceramente, ninguna es más fácil de conquistar y más difícil de convencer, basta sólo con que seamos moderadamente prósperos y agradables, y no dejaremos en ninguna más perdurable memoria, si es que dejamos alguna.

Así que Billee, cuando quería descansar y distraerse, buscaba las casas de aquellos cuyo descanso y distracción eran iguales a los suyos, pequeños altos en el camino de aquella vida sembrada de fatigas, trabajos y esfuerzos; oasis de agua dulce y fresca sombra, donde la comida era buena y abundante, aunque la lona de las tiendas no fuese de pan de oro, donde la conversación no trataba de los chismes de la corte, ni de los clásicos embustes de caza, ni de las ruindades de la política, ni de la boda de la temporada, ni tampoco de la próxima conversión de un duque a la Iglesia católica, o de la última escapada de una pareja elegante, etcétera. Donde se oía a los mejores músicos del mundo que descansaban y se entretenían tocando cada vez mejor para gusto y solaz de sus amigos, que les escuchaban como debían, con un comprensivo y religioso silencio y con la ferviente gratitud que merecían.

Había algunas de esas casas en Londres entonces, y hoy también las hay, gracias a Dios. En ellas, Billee tenía siempre un lugar reservado, y allí solía sumergirse en oleadas de maravillosos sonidos, arroyos de chispeante conversación y ríos, mares, océanos de adulación femenina, como en un baño sedante que le hacía olvidar su incurable insensibilidad de corazón, que ningún médico podía explicar ni curar y a la que se iba resignando gradualmente como les suele ocurrir a los sordos, a los ciegos y a los que padecen ataxia locomotriz, pues aquello le duraba desde hacía ya cinco años. A veces, mientras dormía, un sueño feliz le devolvía su antigua capacidad de

amar, y amaba a su madre, y a su hermana, y a sus amigos, como un ciego que sueña que le ha vuelto el don de la vista; pero la alegría le despertaba a la triste realidad, hasta que aprendió a recordar aun en sueños que aquello no era cierto, y entonces cuidaba de no despertarse. (Aquellas noches quedaban marcadas indeleblemente).

En ninguna parte se encontraba tan a gusto como en las casas de los más famosos médicos y cirujanos que se interesaban por su extraña enfermedad. Cuando las criaturas como Billee caen enfermas, los grandes médicos y cirujanos, como los grandes músicos, les tratan, por pura amistad, mejor que cuando los príncipes de la tierra les pagan cien libras por una consulta, colmándoles de honores.

Entre todas aquellas notables casas de Londres ninguna era más agradable que la del gran escultor Cornelys, donde Billee era muy querido; tanto, que fue allí donde llevó a Taffy y Laird el mismo día que volvieron a Londres.

Cenaron primero juntos en un simpático restaurante franco-italiano de Leicester Square, donde comieron bouillabaisse, con gran deleite de Laird, *spaghetti*, un *poulet rôti* (que difiere mucho de las aves de corral comunes asadas) y ensalada, que Taffy se encargó de aliñar. Luego fumaron sentados a la mesa, lo mismo que hacían en París.



Una comida feliz

Fue una cena completamente agradable para Taffy y Laird, con un Billee aparentemente alegre, cariñoso y expresivo, que no presumía apenas, y que tenía mil cosas nuevas e interesantes que contar. Ellos también tenían mucho que narrar de París, pero no se atrevían por miedo a despertar cosas que estaban mucho mejor dormidas.

Una y otra vez durante aquella agradable reunión y comunión de espíritu de los tres amigos que no se veían hacía tanto tiempo, los dardos envenenados de la triste enfermedad de Billee le atravesaron el corazón.

Le parecía a Billee que Taffy se había puesto gordo y pesado, y que daba demasiada importancia a las cosas más nimias, y que Laird se había convertido en un zángano ocioso e inútil, y que ambos eran unos tragones, que adquirirían al comer el

más grosero de los aspectos con las orejas y las mejillas coloradas y brillantes. Estaba seguro de que si los dos se cayesen muertos en aquel mismo momento, él se quedaría tan fresco. Esto le hacía mostrarse más cariñoso, alegre y expresivo con ellos, pues comprendía que era su horrible enfermedad la que le hacía sentir aquellas cosas tan absurdas, y que no lo podía evitar, como no se puede evitar una catarata en un ojo...

Luego, al verse de pasada en un espejo, se maldijo a sí mismo llamándose cretino, enano y ruin. Pensó que al lado del hercúleo Taffy y del robusto Laird de Cockpen, no valía un comino; un miserable artesano de un arte trivial cuyos méritos habían exagerado. ¿Para qué servían los cuadros y qué le importaba a nadie si eran buenos o malos excepto a los frívolos que los pintaban, los comerciantes que los vendían o los ociosos, ignorantes y estúpidos nuevos ricos que los compraban para colgarlos en sus paredes porque así se lo aconsejaban? Sentía que si hubiera habido debajo de la mesa en que estaban comiendo una caja de dinamita con la mecha encendida, no hubiera avisado a sus amigos ni hubiera hecho nada por apagarla. ¡Le importaba todo un auténtico rábano!

Todo ello le hacía ponerse tan animado y brillante en su conversación, tan ameno, ingenioso y atractivo, que Taffy y Laird se pasmaban de la mejoría que el éxito y la experiencia de la vida habían traído a Billee, y admiraban su felicidad y casi le envidiaban en el fondo de sus tiernos corazones. De repente, en una pausa de la conversación entre la fruta y el queso, oyeron a un extranjero que estaba sentado en ruidosa compañía, decir en francés:

—¡Le digo que he oído a la Svengali! ¡Y más aún, que cantó el *Impromptu* de Chopin, y sonaba lo mismo que un piano...!

—¡Calla, hombre! No digas tonterías —dijo otro; y la conversación se hizo tan general y tan ruidosa que los tres amigos no pudieron oír más.

—¡Svengali! ¡Qué raro oír otra vez ese nombre! ¿Qué habrá sido de nuestro Svengali? —observó Taffy.

—Recuerdo, sí, que tocaba el *Impromptu* de Chopin —comentó Billee—. ¡Qué coincidencia!

Aquella noche iban a ocurrir más coincidencias que, como los males, no caen sino que llueven.

Al terminar nuestros tres amigos el café y los licores se fueron a casa de Cornelys en un coche de punto hansom de dos caballos, terminando sus cigarros puros por el camino.

«*Like Mars,*
A-smokin' their poipes and cigyars»^[49].

Como todo el mundo sabe, *sir* Louis Cornelys vive en un palacio en Campden Hill. Es la suya una casa con muchas ventanas, y desde cualquiera de ellas que mire su dueño, ve su jardín y poco más. A pesar de sus ochenta años, trabaja como cuando

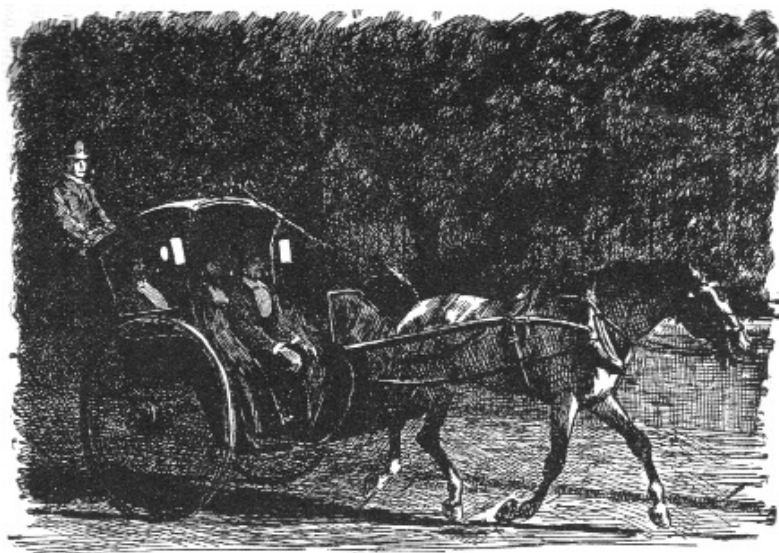
era joven, y sus manos han perdido muy poco de su legendaria habilidad. Pero ya no da aquellas espléndidas fiestas que le hicieron casi tan famoso como su arte.

Cuando murió su bellísima mujer, se encerró aislándose del mundo, y hoy en día nunca sale de su casa más que para cumplir sus deberes en la Royal Academy y para cenar una vez al año con la Reina.

A principios de los años sesenta era todo muy diferente. No había en Londres casa más animada ni más agradable, ni en verano ni en invierno, ninguna tan llena de señorío, ni ama de casa más irresistible que *lady* Cornelys y sus encantadoras hijas, y si alguna vez la música se pudo llamar divina, fue la que se oía allí los sábados por la noche, durante la *season*, cuando las aves fénix de la profesión vienen a Londres a recoger su cosecha.

Fue en una de las más brillantes noches cuando Billee presentó a Taffy y a Laird en Mechelen Lodge, y fueron recibidos a la puerta del inmenso salón de música por un hombre alto y robusto, con unos ojos magníficos y una barba gris, que llevaba puesto su gorrito de terciopelo negro. Con él recibía una matrona griega tan bella y majestuosa y tan regiamente vestida que tuvieron el impulso de arrodillarse como si estuviesen delante de alguna imponente reina oriental; sólo se lo impidió la acogida llena de sencilla, dulce y cordial amabilidad de la señora.

Con gran sorpresa suya, saludaron también a Lorrimer, Antony y al Griego, todos con unos bigotes y una vieja barba ya de cinco años.



«Fumando sus pipas y cigarros»

No tuvieron tiempo de repartirse exuberantes saludos, pues se oyó un fuerte acorde al piano, lo que produjo tal silencio que se hubiera oído caer un alfiler, y el *signor* Giuglini y la maravillosa doncella Adelina Patti cantaron el Miserere de la célebre ópera del *signor* Verdi con gran entusiasmo de todos menos de algún pretencioso que había leído (o mal leído) las cartas de Mendelssohn y afectaban despreciar la música italiana y lo que ellos llamaban mero virtuosismo, fuese vocal o instrumental.

Cuando terminaron, Billee presentó a sus amigos a todas las celebridades, desde el primer ministro hasta el que suscribe, que se alegró mucho de volverles a ver y hablar de los tiempos pasados; después fueron también presentados a las señoritas de la casa y al resto de las bellezas femeninas, y entonces Roucouly, el gran barítono francés, cantó la canción de Durien

*«Plaisir d'amour ne dure qu'un moment;
Chagrin d'amour dure toute la vie...»*

con una media voz de salón, pero tan celestialmente como había cantado Noël, Noël a pleno pulmón, en la Madeleine cierta noche, memorable para nuestros tres amigos.

Más tarde, vinieron un solo de violín interpretado por el joven Joachim, el mejor violinista de su tiempo, y un solo de piano a cargo de *madame* Schumann, que no le iba a la zaga. Estos dos dieron una lección a los que creen que la música es un agradable pasatiempo, un encanto puramente emocional en el que la inteligencia no tiene parte alguna, humillando al mismo tiempo a aquellos virtuosos que tocan con tanto encanto, que hacen olvidar al maestro que compuso la música con tal de dar a conocer al maestro que la interpreta.

Aquella pareja, que eran de los más grandes en su clase, no dejaban olvidar que interpretaban al excelso Juan Sebastián Bach con absoluta perfección, dejando a un lado completamente su propia personalidad, de manera que el que no entendiese a Bach, no se divertía mucho. Una cosa en especial hacía de aquel concierto algo muy agradable, y era que los invitados no estaban apretados como sardinas en lata, como suele suceder en ciertas ocasiones. Los concurrentes eran relativamente pocos y bien elegidos, y entre una pieza y otra se podían levantar y charlar con sus amigos, ir de una habitación a otra admirando las innumerables bellezas de la casa, o salir al magnífico jardín a la luz de la luna, de las estrellas o de los farolillos de colores. Allí los frívolos podían charlar, coquetear y reírse, mientras dentro se tocaba música de Bach; los serios podían pasearse juntos, sumidos en profundas conversaciones, por senderos oscuros, bosquecillos y alamedas donde no llegaban las charlas frívolas en francés y en italiano, tratando gravemente del gran Zola, de Guy de Maupassant y de Pierre Loti, y recreándose en el más impecable inglés con la inferioridad de la literatura inglesa, del arte inglés, de la música inglesa y de todo lo inglés.

Hay que advertir que estos espíritus elevados que no soportan más que los cuadros de los viejos maestros y la música clásica, no leen necesariamente por eso las obras maestras en lengua alguna, y apenas conocen —si los conocen— a Shakespeare, Dante, Molière o Goethe. ¡Tienen algo mejor que eso!

El hecho de que los tres novelistas inmortales de obras ligeras antes citados fueran apenas conocidos entonces, no importa gran cosa. Tuvieron antecesores similares cuyos nombres ya he olvidado. La historia siempre se repite, no hay un buen palo que no sirva para un buen perro.

Feydeau y Flaubert, por ejemplo —o para los que no saben francés y cultivan un espíritu inocente, *miss Austen* (pues el estar muerto y enterrado vale casi tanto como ser francés e inmoral)—, y pongamos también a Sandro Botticelli y a Juan Sebastián Bach, a fin de que estén representadas todas las artes. Reconocerá el lector que todos estos nombres difieren entre sí, pues en aquellos tiempos, conociéndoles a fondo y sabiéndoles apreciar (o fingiéndolo), cualquier indocumentado podía presentarse haciendo buen papel entre la élite de los círculos intelectuales de Londres y dar un revolcón a cualquiera de los filisteos aferrados a lo tradicional.

Estaba ya muy entrada la noche, cuando un extranjero muy moreno, gran belleza masculina, entró en el salón con un rollo de música en la mano, produciendo su llegada gran expectación. Por todas partes se oía «¡Aquí está Glorioli!» en diversas lenguas hasta que el solo nombre de Glorioli empezó a causar empacho. Las mujeres se arremolinaban a su alrededor halagándole con zalamerías. Las bellezas famosas, las embajadoras, las celebridades femeninas de todas clases —como hubiera dicho Svengali—, princesas, condesas, altezas serenísimas, todas olvidaron su serenidad y su alteza cuando Glorioli subió al estrado con su pianista. Tenía el papel de música en la mano pero no lo miraba. Sí lo hacía, en cambio, y con insistencia, a las mujeres hermosas, sonriéndoles con sus labios gruesos y húmedos apenas entreabiertos entre la barba, que humedecía con la lengua antes de cantar, y de los que brotaban los más maravillosos sonidos que jamás han salido de una garganta humana, fuese de hombre o mujer. Podía cantar alto, bajo, fuerte y suave. Los frívolos quedaron fascinados como era de esperar; y aun los más serios quedaron sorprendidos, transportados, pasmados, enternecidos, excitados, perturbados, atormentados, exasperados, seducidos, desmoralizados, degradados y corrompidos de tanta naturalidad, sin poder contener ni disimular su entusiasmo.



«Bonjour, Suzon!»

Juan Sebastián Bach (el adorado de todos los grandes músicos y de todos los presuntuosos que no saben una palabra de música ni recuerdan una sola frase

musical) fue olvidado por todos aquella noche, y los más entusiastas fueron los grandes músicos que habían ejecutado a Bach.

Ellos, por lo menos, eran comprensivos, amplios de criterio y sinceros, y apreciaban la belleza de cualquier clase que fuese.

Glorioli cantó una sencilla canción, ligera y bonita, casi digna de la letra, que era de Alfred de Musset, y que me gusta tanto que no resisto a la tentación de copiarla aquí, casi por el deleite sensual de escribirla como si la hubiera compuesto yo:

*«Bonjour, Suzon, ma fleur des bois!
Es-tu toujours la plus jolie?
Je reviens, tel que tu me vois,
D'un grand voyage en Italie!
Du paradis j'ai fait le tour—
J'ai fait des vers —j'ai fait l'amour...
Mais que t'importe!
Je passe devant ta maison.
Ouvre ta porte!
Bonjour, Suzon!*

*Je t'ai vue au temps des lilas,
Ton coeur joyeux venait d'éclore,
Et tu disais: "Je ne veux pas,
Je ne veux pas qu'on m'aime encoré",
Qu'as-tu fait depuis mon départ?
Qui part trop tôt revient trop tard.
Mais que m'importe?
Je passe devant ta maison.
Ouvre ta porte!
Bonjour, Suzon!»^[50]*

Cuando empezó, mientras duró, y después de que acabó, había que compadecer a los otros cantantes. Nadie volvió a cantar aquella noche pues Glorioli estaba cansado y no cantó más, y ya nadie se atrevió a hacerlo después de él.

Alguno de mis lectores recordará aquel meteoro del canto que, aunque era un aficionado, condescendía a hacerlo y cantaba por unas cuantas guineas en los salones de los grandes de este mundo (como *Monsieur Jourdain* vendía paño), y que cantaba por cariño y amistad y puramente por la gloria, en los estudios de sus amigos, pues Glorioli, que era el más hermoso, grande y distinguido judío que se conoció jamás, era un sefardita de España y pertenecía como socio más joven a la casa de vinos malagueños Morales y González. Sus vinos eran excelentes y vendía muchos en Inglaterra, pero con un solo mes que pasase aquí ganaba mucho más oro con su voz que con sus caldos. Éstos ya habían sido igualados, pero no así su voz, única en el

mundo, lo mismo que su técnica, que era la más perfecta que se conocía. La voz de Glorioli se le subió a Billee a la cabeza más que ningún vino que hubiera probado esa noche, y no pudo hablar de otra cosa durante varios días. Y como Billee era tan expresivo para demostrar su entusiasmo y gratitud, el gran cantante le tomó especial cariño, sobre todo cuando le dijeron que aquel joven admirador era uno de los más grandes pintores ingleses. Como demostración de su especial afecto, le confesó después de la cena fría de medianoche, que cada siglo nacen dos ruseñores —sólo dos—, uno varón y otro hembra, y que él era el ruseñor varón del llamado siglo XIX.

—¡Le creo! Pero ¿y la hembra, la ruseñora, si es que se la puede llamar así? —preguntó Billee.

—¡Ah, amigo mío! Era la Alboni hasta que la pequeña Patti se dio a conocer hace uno o dos años; pero ahora es la Svengali.

—¿La Svengali?

—Sí. Ya la oirá, hijo mío. La oirá algún día y me dirá lo que le parece.

—¡No es posible que tenga mejor voz que *madame* Alboni!

—Amigo mío, una manzana es una cosa excelente hasta que se prueba un melocotón. Su voz es un melocotón y la voz de la Alboni es una manzana, le doy mi palabra de honor. Pero, en fin, la voz es un detalle. Lo que es increíble es lo que hace con ella. Produce escalofríos en la espalda, enloquece y hace llorar lágrimas como puños. ¡Ah, las lágrimas! Yo puedo conseguir todo menos eso. No está en mi mano. ¡Yo puedo hacer enloquecer de amor! ¡Pero la Svengali!... a lo mejor cuando menos lo piensa uno te hace reír. ¡Y qué risa tan hermosa con los ojos llenos de lágrimas!... Es más fuerte que yo... Amigo mío, cuando la oí, juré que no volvería a cantar, me parecía ridículo, y mantuve mi juramento casi un mes, y eso que yo sé muy bien lo que vale mi voz.

—¿Está usted hablando de la Svengali? —preguntó el *signor* Spartia.

—Sí, caramba. ¿La ha oído usted?

—Sí. En Viena el invierno pasado —contestó el más afamado profesor de canto del mundo—. Me volvió loco. Antes yo creía que sabía enseñar a cantar hasta que oí a esta discípula del canalla de Svengali, de quien dicen por cierto que se ha casado con ella.

—¿El canalla de Svengali?... —preguntó Billee—. ¡Si debe ser el Svengali que yo conocí en París! Entonces era un famoso pianista; fue bastante amigo mío.



«Un ruiseñor humano»

—¡El mismo! Un redomado sinvergüenza... Su verdadero nombre es el de Adler. Su madre fue una cantante polaca y él estudió en el conservatorio de Leipzig. Es un enorme artista y tiene que ser un gran profesor de canto para enseñar a una mujer a cantar así. ¡Y qué mujer!... Hermosa como un ángel y tonta como un puchero. Yo traté de hablar con ella, pero lo único que sabe decir es *Ja wohl, doch, nein* o *soh!*, ni una palabra de inglés, francés o italiano, aunque emplea estas tres lenguas para cantar y lo hace como un serafín. Es el *bel canto*, que ha vuelto al mundo después de cien años.

—¿Pero qué voz tiene? —preguntó Billee.

—Todas las voces que pueda poseer una mujer. Tres octavas... ¡cuatro!, y de tal calidad, que la gente que incluso no es capaz de distinguir una melodía de otra llora de emoción al escucharla. Todo lo que Paganini hacía con su violín lo hace ella con su garganta, sino mejor. ¡Qué voz!... ¡Un verdadero bálsamo!

—Apuesto a que están ustedes hablando de la Svengali —intervino *Herr Kreutzer*, el famoso compositor—. ¡Qué maravilla! La oí en San Petersburgo, en el Palacio de Invierno. Todas las mujeres se volvían locas, y arrancándose las perlas y los diamantes, se los daban y se arrodillaban y le besaban las manos llorando. Ella no decía ni una palabra, ni siquiera sonreía. Los hombres, tan emocionados como las mujeres, se quedaban en los rincones mirando los cuadros para disimular, incluso yo mismo, ¡incluso el Emperador!

—No lo puedo creer; hablará usted en broma.

—No; cuando hablo de música siempre es en serio. Cuando usted la oiga cantar me dará la razón cuando afirmo que hay dos clases de cantantes. En una está la

Svengali y en la otra todos los demás que cantan.

—¿Canta buena música?

—No lo sé. Todo lo que canta es buena música. Cuando la oigo se me olvida la canción, sólo pienso en la cantante. Cualquier cantante puede cantar una canción y agradar, pero yo prefiero a la Svengali cantar una mera escala que oír a cualquier otra la canción más bonita del mundo. Así creo yo que cantaban los grandes cantantes italianos en el siglo pasado; era un arte olvidado y ella lo ha vuelto a encontrar; yo creo que la Svengali debió de empezar a cantar al empezar a hablar, pues no comprendo cómo sabe tanto, siendo tan joven, ya que no tiene más de treinta años. En octubre cantará en París y luego vendrá aquí al Drury Lane. ¡Julien le paga diez mil libras!

—Yo creo que debe de ser la mujer que oí cantar en Varsovia hace dos o tres años —dijo lord Widow, que era un muchacho joven—. Fue en casa del conde de Siloszech. El conde la había oído cantar en la calle con un individuo de mal aspecto, de barba muy negra que la acompañaba con una guitarra y un zíngaro bajito que tocaba el violín. Era una mujer hermosísima con un pelo muy largo que le llegaba a las rodillas y que parecía muy tonta. Actuó en casa de Siloszech, y todos se volvían locos y le regalaban sus relojes, sus gemelos de brillantes y sus alfileres de corbata. No vi nunca nada semejante. Yo no sé nada de música, y diferencio el *God save the King* del *Pop goes the Weasel*^[51] sólo porque la gente se pone en pie y se descubre al oír lo primero, pero me volví loco como los demás, y le di un frasco de sales de plata alemán que acababa de comprar para mi mujer, y eso que estábamos recién casados entonces. Yo creo que es la extraña vibración de su voz.

Oyendo esto, Billee decidió que aún había cosas dignas de verse y oírse en la vida, y que todavía no era tiempo de morir, pues se prometió que algún día vería a la Svengali, ya que parecía que era tan digna de verse y escucharse.

Y así terminó la noche. Las princesas, condesas, altezas serenísimas y otras damas menos encopetadas, comenzaron a retirarse en sus coches respectivos, y la dueña de la casa, con sus hijas, se fue a dormir. Los trasnochadores se quedaron. Volvieron a cenar y continuaron charlando, bebiendo y fumando, mientras escuchaban recitados cómicos interpretados por actores de fama. Nobles duques se codeaban con modestos actorcillos; pintores y escultores célebres en el mundo entero se sentaban a los pies de capitalistas judíos y de millonarios ignorantes y groseros. Jueces, ministros de la Corona, doctores eminentes, guerreros y filósofos, todos juntos vieron llegar la aurora de aquel domingo por encima de Campden Hill y por las innumerables ventanas de Mechelen Lodge, y escucharon el piar medio dormido de los pájaros, y aspiraron la fresca de la oscura aurora estival.

Cuando Taffy y Laird volvieron a su casa de Old Hummums cogidos del brazo, les pareció que los acontecimientos de la noche anterior estaban ya muy lejanos, y que se habían reunido con lo mejor de Londres. Luego pensaron que lo mejor de Londres aún les era desconocido, pues habían tenido poco tiempo para

presentaciones, lo que les hizo sentirse un poco ajenos a todo ello, descubriendo por fin que la diversión no había sido mucha. Además ya no se veían coches de punto y les apretaban las botas.

Y la última vez que vieron a Billee antes de marchar, fue fugazmente: su viejo amigo estaba sentado en un rincón del *boudoir* de *lady* Cornelys, jugando gravemente al boliche partidas de seis peniques con Fred Walker. Los dos amigos estaban tan absortos en el juego que no hacían caso de nadie. Ambos jugaban tan bien con ambas manos que podían haber sido campeones profesionales.



Copa y baile

El joven y melancólico estudiante de medicina Jakes Talboys (hoy día *sir* Jakes y uno de los más divertidos entre los médicos de Su Majestad), que a veces, después de la cena y el champaña, solía entregarse a meditaciones benévolas sobre el prójimo, hizo observar al oído de Laird:

—¡Qué envidiable pareja! Sus edades, juntas, suman aproximadamente cuarenta y ocho años; los dos juntos no pesarán cien kilos y no podrían levantarnos a usted ni a mí entre los dos; pero si hiciéramos una bola con todos los cerebros que hay aquí esta noche, no reuniríamos la cantidad que alcanzan esos dos genios combinados... Sin embargo, no sé cuál de los dos es más desgraciado.

Cuando terminó la temporada, marcharon las aves cantoras, el verano empezó a declinar y su cuadro *El cuadrante lunar* estuvo colgado en casa de Moses Lyon, Billee pensó que ya era hora de ver a su madre y hermana, y decidió marchar a Devonshire. Sabía que aquellos dos meses iba el sol a lucir con doble brillo y el rocío a caer más dulcemente para las dos amables criaturas si él estaba a su lado, y así una

hermosa mañana de agosto llegó a la Great Western Station, la más agradable de las estaciones de Londres después de las que llevan a Francia y más allá.

¡Siempre es tan agradable ir hacia el oeste!

Aquella estación le gustaba tanto a Billee, que a veces iba hasta allí para ver subir a la gente a los trenes que iban al oeste y hacia el cielo por el camino del sol y quién sabe hacia cuántas penas y alegrías. El gran artista les envidiaba tanto las penas como las alegrías, todas las penas y alegrías que no eran meramente físicas, como un caramelo o una bonita melodía, un mal olor o un dolor de muelas.

Aquel día, al sentarse en un vagón de segunda clase (en estos nuestros tiempos democráticos de hoy hubiera sido de tercera), en mirando al Sur y de espaldas a la máquina, con *Silas Marner*, *El origen de las especies* de Darwin (que leía por tercera vez), y *Punch* y alguna otra literatura ligera para distraerle en su viaje, dio en sentir amargamente que aquel nudo que paralizaba sus afectos no iba a poder ser deshecho nunca.

La madre y la hermana más adorables del mundo estaban allí, en el más adorable pueblecillo al lado del mar, junto con otras encantadoras personas, especialmente Alice, la duquesa Alice de pelo castaño, la amiga tan querida de su hermana, la joven sencilla, pura y piadosa de sus sueños juveniles.

Cuando no estaba leyendo *Silas Marner* o mirando el paisaje que se deslizaba por la ventanilla y que daba vueltas sobre sí mismo, se dedicaba a observar a sus compañeros de viaje. A todos les envidiaba benévola.

Estaba el clásico señor viejo, gordo y corto de resuello, con una nariz abultada, y además tuerto, que viajaba con una hija enfermiza y fea a quien parecía adorar con toda su alma; la señora anciana que seguía llorando furtivamente al recordar la despedida de sus nietos en la estación (los chicos habían mostrado gran fortaleza, como suele suceder); el sacerdote anglicano, también muy enfermo, sentado en el rincón frente a Billee, y cuya esposa no tenía ojos más que para él. Aquellos ojos eran las estrellas consoladoras del enfermo a las que se volvía constantemente, y parecía que siempre encontraba en ellas alegría y alivio. No hay estrellas mejores de contemplar. Billee le cedió su sitio para que el enfermo pudiera ver las estrellas cómodamente sin tener que volver la cabeza.

Como siempre, Billee trató de hacerse útil y agradable de distintas maneras a sus compañeros de viaje, y al final, todos ellos le querían ya como a un viejo amigo, y deseaban saber quién era aquel muchacho tan extraordinariamente atractivo y simpático, tan amable y refinado como un príncipe, y que, a pesar de vestirse con elegancia, viajaba en segunda clase y era tan bueno con todo el mundo. Y pensaban que aquel muchacho tenía que sentirse feliz y enamorado de la vida. En seis horas de viaje le contaron más penas de las que contaban en un año a cualquier amigo.

Él no les dijo nada de su vida ni de aquel sufrimiento interno de que estaba tan hastiado, y les dejó con su curiosidad a cuestas.

Al final del viaje, en la última estación del trayecto, le esperaban su madre y su

hermana, montadas en un precioso cochecito tirado por un *poney*. Con ellas estaba la dulce Alice, y en sus ojos vio Billee la mirada del amor sorprendido, en un fulgor instantáneo de esos que no se olvidan nunca, aunque pasen sobre el alma muchos años. Mientras dura eso (un instante), dicen, todos los ojos de todas las mujeres parecen iguales. A Billee le pareció que, por una milésima de segundo, Alice le miraba con los ojos de Trilby, o con los ojos con que le miraba su madre cuando era niño.

Casi llegó a sentir el deseado estremecimiento. Acaso una milésima de segundo hubiera bastado para borrar su enfermedad, y Billee hubiese vuelto a su reino que era el reino del amor.

¡Oh, los ojos!, los ojos, sean los de un perro, un ciervo, un burro o hasta una lechuza... ¡Pensar en todo lo que pueden ver y a veces lo que pueden parecer! ¡Qué joya entre las joyas! ¡Qué estrellas! Pero unos ojos hermosos que dejan entrar la gran luz blanca de los espacios infinitos, una luz tan brillante, deslumbradora y extensa, hasta un corazón puro y virginal, para ser filtrada allí y salir después templada, suave y sublime para engarzarse en un punto, cual si fuera una gema y extenderse en un fulgor de amor sobre un corazón solitario, a través de la pupila y el iris: ¡eso es puro elixir de vida!

¡Ay!... ¡A veces esas joyas dignas de una corona pierden su lustre y se ciegan!

Pero no se quedan tan ciegas que no puedan mirar atrás y adelante y arriba y abajo y anegarse en lágrimas, y así y todo no morir. ¡Ese es el gran dolor! Y esta digresión no viene demasiado a cuento, y no sé por qué me he apartado de mi camino—con bastante dolor— para inventarla... De hecho:

*«Of this 'ere song, should I be axed the reason for to show,
I don't exactly know, I don't exactly know!
But all my family dwells upon Nancy»^[52]*

—¡Qué guapa se está poniendo Alice, mamá! ¡Y qué simpática, aunque eso lo fue siempre!

Esto dijo Billee a su madre aquella tarde, mientras veían en el jardín sumergirse en el Atlántico el fino arco de la luna.

—¡Oh, Willie! Si supieras lo feliz que ibas a hacer a tu pobre mamaíta si te gustase Alice... Y a Blanche también. ¡Qué alegría sería la suya!

—Por Dios, madre... Alice no es para mí. Se debe de casar con un muchacho de la nobleza de Devonshire con muchas pulgadas de estatura, muchas tierras y mucho bigote.

—¡Oh, Willie! ¡Qué suerte tienes en amores! ¡Si vieras la fe que tiene en ti! Casi más que tu pobre madre.

Aquella noche Billee soñó con Alice. Soñó que la quería todo lo que se merece una mujercita dulce y buena como ella, pero se daba cuenta de que soñaba, ¡qué dulce

sueño! Y consiguió no despertarse. ¡Fue una noche como para marcarla con una piedra blanca! Soñó que Alice le besaba y le curaba de su mal para siempre, mas cuando despertó comprendió que su mal no le había abandonado y que no desaparecería con un beso soñado, sino con uno verdadero y real de los puros labios de Alice.



La dulce Alice

Y se levantó pensando en ella, y se vistió y desayunó con ella presente en su memoria. Pensaba en lo hermosa que era y en su inocencia, y sabía que su manera de ser y su educación la convertían en el bello ideal de mujer. Pero ¿podría ella querer a un ser como él?

Pues aunque profesaba un gran amor por las formas exteriores, Billee no podía comprender que una mujer con ojos en la cara pudiese perdonar la debilidad física en favor de otros dones intelectuales.

En su alma de esteta adoraba a los fuertes y opinaba que todas las mujeres sin excepción, sobre todo las inglesas, debían ver con los mismos ojos que él.

Una vez, había sido tan vanidoso y tan débil que había creído en el amor de Trilby (con Taffy a su lado, indiferente y poco susceptible, como los dioses del Olimpo).

Sin embargo, Trilby, ante una pequeña indicación, le había abandonado a pesar de su gran amor. No hubiera abandonado por tan poca cosa a Taffy, y éste no hubiera tenido más que levantar un dedo y Trilby hubiese acudido. Eso les pasa siempre a los hombres como Taffy. No tienen más que silbar y acuden las mujeres, pero Taffy ni siquiera había tenido que silbar. Sin embargo, Billee seguía pensando en Alice. Y comprendiendo que no podría poner en orden sus pensamientos si no se acogía a la soledad del campo, marchó solo a pasear por las praderas triscadas por los dientes de las ovejas. Cogió su pipa y su Darwin, y salió hacia la frescura del sol matinal, subiendo por el sendero de Red Lane junto a la bonita iglesia, la del padre de Alice. Allí sentado a la puerta, esperando pacientemente a su ama, se hallaba el perro de Alice, un viejo amigo de Billee que le hizo un cariñoso recibimiento. El muchacho recordó el delicioso poema de Thackeray en *Pendennis*:

«*She comes —she is here —she's past
May heaven go with her!*»^[53]

Luego, el pintor y el perro pegado a sus pies, se marcharon hacia un pequeño banco al borde del acantilado, que se veía desde la ventana del dormitorio de Alice. Lo llamaban «El banco de la luna de miel».

¡Aquella mirada, oh, aquella mirada! Pero Trilby también le había mirado así... y ¡había tantos Taffys en Devon!

Billee se sentó y se puso a fumar mirando al mar, que estaba a sus pies. El sol, que aún dominaba en el este, no había podido robar con su brillo las ráfagas de zafiro veteadas de púrpura y de verde que suelen adornar las aguas de aquella costa espléndida.

Soplaba una fresca brisa del oeste, y las grandes olas de fondo rompían en una espuma cremosa que se reflejaba en las concavidades azules de las olas curvas que avanzaban sobre la playa. Todo el cielo era de un azul turquesa cortado por el humo de un barco de vapor lejano; una tira larga, estrecha y horizontal de velas blancas y pardas sembraban el azul del mar de pequeñas manchitas; los grandes barcos pasaban majestuosos.

Billee trató de sentir aquella belleza con toda su inteligencia y su corazón como la había sentido de niño, y maldijo su indiferencia y su insensibilidad una vez más.

¿Por qué aquellas ondas de aire y agua no se convertirían en ondas de sonido para que él las sintiera por el único conducto que llegaba a sus emociones? Aquella alegría era la única que le quedaba pero ¡ay!, él era sólo un pintor y no un creador de melodías.

Le recitó «Rompe, rompe, rompe» al perro de Alice. Le debió de gustar, pues el perro comenzó a observarle con ojos sabios y cariñosos. Se llamaba Fray, como muchos perros de las novelas y pocos en la vida real. Puesto que Billee era muy aficionado a los monólogos y a citar con profusión poemas de sus bardos favoritos.

A todos les daba por recitar ese poema, mentalmente o incluso en voz alta, cada vez que se sentaban en aquel banco, a excepción de algunas personas mayores que todavía decían:

«Roll on, thou deep and dark blue ocean, roll!»^[54]

o bien en el caso de personas de gran cultura, que sólo citaban al naciente —y creciente— Robert Browning, o en el de personas sin cultura ninguna, que simplemente se abstendrían de decir nada, ¡pero no por ello dejaban de albergar excelsos sentimientos!

Tray escuchaba en silencio.

—¡Ah, Tray! Lo mejor que uno puede hacer con el mar es pintarlo, y lo segundo mejor es bañarse en él. Y lo máximo es yacer dormido en el fondo, ¿qué te parece eso?

*«And on thy ribs the limpet stieks,
And in thy heart the scrawl shall play...»*^[55]

La cola del animal dibujaba un agitado punto de interrogación, y su cabeza se meneaba a un lado y otro con los ojos fijos en los de Billee, con la cara dotada de una simpática gravedad perruna.

—¡Qué bien sabes escuchar, Tray! Y, por tanto, ¡qué bien educado estás! Creo que todos los perros lo estáis —dijo Billee, y luego añadió tiernamente—: ¡Alice! ¡Alice! ¡Alice!

Aquí Tray emitió un suave gruñido de nariz, una nota alta a pesar de que era un perro barítono por naturaleza, con unas notas de pecho tan sonoras como las de una trompa de guerra.

—Tray, tu ama es la hija de un pastor y por eso más doblemente misteriosa para mí que cualquier otra mujer de este misterioso mundo. Mira, Tray, si yo no tuviese el corazón sellado con cera como los compañeros de Ulises cuando remaban cerca de las sirenas... ¿Sabes quién era Ulises, Tray? Te diré sólo que Ulises quería mucho a un perro. Pues sí; como iba diciendo, si yo no tuviese el corazón sellado con cera, me enamoraría locamente de tu ama, y acaso, si yo se lo pidiese, se casaría conmigo, pues sobre gustos no hay nada escrito y me conozco lo bastante para saber que sería un buen marido y que la haría feliz, a ella y a otras dos mujeres además. En cuanto a mí, no me importa. Lo mismo me da una mujer que otra, si son buenas y guapas. ¿No lo crees? Pues espera a que te salga un grano en la protuberancia donde guardas tus afectos, Tray.

»Eso es lo que me pasa a mí: un granito, un cuajaron de sangre en la raíz de un nervio, tan pequeño como la cabeza de un alfiler.

»¡Qué cosa tan pequeña para causar tanta desgracia y destrozar la vida de un hombre! Yo lo estaría maldiciendo el día entero y todos los que me quedan de vida... Pero me dicen que otra cosa igual de pequeña lo hace desaparecer...

»¡Ay! Bien pequeños son los granos de arena y los diamantes. Sean unos u otros, sólo Alice... sí, Alice, sólo Alice en el mundo entero posee el remedio que ha de curarme. Lo sé, lo presiento, lo soñé anoche. Me miraba a los ojos y me cogió la mano —las dos manos—, y me besó en los ojos y en la boca y me dijo que me quería. ¡Qué sueño tan delicioso! Y mi gotita de sangre se deshizo como un copo de nieve cuando cae sobre los labios, y volví a ser como antes, después de tantos años. ¡Y todo por el beso de una mujer pura! Nunca me ha besado una mujer pura. ¡Nunca!, excepto mi madre y mi hermana, pero los besos de las madres y las hermanas no cuentan.

»¡Qué dulce médico es Alice! Todo volverá de golpe como lo soñé y verás qué bien lo pasamos los tres.

»Pero tu ama es la hija de un pastor, y cree en todo lo que le han enseñado desde niña, igual que tú... al menos eso espero. Y me gusta por esa razón, como me gustas tú.

»Cree en todo lo que cree su padre, mientras que no sé si creerá en mí, que pienso

de otro modo. Y si lo hace, ¿será eso bueno para ella? Y luego cuando llegue su padre ¿qué?

»Es cosa mala vivir y ya no creer en tu propio padre, Tray, dudando de honestidad o de su inteligencia. Pues él —con ayuda de la madre— es quien te ha enseñado todo lo mejor que sabe, haya sido un buen padre —hasta que otro no venga a enseñarte mejor—, o no haya sido tan bueno.



«Arrodillada y convencida»

»Y entonces, ¿qué crees que permanece de esas primeras enseñanzas? ¿Y cómo separar el grano de la paja?

»Arrodillada y convencida, ¡una santa bellísima! Yo nunca trataré de socavar la fe en su padre, en la tierra o en el cielo.

»Parece que la estoy viendo, de rodillas en la iglesia de su padre, con su preciosa cabeza inclinada y el rostro entre las manos, su chal y sus faldas cayendo alrededor en suaves pliegues. Sí, parece que la estoy viendo...

»Y bajo todo ello, esa pobre cosa dulce, suave y patética hecha de carne y hueso, la mujer eterna —gran corazón y cerebro ligero— siempre esclavizada o esclavizando, nunca bastándose a sí misma, nunca libre... Y esa adorada forma delicada y amable que tantas veces he tenido que pintar y que tanto amo... ¡Ah, sí! ¡Cómo la amo! Sólo los pintores y escultores pueden comprender la grandeza de ese amor tan puto.

»Pero mira, Tray: siendo Alice la hija de un pastor, no me puedo casar con ella. Yo no podría mentir ni engañar a su padre ni a ella. Si voy a pedir su mano y su padre me pide mi profesión de fe, ¿qué le voy a decir? ¿La verdad?

»Ahora ella está arrodillada, suelta su alabanza y su lamento, con humildad y entrega. ¿Reza quizá por mí?

“Leave thou thy sister when she prays”^[56].

»Cree que su humilde oración será escuchada, y atendida, que en algún lugar, allá arriba, se realizará lo imposible. Necesita tanto lo que reclama, y reza con tanta fuerza para obtenerlo.

»Y luego cree —cree—, ¿qué es lo que no cree, Tray?

»El mundo se hizo en seis días. Hace sólo unos seis mil años. Una vez se quedó durante numerosas semanas sumergido bajo las aguas de la lluvia, a millas de profundidad, simplemente porque en algún sitio de Judea había un puñado de malvados que vivían en la ignorancia. ¡Una purga más bien costosa! Después vinieron Noé, que no era malo, él, con toda su honorable familia y su arca; y Jonás y su ballena; y Josué y el sol, ¡y qué más aún! Lo recuerdo todo, ves, como todo lo maravilloso que ha ocurrido desde entonces. Y, como para todos aquellos que no creen como ella, es para mí una agonía eterna; ella es feliz, no obstante, y buena, y muy amable; ¡pues la mera idea de que una sola criatura viviente sufra la deja consternada!

»¡Después de todo, si cree en mí, creerá en cualquier cosa; dejémosle su fe! Y es más, no estoy seguro de que al final no sea una desgracia para una joven no creer en todas esas viejas patrañas cósmicas, al igual que es una desgracia para un niño no creer en Caperucita Roja, en Juan y sus habichuelas, en el hada Morgana o en los cuarenta ladrones; los conocemos en las rodillas de nuestra madre, ¡y qué magníficos son! Seguimos creyendo en ellos el mayor tiempo posible, hasta que el niño ha crecido, la mujer ha muerto y todo se descubre al final.

»Sí, Tray, seré deshonesto por el amor de ella, y si tal suerte me falla, llegaré hasta a arrodillarme a su lado, todo el tiempo, mañana y tarde, ¡y todos los domingos si ella lo desea! ¿Qué no haré yo por esta hermosa mujer que cree en mí? Esta vez incluso la respetaré, y haré lo posible por mantenerla intacta. Para mí es un regalo terrenal demasiado valioso para que lo malgaste inútilmente.

»Lo mismo para Alice, Tray, tu amable ama, y mía también.

»Pero queda aún el papá de Alice, y eso es harina de otro costal.

»¿Acaso se puede —dejando aparte cualquier otra consideración— jugar a fingir con un hombre hecho y derecho; aun siendo un sacerdote y un posible suegro? ¡Aquí se nos plantea un problema de conciencia!

»Cuando le pida la mano de su hija, tal como debo hacer, y quiera oír mi profesión de fe, tal como seguramente querrá, ¿qué le voy a poder responder? ¿La verdad?

(Y aquí, lamento tener que decirlo, el taciturno Little Billee está dispuesto a mostrar a su confidente de cuatro patas el lado menos favorecedor de su naturaleza polifacética, su modernidad, su dichoso escepticismo; su desafortunada ración personal de la *enfermedad del siglo...*).

»¿Pero entonces, qué dirá él? ¿Qué indulgencia empleará frente a un pobre desecho irresoluto y bien intencionado de la cofradía de pintores, cuya elección decisiva ha sido entre mister Darwin y el Papa de Roma, y que ha elegido de una vez por todas —hace ya bastante tiempo—, antes incluso de haber oído pronunciar el nombre de mister Darwin?

»Y además, ¿qué necesidad tendría de mostrarse indulgente conmigo? Yo no lo

soy con él. Yo no tengo más en cuenta a un pastor de lo que él tiene a un pintor, y es en verdad poco, me temo.

»¿Qué pensará él de un hombre que le dice: «¡Mira! El Dios de tu fe no es el mío y no lo será nunca; pero quiero a tu hija, y ella me quiere, y soy el único hombre que la puede hacer feliz»?

»Él no es Jefté; está hecho de carne y hueso, por muy pastor que sea; y quiere a su hija al menos tanto como Shylock quería a la suya.

»¡Dime, a ver, Tray! Tú que vives en contacto con sacerdotes, ¡qué hombre, que no sea también él sacerdote, puede esperar saber lo que puede pensar un sacerdote, un sacerdote corriente, enfrentado a un caso así de conciencia!

»¿Se atreve, puede acaso, prisionero como es de tantos prejuicios, tener sobre cualquier asunto pensamientos tan simples y directos como cualquier otro hombre?

»Es —tanto como tú o como yo— pillo, vanidoso, mundano; está supeditado a las realidades terrenales y de su persona, ambicioso, celoso o con inclinación a censurar, dejando a un lado su fe cristiana, y tan apegado como nosotros a su familia y a los suyos.

»Es tomado por un *gentleman*, Tray, lo que quizá ni tú ni yo somos, salvo cuando sin forzar nuestra naturaleza se da el caso de serlo; es una condición de su noble ministerio. ¡Tal vez se hizo sacerdote para convertirse en un *gentleman*! ¡Es una vía real no más larga que otra hacia esa distinción envidiable; menos larga que el servicio a Su Majestad, más resguardada y mucho menos onerosa, al alcance inmediato de los retoños de los carniceros, de los pasteleros y de los fabricantes de velas más honestamente enriquecidos!

»De muy niño, se ató irrevocablemente a ciertas creencias, que le pagan por defender, predicar y fortalecer a lo largo de toda su vida, y necesita para eso modelar su conducta contra viento y marea, al menos a los ojos de los demás, incluidos los de sus familiares y los de aquellos a los que ama, incluida la mujer de su corazón.

»Son su pan y su sal, esas creencias, y un hombre no debe querellarse contra su pan y su sal. Pero un sacerdote está en la obligación de querellarse con los que no creen lo que él les ordena creer.

»Y, sin embargo, es de suponer que unos años de reflexión, de lectura y de experiencia de la vida hayan podido quebrantar un poco su fe, justo lo suficiente para enseñarle que muchas de esas creencias son simplemente pueriles, ¡y algunas muy nocivas, y de la mayor inmoralidad!

»Pues es muy inmoral y malvado creer, fingir creer, u ordenar a los demás que crean que la inmensidad invisible, indecible, que supera el entendimiento y de la que todos somos parte y parcela, fuente de vida, de luz y de poder eternos, infinitos e indestructibles, puede reducirse a una especie de ogro con forma humana y con ira muy inhumana, un dios vengativo, henchido de su propia alabanza y de la de los otros, que nos habría sacado precipitada mente de la nada, por puro capricho, y nos habría creado tan mal que al día siguiente ya éramos víctimas de la caída, y que nos

abandonó a nuestra propia suerte el día después: que nos habría condenado de todas formas desde los orígenes, *ab ovo, ab ovo usque ad malum*, ¡ja!, ¡ja!, ¡y lo sigue haciendo desde entonces!, ¡sin darnos una oportunidad!

»¡Éste es el Misericordioso Padre! Pues bien, el Príncipe de las Tinieblas era un ángel en comparación (y un *gentleman*, además).

»¿Te lo imaginas, Tray, un dedo sobre cada desafortunada tarta de manzana, un ojo y una oreja clavados en cada ojo de cerradura, hasta en el de la fresquera, para pillarnos en falta, para comprobar si rezamos lo suficientemente alto, si nos prosternamos lo bastante bajo o ayunamos con suficiente severidad? ¡Desgraciadas lombrices desamparadas de Dios!

»Y si tenemos la mala fortuna de no ser buenos y obedientes, la promesa de un tormento eterno; ¡una tortura de tan insidioso género que nosotros no querríamos infligírsela ni al más empedernido criminal, ni siquiera durante un momento!

»O más aún, si somos buenos y hacemos bien lo que se nos ordena, una eternidad de felicidad tan anodina, ociosa e insípida, que no la soportaríamos ni una semana sin pensar en el polo opuesto de esa atroz alternativa, en nuestro desgraciado hermano asado por siempre en las llamas eternas, y gritando para implorar una gota de agua que siempre le será negada.

»¡Las llamas eternas por un lado; la deshonra eterna por el otro, y entre los dos la nada!

»¿No hay ahí algo tan grotesco como lamentable, y que se presta a la risa sarcástica bajo sus lágrimas? ¿No es pecado mortal ponerse a creer en tales pamplinas, ponerse a enseñarlas y a predicarlas a sueldo, pecado que se debería castigar duramente, pura infamia?

»¡Ay! ¡Buena herencia!

»¡Menudos miserables artistas eran todos aquellos judíos arrogantes con estrechez de miras, aquellos frailucos, sacerdotes, y beatos chochos de los tiempos siniestros y oscurantistas de la fe! ¡Absolutamente incapaces de dibujar! Ni perspectiva ni anatomía, ni *chiaro-oscuro*; y bien se las arreglaron para legarnos una imagen harto deplorable desde los abismos insondables de su ignorancia, con su celo por tenernos apartados de los frutos prohibidos que tanto nos gustan, pues así hemos sido engendrados. ¡Por nuestro Creador, supongo! (que también creó el fruto prohibido, y lo creó muy bonito, para colocarlo ahí donde todo el mundo pueda verlo cómodamente, sentirlo y estrujarlo, Tray, ¡y a veces incluso robarlo!).

»¡E incluso ahí esta preciosa imagen fracasa! Sólo los pajarillos atolondrados pueden modificar su conducta bajo la ley del miedo; los malos se ríen haciendo burla, se intercambian guiños, se quitan la peluca y la falsa barba cuando todo el mundo se da la vuelta, y construyen sus nidos con paja robada (los pajaritos negros malos particularmente); y casi en las narices de los demás, siguen birlando todo lo que quieren y prosperan a la perfección; y los pájaros buenos huyen con vuelo rápido, y, quién sabe, quizá encuentran un día refugio en alguna lejana, tranquila y benigna

tierra de los ancestros, donde el Padre no se parezca en absoluto al de aquí.

»Yo soy uno de esos valientes pajaritos, Tray, al menos así lo espero. Y ese Padre desconocido vive en mí, lo quiera o no, y lo amo, exista o no, sencillamente porque no puedo evitarlo, y con el mejor y más elevado amor que pueda haber, con ese perfecto amor caritativo que no cree en el mal, no pide recompensa alguna y destierra al miedo. Pues soy su padre tanto como él es el mío, puesto que he concebido a mi manera su existencia.



«Así acaba la historia de Alice, Tray»

»Y vive también en ti, Tray, en ti y en toda tu especie. Sí, valeroso perro, bello soberano de los animales, lo leo en tus ojos...

»¡Ay, buen Dios Padre, el Dios de la buena gente! ¡Oh! ¡Con sólo tener la *certeza*, Tray! ¡Qué martirio no aceptaríamos sufrir, tú y yo, con la sonrisa en los labios y el *corazón* en paz, sólo por *amor* a tal padre! ¡Qué poco *nos* preocuparíamos por las cosas de esta tierra!

»¿Pero, y el desafortunado pastor?

»Necesita creer, de buena o de mala gana, o fingir creer, todo lo que se le ha dicho, palabra por palabra; sino adiós al pan del sustento de su mujer y de sus hijos, a su propio ascenso y hasta a la distinción en sus modales, esos modales a los que Jesucristo, su jefe, daba tan poca importancia, y a los que quienes se asemejan a él parecen darle tanta, con —por qué no— a la cabeza el arzobispo de Canterbury, el *bastón de mariscal* latente en toda cartuchera clerical.

»¡Qué tentación! ¡Y qué humana!

»Por tanto, ¡cómo puede ser honrado sin admitir ciertas cosas —creer, por ejemplo, que puede uno, sin vergüenza alguna, comportarse con la simplicidad de un niño pequeño, cosa que, dicho sea de paso, su fe le ordena muy sensatamente hacer y él nos ordena hacer a nosotros con igual sensatez, pero él hace escasísimas veces en cualquier otro ámbito—, sus propios intereses, los asuntos del prójimo, el mundo, la carne y el demonio! Y aun es sensato por su parte...

»Y si elige comportarse con la misma simplicidad de un niño, ¿no tendría yo el deber de tratarlo como a un niño, por su propio bien, y tomarle el pelo todo lo que pueda por el amor de su querida hija, para hacerla feliz, y a él también como consecuencia?

»Y si no se comporta del todo exactamente con la misma simplicidad de un niño, y llega a arreglillos ingeniosos con su conciencia —por una buena razón, por supuesto—, ¿no debería yo llegar a arreglillos ingeniosos con la mía, por una razón aún mejor, e intentar obtener lo que deseo de la manera que él quiere?

»Deseo casarme con su hija mucho más de lo que él deseará jamás vivir en un palacio o ir en carroza tirada por dos caballos con la mitra en las albardas.

»Si él *hace* trampa, ¿no debería también yo hacerla?

»Si él *hace* trampa, hace trampa a todo el mundo, al vasto, vasto mundo, y a algo aún más vasto y eminente que no se puede medir, algo que forma parte de él. ¡Yo sólo le hago a él trampa!

»Y si hace trampa, hace trampa por amor a las riquezas más que terrenales, diezmos, honores, influencias, poder, autoridad, consideración y dignidad sociales, ¡por no hablar del pan del sustento! Yo sólo hago trampa por el amor de una hermosa mujer, y trampa por trampa, prefiero la mía. Así pues, haga trampa o no, debo...

»¡Maldita sea! ¡Me pregunto qué haría el bueno del viejo Taffy en un caso como éste!

»¡Pero qué me importa lo que haría Taffy!

»Taffy no quiere casarse con la hija de nadie y ni siquiera quiere pintarla. No quiere pintar más que sus odiosos golfillos, ladrones y borrachos, y que lo dejen en paz. Además Taffy es tan sencillo como un niño y no sabría engañar a nadie ni podría hacerlo, ni siquiera a un pastor anglicano. Pero que a nadie se le ocurra engañarlo a él, porque entonces ¡qué insultos, patadas en las espinillas y bofetadas daría, como para tumbar a un hombre! Es lo peor que tienen los tipos como Taffy. Son demasiado buenos y solemnes para este mundo. No sirven, y además no ven el lado cómico de las cosas. Es decir: Taffy es el paradigma del pobre hombre, un caballero; eso es lo que le sucede.

»Yo no soy sencillo; desgraciadamente no puedo tumbar a un hombre de una bofetada; me gustaría poder hacerlo, pero lo único que puedo hacer con los hombres es pintarlos, y ni siquiera eso llego a hacerlo bien.

»¡Pero quién dijo miedo!

»No puedo pegar puñetazos y protagonizar grandes hechos, pero mi valor es de otro tipo.

»¡Mentiré, mentiré toda mi vida, qué les importa a los demás! Puedo hacer mayor bien mintiendo que diciendo la verdad, y además así haré felices a algunas personas buenas. Entre ellas me cuento yo, y también la chica más encantadora del mundo. El fin justifica los medios... Es mi excusa, mi única excusa y esta mentira mía tiene que ser tan fenomenalmente grande que me dure toda la vida y será la única de mi

existencia. Es mi única excusa y se llama *León*, y no tendré otra mientras viva... Y ahora que sé de cierto qué es la tentación, jamás pensaré mal de ningún pastor, ¡nunca, nunca!

El muchacho siguió su monólogo como si todo lo supiera, como si todo lo hubiese descubierto y nadie lo supiera antes que él. Ciertamente, no soy responsable de su manera de pensar, que no es necesariamente la mía.

Hay que recordar, para atenuar su culpa, que Billee era muy joven, y no muy sabio, que no era un filósofo, ni un universitario, sino solamente un pintor de cuadros magníficos; esto solamente, y nada más. Y estaba leyendo a Darwin por tercera vez. Y que todo esto sucedía a inicios de los años 1860, mucho antes de que la religión decidiera encontrarse con la ciencia a medio camino, tutearla, abrazarla y tratarla como una amiga. Por desgracia, de aquí a que semejante entendimiento, entre lobo y cordero, llegue a buen puerto, mucho me temo que la religión deberá recorrer bastante más que esa mitad del camino...

Y entonces, como llevado por el raudal de su elocuencia (pues nunca se había sentido tan inspirado ni había tenido tan buen auditorio) apostrofó al perro, que se estaba cansando de prestar atención —como acaso le pase al lector—, en un lenguaje más bello que nunca:

—¡Oh, *Tray*! Si yo pudiese ser como tú y producir cariño desde la mañana a la noche sin esfuerzo, como se segrega la saliva, sin cesar un momento, ni siquiera en la humillación y en el oprobio...

»Cuánto mejor amar que ser amados —amar como tú, *Tray*—, con tanta constancia y ardor; olvidar todas las ingratitudes e injusticias tan pronto y tan bien, y no olvidar jamás las bondades que tuvieron con nosotros. ¡Qué perro tan feliz!

*«Oh!, could I feel as I have felt, or be as I have been,
Or weep as I could once have wept, o'er many a vanished scene,
As springs in deserts found seem sweet, all brackish tho'they be,
So 'midst this withered waste of life those tears would flow to me!»*^[57]

—¿Te gustan estos versos, *Tray*? A mí me gustan porque mi madre me los enseñó cuando yo tenía poco menos que tu edad, seis o siete añitos... y antes de que el poeta que los compuso desapareciera cual Lucifer, hijo del alba... ¿Acaso has oído hablar de Lord Byron, *Tray*? Él también amaba a un perro, como Ulises, ¡y no son pocas las personas que hoy piensan que eso es lo menos malo que de él quepa decir! ¡Pobre Humpty Dumpty! ¡El que fue semejante faro! Todos los caballos del rey, todos los...

Al llegar aquí, *Tray* dio un brinco y se marchó corriendo. Había visto a otra persona de las que ocupaban sus afectos: el vicario, que salía de la casa rectoral.

Un vicario agradable, animado, limpio, bien curtido por el sol y el viento, joven aún, alto, fuerte y distinguido, simpático, inteligente y mundano, un poco pomposo y un tanto autoritario, no muy dado a especulaciones abstractas y que admiraba mucho

más a los jóvenes deportistas convencionales y terratenientes con muchas pulgadas de estatura, muchas tierras y abundante bigote, que a todos los pintores de la cristiandad.



«¡Es usted un ladrón, señor!»

«Cuando los griegos se enfrentaron a los griegos, fue el inicio de una guerra sin cuartel», pensó Little Billee, y se sintió un poco incómodo: nunca el padre de Alice le había parecido tan grande ni tan imponente, ni su aspecto tan espléndidamente desalentador.

—Bienvenido, Apeles mío, a tu patria chica tan orgullosa de ti. El joven lord Waring decía anoche que se contentaría con tener la mitad de tu talento. Ya sabes que se vuelve loco por la pintura y quiere ser pintor. El pobre marqués, que ya está viejo, lo lleva a mal llevar todo esto.

Con este feliz exordio se detuvo el vicario y dio la mano a Little Billee. Los dos se quedaron un rato mirando al mar. El vicario hizo los comentarios usuales sobre el azul del mar, sobre sus tonos grises y verdes, su belleza, su tristeza y sus traiciones:

*«Who shall put forth on thee,
Unfathomable sea!»*^[58]

También hizo los comentarios de costumbre sobre la tierra (de acuerdo con las ideas de un *gentleman* terrateniente), y la conversación fluyó fácil y amena salpicada con citas de los poetas conocidos y remates de frases clásicas; los dos eran viejos amigos de Devonshire y de Londres, pues el vicario había sido el profesor de Billee.

Así, amigablemente, entraron en un bosquecillo y entonces el vicario, volviendo sus ojos azules sobre el muchacho, preguntó secamente:

—¿Qué libro es ese que llevas, Willie?

—¡Ah! *El origen de las especies* de Charles Darwin. Me... me gus... ta mucho. Es magnífico. Explica muchas cosas. Le diré...

El vicario preguntó, después de una pausa:

—¿Qué iglesia frecuentabas en Londres, sobre todo por las tardes, William?

Y Little Billee balbuceó completamente desmoralizado:

—No fre... cuento ninguna, ni por la mañana ni por la tarde. Hace mucho tiempo que no piso la iglesia. No puedo engañarle. Le diré por qué...

Y siguieron andando y pasaron de un tema a otro, a cuál más serio y grave, y hablando discutieron, y discutiendo vinieron a reír amargamente; probablemente tendrían culpa los dos. La discusión debió de concluirse de triste modo al salir del bosquecillo: de manera brusca, penosa, inesperada y nada fácil de contar. El vicario estaba blanco como un papel y el pintor rojo como un pimiento.

—Señor —dijo el sacerdote, amparándose en toda su corpulencia y dignidad, y con el rostro henchido por una virtuosa indignación, y la voz preñada de amenaza—; señor, es usted, es usted un, un... un ladrón... ¡Intenta robarme a mi Salvador! ¡Nunca más cruzará el umbral de mi puerta!

—Señor —replicó Billee, con un ademán de la testa—, ya que estamos en plena refriega, usted es, usted es... o mejor todavía: no, usted es el padre de Alice, y sea que lo sea usted, puesto que trato de ser honesto con un hombre de iglesia... ¡cúmpleme saludarle, señor!

Se saludaron secamente y se fueron cada uno por su lado, tiesos y dignos los dos. Tray se quedó en medio mirando a uno y luego al otro desconsoladamente.

Y así vino a acontecer que Billee supo que no sabía mentir ni robar. Y por eso al fin no se casó con la dulce Alice; nadie duda de que el Destino así lo quiso para bien de ambos.

Pero durante varios días el desaliento se instaló en casa de los Bagot, así como en el seno de un corazón dulce y piadoso.

Y lo más bello —o lo peor— de esta historia es que el vicario, algunos años más tarde, con mejor suerte que muchos eclesiásticos a los que le da por especular, conoció un inesperado éxito de fortuna gracias a una especulación ventajosa con la cerveza irlandesa, y se puso a reflexionar inesperadamente también sobre ciertas cosas serias, como todo hombre de negocios que se precie. Al menos así lo cuentan en Devon y no parece que sea inverosímil, dado que no es del todo reciente. El hombre empezó a albergar algunas dudas, que con el tiempo se tornaron francas negaciones. Se puso a malas con su obispo, con su decano y hasta con su «viejo y querido marqués», que murió antes de que pudiera evacuarse el asunto. Y finalmente sintió que era su deber, así se lo demandaba su conciencia, el separarse de una Iglesia demasiado estrecha para darle cabida a él, con lo que se mudó a Londres con armas y

bagajes y por fin pudo respirar tranquilo.

Pero una vez allí lo embargó una profunda perplejidad, pues estaba demasiado acostumbrado a ocupar el proscenio —siempre a la vista de todos—, a ser observado y escuchado de todos sin que jamás nadie le llevara la contraría; a ejercer una influencia y autoridad en materia espiritual y no sólo espiritual; a sentir el influjo que ejercía sobre las mujeres, a quienes impresionaba su majestuosa presencia y su timbre de voz cristalino, sus cejas arqueadas, dulces y austeras, sus manos grandes, dulces y envolventes, que pronto perdieron el moreno del campo; todo aquello era para él como una segunda naturaleza, aire para sus pulmones, necesidad perentoria para su existencia.

Así que acabó convirtiéndose en el predicador positivista más popular de su época, el más volcado en su nueva tarea.

Sin embargo, su hija querida Alice permaneció fiel a la antigua fe, y se casó con un venerable archidiacono de la Alta Iglesia Anglicana, quien, con no poca sagacidad, logró hacerse rápidamente con ella en el momento justo en que Alice estaba justo a punto, en su confusión, de abrazar la fe católica, apostólica y romana.

Juntos no fueron felices ni infelices, una pareja burguesa, *ni buena ni mala, ni guapa ni fea*. Y de ese modo, el vínculo de la simpatía religiosa, que tanto cuenta en las familias unidas, dejó de tener valor entre padre e hija, y la desunión de sus corazones no hizo más que agrandar el abismo de su separación.

¡Qué penosas son las cuitas que nos afligen!

Y así concluye la historia de la dulce Alice, la del pelo castaño.

Sexta parte

*Vraiment, la reine auprès d'elle était laide
Quand, vers le soir,
Elle passait sur le pont de Tolède
En corset noir.
Un chapelet du temps de Charlemagne
Ornait son cou
Le vent qui vient a travers la montagne
Me rendra fou!*

*Dansez, chantez, villageois! La nuit tombe...
Sabine, un jour,
A tout donné-sa beauté de colombe,
Et son amour—
Pour un anneau du Comte de Saldagne,
Pour un bijou
Le vent qui vient a travers la montagne
M'a rendu fou!*^[59]

Y aquí tenemos de nuevo a nuestros tres mosqueteros del pincel otra vez reunidos en el divino París, famosos ya después de largos años.

Imitando al buen Dumas, comenzaremos con un «Cinco años después», aunque el plazo había sido en realidad un poco más largo. Diremos que Taffy era Porthos y Athos en una sola persona, puesto que era lo bastante grande, bonachón y fuerte como para «matar a un buey de un puñetazo», y también majestuoso y solemne y de aspecto aristocrático y romántico y no demasiado «carnoso» como hubiera dicho Laird. Tampoco desdeñaba una botella de vino o hasta dos, y era un hombre interesante que parecía tener historia.

Laird, naturalmente, es D'Artagnan, puesto que vende sus cuadros bien, y en el momento en que escribimos esta historia pertenece ya a la Royal Academy. Como Quintin Durward, este D'Artagnan es escocés.

«Ah, wasnae he a Roguey, the piper of Dundee!»^[60]

Little Billee, el delicado amigo de las duquesas, me temo que tendrá que ser Aramis. No conviene llevar, sin embargo, el símil demasiado lejos. Además, cosa que el bueno de Dumas no tenía, nosotros poseemos conciencia, no jugamos con los hechos históricos, ni nos tomamos libertades con los personajes de la Historia, y si Athos, Porthos y compañía no son personajes históricos, no sé quiénes lo van a ser entonces...

¡También Taffy, Laird y Little Billee son rigurosamente históricos! Nuestros tres amigos, muy atildados, con su levita y su camisa tan planchada que corren peligro de morir asfixiados, luciendo alfileres de corbata en sus plastrones y calzando botas Balmoral con cordones delanteros o botines de ciudad (no sé lo que estaría de moda

entonces), están desayunando café con pan tostado y mantequilla en una mesita redonda en el inmenso patio asfaltado de un enorme caravanserai cosmopolita. Sus cabezas están cubiertas (además de las chisteras), por un techo de cristal esmerilado que no deja entrar el sol ni la lluvia y, naturalmente, el aire tampoco.

Un viejo magnífico, tan grande como Taffy, con librea negra y calzón negro también, y una gruesa cadena de metal alrededor del cuello, mira hacia la concurrencia desde lo alto de una ancha escalinata de mármol, tan olímpicamente como Júpiter tonante. Parece recibir a los huéspedes, que llegan en coches de punto y en el ómnibus de la estación a través del enorme arco de entrada, por el lado del *boulevard*; y despide, asimismo, a los que se van, por un arco más modesto que da a una calle de segundo orden.

«*Bon voyage, messieurs et dames*».

En incontables mesitas, muchos otros viajeros están desayunando o pidiendo el desayuno, o bien, ya habiendo terminado, permanecen fumando, charlando y fisgando alrededor suyo. Estamos en una Babel de distintas lenguas, la escena más alegre, animada y estimulante del mundo y, al parecer, en el punto de cita de los individuos más afortunados de Europa y América. Reina una atmósfera de oro y de billetes de banco.

Taffy ha reconocido y ha sido reconocido ya por media docena de compañeros de Crimea, con indudable aspecto marcial, lo mismo que él; tres prudentes escoceses han saludado discretamente a Laird, y en cuanto a Billee, no cesa de levantarse presto, abandonando su desayuno, para correr de una mesa a otra atraído por alguna irresistible sonrisa femenina con que le saludan sus complacidas y sorprendidas compatriotas.

—¿Usted por aquí?, ¡qué alegría! ¿Supongo que habrá venido a oír a «la Svengali»?

En lo alto de la escalinata de mármol hay una terraza en la que se sienta la gente; en el fondo, unas altas puertas de cristal esmerilado, muy adornadas con dorados, dan acceso a lujosos salones, comedores, salas de lectura, lavabos y una oficina de telégrafos. Alrededor se ven enormes cajones de madera pintados de verde en los que prosperan plantas exóticas y tropicales de hojas perennes cuyos bellos nombres ya he olvidado. Colocados sobre estos cajones hay grandes carteles que anuncian los acontecimientos teatrales que van a celebrarse esa día y esa noche en París. El mayor de todos los carteles y el decorado con más fantasía, anuncia a toda la sociedad cosmopolita que *Madame Svengali* va a presentarse por primera vez al público parisiense a las nueve en punto de esta misma noche en el Circo des Bashibazoucks, de la rue St. Honoré.

Nuestros amigos, llegados la noche anterior, tenían reservadas sus entradas desde hacía una semana.

No podían encontrarse asientos por caros que se pagasen. Mucha gente había venido a París sólo por oír a la Svengali. Los músicos más famosos acudían desde

Inglaterra y de todas partes, pero tenían que esperar muchos días. La fama de la artista era como una bola de nieve que venía rodando sobre Europa desde hacía dos años, por todos los sitios, naturalmente, donde hubiera nieve para recoger en forma de... ducados de oro.

Una vez terminado su desayuno, Taffy, Laird y Billee, cogidos del brazo con el enorme Taffy en el centro (como antaño), cruzaron el *boulevard* habano en ristre, se pasaron a la acera de la sombra, bajaron por la rue de la Paix a través de la place Vendôme y de la rue Castiglione, hasta la rue de Rivoli. Iban despacio y con una agradable sensación de bienestar físico, libertad y alegría a cada paso que daban.

Al llegar al pastelero de la esquina, apuraron las colillas de sus puros, mientras contemplaban el inolvidable escaparate. Luego entraron y Taffy se tomó una *madeleine* y Laird un *petit-pudding* y Billee un *savarin*, amén de —siento decirlo— una copita de ron de Jamaica por barba.

Más tarde cruzaron lentamente los jardines de las Tullerías y siguiendo por el muelle llegaron a su puente favorito: le Pont des Arts, para mirar río abajo, como antaño...

El panorama allí es bellísimo en cualquier tiempo y circunstancia, pero en una magnífica mañana de octubre, si aún somos jóvenes y si hace cinco años que no se ha visto el puente, cualquier piedra, cualquier sonido o perfume es un sutil y dulce recuerdo para el alma.

No tema el lector. Renuncio a describirlo. No sabría dónde empezar ni cuándo dejarlo.

Muchos cambios se habían sucedido, y muchos puntos de referencia ya no existían. Y entre éstos vieron con gran dolor de su corazón que ya no existía su amiga, la vieja y querida Morgue.

Preguntaron a un *gardien de la paix*, quien les dijo que una Morgue nueva había sido edificada más allá de Notre Dame, a la izquierda. Les contó que era una Morgue bien bonita por cierto y mucho más confortable que la anterior.

—Los señores deberían visitarla, ¡da gusto estar allí!



Una atmósfera de oro y billetes de banco

Pero allí continuaba Notre Dame, y la Sainte Chapelle, y Le Pont Neuf, y la estatua ecuestre de Henri IV... ¡Todo como siempre!

Al contemplar el panorama, los tres amigos pintaron en su imaginación un cuadro del Támesis que acababan de abandonar y pensaron en el puente de Waterloo, en Saint Paul y en Londres. Pero no sintieron la menor nostalgia ni el menor deseo de darse prisa por volver. Mirando río abajo, hacia el este, vieron que pocas cosas habían cambiado en realidad.

A la izquierda, las terrazas y el jardín del Hôtel de la Rochemartel (cuya entrada esculpida daba a la rue de Lille), seguían dominando las casas de la vecindad, con sus altos árboles que sombreaban el muelle cubriendo de hojas de oro cien metros de fachada posterior del soberbio palacio.



«Una estampa del Támesis»

—¿Zouzou será ya duque... por fin? —preguntó Taffy.

Y Taffy el realista, Taffy el más moderno de los modernos, dijo muchas y muy bellas cosas de los viejos e históricos ducados franceses; que a pesar de su abundancia eran mucho más pintorescos que los ingleses y constituían un eslabón mucho más romántico con el pasado, acaso por sus magníficos y sonoros nombres.

—¡Amaury de Brissac, de Roncesvaux de la Rochemartel, Boisségur! ¡Qué buen

bocado! El mero nombre huele a siglo XII, ni siquiera Howard de Norfolk suena mejor.

Taffy añadía que estaba cansado de «esta galería de testas demacradas y vulgares», siguiendo las ideas de un poema llamado «Faustine», que acababa de publicar *Spectator* y que los tres entusiastas amigos se sabían de memoria. Empezaba en cambio a admirar todas las cosas viejas y majestuosas y enmohecidas y olvidadas, y deseaba pintarlas tal como habían sido.

—Ah... estas cosas las hacían mejor en Francia en el siglo XII y aun en el siglo XIII —dijo Laird—. Sin embargo, Howard de Norfolk no estaría mal... ¡si no hay otra cosa *mieux*! —termino guiñando un ojo a Billee.

Decidieron dejar tarjetas en casa de Zouzou, si es que aún no era duque, e invitarle a cenar con Dodor si daban con él en aquel inmenso París.

Luego fueron por los muelles; subieron por la rue de la Seine y siguiendo sus acostumbrados atajos particulares llegaron al antiguo estudio de la Place St. Anatole des Arts. Allí también encontraron grandes cambios. En la acera norte había una fila de casas nuevas levantadas por el barón Haussmann, el bien nombrado, pues se construía un nuevo *boulevard* que cruzaba toda la plaza. La vieja casa había sido respetada, y mirando hacia arriba contemplaron el gran ventanal norte, sin persianas, y sus cristales pintados con blanco de España, salvo un rectángulo blanco en medio con un cartel que decía:

«Se alquila estudio y dormitorio».

Entraron en el patio por la puertecilla abierta en la puerta cochera y vieron a *madame* Vinard de pie en los escalones de la garita, con los brazos en jarras, gritando órdenes a su marido que estaba serrando troncos para la chimenea, como solía hacer en aquella época del año, diciéndole que era el tarugo más inútil de todos los tarugos que en ese momento se estaban serrando en el mundo.

En cuanto les vio, levantó los brazos y corrió hacia ellos.

—¡Los Angluchos! ¡Dios santo!

No podían nuestros amigos quejarse de falta de entusiasmo en el recibimiento de *monsieur* y *madame* Vinard.

—¡Ah! ¡Qué felicidad volver a verles! ¡Qué buena cara tienen todos! ¡Cómo ha crecido *monsieur* Litrebili, etc! Pero tienen que pasar a beber una copa con nosotros. ¡Pronto, Vinard! La *ratafia de cassis* que *monsieur* Durien nos mandó la semana pasada.

Les llevaron a la garita donde pusieron la ratafia a su disposición, siendo obsequiados como verdaderos hijos pródigos; se abrió una botella de licor de grosella que hizo las veces de cordelo bíblico. El festejo causó sensación en el barrio.

¡La vuelta de los tres Angluchos, «cinco años después»!

La portera les refirió cuantas noticias sabía de Bouchardy y Papelard; les dijo que Jules Guinot estaba en el Ministerio de la Guerra; que Barizel había dejado el arte por el comercio de su padre (una paragüería); que Durien se había casado hacía seis

meses y tenía un soberbio estudio en la rue Taitbout y ganaba dinero a espuestas; y en cuanto a la familia Vinard, Aglaé se iba a casar con el hijo del carbonero de la esquina de la rue de la Canicule, «una buena boda, bien sólida», Niniche estudiaba piano en el Conservatorio y había ganado una medalla de plata, Isidore, desgraciadamente, se había encanallado: «un mujeriego perdido... un chico tan guapo, saben, ¡pero de poco le ha servido!»; mas, a pesar de todo, se notaba que *madame* Vinard estaba orgullosa de las andanzas de su hijo, y no dejaba de repetir que el padre no hubiera sido capaz de algo parecido.

—Figúrense que no tiene más de dieciocho años. Ah, ¿saben ustedes que ha muerto el bueno de *monsieur* Carrel? Murió este invierno en Dieppe, su ciudad natal, de resultas de una indigestión; ¡qué quieren ustedes! Siempre tuvo el estómago delicado... ¡Si vieran qué entierro más precioso! Cinco mil personas a pesar de la lluvia, pues llovía a cántaros. El señor alcalde, con su adjunto, iba detrás del coche fúnebre, y la gendarmería y los carabineros y el Batallón de Infantería número doce, con la música y los zapadores de gala con sus cascos de cobre, tan preciosos. Toda la ciudad iba detrás, ¡como que no quedó nadie sin acudir al entierro! ¡Dios mío qué precioso fue! Tanto, que yo lloré sólo de verlo, ¿verdad Vinard?

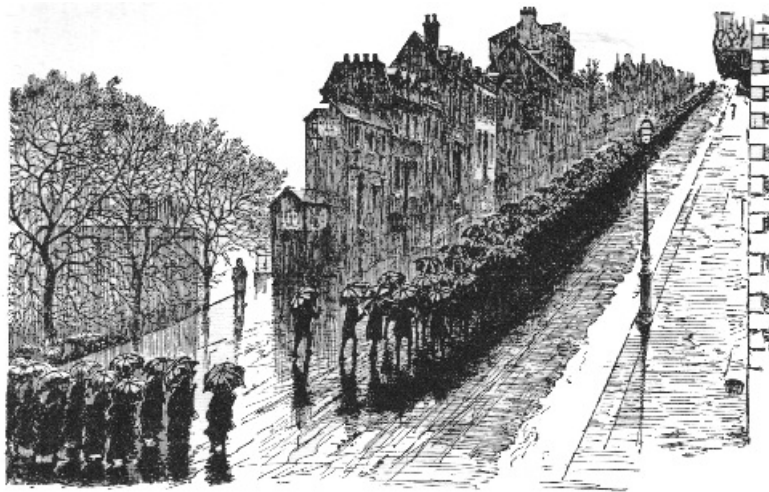
—Ya lo creo, chata. Parecía que era propiamente al alcalde a quien se enterraba.

—Vamos, Vinard; no vas a comparar al alcalde de Dieppe con un pintor como Carrel.

—Claro que no; Carrel era, sin embargo, un gran hombre a su manera. Pero yo no estaba, claro, y tú menos...

—Dios mío, ¡qué idiota es este Vinard! Es de una estupidez que asusta. ¿Tú te crees que a lo mejor podías haber sido alcalde, no? ¡Eres un idiota!

Se organizó una animada bronca entre el matrimonio Vinard sobre los respectivos méritos de un alcalde de pueblo y de un gran pintor, que además fuese miembro del Institut. Mientras tanto, los tres Angluchos fueron olvidados. Cuando *madame* Vinard hubo derrotado rápidamente y de manera definitiva a su marido, se volvió hacia los tres amigos diciéndoles que había puesto una tienda de *brocante*.



«¡Qué entierro más precioso!»

—Tienen ustedes que verla —añadió. Les contó que el estudio estaba desalquilado desde hacía tres meses—. ¿Les gustaría verlo? Pues aquí están las llaves. Claro que comprendo que preferirían verlo solos. Sí, sí, lo comprendo. Suban, suban...

Pero antes tuvieron que prometer beber alguna otra copa con el matrimonio e ir a ver el baratillo en cuestión.

Subieron los tres amigos, pues, y entraron en el viejo estudio en el que tan felices habían sido... y, uno de ellos, tan desgraciado durante algún tiempo.

El lugar estaba muy cambiado, sin duda alguna.

Vacío de muebles, descuidado, sucio, sin barrer y olía a moho y a cerrado. La ventana estaba tan sucia que no se podían ver las casas de enfrente; la tarima estaba cubierta de mugre.

Cubrían las paredes caricaturas al carbón y a la tiza blanca, con inscripciones más o menos indescifrables, algunas muy vulgares, triviales y groseras, y varias de ellos carentes de sentido para tres Angluchos.

Entre ellos (emociona el decirlo), encontraron bajo un cristal sujeto a la pared por un marco de roble, el dibujo en rojo, blanco y negro, que hizo Billee del pie de Trilby, tan fresco como si lo hubiera hecho la víspera. Encima estaba escrito: «"Recuerdo de la gran Trilby", por W. B. (Litrebili)», y debajo, cuidadosamente repujadas en un imperecedero pergamino, las siguientes estrofas:

*«Pauvre Trilby —la belle, et bonne, et chere!
Je suis son pied. Devine qui voudra
Quel tendré ami, la chérissant naguère,
Encadra d'elle (et d'un amour sincère)
Ce souvenir charmant, qu'un caprice inspira
Qu'un souffle emportera!*

J'étais jumeau: ¿qu'est devenu mon frère?

*Hélas! Hélas! L'Amour nous égara
L'Eternité nous unirá, j'espére;
Et nous ferons comme autrefois la paire
Au fond d'un lit bien chaste où nul ne troublera
Trilby —qui dormirá.*

*Ô tendre ami, sans nous qu'allez-vous faire?
La porte est close où Trilby demeura
Le Paradis est loin... et sur la terre
(Qui nous fut douce et lui sera légère)
Pour trouver nos pareils, si bien qu'on cherchera
Beau chercher l'on aura!»^[61].*

Taffy aspiró larga y profundamente guardando su suspiro en su hercúleo pecho mientras leía aquellas coplas tan peculiarmente francesas (pues así llamaba él a la tierna sinfonía en *ère* y en *ra*). Su enorme corazón palpité lleno de ternura y compasión, agitado de dulces recuerdos. Se dijo entonces (dejando escapar el suspiro contenido): «¡Ah!, si me hubieses querido a mí. Yo no te hubiera permitido que me dejases por nadie. ¡¡Eras tú la mujer ideal!!».



«Pauvre Trilby»

Ésta, como el lector habrá adivinado hace tiempo, era la «historia» del bueno de Taffy.

También Laird se emocionó y no pudo hablar. ¿Habría estado enamorado de

Trilby? ¿Se habría enamorado siquiera alguna vez?

Él mismo no sabría decirlo. Pensaba en la dulzura de Trilby, en su generosidad, su alegría y sus inocentes besos y caricias, su travesura y su gracia retozona, y aquella manera suya de llenar con su encantadora presencia y su simpatía cualquier lugar en que se encontrase. Entonces comprendió Laird que ninguna muchacha, mujer, señora, o lo que fuese, que hubiera conocido en su vida, podía compararse con aquella pobre griseta del Quartier Latin, abandonada y descarriada, que bailaba el cancán, planchaba ropa fina y hacía, ¡sabe Dios!, cuántas cosas más...

«Qué pena», se dijo mentalmente. «Ojalá me hubiera casado con ella».

Billee tampoco dijo nada. Se sentía tan triste, como no se había sentido desde hacía cinco años, al pensar que podía contemplar aquel recuerdo, tan íntimo para él, con los ojos secos y el pulso tranquilo. Y con la misma tranquilidad y ausencia de emoción, llamaba a la muerte acaso por enésima vez. Los tres poseían vaciados de las manos y los pies de Trilby, y también fotografías, pero nada la recordaba tan vivamente como aquella pequeña obra maestra de un verdadero artista, en la feliz inspiración de un momento dichoso. Era la esencia misma de Trilby, y no se podía permitir que pereciese. Devolvieron las llaves a *madame* Vinard en silencio.

—¿Han visto ustedes el pie de Trilby? ¿Verdad que está muy bien? *Monsieur* Durien mandó poner el cristal cuando se fueron y *monsieur* Guinot compuso el epitafio. ¡Pobre Trilby qué buena chica era, y qué guapa, y tan viva y animada! Además, cuánto les quería, ¡sobre todo a *monsieur* Litrebili! ¿Verdad?

Seguidamente *madame* Vinard se empeñó en obsequiarles con otra copa de *ratafia de cassis* de Durien y les llevó a ver su colección de *antigüedades* al otro lado del patio. Era la suya una variada exposición, y *madame* Vinard les explicó cómo había empezado a muy pequeña escala, y también cómo el negocio iba ahora en aumento, adquiriendo grandes proporciones.

—¿Ven este reloj? Es del tiempo de Luis XI, que se lo dio con sus propias manos a *madame* de Pompadour. Lo compré en una subasta...

—¿Cuánto? —preguntó Laird.

—Ciento cincuenta francos. Es bien barato, señor; una verdadera ganga.

—Me quedo con él —dijo Laird.

Luego les enseñó un precioso traje de brocado que había comprado también como ganga en...

—¿Cuánto? —volvió a preguntar Laird.

—¡Ah! Esto vale trescientos francos, señor, pero...

—Me quedo con él —repitió Laird.

—Y aquí tiene unos zapatos.

—Me que...

Taffy cogió a Laird por el brazo y le arrastró fuera de aquella cueva de sirenas, que resultaba demasiado seductora.

Laird dio sus señas a *madame* Vinard para que le mandase sus compras, y con

muchas expresiones de afecto y buenos deseos por ambas partes consiguieron nuestros amigos librarse, por fin, de *monsieur y madame* Vinard.

Laird, sin embargo, volvió un momento para decirle al oído a *madame* Vinard:

—Sí... el pie de Trilby... sobre la pared... ¿comprende usted?... con su cristal y todo lo demás... Claro, cortando la pared... ¿Comprende?...

—¡Ah, señor! —repuso *madame* Vinard—. Es un poco difícil lo que quiere, ¿sabe usted? ¡Cortar la pared de esa manera!... En fin, hablaré con el dueño, acaso podrá arreglarse, si hubiera madera debajo...

—Me quedo con él —replicó Laird diciendo adiós con la mano.

Subieron por la rue *Vieille des Trois Mauvais Ladres* y vieron que unos veinte metros de una pared muy alta habían sido derribados, justamente en la curva en que Laird había visto por última vez a Trilby, cuando ésta le dijo adiós con la mano mandándole un beso. A través del derribo vieron un viejo y curioso jardín abandonado; un jardín gris con árboles de altos y negros troncos, y húmedos senderos cubiertos de musgo, que se perdían bajo las doradas y retorcidas hojas. El moho y la basura habían ido depositándose en montones acumulados por los años. Un viejo lugar de recreo con glorietas ruinosas y bancos de mellada piedra, estatuas sin brazos y sin narices, y faunos desorejados. En el fondo había una casita medio hundida en estado ruinoso, pero habitada, y en las ventanas se veían unos ajados visillos y cortinas a través de cristales rotos tapados con papeles —un *Pavillon de Flore* que debió de ser precioso hará cien años—. Misterioso retiro de los amores de olvidados abates de corazón ligero y de lindas damas y caballeros galantes que lucían tacones rojos, lunares de terciopelo y empolvadas cabelleras, tan frívolos y cínicos, pero ¡tan atractivos para la imaginación del siglo diecinueve! A través del ralo césped (donde se veía un coche de muñecas volcado junto a un Polichinela hecho jirones) se adivinaban las profanadoras pisadas de un perro y las huellas de un caballo.

Sin duda iba a ser aquello una nueva calle, y sugirió Taffy que sería «la rue *Neuve des Trois Mauvais Ladres*». (La calle *nueva* de los tres malvados leprosos).

—¡Ah, Taffy! —opinó sentenciosamente Laird con su acostumbrado guiño a Billee—. Creo que los «viejos» leprosos eran mejores, a pesar de ser tan malvados.



«¡Me quedo con él!»

—Estoy seguro de eso —replicó Taffy con triste y grave convicción y un profundo suspiro—. Lo que siento —continuó— es no haber podido pintar a cualquiera de ellos tal como era.

Habían comentado muchas veces sobre lo que ocultaba aquella alta pared de ladrillo, y ahora contemplaban la melancolía de aquel glorioso pasado y quién sabe qué dolores y desolaciones de un miserable presente. Todo ello puesto al descubierto por unos cuantos golpes de pico y pala; y parecía querer fundirse con el melancólico humor de los tres amigos que tan alegres se mostraban una hora antes. Siguieron, pues, su camino y visitaron tristemente el Museo y los Jardines del Luxembourg.

Las mismas personas parecían estar copiando los mismos cuadros en la tranquila y alegre sala que ahora también a pinturas al óleo; el *Labourage en Nivernais*, de Rosa Bonheur; *Malaria*, de Hébert y los *Romanos decadentes*, de Couture.

En los clásicos y polvorientos jardines los mismos *pious-pious* y *zouzous* se paseaban con las mismas *nounous* o se sentaban con ellas en bancos de piedra delante de simétricos estanques en los que nadaban pececillos dorados y plateados; y también se veían los mismos matrimonios ya ancianos acariciando a los mismos *toutous* y *loulous*^[62].

Luego decidieron ir a comer a casa del Père Trin —al Restaurant de la Couronne de la rue du Luxembourg—, para recordar tiempos pasados. Pero al entrar allí, el tufo de la cocina de aquella humilde casa de comidas, que antes les parecía tan agradable, les produjo repugnancia. Tuvieron que contentarse con saludar al Père Trin. Éste les recibió con tanto entusiasmo que hubiera puesto manga por hombro todo su establecimiento para invitar a tales huéspedes como se merecían.

Laird sugirió la idea de comerse unas tortillas en el café de l'Odéon. Pero Taffy replicó muy autoritario:

—¡Que se vaya a paseo el café de l'Odéon!

Y deteniendo un coche de punto que pasaba con la capota bajada, se dirigieron a casa de Ledoyen o a algún otro restaurante por el estilo de los Champs Elysées,

donde comieron opíparamente como corresponde a tres británicos que van a París con el bolsillo bien forrado; tres alegres mosqueteros señores de sí mismos y de Lutecia, *beati possidentes!* Más tarde fueron en un coche abierto, también tirado por un buen tronco de caballos, por el Bois de Boulogne a la Fête de St. Cloud. Poco vieron en ella, pues duraba desde hacía más de un mes y había sido el teatro de gran parte de las hazañas de Zouzou y Dodor en años anteriores, y sus tres amigos la encontraron mucho más divertida que los jardines del Luxembourg, pues aún parecía que flotaba allí la incontenible animación y alegría del espíritu de Dodor.

A pesar de la ausencia de éste, disfrutaron viendo a los alegres hijos de las Galias, con sus blusas azules y a sus hijas bien calzadas y tocadas con cofias blanquísimas, formando un retablo animadísimo en aquella fiesta llena de movimiento y de alegría. Y no hay que echarle la culpa a Laird —que seguramente pensaba en un lunes de Pascua en Hampstead Heath—, por haber citado su frase favorita, el bonito piropo con que Laurence Sterne, el cura británico más divertido y el menos ejemplar que jamás hubo, inició su famoso periplo por tierras francesas.

Cuando volvieron al hotel para vestirse y cenar, se acordó Laird de que necesitaba un par de guantes blancos para el concierto, y fueron por los bulevares hasta encontrar una tienda de mercería de lujo de muy buen aspecto; entraron y fueron recibidos muy amablemente por un corpulento patrón que les confió a un dependiente alto, joven, muy bien vestido y de aire aristocrático que estaba detrás del mostrador, diciéndole:

—Un par de guantes blancos para el caballero.

¡Cuál fue la sorpresa de nuestros tres amigos al reconocer a Dodor! El alegre Dodor. Dodor «el irresistible», sin alterarse lo más mínimo, mostró una alegría exuberante al volver al verlos; les presentó al *patrón*, a su mujer y a su hija, el señor, la señora y la señorita de Passefil.

Pronto se dieron cuenta sus amigos de que a pesar de su humilde empleo era muy bien visto por toda la familia, especialmente por la señorita.

Passefil, muy complacido, les invitó a quedarse a cenar aquella misma noche, pero ellos lo arreglaron invitando a Dodor a cenar al hotel, lo que él aceptó con entusiasmo.

Gracias a Dodor, la cena fue muy animada y pronto olvidaron las tristes impresiones de la tarde.

Éste les contó que como no tenía un céntimo había dejado el Ejército. Desde hacía dos años llevaba los libros del señor Passefil y atendía a la clientela ganando la estimación del comerciante, la de su mujer y especialmente la de su hija. También les comunicó que pronto iba a pasar de la posición de empleado a la de yerno, ya que, a pesar de su precaria situación, había conseguido convencerles de que su hija haría una boda magnífica casándose con un Rigolot de Lafarce.

Su cuñado, el honorable Jack Reeve, no quería saber nada de él, pero su hermana, después de algún tiempo había decidido que había cosas peores que casarse con la

señorita Passefil, pues por lo menos no le verían por Inglaterra, que era lo que deseaban. Una vez, al pasar por París, su hermana había visitado a la familia Passefil y les había dejado anonadados con su lujo, cosa nada chocante, ya que la señora de Reeve era una de las mujeres más elegantes, más guapas y más a la moda de Londres. La más elegante de las elegantes.



«Un par de guantes blancos»

—¿Y qué ha sido de Zouzou? —preguntó Billee.

—¡Ah, el bueno de Gontran! Le veo poco, no nos movemos ya en los mismos círculos. No es que él sea orgulloso, ni yo tampoco, pero es subteniente de los Guides, un oficial, ¿comprendes? Además se murió su hermano y ahora es el duque de la Rochemartel y uno de los oficiales preferidos de la Emperatriz; la divierte como nadie, y mientras tanto está al acecho de la más rica heredera que pueda encontrar, y tiene muchas probabilidades de pescarla con el apellido que lleva. Se comenta incluso que ya la tiene segura. Se trata de la señorita Lavinia Hunks, de Chicago. Veinte millones de dólares, ¡por lo menos, eso dice el *Figaro*!

Luego continuó contándoles noticias de otros amigos, y no se separaron hasta que llegó la hora de ir al Circo des Bashibazoucks, después de quedar en que cenarían al día siguiente con la futura familia política de Dodor.

En la rue St. Honoré se veía ya una larga fila de coches de alquiler y de particulares que lentamente se acercaban a las inmensas puertas de ese enorme local llamado «Cirque des Bashibazoucks». ¿Existe aún? Lo dudo. Apostaría que no. Justo en aquel momento del Segundo Imperio reinaba la manía de demoler y «remoler» — si es que existe la palabreja—, y sin duda mis lectores de París buscarán hoy en vano en la rue St. Honoré los locales del «Cirque des Bashibazoucks».

Nuestros amigos fueron conducidos a sus butacas, y todo lo que pudieron ver alrededor suyo les sorprendió. Hay que decir que esto que cuento sucedió antes de que se construyera el «Albert Hall» de Londres; nunca habían entrado en una sala tan

grande, de tan regio aspecto, ni tan espléndidamente imperial, decorada en blanco, oro y terciopelo rojo, con luces brillantísimas y abarrotada de público, que seguía desfilando ante sus narices sin cesar.

Habían levantado un escenario cubierto de moqueta roja delante de las puertas por donde solían salir los caballos guiados por sus bizarros jinetes, escoltados por dos bufones ingleses y un majestuoso caballero de larga levita con botones dorados, botas de cuero altas y un látigo de cuatro púas en la mano: una *chambrière*.

En frente había otra plataforma más pequeña, el foso para la orquesta. La pista aparecía llena de asientos, *butacas de orquesta*. Dos cortinas rojas cerraban el fondo del gran estrado y delante de ellas había dos mozalbetes uniformados dispuestos a correrlas cuando entrase la diva.

La entrada al foso de orquesta era una pequeña puerta situada debajo del estrado, y unas treinta o cuarenta sillas se agrupaban esperando a los músicos en torno a la tarima del director.

Little Billee miró a todos los lados y reconoció a muchos y muchas compatriotas, celebridades musicales sobre todo, a quienes había tratado bastante en Londres. Veía filas y filas de gente abriéndose en abanico a sus espaldas y subiendo gradualmente hasta perderse en lo alto en una especie de niebla, como en una pintura de Martin. En el palco Imperial estaban los embajadores de Inglaterra y, con ellos, en el centro en primera fila, un augusto personaje inglés con su ancha cinta azul en el pecho y los gemelos de teatro aplicados a sus reales ojos.

Billee no se había sentido nunca tan excitado ni tan animado ante la perspectiva de un espectáculo, ni tan lleno de alegre expectación. Leyó el programa y vio que la orquesta húngara (la primera, creo, que se presentó en Europa occidental) iba a atacar como obertura unas danzas zíngaras. Luego *madame* Svengali cantaría una «Canción conocida, sin acompañamiento», y luego otras canciones entre ellas el *Nussbaum* de Schumann (que se estrenaba en París). Seguiría un descanso de diez minutos; después, unas «czardas» y, a continuación, la diva cantaría Mambrú se fue a la guerra. ¡Vaya una canción!, y terminaría con el *Impromptu*, sin letra, de Chopin.

¡Desde luego era aquél un programa incongruente!

Un poco antes de las nueve entraron los músicos y se sentaron. Ostentaban el uniforme de húsares barroco y colorista que tan popular se ha hecho desde entonces. Apenas se había sentado el primer violín cuando nuestros amigos reconocieron a su viejo amigo Gecko.

Al dar las nueve apareció Svengali, alto y robusto y de magnífico aspecto a pesar de su larga melena parda que ahora llevaba rizada. Iba ataviado con un impecable frac, y sin vacilación se colocó delante del atril. Los tres amigos le reconocieron al instante a pesar del extraordinario cambio que el tiempo y la prosperidad habían producido en su apariencia.

Saludó levemente a derecha e izquierda entre el atronador aplauso de la muchedumbre que le aclamaba, y dando los tres golpecitos de ritual comenzó de

inmediato con la deliciosa música. Ahora, después de estos últimos veinte años, ya estamos acostumbrados a las melodías húngaras, pero entonces eran nuevas, y su extrema seducción causaba sorpresa y sumía a los espectadores en un verdadero hechizo. Además, nunca se había escuchado a una orquesta como la de Svengali, y oyendo la Obertura, la enorme masa del público casi olvidó que aquello no era más que una preparación para un extraordinario acontecimiento musical, y pidieron que la bisaran, pero Svengali solamente se volvió para saludar a su alrededor. Aquella noche no se bisaría nada.

Luego se produjo un momento de silencio y de palpitante espera. La curiosidad se ponía de puntillas.

Entonces los dos empleados tiraron cada uno de un cordón de seda, se abrieron las cortinas que se recogieron simétricamente a los lados. Una alta figura de mujer apareció en escena vestida con un traje de estilo clásico de paño de oro bordado con granates y alas de escarabajo. Llevaba los hombros y los brazos desnudos, y en la cabeza una corona de estrellas de oro. Su pelo castaño claro, largo y espeso, atado en la nuca, le caía por la espalda casi hasta la rodilla, como esas señoras que se exhiben de espaldas en los escaparates de las peluquerías como propaganda de algún producto o loción para el cabello.



Gecko

Lentamente se dirigió hacia el proscenio en actitud sencilla, con los brazos caídos, en ademán natural. Hizo una ligera inclinación de cabeza y de cintura frente al palco imperial, y luego a izquierda y derecha. Tenía pintadas las mejillas y los labios; sus cejas, rectas y oscuras, casi se juntaban en el puente de su corta y bien proporcionada nariz. Entre sus labios abiertos se podían ver los dientes brillantes y blancos; sus ojos grises estaban fijos en Svengali.

El rostro delgado tenía una expresión de cansancio a pesar de su frescura artificial, pero el rostro era tan perfecto y de expresión tan tierna y humilde, y tan patéticamente dulce y sencilla, que enternecía a todos los corazones. Nunca se ha visto una figura tan magnífica y seductora antes ni después, en ninguna tarima ni escenario... mejor que *Miss Ellen Ferry* vestida de sacerdotisa de Artemisa, en su último espectáculo premiado, *La copa*.

El palco se puso en pie al acercarse ella, y la vieron saludar a izquierda y derecha llevándose con sencillez la mano al corazón con un gesto encantador lleno de adorable timidez, igual que una torpe e inocente colegiala sin hábito de salir a escena.

¡Era Trilby!

¡Trilby, que nunca había tenido oído musical, que no podía cantar ni una sola nota sin desafinar! ¡Trilby, que no sabía distinguir un *do* de un *fa*!

¿Qué iba a suceder?

Nuestros tres amigos se habían quedado petrificados por la sorpresa.

El gran Taffy temblaba como una hoja; la mandíbula de Laird casi le colgaba sobre el pecho, y Billee miraba con los ojos desorbitados. Algo extraño, irreal y pavoroso les embargaba, una ansiedad, una opresión, ¡algo fatídico!

Por fin terminaron los aplausos. Trilby permanecía inmóvil con las manos en la espalda y un pie, el izquierdo, sobre un pequeño taburete que estaba puesto allí al efecto. Con los labios entreabiertos y los ojos fijos en Svengali se dispuso a empezar.

Svengali dio los tres golpecitos de batuta y la orquesta atacó un acorde. Luego con otro golpecito se dirigió a Trilby y ésta empezó a cantar sin la menor apariencia de esfuerzo, apenas sin acompañamiento, mientras él seguía marcando el tempo, es decir, conduciéndola como si Trilby hubiera sido toda una orquesta.

*«Au clair de la lune,
Mon ami Pierrot!
Prête-moi ta plume
Pour écrire un mot.
Ma chandelle est morte
Je n'ai plus de feu!
Ouvre-moi ta porte
Pour l'amour de Dieu!»*^[63]

Con esta ingenua y absurda canción infantil hizo su debut la Svengali delante del público más exigente del mundo. La cantó tres veces seguidas. La misma estrofa cada vez, pues es la única que tiene.

La primera vez lo hizo sin expresión alguna, ni la más mínima siquiera. Solamente las palabras y la melodía, y esto a media voz, cantando como lo hace un niño que está pensando en otra cosa, o como una madrecita francesa que, sentada junto a la cuna, mece al niño para que se duerma mientras repasa calcetines.

Pero su voz era tan inmensamente dulce, rica y fresca que parecía que se derramaba todo alrededor; su entonación era completa, matemáticamente pura. Se percibía claramente que era no solo impecable, sino infalible, y ¡qué seducción, qué novedad, qué extraña cualidad de simpatía la suya!

¿Cómo describir la calidad de un melocotón al que sólo ha probado las manzanas?

Hasta que apareció la Svengali, el mundo sólo conocía las manzanas Catalini,

Jenny Lind, Grisi, Alboni, Patti. Las mejores manzanas, es verdad, pero ¡al fin y al cabo manzanas!



«Au clair de la lune»

Si Trilby hubiera desplegado un hermoso par de alas blancas y hubiera volado hasta el techo para sentarse en la enorme lámpara de la sala, no habría causado mayor sensación. Otra voz como la suya no se oyó ni jamás volverá a oírse. Únicamente una mujer ángel podría cantar así, o una princesa de cuento de hadas.

Billee había ocultado su rostro entre las manos, tapándose los ojos con el pañuelo; una gran lágrima temblaba en la patilla izquierda de Taffy, y Laird hacía grandes esfuerzos para retener las suyas.

Trilby cantó los versos por segunda vez con algo más de expresión y también a media voz, pero con una especie de ampliación de aliento que se convirtió en una inmensa y celestial sonrisa de maternidad universal trasladada al canto.

Se presentía toda la alegre travesura y la gracia endiablada de Pierrot y Colombina idealizada y transformada en juguetona belleza y en santa inocencia, como si actuase delante de la corte celestial un bebé que fuese Colombina, con un querubín idealizado de Pierrot. Todo aquello se apoderaba como en un sueño de los corazones durante unos segundos, revelación de una imposible edad de oro, inaccesible, inolvidable... ¿cómo podía Trilby hacer aquello?

Billee ya no podía dominarse; los sollozos le estremecían. ¡Él, que no había llorado ni una lágrima en cinco años! La mitad del palco derramaba lágrimas de entusiasmo y de júbilo, pero de un júbilo delicioso e interior.

Luego Trilby pareció volver a la tierra y cantó la estrofa por tercera vez, y

entonces fue como una oscura y profunda tragedia demasiado honda para llorar. La pobre Colombina, no sabemos cómo, abandonada, traicionada y moribunda bajo el frío de la medianoche, acaso hundiéndose en el infierno, cantaba su última y desesperada llamada. Ya no eran Pierrot y Colombina, ¡eran Margarita y Fausto! Era la más terrible y patética de las tragedias humanas, pero expresada sin exageraciones histriónicas ni dramáticas, sólo con modulaciones, con ligeros y sutiles cambios en la calidad del tono, demasiado rápidos y alados para ser advertidos, pero no para ser sentidos, ¡y con qué punzante compasión!

Cuando acabó la canción no empezaron los aplausos en seguida, y ella esperó con su abierta y bondadosa sonrisa, como quien está acostumbrado a esperar de la misma manera; luego se inició el clamor que creció y se extendió atronador con las manos, los pies, los bastones y los paraguas, llovieron los ramos de flores que empezaron a recoger los dos empleados, y Trilby empezó a saludar a derecha e izquierda con su acostumbrada amabilidad. Era para ella el éxito acostumbrado que nunca fallaba, con cualquier público, en cualquier país y con cualquier canción.

Little Billee no aplaudía. Seguía sentado con la cara entre las manos y sacudidos los hombros por los sollozos. Le parecía que dormía y que en sueños hacía lo posible por no despertar, por no perder aquella inmensidad, ¡era una noche que debía marcar con una piedra blanca!

Cuando las primeras notas del canto empezaron a fluir de los labios entreabiertos de Trilby (cuya forma Billee recordaba tan bien) y cuando sus ojos de paloma, mirando por encima de la cabeza de Svengali, vinieron a posarse directamente sobre el muchacho, algo se fundió en su cerebro y todo su antiguo poder de amar le volvió como en una oleada.

Fue igual que la repentina curación de una sordera que ha durado años. El médico sopla con un tubito de goma por la nariz, hasta la trompa de Eustaquio, un obstáculo cede, suena un chasquido, y repentinamente el paciente comienza a oír mejor que nunca, casi demasiado, y toda su vida cambia para siempre.

Por fin Billee se serenó y levantó la cabeza. La Svengali estaba cantando *Nussbaum*, y él la miró. Vio también a Taffy y a Laird sentados a su lado con los ojos fijos en Trilby y se convenció de que todo era cierto y su alegría fue tan inmensa que casi le hizo daño.

Trilby canto *Nussbaum* (con su celestial acompañamiento) sencillamente como había cantado la canción anterior. Cada nota rematada era una acabada joya de sonido unida a la siguiente una mágica ligazón. No hacía falta ser amante de la música para caer bajo el hechizo de semejante voz. La mera frase melódica había perdido su importancia. Sus palabras, aunque eran perfectas, resultaban sencillas como las de un niño.

Parecía decir: «Ved lo que vale un compositor. Aquí tenéis una de las canciones más bellas que se han escrito, con palabras francesas traducidas para vosotros por uno de vuestros mejores poetas, pero ¿qué significan las palabras, la melodía y el

lenguaje? *Nussbaum* no es ni mejor ni peor que *Mon ami Pierrot* cuando yo lo canto, pues soy Svengali y no diréis, ni veréis, ni pensaréis más que ¡Svengali, Svengali, Svengali!».

Era la apoteosis de la voz y del virtuosismo. Era el *bel canto* vuelto al mundo después de cien años, el *bel canto* de Vivarelli que interpretó la misma canción ante el mismo rey de España todas las noches durante veinticinco años, y fue recompensado con un ducado y riqueza tan grandes que hubieran sobrepasado los sueños de un avaro.

En efecto, allí estaba aquel inmenso gentío, compuesto del público más cínicamente crítico del mundo, y además el más antialemán del globo, llorando a raudales y con el oído atento ante el espectáculo imaginado de una sencilla alemanita, una doncella casadera, una *Fräulein* —una futura *Hausfrau*— sentada bajo el nogal de un jardín de un suburbio berlinés, y a su alrededor su familia y sus amigos probablemente bebiendo cerveza y fumando sus largas pipas de porcelana, charlando de política o de negocios y contando sus pesados e ingenuos chistes germanos.



«Ouvre-moi ta porte pour l'amour de Dieu»

Y aquel público escuchaba con la respiración contenida para no turbar el virginal sueño de amor, como si todo ello fuese una escena en el Elíseo y la *Fräulein* una ninfa de Ida de la de las muchas fuentes y todos dioses y diosas del Olimpo. Y en efecto lo eran cuando Trilby cantaba sus cuitas y sus triunfos.

A continuación, y cuando los largos y frenéticos aplausos hubieron cesado, y Trilby saludó de nuevo frente a los augustos gemelos británicos, que no se apartaban de su rostro, canto *Ben Bolt* en inglés.

Entonces Little Billee recordó que existía una persona que se llamaba Svengali y

también su flauta desmontable.

«Así es cómo enseño a Gecko; así enseño *ahorra* a la pequeña *Honorrine*, así enseño yo el *bel canto*... Estaba perdido, el *bel canto*, y yo lo encontré en sueños; yo, Svengali».

Billee recordó su visión cósmica de la belleza y la patética tristeza de las cosas. Todo esto lo vio, con quintuplicada claridad, como una visión del cielo a través de un velo, y con ello la aplastante sensación de insignificancia al lado de aquellos dos maravillosos artistas, uno de los cuales había sido su amigo y el otro su amor, un amor que se había ofrecido a ser su humilde amante, su esclava, no creyéndose digna de ser su esposa.

Pensarlo le hacía daño, y le llenaba de una intolerable vergüenza, y, desde aquel momento, pensó que el amor que profesaba a Trilby era como el de un perro por su dueño.

Trilby cantó luego *Chanson de printemps* de Gounod (que estaba presente y parecía muy emocionado), y así terminó la primera parte del concierto. La gente pudo entonces respirar con normalidad y hablar de la nueva maravilla, aquella revelación de lo que puede llegar a hacer la voz humana. Un inmenso murmullo llenaba la sala hecho de sorpresa, entusiasmo y deliciosa emoción.

Nuestros tres amigos no decían nada, pues para lo que sentían no se han inventado palabras aún.

Taffy y a Laird miraban a Little Billee, que parecía contemplar una visión interior toda suya. Sus ojos estaban enrojecidos, su rostro pálido y su nariz dilatada, pero a pesar de todo la visión debía de ser hermosísima, pues con los ojos todavía llenos de lágrimas, su sonrisa translucía una felicidad casi rayana en la estupidez.

La segunda parte del concierto fue todavía más corta que la primera, pero desencadenó las mayores ovaciones. Trilby sólo cantó dos piezas.

La primera canción fue *Mambrú se fue a la guerra*.



«Malbrouck s'en va-t'en guerre!»

Empezó ligera y alegre, como quien canta una marcha festiva con voz que todavía no había revelado una extensión excepcional. La gente se reía francamente en la primera estrofa.

Malbrouck s'en va-t'en guerre
Mironton, mironton, mirontaine!
Malbrouck s'en va-t'en guerre...
Ne sais quand reviendra!
Ne sais quand reviendra!
Ne sais quand reviendra!

El *mironton, mironton, mirontaine* era la esencia misma de una resolución marcial y de una heroica decisión. Después de oírlo uno se hubiera marchado al combate contra toda esperanza.

Il reviendra-z-à Pâques
Mironton, mironton, mirontaine!
Il reviendra-z-à Pâques ...
Ou... à la Trinité!

La gente seguía riendo, aunque el *mironton mirontaine* iba revelando un ligero indicio de terror, duda y vagos presentimientos.

La Trinité se passe—
Mironton, mironton, mirontaine!
La Trinité se passe...
Malbrouck ne revient pas!

En aquel último *mironton, mirontaine* se adivinaba una nota de angustia tan aguda y tan profundamente natural y humana que cada uno de los oyentes la sentía como suya, tanto, que hacía latir los corazones y acortaba la respiración.

Madame à sa tour monte
Mironton, mironton, mirontaine!
Madame à sa tour monte,
Si haut qu'elle peut monter!

¡Oh, y cómo latían con ella los corazones! ¡Anne! ¡Hermana Anne! ¿Ves algo?

Elle voit de loin son page—
Mironton, mironton, mirontaine!
Elle voit de loin son page
Tout de noir habillé!

Se presiente la desgracia, de una manera casi intolerable.

Mon page mon beau page!—
Mironton, mironton, mirontaine!
Mon Page —mon beau page!,
Quelles nouvelles apportez?

Aquí Billee empezó a llorar, y todo el mundo con él. El *mironton, mirontaine* es un desesperado grito de incertidumbre. Pobre y desolada duquesa, pobre Sarah Jennings, ¿es cierto que os lo anunciaron así?

El acompañamiento hasta ahora había sido muy sencillo —solamente unos cuantos acordes incoloros—, pero de repente, sin una sola modulación ni una nota de aviso, descendió el tono una octava hasta las notas tan graves de contralto de Trilby, vibrando tan solemne y fatalmente que interrumpió los llantos e hizo estremecer los cuerpos. El acompañamiento se tornó lento, convirtiéndose en una marcha fúnebre con cuerdas en sordina. Trilby cantó lentamente:

Aux nouvelles que j'apporte—
Mironton, mironton, mirontaine!
Aux nouvelles que j'apporte,
Vos beaux yeux vont pleurer!

El acompañamiento era cada vez más rico. *El mironton, mirontaine* sonaba ya como un canto fúnebre:

Quittez vos habits roses—
Mironton, mironton, mirontaine!
Quittez vos habits roses,

Et vos satins brochés!

Aquí el tañido de una gran campana parece que se mezcla con la partitura... y muy lentamente y de una manera tan solemne que sonaba eterno en los oídos y en los corazones que lo han escuchado de los labios de la Svengali:

Le Sieur Malbrouck est mort
Mironton, mironton, mirontaine!
Le Sieur Malbrouck est mort!
Est mort —et enterré!^[64]



«Aux nouvelles que j'apporte
os beaux yeux vont pleurer»

Y así termina, repentinamente, la canción.

Aquella tragedia desgarradora, aquel poema épico histórico en dos docenas de versos que ha hecho sorber y limpiarse los ojos a cinco o seis mil alegres franceses como otras tantas Niobes, es sencillamente una vieja canción cómica francesa, una canción infantil como tantas otras, una nana de niñera como Little Bopeep, que reza así:

«*We won't go home till morning*
Till daylight doth appear»^[65].

Después de un segundo o dos de silencio solemne y abrumador (como el que se hace en un entierro cuando se han echado los primeros puñados de tierra sobre el féretro), el público parece volverse loco de entusiasmo. La Svengali, que nunca bisa sus canciones, tiene que inclinarse a uno y otro lado durante cinco minutos entre una lluvia de flores.

Entonces llega su última y suprema proeza bajo forma de canción. La orquesta toca rápidamente los primeros cuatro compases de los bajos del *Impromptu* de

Chopin (en *la bemol*) y de repente, sin palabras, lo mismo que una ninfa ligera salta sobre el remolino de una doble cuerda, la Svengali rompe a cantar y vocaliza aquel extraordinario trozo musical que tan pocos pianistas pueden conseguir limpiamente. Ningún pianista lo pudo nunca ejecutar como ella lo canta; ningún piano tiene en su interior las notas que da la Svengali.

Cada frase es como hilo de pedrería; una pedrería que despide los más puros y serenos destellos. El hilo es de oro, y lleva las gemas enhebradas flojamente unas con otras. Cuanto más sube la voz, más dulce es. La Svengali sube más alto y canta más agudo de lo que mujer alguna cantó jamás.

Llegan oleadas de risa tierna y dulce, la esencia misma de una alegría inocente de mujer niña aún, pero despierta a todo lo que es sencillo, alegre y elemental en la naturaleza: la frescura de la mañana, las ondas del arroyo, los golpes de la rueda del molino, el balbuceo del viento entre los árboles, el canto de la alondra en los aires claros, el sol y el rocío, el perfume de las flores tempranas en las praderas y en los bosques en verano, los pájaros, las abejas y las juguetonas mariposas. Todas las escenas, todos los perfumes y todos los sonidos que son el patrimonio de una infancia feliz. Unos felices salvajes en un clima privilegiado; cosas que fácilmente podemos encontrar entre nuestros recuerdos. Todo esto, recuerdos y sentimientos, están en la voz de Trilby, mientras ella modula y trina la danzarina risa, larga, suave y alegre, aquella suave lluvia de ligada dulzura, aquel maravilloso canto sin palabras. Los que lo oyen, sienten todo esto y lo recuerdan con ella.

Es algo irresistible que se impone; no hay palabras, no hay cuadros que puedan lograr tanto. Las lágrimas que vierten todos aquellos ojos franceses son lágrimas de pura alegría sin mezcla, de felices reminiscencias. Es posible que Chopin quisiera expresar otra cosa. Un invernadero acaso con orquídeas, calas, nardos y hortensias, pero como diría Laird en francés: «Esto no ocurre ni aquí ni acá».

Luego viene el movimiento lento; el repentino *adagio* con sus caprichosos adornos, el despertar de un corazón virgen, el movimiento de la savia, la aurora del amor, sus dudas, temores y preguntas. Y las notas de pecho, llenas, pastosas y enérgicas, son como el sonido de unas grandes campanas de oro que recibieran una llovizna de finas perlas, como gotas del alto fleco de su gran voz que cayesen cuando la sacude.

Luego vuelve el ritmo rápido, la infancia otra vez, *da capo*, pero más de prisa, ¡más!, ¡más! Las notas claras como siempre, fuertes, agudas e incomparablemente dulces, dominan la orquesta, tienen una penetrante cualidad que es inefable, una alegría imposible de expresar, como un arroyo cristalino, puro y saltarán que gorjea y salta hecho espuma y burbujas sobre las piedras soleadas, un auténtico portento, ¡la maravilla del mundo!

No da señales Trilby del menor esfuerzo, ni de tener que vencer dificultad alguna. Mientras canta sonrío con su abierta y angelical sonrisa, con los labios muy abiertos dejando ver sus grandes dientes blancos que relucen cuando mueve la cabeza

suavemente hacia los lados, al compás de la batuta de Svengali, como para emitir las fáciles notas cada vez más rápidas, altas y agudas.

Un minuto o dos después, todo ha terminado como la brillante traca final de unos fuegos artificiales, y lo que queda, lo deja morir y esfumarse como mueren los fuegos de las bengalas. Su voz se va retirando en la distancia, pero vuelve como un eco y resuena alrededor, muy suavemente, como un aliento, pero ¡qué aliento! Luego un último cohete cromático, asciende *pianissimo* hacia el *mi*. Seguidamente, la oscuridad y el silencio.

Después de una pausa la multitud se levanta como un solo hombre, agita sombreros, bastones, pañuelos, pateo y grita: «¡Viva la Svengali! ¡Viva la Svengali!».

Svengali sube al escenario al lado de su mujer, le besa la mano y se retiran hacia atrás, saludando; caen las cortinas, pero tienen que volver a levantarlas una y otra vez para aclamar a la extraordinaria pareja.

Así fue el debut de la Svengali en París.

El concierto duró poco más de una hora, de la cual más de un cuarto había transcurrido entre saludos y aclamaciones.

El autor no es músico, desgraciadamente (como sin duda ya habrán adivinado los lectores músicos), salvo en su adoración por la música mientras no sea demasiado seria, y lamenta su torpeza e ineptitud de este desordenado aunque ambicioso ensayo, recordando la impresión recibida hace más de treinta años para hacer revivir la memoria siempre bendita de aquella primera noche inolvidable en el Cirque des Bashibazoucks.



El Impromptu de Chopin

Yo quisiera trasladar aquí los doce artículos de Berlioz titulados «La Svengali» que fueron reproducidos en *La Lyre éolienne* y que actualmente están agotados.

Lo mismo quisiera hacer con el primoroso ditirambo de Théophile Gautier «*Madame Svengali, ¿ángel o mujer?*», en el que afirma que no es necesario tener oído musical (él no lo tenía) para ser hechizado por una voz como la de ella; como tampoco es necesario tener sentido estético (éste sí que lo tenía) para ser esclavizados «por su rostro y sus formas celestiales». No hay, dice, más que ser sencillamente

humanos.

No recuerdo en qué periódico apareció este elocuente homenaje, pues no se encuentra en la colección de sus obras.

En cuanto a la intemperante diatriba de *Herr Blagner* (le llamaré así) sobre esa tiranía de la *prima donna* que llama «Svengalismus», trata de demostrar que el mero virtuosismo llevado a ese extremo llega a ser una cosa viciosa, meras acrobacias de las cuerdas vocales y un latigazo histérico para despertar el sentimentalismo mórbido de los galos. Asegura que ese monstruoso desarrollo de una laringe fenomenal, ese degradante cultivo y práctica de la anormalidad de un mero fenómeno físico, son muerte y destrucción de toda la verdadera música puesto que ponen a Mozart y Beethoven y aun a él mismo, a similar nivel que Bellini, Donizetti y Offenbach, es decir, al nivel de cualquier musiquillo italiano de los que tocan en las odiadas calles de París. Protesta de que se pueda rebajar la música más grandiosa (incluso la suya) hasta la plebe de París en la primera audición, como si fuera un miserable estribillo de café cantante.

Basta, sin embargo, de «blagnerismus» versus «svengalismus».

Me temo que no quepan en los límites de esta humilde historia las obras maestras de las críticas técnicas sobre la música.

Además hay otras razones.

Nuestros tres amigos volvieron a pie por los bulevares; eran los únicos que volvían silenciosos entre la muchedumbre que desembocaba en la rue St. Honoré al irse quedando vacío el Cirque des bashibazoucks del excitado y entusiasta auditorio.

Iban como siempre del brazo, pero esta vez llevaban a Billee en el medio. Querían advertir a cada lado el cálido y cordial contacto después de cinco años de separación, como si le hubieran sido devueltos; su corazón desbordaba de cariño hacia ellos, pero sentía demasiado intensamente, de manera callada y violenta, para poder expresar nada. Desbordaba su corazón amor del amor, amor de la vida y de la muerte, el amor de todo lo que existe y de todo lo que fue y de todo lo que será, lo mismo, exactamente lo mismo, que sintió en su día.

Hubiera con gusto abrazado a sus dos amigos en la calle, delante de todo el mundo, y su felicidad no tenía límites al comprender que todo aquello no era un sueño, sin ningún género de duda. Volvía a ser lo que fue después de cinco años y estaba bien despierto. ¡Y todo se lo debía a Trilby!

Pero en verdad, ¿qué sentía por Trilby? No lo podía decir. Era demasiado inmenso aún para ser medido, aunque desgraciadamente estaba tan cargado de dolor y pesadumbre que no quería pensar todavía en ello, para poder sentir solamente la dicha reciente —del mismo modo que el hombre que vuelve a oír después de muchos años de silencio se regocija en el mero deleite físico de escuchar por algún tiempo—, y no descaminarse para, sin pretenderlo, prestar oídos a las malas noticias que flotan en el ambiente y que, más tarde o más temprano, llegarían a sus oídos del mismo modo.

Taffy y Laird callaban también. La voz de Trilby resonaba en sus oídos y en sus corazones, su imagen permanecía grabada en sus retinas, y el pasmo de la sorpresa les abrumaba haciéndoles enmudecer.

Era una noche tibia y embalsamada casi de pleno verano y se detuvieron en el primer café que encontraron en el *boulevard* de la Madeleine y, como antaño, pidieron unos *bocks* de cerveza. Se sentaron a la única mesita vacía que había al aire libre, pues el local estaba lleno. Las conversaciones eran muy animadas y la Svengali era el tema de casi todas.

El primero que habló fue Laird. Vació su *bock* de un golpe y pidió otro, encendió un puro y dijo:

—Yo no creo que sea Trilby, después de todo.

Era la primera vez que pronunciaban su nombre aquella noche, y desde hacía cinco años.

—Pero ¿puedes dudarle? —exclamó Taffy.

—Ya lo creo que es Trilby —aseguró Little Billee.

Luego Laird trató de expresar su opinión. Aparte de la imposibilidad de enseñar a cantar así a una muchacha incapacitada para el canto como ella, debía tenerse presente la repugnancia que Trilby sentía por Svengali. Además, él había observado con toda atención el rostro de Trilby con los gemelos de teatro, y aunque el parecido era extraordinario existía una diferencia muy ostensible. La cara era más delgada y más larga, los ojos eran más grandes y con una expresión completamente distinta, parecía más alta y más llena, sus hombros eran más anchos y más caídos, etcétera.

Pero los otros dos no le querían ni oír y le decían que estaba loco, pues la reconocían incluso por la especial vibración de su voz cuando hablaba, que percibieron perfectamente en el concierto, sobre todo en las notas bajas. Los tres empezaron a debatir sobre las maravillas de su canto como todos los demás a su alrededor, Billee dirigía la conversación con gran elocuencia y al parecer con gran conocimiento técnico de la música, lo que les dejó asombrados y satisfechos, pues temían mucho el efecto que la repentina visión de Trilby pudiera haberle causado después de todo lo ocurrido.

Parecía completamente feliz y lleno de gozo de una manera casi incomprensible, y les miraba con una luz nueva en sus pupilas como si toda aquella música que había oído triplicase no solamente su alegría de vivir sino el placer de estar con ellos. Evidentemente se le había pasado su antigua pasión por Trilby, y eso era un gran alivio.

Pero se engañaban. Porque Billee se daba cuenta de que toda su antigua pasión había vuelto, y era tan irresistible que aún no podía sentirla en toda su intensidad, ni tampoco los terribles y abrasadores celos que habían de consumir luego su vida. Quiso esperar veinticuatro horas.

No tuvo que esperar tanto. Aquella noche se despertó después de un corto e inquieto sueño y se encontró acorralado nuevamente por la marea de su pasión.

Comprendía que amaba a Trilby de una manera desesperada, loca, pecadora e irremediable. Se daba cuenta de que podía haber sido suya y de que ahora pertenecía a otro hombre; un hombre más grande que él y a quien debía Trilby el ser la mujer más extraordinaria del mundo, la reina de las reinas, toda una diosa, pues ¿qué significa un reinado material comparado con el que ella establecía en los corazones de todos los que la escuchaban? Y como además era tan hermosa, tan bella, ¿qué amor sería el suyo por el hombre que la había enseñado y preparado para su arte revelándole a ella misma y al mundo entero su extraordinario talento, y demostrando que era un genio del canto? Aquel hombre era un tipo espléndido, hermoso, alto y autoritario, un gran artista de los pies a la cabeza...



«El recuerdo de los dos cogidos de la mano»

El recuerdo de los dos cogidos de la mano, maestro y discípula, marido y mujer, saludando sonrientes frente al tumulto que habían desencadenado, y que podían calmar con un gesto, le aguijoneaba, torturaba y enloquecía, sin dejarle descansar. Se levantó y, lleno de frenética rabia, comenzó a pasearse por la estrecha habitación. Hubiera deseado que le volviera su antigua enfermedad cerebral, lo narcotizase y que no le dejase hasta la muerte.

¿Dónde iba a buscar alivio para aquellos recuerdos tan nuevos que ya no cesarían jamás, y también para aquellos viejos, con todo su encanto y poesía, que aquella noche salieron de la tumba? ¿Cómo demonios escapar a tales evocaciones, ahora que sabía que la vista del rostro de Trilby y el sonido de su voz iban a producir una sed insaciable, una necesidad diaria, como la de un mísero y hambriento paria que carece de calor, alimento y bebida?

La inocente, inefable e inolvidable dulzura del rostro de Trilby se pintaba en su retina, y los tonos incomparables de aquella cosa nueva que era su voz, su voz infinita, sonaban en su cabeza hasta hacerle casi gritar. Luego la venenosa y delirante dulzura de aquellos besos:

«by hopeless fancy feigned

on lips that are for others»^[66].

Después, los horribles celos físicos, esa herencia miserable de todos los hijos artísticos de Adán, esa plaga y tormento de las imaginaciones dramáticas y plásticas que se idealizan tan bien y que ven sin embargo la realidad de un modo tan agudo... A las tres o cuatro horas de este delirio, vio que no podía más, y que le acechaba la locura. Se cubrió con la primera prenda que encontró y corrió a llamar al cuarto de Taffy.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa? —exclamó Taffy al ver entrar a Billee temblando.

—¡Oh, Taffy, Taffy! Creo que me he vuelto loco. —Y tiritando y tartamudeando de una manera incoherente, trató de decir con toda sencillez a su amigo lo que le pasaba.

Taffy, alarmado, se puso los pantalones y obligó a Billee a meterse en su propia cama, y él se sentó a su lado cogiéndole las manos.

Estaba perplejo, pues temía otro ataque como el de hacía cinco años. Pero no se atrevía a dejarlo ni un momento solo para llamar a Laird y que éste fuese a buscar a un médico. De repente Billee, ocultando la cara bajo la almohada, empezó a sollozar, y un oscuro instinto dijo a Taffy que aquello era lo mejor que podía pasarle. El muchacho siempre había sido un niño mimado. Nunca había ido al colegio y su naturaleza nerviosa, emotiva, excitable e hipersensible era la de un niño que no se sabe dominar. Todo ello contribuía a hacer de él un genio y un hombre de gran atractivo. No le vendría mal llorar a gusto después de cinco años. Al cabo de un rato Billee se tranquilizó, y dijo de repente:

—Debes de pensar que soy un niño llorón y un ser absurdo.

—¿Por qué, amigo mío?

—Por esta escena tan estúpida, pero no lo podía remediar, me volví loco. He estado pasándome por la habitación toda la noche hasta que todo me daba vueltas.

—Y yo también.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que tú.

—¿Qué?

—Yo quería a Trilby lo mismo que tú. Pero, claro, ella te prefería a ti.

—¿Cómo? —exclamó Billee otra vez—. ¿Que también querías a Trilby?

—Sí, amigo mío.

—¿Y ella, lo ignoraba, entonces?

—Oh, no, lo sabía.

—Pues nunca me lo dijo.

—No, ¿eh? Es natural, tratándose de una mujer como ella. Pues sí, lo sabía, porque le pedí que se casara conmigo.

—¿Qué dices?... ¡Demonios! ¿Cuándo le pediste que se casara contigo?

—El día que fuimos de excursión a Meudon y que comimos en casa del guarda y

que ella bailó el cancán con Sandy.

—¿Qué dices?... ¿Y qué te contestó, que no?

—Por lo visto.

—Pero ¿por qué te dio calabazas?

—Supongo que ya había empezado a quererte. «Siempre hay otro de por medio».

—¡Querirme a *mí*! ¿Preferirme a mí queriéndola *tú*?

—Pues ya lo ves, muchacho. Te parece *raro*, ¿eh? Sobre gustos no hay nada escrito. Como ella es grande, se conoce que le gustan los pequeños por la ley de los contrastes, ¿comprendes? Yo creo que ella es muy maternal y tú eres un muchachito más bien pequeño. Además eres guapo, vales y tienes inteligencia, talento y desenvoltura. Yo soy más bien un tipo más bien pesado.

—¿Ah, sí? Pues que me aspen si lo entiendo.

—Pues es así. Yo no he dicho nada nunca, como ves.

—¿Lo sabe Laird?

—No quiero que lo sepa, ni nadie más tampoco.

—Taffy, qué buena persona eres y qué caballero.



«Siempre hay otro de por medio»

—Me alegro de que me creas así. En fin, los dos estamos en el mismo barco, y no hay más remedio que conformarse. Trilby es la mujer de otro, y probablemente le querrá mucho. Es natural, después de lo que ha hecho por ella, a pesar de lo canalla que es ese individuo. Así que asunto terminado.

—¡Para mí no estará terminado nunca, nunca! ¡Dios mío! Se hubiera casado conmigo si mi madre no se hubiera puesto de por medio aconsejada por el idiota de mi tío. ¡Qué mujer! ¡Qué tesoro de sentimientos en ese corazón para poder cantar así! Y además, qué bella es, ¡como una diosa! ¡Qué frente, qué dibujo de mejillas y de barbilla, y qué colocación de la cabeza! ¿Has visto nunca cosa igual? Si yo no hubiera escrito a mi madre que me quería casar con ella, seríamos ahora marido y

mujer desde hace cinco años, viviríamos en Barbizon y yo pintaría maravillas. ¡Qué felicidad! ¡Maldita la costumbre de mezclarse en los asuntos de los demás! ¡Oh!...

—¿Ya estás otra vez con eso...? ¿Para qué atormentarse? Y además... Para mí las cosas tampoco fueron fáciles, piénsalo. Y ahora la cosa no mejora, créeme.

Hubo una larga pausa.

Luego Billee dijo:

—Taffy, no puedo decirte lo que siento por ti. Todo lo bueno que he pensado de ti siempre, y bien sabe Dios que ha sido mucho, no es nada para lo que voy a pensar de aquí en adelante.

—Está bien, pequeño. No te preocupes...

—Y ahora ya estoy más tranquilo. Me voy a la cama, hasta mañana. Muchas gracias por todo. No sé cómo expresártelo.

Y Little Billee, casi tranquilizado del todo, se volvió a su cuarto al despuntar el día.

Séptima parte

*The moon made thy lips pale, beloved
The wind made thy bosom chill,
The night did shed
On thy dear head
Its frozen dew, and thou didst lie
Where the bitter breath of the naked sky
Might visit thee at will*^[67].

A la mañana siguiente, nuestros amigos se levantaron tarde y desayunaron en sus habitaciones.

Los tres habían pasado la noche en blanco, incluso Laird, que había dado mil vueltas entre las sábanas hasta el amanecer, excitado por la maravillosa reencarnación de Trilby y perplejo por la duda de si era o no ella.

Le perseguían los tonos de su voz, aquella voz tan cruelmente dulce que rasgaba el silencio con un sonido tan nuevo, tan seductor y tan tierno y que atravesaba el corazón haciendo que el deseo de volverlo a oír se convirtiese en una nostalgia casi dolorosa: ciertos fragmentos, compases y frases musicales que había cantado tan acertadamente eran maravillosos por la fluidez de su ejecución; por ciertas fragancias exóticas, súbitas y ardientes; por su ternura, su gracia y por la profundidad de sus aspiraciones. Su voz estaba llena de inesperados cambios que pasaban de la gravedad a la alegría, de la esperanza a la suavidad, de los fragosos clamores metálicos a las suavidades del oro; de toda esa variedad de sonidos que el hombre trata en vano de arrancar a la Naturaleza por medio del viento, las lengüetas y las cuerdas de los instrumentos musicales. Esta nueva modalidad de Trilby repercutía durante toda la noche en el cerebro de Laird, que era de naturaleza muy musical, siéndole imposible conciliar el sueño.

*«And when we dwell upon a word we know
Repeating, till the word we know so well
Becomes a wonder, and we know not why»*^[68].

Laird estaba obsesionado con la melodía de *Ben Bolt*, que se repetía en su cabeza una y otra vez, fatigadamente, impulsándole con nuevas, extrañas, insospechadas y enloquecedoras bellezas que jamás había soñado que existieran en la tierra.

Trilby se había convertido en un prodigio sin que él supiera por qué.

Los tres pasaron el resto de la mañana en el Louvre tratando de interesarse por las *Bodas de Caná*, la *Mujer en el pozo*, el *Hombre del guante* de Van Dyck, una *Menina* de Velázquez y la sonrisa de la Gioconda. Pero todo fue en vano. No había otra cosa digna de verse en París más que Trilby con su vestido de oro, ni existían otras meninas en el mundo, ni ninguna sonrisa como la suya, cuando brotaban de su

garganta las notas del *Impromptu* de Chopin. Les quedaba poco tiempo de estancia en París, y a toda costa tenían que volver a beber en aquella sabatina fuente. Acudieron al Cirque des Bashibazoucks y se encontraron que todos los asientos estaban adquiridos desde hacía días y aun semanas, por lo que tuvieron que renunciar a satisfacer su sed.

Se fueron a almorzar con escaso apetito; charlaron sin animación, y leyeron lo que decían los críticos en los diarios de la mañana sobre el debut de la Svengali. Era aquél un coro de enloquecidas aclamaciones, un cúmulo de frenéticos elogios en todos los tonos. Nada era bastante para satisfacer su entusiasmo. Necesitaban inventar palabras nuevas, un nuevo lenguaje.

Más tarde quisieron dar un paseo, pero no se les ocurrió ninguno adonde ir lo bastante atrayente en todo París —aquel inmenso París donde habían pensado ver tantas cosas que temían que no les bastase con una semana—. Leyendo en un periódico que la banda de los «Guides Imperiales» iba a tocar aquella tarde en el Pré Catelan del Bois de Boulogne, se decidieron a ir hasta allí a pie, para volver más tarde a tiempo de cenar con los Passefil, una fiesta gastronómica que no prometía ser muy divertida, pero que les serviría para matar el tiempo puesto que no podrían volver a oír a Trilby.

Antes de entrar en el Pré Catelan, vieron una gran cantidad de coches de alquiler, carrozas y particulares, y caballos ensillados con sus grooms. Parecía como si hubiese llegado la sensación de París. Entraron y se pasearon de un lado a otro, escuchando la banda, que tenía mucha fama (había dado conciertos en el Crystal Palace de Londres). Los tres amigos deambulaban por el lugar, observando y estudiando la naturaleza humana, o tratando de estudiarla.

De repente, vieron sentado, junto a tres señoras (una de las cuales iba vestida de luto), a un joven oficial de los Guides, muy elegante, todo de rojo, verde y dorados. Y en el tal oficial reconocieron a su antiguo amigo Zouzou. Se inclinaron, y él, reconociéndoles en seguida a su vez, se levantó de un salto acercándose a ellos y les saludó muy cariñosamente, sobre todo a su viejo amigo Taffy, al que llevó hacia su madre, que era la señora que vestía de luto. También le fueron presentadas las otras damas. La más joven era, algo inhabitual en sus compatriotas, terrible, patéticamente fea. Tanto, que sería brutal acometer la tentadora tarea de describirla. Se trataba de la señorita Lavinia Hunks, la célebre millonaria norteamericana. La tercera mujer del grupo era su señora madre. Entonces el simpático Zouzou volvió con sus otros dos amigos y se dedicó a charlar animadamente con Laird y Little Billee.

Zouzou, de alguna manera sutil e indefinible, se había transformado en un duque.

Por de pronto tenía un aspecto muy distinguido con su precioso uniforme los Guides y se mostró extremadamente amable y simpático.

Preguntó con mucho interés por las señoras de Bagot y rogó a Little Billee que las saludase en su nombre cuando las viese. También le dijo, muy cariñosamente, cuánto se alegraba de comprobar que la salud de Little Billee se había fortalecido. (Sin

embargo, lo cierto es que éste parecía un fantasma, de puro pálido y ojeroso después de la mala noche que había pasado...).

Hablaron de Dodor. Zouzou les dijo lo mucho que quería a Dodor y lo mucho que le querría siempre, pero al parecer Dodor había cometido una equivocación al dejar el Ejército para entrar en el mundo del comercio al por menor. Se había equivocado de todas, propiciando su propia decadencia. Debía de haberse quedado en los Dragones, puesto que con un poco de paciencia y buena conducta, hubiera ganado unas charreteras y entonces podrían haberle arreglado una buena boda, ya que era «un guapo mozo», buen tipo y bien nacido. Les dijo además que Rigolot era apellido de gran importancia en Poitou, y que Lafarce también estaba muy bien.

Costaba creer que aquel pulido y discreto joven del gran mundo, que adoptaba cierto aire protector, fuese el mismo redomado juerguista que había corrido a cuatro patas por la rue Vieille des Trois Mauvais Ladres en busca del sombrero de Billee, para traerle luego en la boca... ¡el perro *Sombrelier*!

Lo que no sabía Billee era que *monsieur* le Duc de la Rochemartel-Boisségur acababa de hacer las delicias en una selecta, restringida y augusta cena imperial en Compiègne con esa misma historia, sin omitir ni un solo detalle de su participación en la aventura, de la que había hecho una conmovedora y simpática descripción del «lindo pintor inglés que se llamaba Litrebili, que no se sostenía sobre las piernas y que lloraba de amor fraterno en los brazos de su camarada Dodor».

—¡Ah, *monsieur* Gontran; lo que yo daría por haberle visto! —le había dicho la primera dama de Francia—; uno de mis zuavos a cuatro patas, en plena calle, con un sombrero en la boca. ¡Oh, eso es impagable!

Zouzou reservaba esos recuerdos de su vida bohemia solamente para el círculo imperial, con quien le acusaban de querer congraciarse. Entre los irreductibles, sobre todo dentro de los estrechos límites del noble círculo Faubourg (que se mantenía a distancia del círculo de las Tullerías) era considerado un hombre serio y caballeroso, como lo había sido su hermano, y, según su ingenua madre, «de ideas serias y muy bien visto en Frohsdorf y en Roma».

«Se le hubiera dado la comunión sin confesión», tal como decía de Billee *madame* Vinard. Según su mamá, sólo con verle le hubieran absuelto de todo pecado y dado en efecto la comunión.

No presentó a su madre ni a las señoras de Hunks a Laird ni a Billee; ese honor estaba reservado solamente para el de «Sangre Azul»; tampoco les preguntó dónde se hospedaban, ni les invitó a ir a su casa, pero al despedirse les habló del inmenso placer que había sentido volviendo a verles, y de la esperanza que tenía de poder saludarles algún día en Londres.

Mientras los tres amigos volvían a pie hacia París, dejó Taffy traslucir que había sido invitado por *madame Duchesse mère* («mamá duquesa», como la llamaba Zouzou) a cenar al día siguiente con las señoras de Hunks en un piso amueblado que habían tomado en la Place Vendôme, pues les habían alquilado a las señoras de

Hunks el Hôtel de la Rochemartel que estaba en la rue de Lille. Se habían visto obligados a poner en alquiler el Château de Boisségur a *monsieur* Despoires o «des Poires» como había decidido ponerse en las tarjetas de visita, famoso fabricante de jabón; «un hombre muy honrado, según dicen», y cuyo único hijo, digamos de paso, se casó poco después con *mademoiselle* Jeanne-Adelaide d’Amaury Brissac Roncesvaux de Boisségur de La Rochemartel.

—Estamos pasando malos tiempos en casa —había dicho patéticamente la vieja duquesa a Taffy, dándole a entender también que las cosas mejorarían, sin duda, si su hijo se casaba con la señorita Hunks.

—¡Dios mío! —exclamó Billee al oír esto—. ¿Ese espantajo vestido de azul? ¡Pero si es contrahecha, bizca y además de enana parece idiota! El que se case con ella es un sinvergüenza. Mientras haya piedras que picar y caminos donde hacerlo, un hombre normal que se case con una mujer así, a no ser que lo haga por compasión y por bondad, deshonra e insulta a sus antepasados, e inflige tal daño a sus descendientes que nada ni nadie podrán hacer cosa alguna para redimirlo después. ¡Debiera negársele el saludo y enviársele al manicomio o a la cárcel de Coventry, al presidio con cadena perpetua! Debiera crearse un infierno especial para él cuando se muera, debiera...

—¡Cállate! Eres un rufián y un blasfemo —dijo Laird—. No sé dónde crees que vas a ir tú con esos buenos sentimientos. ¡Y qué sería de tus magníficos ducados del siglo XII, con cien metros de fachada trasera frente al Louvre, a orillas de un histórico y majestuoso río, y de la docena de históricos y resplandecientes apellidos, aunque sin dinero para conservarlos, si te hiciéramos caso! Estaríamos bien si todos pensasen como tú. —Y al llegar a este punto Laird hizo su inevitable guiño histórico.

—¡Que se vayan a paseo los ducados del siglo XII! —exclamó Taffy con gran seriedad, como tenía por costumbre—. Little Billee tiene razón y Zouzou me da asco. Además, ¿por qué se casa ella con él? No es por guapo, supongo. Ella es tan culpable como él. Está dispuesta a ser su cómplice deliberadamente *particeps delicti*, culpable por instigación y ayuda forzosa. Esa mujer no tiene derecho a casarse, merecía que la emplumasen y que la pusieran bajo rejas, y a él también. Y para *Maman Duchesse* otro tanto. Yo creo que por eso no he aceptado la invitación a cenar. Y ahora vamos nuestra cita con Dodor... Por lo menos su novia no se casaría con él por un ducado o por su dinero, sino por su cara bonita. Y si los futuros Rigolot no resultan tan guapos ni tan agradables como su padre, probablemente tendrían otras buenas cualidades que él no tiene. Hay margen para ello, a Dios gracias...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —Aplaudió Billee, que se sentía impertinente cuando Taffy se ponía declamatorio—. Bebamos a su salud, caballero. Tengo el gusto de beber en honor de su preciosa oratoria. No lo habría dicho un servidor mejor... ¿Qué se beberá para celebrar semejante música celestial?

Al poco tiempo reanudaron su paseo en silencio, meditando en las contradicciones de la vida e imaginando a los monísimos Wynnes, Bagots o

M'Allisters que hubieran venido a este decadente mundo para regenerarlo, si cierta magnífica y afortunada griseta, singularmente dotada..., etc., etc., etc.

Las señoras de Hunks pasaron cerca de ellos en una espléndida calesa azul de *huit-ressorts*. Maman Duchesse también les adelantó en un coche de alquiler, y Zouzou les adelantó a caballo; todo París pasó a su lado, pero no les impresionó gran cosa y reconocieron que el panorama no podía compararse con Hyde Park durante la season en Londres.

Al llegar a la place de la Concorde, la tarde había alcanzado esa exquisita hora de los hermosos días de otoño, cuando las bellas ciudades bien alumbradas empiezan a iluminarse con las luces de las tiendas y de las calles. Los focos relucen entre los árboles, aunque aún es de día, culmen de la alegría pues. Aquella tarde, como queriendo festejarla, salió la luna en cuanto se puso el sol, una luna amarilla que trepaba sobre el este de París, y asomaba temblorosa entre las chimeneas de las Tullerías.

Los tres amigos se detuvieron para ver pasar el desfile de coches de punto ya de regreso, como solían hacerlo años antes. Todo París pasaba, y todo París es mucho París.

Se detuvieron entre una fila de transeúntes tan curiosos como ellos. Little Billee se apostó delante, ya en el paseo.

Al poco rato vieron acercarse un precioso coche abierto, más magnífico aún que el de las Hunks, con libreas y arneses resplandecientes y bastante pretenciosos; la verdad sea dicha: casi napoleónicos.

Recostados sobre los almohadones iban *monsieur et madame* Svengali, él con su ancho sombrero de fieltro que cubría sus rizos negros, envuelto en ricas pieles y fumando un cigarro habano.

A su lado, la Svengali, también cubierta de pieles de martas y cibelinas, y con un gran sombrero de terciopelo negro sobre su pelo castaño claro, que llevaba recogido en un enorme moño caído sobre la nuca. Sus mejillas aparecían pintadas y empolvadas y los ojos sombreados parecían mucho mayores de lo que eran en realidad; pero a pesar de estar desfigurada era una visión magnífica y causaba sensación entre el público al acercarse el coche lentamente.



«Maman Duchesse»

Billee tenía el corazón en un puño. Observó que Svengali le había visto y que le decía algo a Trilby. Ella volvió la cabeza hacia el muchacho y lo mismo hizo Svengali, y los dos le miraron. Billee se inclinó. Trilby le miró, con una fría y desdeñosa mirada, pero no le saludó; lo mismo hizo Svengali.

Cuando pasaban, el muchacho les oyó reírse burlonamente; ella con una aguda y descarada risa, digna de una tabernera londinense. Billee se quedó helado; le pareció que todo a su alrededor daba vueltas.

Laird y Taffy habían observado la escena sin perder detalle. Los Svengali no les habían ni mirado. Laird dijo:

—Podría jurar que ésa no es Trilby. Trilby no hubiera podido hacer eso. Además, es totalmente distinta. Estoy seguro de que no es ella.

Taffy estaba también tan sorprendido que dudaba. Entre los dos cogieron a Billee y se lo llevaron hacia los bulevares. El desdichado estaba tan desmoralizado que no quería ir a cenar a casa de Passefil. Deseaba regresar a Inglaterra inmediatamente. Echaba de menos a su madre, como cuando siendo niño le ocurría algún contratiempo y ella no estaba en casa. Quería echarse en sus brazos para ser consolado por ella y para que también ella se consolase a su vez. Su inmenso amor por su madre había vuelto a renacer en él, aumentado por el caudal de todos los «pagos atrasados» en materia de desamor; con él le volvió también todo su amor por su hermana y por su viejo hogar.

Cuando regresaron al hotel para vestirse (Dodor les había rogado que se pusieran de punta en blanco para impresionar a su futura suegra), tuvieron que luchar y discutir con Billee, que se había puesto intratable. Así que para conseguir que se vistiera y fuese a la cena, tuvo Taffy que prometerle que al día siguiente se marcharía con él a Devonshire, donde pasarían una temporada.

El bueno de Taffy sólo vivía de afectos, aunque no tenía muchos: Laird, Trilby y Billee.



«Estoy seguro de que no era ella»

Trilby no estaba ya a su alcance, y Laird era lo bastante fuerte e independiente para valerse por sí solo. Por eso Taffy había decidido concentrar todas sus facultades afectivas y protectoras sobre Little Billee, y estaba dispuesto a cargar con todas las responsabilidades que su joven e instintiva paternidad le trajese. Varias causas le impulsaban a ello.

En primer lugar, Billee había podido hacer siempre con facilidad y mejor que nadie en el mundo las cosas que precisamente mejor hubiera querido hacer Taffy. Esto producía en Taffy una reverencia constante hacia él, y una admiración que no hubiera podido expresar con palabras.

En segundo lugar, Billee era pequeño de cuerpo, débil e incapaz de dominarse. Era, además, generoso, amable, afectuoso y transparente como el cristal, sin un gramo de presunción ni de egoísmo, y tenía el don de divertir e interesar con su conversación, que era franca y sincera y nunca fatigaba. Aun sus silencios eran agradables, pues su interlocutor sentía la seguridad de su amistad; así que no había sacrificio, por grande que fuese, que el bueno de Taffy no estuviese dispuesto a hacer por Little Billee. Por otra parte, bajo la superficial iracundia de Taffy y la gravedad que aportaba a todas las cosas pequeñas, y bajo su inocente vanidad de hombre fuerte, poseía una paciencia inagotable, una verdadera humildad y robustez de juicio, una sinceridad tan absoluta y una tan consumada afabilidad, que le convertía en el mejor amigo sobre quien apoyarse toda la vida. Añadamos a esto su aspecto fornido, su gran estatura, la postura de gladiador de su cabeza pequeña y redonda sobre el

cuello poderoso que descansaba sobre sus anchos hombros; su pecho musculoso y desarrollado, su esbelta cintura, sus firmes tobillos y muñecas, y todas aquellas formas suyas atléticas, atrevidas y completamente rematadas, y aquella fácil gracia de su fuerza que hacía que sus movimientos fueran un deleite para los ojos, y que toda la ropa le sentase bien. Estas cualidades físicas eran un gozo para los sagaces ojos del esteta que le miraba.

Poseía además una manera tan seria, solemne y cariñosa de doblar los hierros de la chimenea con el cuello y romperlos sobre su brazo, para saltar tan alto como su estatura, para levantar butacas en vilo por una pata... ¡y tantas otras cosas de ese estilo!

Little Billee estaba siempre dispuesto a aceptar cualquier sacrificio de Taffy, fuera grande o pequeño, como la cosa más natural del mundo: tributo natural de la fuerza física al genio.

Par nobile fratrum pues, una amistad bien elegida y bien compensada, destinada a vivir largos años.

El banquete familiar en casa de *monsieur* Passefil hubiera sido muy aburrido sin la presencia del irresistible Dodor y de Laird, quien, saliendo a la palestra, se superó a sí mismo en animación, chistes y excentricidades, machacando el acento y la gramática francesa a voluntad.

Monsieur Passefil también era gracioso a su manera. Tenía la típica jocosidad campechana y jovial que suele ser patrimonio del burgués acomodado y entrado en años en todas las partes del mundo, siempre y cuando no sea pomposo (porque a veces las dos cosas coinciden).

Madame Passefil no era tan dada a la broma. La impresionaban demasiado el esplendor aristocrático de Taffy, la melancolía romántica y el refinamiento de Billee, así como la distinción y serena dignidad de los tres amigos. *Madame* Passefil llamaba siempre a Dodor *monsieur* de Lafarce, aunque el resto de la familia y uno o dos amigos que estaban entre los invitados le llamaban *monsieur* Théodore y se le conociera oficialmente como *monsieur* Rigolot.

Cuando *madame* Passefil se dirigía a él de esta manera aristocrática (lo que ocurría muy a menudo), Dodor, con disimulo, guiñaba un ojo a sus amigos y parecía divertirse mucho.

Mademoiselle Ernestine estaba demasiado enamorada para hablar, y se extasiaba ante *monsieur* Théodore, al que no había visto nunca de frac. Hay que reconocer que Dodor llevaba muy bien la etiqueta y parecía más educado aún que Zouzou. Naturalmente, la idea de ser la futura *madame* de Lafarce y la futura dueña de aquel marido tan presentable, era bastante para trastornar el seso de una cabecita burguesa, incluso aun más asentada que la de *mademoiselle* Ernestine.

No era hermosa pero si sana, bien educada y, al parecer, de un natural dulce, bueno y amable: una ingenua recién salida del convento, y sin duda alguna inocente como una niña. Se veía que Dolores iba a casarse mejor y a hacer más por su raza que

el señor Duque. Los futuros e inocentes «Dodorcitos» no tenían nada que temer.

Después de la cena pasaron todos a un bonito salón que daba sobre el *boulevard*, donde se podía fumar y se tocaba música. *Mademoiselle* Ernestine ejecutó laboriosamente *Las campanas del monasterio* (de *monsieur* Lefébure-Wély, si no me equivoco). Es la pieza de música más burguesa que conozco.

Luego Dodor, con su dulce voz de tenor que hacía tan patética, cantó inocentes *canzonetas* francesas, de las que poseía un inagotable repertorio. Le acompañaba concienzudamente al piano su futura esposa bajo la emocionada satisfacción de su también futura familia, que casi derramaba enternecidas lágrimas con gran regocijo de Laird, al que Dodor guiñaba un ojo poniéndose el índice junto a la nariz, como Noah Claypole en *Oliver Twist*.



«Ejecutó Las campanas del monasterio laboriosamente»

Se habló de la sensación del día, de «La Svengali», como es natural, pero nuestros amigos no consideraron necesario revelar que se trataba de «la gran Trilby», pues ya llegaría a saberse sin su cooperación.

En efecto, antes de una semana los periódicos no hablaban de otra cosa.

Madame Svengali, «la gran Trilby», era única hija del honorable y reverendo *sir* Lord O’Ferrall. Había huido de sus bosques nativos y de las solitarias marismas de Dublín para llevar una vida libre y fácil entre los artistas del Quartier Latin de París... ¡una vida de bohemia!

«Era Venus Anadiomena de la cabeza a los pies», «blanca como la nieve, con un volcán en el corazón». «Se podían obtener vaciados de sus pies en la rue de la Souricière Saint Denis», en casa de Brucciani (que hizo fortuna con ellos).

Monsieur Ingres había pintado su pie izquierdo en la pared de un estudio de la Place St. Anatole des Arts, y un escocés excéntrico (el conde de Pencoek) había comprado el edificio donde estaba el estudio, arrancado el trozo de muro sobre el que estaba pintado el pie y lo había mandado trasladar a su castillo de Edimburgo.

Esto, desgraciadamente, no era verdad. Fue imposible satisfacer los deseos de Laird por la mala calidad de la pared, y el conde de Pencoek (según la versión de

madame Vinard del apodo de nuestro Sandy) tuvo que renunciar a su adquisición.

A la mañana siguiente nuestros amigos se preparaban para abandonar París. Hasta Laird estaba ya harto y deseaba volver a su trabajo: un cuadro que titulaba *Hari-Kari en Yokohama*, aunque seguramente no conocía el Japón, como le sucedía a casi todo el mundo en aquella época.

Acababan de desayunar y estaban sentados en el *hall* del hotel, que estaba lleno de gente, como siempre.

Billee se dirigió a la oficina de correos para mandar una carta a su madre. Sentado de medio lado, junto a una mesa, estaba Svengali leyendo su correo. No había nadie en la sala más que él, Billee y dos empleados. Svengali levantó la cabeza. Estaban al lado el uno del otro. Billee, medio temblando, le alargó a medias la mano, pero la retiró presto al ver la expresión de odio que surgió de la mirada de Svengali.

Éste saltó de la silla, y juntando las cartas, salió de la sala. Y al pasar junto a Billee le llamó «*verfluchter Schweinhund*^[69]», escupiéndole en la cara.

Billee se quedó paralizado por un segundo. Luego salió corriendo detrás de Svengali, le alcanzó a la entrada del hotel, en lo alto de las escaleras de mármol y entonces lo empujó. Hizo que rodara su sombrero y rodaron también las cartas.

Svengali, volviéndose, le dio a Billee un golpe en la boca que le hizo sangrar, pero Billee siguió pegándole como una fiera, aunque sin gran resultado, porque el músico medía casi dos metros.

La gente se arremolinó alrededor de ellos. Entre el público había un majestuoso anciano del calzón corto y la cadena de oro que gritaba:

—¡Pronto, pronto! ¡Un comisario de policía!

El grito resonó en todos los ámbitos del establecimiento.

Taffy vio la pelea y gritando: «¡Bravo, pequeño!» corrió hacia su amigo apartando toda la gente a su paso. Billee, que sangraba, le dijo tartamudeando:

—Me ha escupido en la cara, Taffy. Yo ni siquiera le dije ni una palabra. ¡Te lo juro!

Svengali no había contado con Taffy, y palideció al verle.

Taffy, que llevaba puestos unos guantes de piel, alargó la mano derecha y con gran habilidad cogió la nariz de Svengali entre sus dos grandes dedos, dio un tirón que casi se la arrancó, y sin soltarla le sacudió la cabeza de atrás adelante y de izquierda a derecha retorciéndole la nariz mientras Svengali, tratando de defenderse, se colgaba de su muñeca con todas sus fuerzas. Entonces Taffy le soltó la nariz y le propinó una formidable bofetada en la mejilla derecha. Hay que advertir que una bofetada de Taffy, aun en broma, era una cosa muy seria, según me han contado.

Svengali dio muchos más resoplidos que Billee y se quedó sin habla durante un rato. Luego gritó:

—¡Cobarde! ¡Grandísimo cobarde! ¡Le mandaré mis testigos!

—A sus órdenes —replicó Taffy en perfecto francés, y sacando su cartera le entregó su tarjeta siguiendo las reglas del lugar y añadiendo—: estaré aquí hasta

mañana a las doce, pero ahí están mis señas de Londres por si me necesita también allí. Lo siento, pero eso de escupir no se hace, ¿lo sabe usted? Cuando me llame, acudiré aunque esté en la otra punta del globo.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo un señor de alguna edad y de aspecto militar que presenciaba encantado la reyerta.

Y sacando una tarjeta se la dio a Taffy, por si podía serle útil. Realmente era muy divertido presenciar con qué fácil, rítmica y suave espontaneidad improvisaba Taffy aquellos pequeños juicios sumarísimos, sin apresurarse, sin precipitarse y sin alterarse, sin un gesto torpe ni discordante; parecía la poesía misma de la violencia, ¡casi su única excusa!

Valiese poco o mucho, era un don que poseía Taffy que nunca le fallaba.

Cuando llegó el comisario de policía todo había terminado. Svengali se había marchado ya en un coche de punto, pero Taffy se puso a la disposición del comisario. Entraron en la oficina de correos y debatieron del asunto con el viejo militar y el mayordomo vestido de terciopelo negro y los dos empleados que habían presenciado el primer insulto. Lo único que tuvieron que hacer Taffy y sus amigos, por el momento, fue dar sus nombres, apellidos, títulos, edad, señas, nacionalidad, profesión, etcétera.

—Este asunto se arreglará de otra manera y en otro sitio —dijo el señor de aspecto militar. Era el general conde de la Tour-aux-Loups.

De esta manera acabó el asunto, pero durante todo el día una insana alegría ardió en los ojos azules y coléricos de Taffy. No es que deseara agraviar al marido de Trilby, ni que quisiera hacerle ningún daño físico. En absoluto. Pero se alegraba de haberle dado una lección de buenos modales.



«Pronto, un comisario de policía»

Ni por un momento se le ocurrió que Svengali pudiera hacerle daño a él. Además, no creía que Svengali se batiera, y en esto tenía razón.

Durante todo el día sintió la impresión de la larga, gruesa y ganchuda nariz del hebreo estirada entre sus nudillos enguantados, y recordó con fruición los retorcidos tirones con que le había obsequiado. Toda la jornada estuvo rumiando aquel delicioso

recuerdo, hasta que la reflexión trajo el remordimiento, y acabó arrepentido, pues era el hombre más pacífico del mundo, a pesar de su gran fuerza. Fue sólo la visión de la sangre de Little Billee, que su desigual antagonista había hecho correr, lo que había despertado su espíritu batallador. Desde luego nadie acudió de parte de Svengali a pedir los nombres de los padrinos de Taffy, de modo que Dodor, Zouzou y el general conde de la Tour-aux-Loups no fueron molestados, y nuestros mosqueteros se volvieron a Londres limpios de sangre, intactos de cuerpo y hartos de París.

Billee se dirigió a Devonshire y allí estuvo con su madre y su hermana hasta Navidad. Taffy se fue con él y se hospedó en la posada del pueblo.

La noche que llegaron, después de que Billee, que estaba muy cansado, se hubo marchado a la cama, fue Taffy el que habló a la señora Bagot de la Svengali sin desvelar del todo su personalidad.

—¡Dios mío! —exclamó la pobre señora Bagot—. ¡Pero si ésa es la nueva cantante que esperan en Londres! Hoy viene un artículo sobre ella en el Times. Dicen que es una maravilla y que nadie se la puede comparar. ¡No es posible que sea la misma *miss O’Ferrall* que yo conocí en París!

—Parece imposible, pero yo estoy casi seguro. Y su Willy no lo ha dudado ni un momento. Sin embargo, M’Allister dice que no es ella.

—¡Qué disgusto! Por eso está mi pobre Willy tan contrariado y desmejorado. Ya estamos otra vez como antes. ¿Cantaba cuando la conocieron en París?

—No era capaz de entonar ni una sola nota. Y cuando trataba de hacerlo, la escena era grotesca.

—¿Sigue tan guapa?

—¡Oh, sí! Sin duda alguna. ¡Está más guapa que nunca!



«¡Lo hará por mera diversión, señor Wynne!»

—¿Es cierto que canta tan bien? Recuerdo que hablando tenía una voz preciosa.

—¿Que si canta bien? Nunca oí nada tan maravilloso. Grisi, Alboni, Patti..., ninguna puede compararse con ella.

—¡Dios mío! Tiene que ser una mujer irresistible, pero lo que me choca es que no esté usted enamorado de ella. ¡Qué terribles son esas sirenas que destruyen la paz de las familias!

—No olvide que cedió inmediatamente a una sola palabra de usted, y que quería mucho a Willy. Entonces no era una sirena.

—¡Oh, sí!, es verdad, se portó muy bien. Cumplió con su deber, no puedo negarlo. Tiene usted que tratar de perdonarme, señor Wynne, aunque yo no puedo perdonarla a ella. ¡Aquella enfermedad de Willy!, ¡aquella terrible temporada de París!

La señora Bagot se puso a llorar, y Taffy perdonó.

—Oh, señor Wynne, esperemos de todos modos que todo esto no sea más que un malentendido, y que sea simplemente alguien que se le parece... ¡Tiene que cantar en Londres después de Navidad! La flojera de mi hijo no hará sino aumentar. ¿Y qué deberé hacer en ese caso yo?

—Pues verá usted, ella es la esposa de otro hombre, con lo cual la fascinación de Willy está abocada a consumirse por sí misma, en cuanto haya reconocido este hecho importante. Además, ella lo ninguneó en los Campos Elíseos cuando se vieron, y al día siguiente, su marido y Willie tuvieron un altercado en el hotel y se dieron de lo lindo, todo lo cual no presagia precisamente una intimidad mayor de cara al futuro, en mi opinión.

—¡Oh, señor Wynne! ¡Mi hijo pegándose con un hombre de cuya mujer está enamorado! ¡Dios mío!

—No se apure, tenía razones. Ese individuo lo insulto groseramente, y Willy, que no se acobardó, le dio lo suyo y pudo con él. Yo estaba allí y lo vi todo.

—Pero ¿y no intervino usted?

—Ya lo creo. Intervino todo el mundo. Y no pasó nada. No se rompió ningún hueso por ninguna de las dos partes, ni hubo visitas de padrinos, ni espadas ni pistolas...

—¡Gracias a Dios!

Al cabo de una semana Billee mejoró, al parecer, y pintó numerosos estudios, marinas, rocas y acantilados. Taffy estaba al lado suyo, pintando, y se sentía satisfecho. El vicario hizo las paces con Willy y simpatizó con Taffy cuyo primo, *sir* Oscar Wynne, había estado con él en la Universidad, con lo que el buen vicario no perdió ocasión de ser hospitalario y amable con él. Su hija se hallaba en Argel.

Todas las familias nobles y distinguidas de la comarca, incluyendo al «viejo y querido marqués» (uno de cuyos hijos había servido en el mismo regimiento de Taffy), se dedicaron a obsequiar con amable hospitalidad a los dos pintores, y Taffy se consagró a este deporte con entusiasmo, convirtiéndose en un personaje popular. Pasaron muy bien las Navidades, aunque su alegría no fuera escandalosa.

Después de las fiestas, Billee se empeñó en volver a Londres para pintar un cuadro destinado a la Royal Academy, y Taffy se fue con él. Dejaron tras de sí una gran tristeza, en casa de la señora Bagot, y tristes presentimientos en el corazón maternal de su dueña.

Todos, altos y bajos, desde la familia hasta la nobleza, pasando por los pequeños pescadores del muelle con sus mujeres y sus niños, echaron de menos a los dos simpáticos pintores, que eran amigos de todos y dibujaban unos cuadros tan bonitos inspirándose en aquella costa tan maravillosa.

La Svengali había llegado a Londres. Su nombre estaba labios de todos, su fotografía en todos los escaparates. Iba a cantar en la sala de *Monsieur J.*, donde se celebraría un monstruoso concierto la siguiente semana. Debía de haber cantado antes, pero había ocurrido un incidente; un disgusto entre *monsieur* Svengali y su primer violín, que era un personaje muy importante.

Como venía resultando habitual últimamente, un gran gentío se agolpaba en los escaparates de la Compañía Estereoscópica de Regent Street, para contemplar clichés de diferentes formatos de *madame* Svengali con sus variadas indumentarias.

Era muy hermosa sin duda alguna y mostraba una expresión dulce, llena de bondad y de tristeza al mismo tiempo. Por otra parte, su distinción parecía estar pidiendo una corona imperial en lugar de la modesta de estrellas de oro que adornaba su cabeza. En uno de los retratos aparecía con un vestido de línea muy clásica, y el pie izquierdo descansando sobre un taburete en una actitud parecida a la de la Venus de Milo, con la diferencia de que la Svengali tenía las manos cruzadas en la espalda. El pie se mostraba desnudo dentro de una sandalia griega y era suave, delicado y encantador, con sus cinco finos dedos armoniosamente arqueados, el dedo gordo ligeramente separado de su vecino más alargado, delgado y aquilino. Esta fotografía es la que se vendía más.

Un hombrecillo joven que con otros dos, mucho más robustos que él, se habían abierto paso hasta la primera fila, dijo a sus amigos:

—¡Mira, Sandy, el pie! ¿Dudas *todavía*?

—No; ya no dudo. Ese pie es el de Trilby —exclamó Sandy. Y entraron en la tienda, donde hicieron buen acopio de fotografías.

—Según me han contado el altercado entre Svengali y su primer violín se produjo en un ensayo en el Teatro de Drury Lane.

Por lo visto Svengali no había vuelto a ser el mismo desde el quince de octubre anterior, día en que Taffy le retorció la nariz y le dio de bofetadas. Se había vuelto impaciente e irritable con su mujer (si es que ella era su mujer). Al parecer Svengali tenía razones para odiar cordialmente a Little Billee.

No le había visto desde hacía cinco años, desde el célebre festejo de Navidad de la Place St. Anatole des Arts en que boxearon, y aunque en aquella ocasión la nariz de Svengali también se había metido por medio y había sangrado, no era esto por lo que odiaba al pintor.

Cuando le vio en la acera de la Place de la Concorde contemplando el desfile de coches del «todo París», le conoció en el acto, y todo su odio se levantó como una llama haciendo que le negara el saludo, y haciendo que convenciera a su mujer para que hiciera lo mismo.

Al día siguiente se lo volvió a encontrar en la oficina de correos del hotel. Billee parecía pequeño, débil y aturdido, y como además estaba solo y Svengali era un judío oriental, no pudo resistirse a la tentación de escupirle en la cara, ya que no era posible estrangularle como era su verdadero deseo.

En cuanto lo hizo, se arrepintió. El muchacho había corrido detrás de él dándole golpes y puntapiés. Svengali le había golpeado haciéndole sangrar, y entonces, de repente, sin previo aviso, había aparecido en escena el temible y aborrecido cerdo de Yorkshire, el enorme filisteo inglés, el toro incontrolable, el *junker*, el *Front-de-Boeuf*, el antiguo soldado de Crimea, que siempre le había recordado a esos aristócratas de su país que arrastraban sables y hacían sonar espuelas, unos bárbaros que trataban a los judíos como si fuesen perros.

A pesar de su indiferencia por los sufrimientos de los demás, aquel músico nervioso, de un egoísmo incontenido y sensual, era hipersensible cuando el sufrimiento afectaba a su persona; un mero manojo de nervios, especialmente sensible al dolor y a los malos tratos, y que desde luego no sabía lo que era el valor físico.

La mirada severa, colérica e invencible de aquel odiado gentil venido del Norte, le había dejado acobardado un instante, y aquel violento gesto de retorcerle la nariz, y aquella enorme bofetada con la mano abierta le habían sacudido y desmoralizado tanto, que no pudo reponerse nunca.

No cesaba de pensar en ello de día y de noche, y cuando dormía, soñaba constantemente que Taffy le tiraba de la nariz y le daba de bofetadas. Se despertaba agonizando de terror, rabia y vergüenza. Todo sueño saludable había desaparecido para él.

Además, era mucho más viejo de lo que parecía, tenía casi cincuenta años... y no era fuerte. Su vida no había sido más que una larga y áspera lucha.

Sentía por su mujer, esclava y discípula, un afecto feroz y celoso que era manantial de incontables tormentos para él, pues en el corazón de Trilby que él sólo hubiera querido ocupar, estaba grabada con trazos indelebles, la imagen del pintor inglés. Y Trilby nunca ocultaba esto.

Gecko ya no amaba a su maestro. Todo su afecto perruno estaba concentrado en la discípula-esclava, a quien adoraba con fiera pasión, aunque purísima y generosa. Svengali ya sólo se fiaba de una vieja judía pariente suya que vivía con ellos, pero ésta también había aprendido a querer más a la discípula que al propio maestro.

En aquel ensayo en Drury Lane, Svengali dirigía y *madame* Svengali cantaba. Su marido la interrumpió varias veces con una cólera completamente injustificada, diciéndole en alemán que desafinaba «como un maldito gato montés». Por el

contrario, Trilby estaba cantando maravillosamente la canción *Home, sweet home*.

Al final, Svengali la golpeó varias veces en los nudillos con la batuta y ella cayó de rodillas llorando y diciendo:

—¡Oh, Svengali! ¡No me pegues! Hago lo que puedo.



El primer violín pierde la compostura

Entonces Gecko saltó sobre Svengali golpeándole en el cuello cerca de la clavícula. En la lucha se vio que el violinista empuñaba una pequeña navaja ensangrentada. Corría la sangre por el cuello de Svengali y al verla el judío se desmayó. *Madame* Svengali puso la cabeza del herido sobre sus rodillas. Parecía atontada y ausente, como una sonámbula.

Desarmaron a Gecko, pero cuando Svengali recobró el conocimiento, se lo llevaron a su casa y no se avisó a la policía para evitar un escándalo, y se echó tierra sobre el asunto.

El debut de la Svengali se retrasó una semana con gran disgusto de *monsieur J.*, pues Svengali no consintió que su mujer cantase sin él, ni la perdió de vista un minuto, ni consintió separarse de ella para nada.

La herida era leve. El doctor que atendía a Svengali opinó que su mujer se había quedado como ensimismada debido sin duda a la impresión y al disgusto. No obstante, durante la larga noche no se separó ni un momento de la cabecera del herido, al que obedecía y cuidaba como si se tratara de un perro fiel.

Cuando llegó la noche del retrasado debut, el doctor permitió a Svengali que asistiese, aunque prohibiéndole en absoluto que dirigiese. Svengali se desesperó, gritó y rabió como un loco y *monsieur J.* hizo otro tanto. *Monsieur J.* había dirigido la orquesta de Svengali en todos los ensayos durante la ausencia del maestro, una tarea fácil, puesto que la orquesta estaba tan perfectamente acordada que se conducía sola. Las piezas del programa eran en su mayoría acompañamientos de las canciones de la Svengali. El repertorio de la cantante era inmenso, y Svengali había escrito las

partituras para la orquesta con gran cuidado y precisión.

Aquella famosa noche se había dispuesto que Svengali ocupase él solo un palco frente al escenario en que iba a actuar su mujer, con el fin de que ella le viese bien. Un complejo sistema de señales fue acordado entre Svengali, *monsieur J.* y la orquesta, de manera que Svengali virtualmente dirigiese la orquesta desde el palco, si es que surgía alguna dificultad.

El día anterior, domingo, los ensayos habían demostrado que el sistema funcionaba, y la Svengali había cantado magníficamente ante el vacío patio de butacas.

Cuando llegó el lunes, todo parecía marchar a la perfección. El teatro estaba abarrotado, y la multitud era tan numerosa que resultaba difícil respirar. Sólo el palco central frente al escenario aparecía vacío. No había localidades de pie y hasta el gallinero se había ocupado todo con asientos, de a una guinea. Los llamados conciertos «de paseo» no empezarían hasta la semana siguiente.

En el centro del patio de butacas estaban sentados Taffy, Billee y Laird.

La orquesta fue colocándose lentamente y los músicos comenzaron a afinar sus instrumentos.

Todos los ojos se volvían hacia el palco vacío, y se preguntaban qué personaje regio lo ocuparía.

Monsieur J. ocupó su sitio entre grandes aplausos y se inclinó con su gesto inimitable mirando repetidas veces al palco. Luego dio unos golpecitos, levantó la batuta y la orquesta atacó la *Danza Húngara*, que obtuvo un éxito enorme. Cuando terminaron hubo una pausa. Pronto empezó a impacientarse el gallinero. *Monsieur J.* había desaparecido.

Taffy se levantó y, dando la espalda a la orquesta, miró alrededor suyo. Alguien había entrado en el palco y se asomaba para contemplar al público. Un hombre alto, pálido como un muerto, con la barba y el pelo largos y muy negros.

Era Svengali, que en seguida vio a Taffy. Éste exclamó:

—¡Dios mío! Mirad, mirad...

Entonces Billee y Laird se levantaron de sus asientos y obedeciendo la indicación de su amigo dirigieron sus miradas al palco.

Durante unos segundos, Svengali les miró fijamente. La expresión de su rostro era tan terrible, tan llena de espanto, rabia y miedo, que se quedaron petrificados. Svengali se sentó, pero sin dejar de mirar a Taffy, enseñando el blanco de los ojos y descubriendo los dientes en una sonrisa espasmódica llena de odio.



«¡Dios Mío!, mirad, mirad»

Entonces el público prorrumpió en una tempestad de aplausos y al volverse Taffy, Billee y Laird vieron aparecer a Trilby de la mano de *monsieur J.* Atravesaron la orquesta hasta las candilejas. Trilby sonreía, inexpresiva, y sus ojos se clavaban ansiosos en los de Svengali, que seguía en su palco.

Trilby saludó a derecha e izquierda, lo mismo que había hecho en París. La orquesta atacó los primeros compases de *Ben Bolt* con el que se había anunciado que se abriría el recital. Trilby seguía mientras tanto con la mirada fija a lo lejos, pero no cantaba.

Los músicos tocaron la pequeña sinfonía tres veces. Se oía a *Monsieur J.* murmurar en francés con voz ronca y angustiada:

—Pero cante usted, señora, por amor de Dios. Empiece ya. ¡Empiece!

Ella se volvió con una extraña expresión en el rostro y dijo en su mejor francés del Quartier Latin:

—¿Cantar? ¿Y para qué quiere usted que cante? ¿Cantar; el qué?

—¡*Ben Bolt!* ¡Vamos, cante usted!

—¡Ah, *Ben Bolt!* ¡Sí, ya sé cuál es! Entonces la orquesta volvió a empezar.



«Oh, don't you remember sweet Alice, Ben Bolt»

—¡Pero cómo demonios quiere usted que cante con el ruido que hacen esos músicos!

—Pero ¡Dios mío! ¿Qué le pasa, señora? —gritó *monsieur J.*

—¿Que qué me pasa? Que prefiero cantar sin esa música infernal, ¡caramba! Prefiero cantar sola.

—Bueno, pues sin música. Pero cante usted, ¡cante!

Enmudeció la orquesta, el público era presa de una enorme expectación.

Trilby miró alrededor suyo. Observó su traje y empezó a tocarlo. Luego mirando a la gran araña central sonrió tierna y sentimental. Y empezó a cantar:

«*Oh, don't you remember sweet Alice, Ben Bolt
Sweet Alice with hair so brown,
Who wept with delight when you gave her smile*»^[70].

Llegaba aquí cuando el público en masa comenzó a rugir indignado. Sonaban gritos en el gallinero, carcajadas, siseos, maullidos de gato y cacareos.

Trilby se calló y desafiando al público como una leona embravecida gritó:

—¿Pero qué les pasa? Especie de manzanas hervidas... —dijo al público en francés—. ¿Se han creído que les tengo miedo? —Y luego de repente—: ¿Pero ustedes son ingleses, no? ¿Por qué todo ese jaleo? ¿Qué he hecho yo? Quisiera saberlo...

Al formular estas preguntas tenía su voz una hondura y un esplendor extraordinarios, y sin embargo expresaba una especie de dolor que se impuso a la masa. El tumulto se aplacó por un momento.

Era la voz de un ser ultraterreno; parecía la hija ofendida de una raza más potente que la nuestra. Una voz que aunque quisiera no podría desafinar.

Entonces alguien desde lo alto gritó:

—Eres inglesa, ¿verdad? Entonces ¿por qué no cantas como debes? Lo que es voz, ya tienes bastante. ¿Por qué no afinas?

—¿Por qué no afinó? —gritó Trilby—. Yo no quiero cantar. Lo hice porque me lo pidieron. Ese señor francés del chaleco blanco fue precisamente. ¡Pero no volveré a cantar una sola nota!

—No, ¿eh? Pues que nos devuelvan el dinero, si no...

Y la multitud volvió a rugir con más fuerza que antes.

Monsieur J. gritó a través de la sala.

—¡Svengali! ¡Svengali! ¿Qué es lo que tiene su mujer? ¡Se ha vuelto loca!

Trilby, en efecto, había tratado de cantar *Ben Bolt* a su manera, como solía hacerlo en el Quartier Latin. Pero fue la ejecución más lamentable y más grotesca que jamás emitió garganta humana.

—¡Svengali! ¡Svengali! —gritaba el pobre *monsieur J.* gesticulando hacia el palco en que el músico permanecía sentado contemplando impassible la escena, mientras en su boca se dibujaba su sardónica sonrisa, con su rictus de odio y de venganza triunfadora, como si dijera:

—¡Ahora soy yo el que se ríe de vosotros!

Taffy, Laird y Billee, y con ellos el teatro entero, miraban absortos a Svengali. Se habían olvidado de su mujer.

Trilby, con mirada vacía, contemplaba la sala, la lámpara que colgaba del techo, a *monsieur J.*, a Svengali, que seguía en su palco, a la gente de las butacas y del gallinero, a todo y todos, en fin, sin dejar de sonreír como si la ruidosa escena le divirtiese mucho.

«¡Svengali! ¡Svengali! ¡Svengali!»

El teatro entero lo tronó y gritó en tono de mofa y *monsieur J.* se llevó a *madame Svengali* en estado completamente dócil. La terrible figura de Svengali continuaba allí, con su horrible sonrisa, contemplando inmóvil la retirada de su mujer.

Todas las miradas se volvieron de nuevo hacia él. El público vio que *monsieur J.* entraba en el palco con un gendarme y otros dos o tres hombres, uno de ellos en traje de etiqueta. *Monsieur J.* corrió las cortinas y unos minutos después apareció en el escenario e inclinándose y saludando al público, pálido como un muerto, reclamó silencio. Tenía a su lado al caballero con traje de etiqueta y este señor explicó que había ocurrido una cosa terrible: *Monsieur Svengali* había fallecido repentinamente en el palco de una apoplejía o acaso de un ataque al corazón, y su mujer, que indudablemente lo había visto desde el escenario, había perdido al parecer el juicio, lo que explicaba la extraordinaria escena que habían presenciado. Añadió que se devolvería el dinero de las entradas en las puertas y suplicaba al público que se dispersara lo más silenciosamente posible.

Taffy, seguido de sus amigos, se abrió camino a la fuerza hasta una puerta que sabía que daba a escenario. Laird no dudaba ya sobre la identidad de Trilby; de aquella Trilby por lo menos.

Taffy golpeó y sacudió la puerta hasta que le abrieron. Entregó su tarjeta al hombre que les cerró el paso tras ella, diciendo que él y sus dos compañeros eran viejos amigos de *madame Svengali*, y que tenían que verla al momento.

El hombre quiso darles con la puerta en las narices, pero Taffy pasó con sus amigos y la cerró sobre la multitud insistiendo en que quería ver a *monsieur J.* inmediatamente. Y se mostró tan autoritario y era tan fuerte y tan elegante que el empleado le obedeció.

Tras pasaron otra puerta abierta de par en par y vieron un cuerpo —un hombre a medio desnudar— tendido sobre una mesa y varias personas inclinadas sobre él, probablemente médicos.

Ésta fue la última vez que vieron a Svengali.

Luego llegaron a otra puerta. *Monsieur J.* estaba en el umbral y Taffy explicó quiénes eran. En seguida se les permitió pasar.

La Svengali estaba sentada en una butaca junto a la chimenea encendida, mientras que varios individuos de la orquesta gesticulaban a su alrededor hablando alemán, polaco y yiddish. Gecko, de rodillas delante de ella, le calentaba las manos y los pies.

Parecía aturdida.

Al ver a Taffy se levantó de un salto y sonrió diciendo:

—¡Oh, Taffy! Querido Taffy... ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¡Cuánto tiempo hacía que no te veía!

Luego vio a Laird y le besó, y después reconoció a Billee. Le miró largo rato muy sorprendida y cogiéndole la mano, dijo:

—¡Qué pálido estás y qué cambiado! Tienes bigote: ¿Qué te pasa? ¿Por qué estáis vestidos de negro con corbata blanca como si fuerais a un funeral? ¿Dónde está Svengali? Quiero irme a casa.

—¿Dónde? ¿Qué es lo que llamas tu casa? Vamos, quiero decir... ¿Dónde vives?

...

—Es el Hôtel Normandie en Haymarket —dijo, solícito, *monsieur J.* Ahora la acompañarán, señora

—Sí; muy bien —respondió Trilby—. Hôtel Normandie... pero... ¿dónde está Svengali?

—¡Señora... está muy enfermo!

—¿Enfermo?... ¿Qué es lo que tiene?... ¡Qué gracioso estás con bigote, Billee, mi pequeño Billee! ¡Y tan pálido! ¡Tan pálido! ¿Estás malo también? Espero que no. ¡Cuánto me alegro verte otra vez! ¡No lo sabes bien! Aunque prometí a tu madre que no te vería nunca más. Pero ¿dónde estamos, querido Billee?

Parecía que *monsieur J.* había perdido la cabeza. Entraba y salía sin cesar en la habitación como un loco. Los músicos trataban de explicarse con Taffy en un francés incomprensible. Gecko había desaparecido. La escena era de total confusión. Afuera sonaba el ruido de las pisadas, del tumulto y los gritos de la muchedumbre que se retiraba. Sin cesar entraba y salía gente corriendo preguntando por *monsieur J.*: guardias, bomberos, empleados...

Entonces Billee, que se había estado dominando heroicamente, propuso llevar a Trilby a su casa de Fitzroy Square para sacarla de aquella baraúnda. Taffy encontró la idea magnífica y se lo propusieron a *monsieur J.*, que al saber que los tres eran viejos amigos de *madame Svengali* y personas al parecer honorables, vio el cielo abierto. Y aceptó encantado.



«Lo último que vieron de Svengali»

Billee y Taffy se fueron en un coche a la casa de Fitzroy Square para preparar a la patrona, que se alteró mucho al principio cuando supo que tendría que encargarse de una celebridad sin previo aviso. Le explicaron que no tenía más remedio que hacerlo, pues *madame* Svengali, la mejor cantante de Europa y que era íntima amiga del inquilino, había perdido la cabeza debido a la impresión producida por la trágica muerte de su marido. Por consiguiente, la desgraciada señora tenía que pasar aquella noche en la casa y en la propia cama de Billee; él se iría a dormir a un hotel y se avisaría en seguida a una enfermera. Acaso no la necesitasen más que aquella noche, pues la señora era mansa como una corderita, y era probable que con una noche de reposo recobrase sus facultades mentales. Se avisó a un médico, y mientras tanto apareció Trilby acompañada por Laird. Su aspecto y sus magníficas martas cibelinas impresionaron a la señora Godwin, que era la dueña de la casa y quien mentalmente se arrodilló ante aquella divinidad. Luego Taffy, Billee y Laird se separaron para ir a buscar a una enfermera y a Gecko, y también para traer el equipaje de Trilby del Hôtel de Normandie y recoger a su doncella. Ésta (una vieja judía pariente de Svengali), asustada por la noticia de la muerte de su amo, había corrido desolada al teatro. Gecko estaba siendo interrogado por la policía, y todo era caos y desorden. Pero nuestros tres amigos hicieron todo lo que pudieron, y apenas pegaron ojo aquella noche.

Y así transcurrió el debut de la Svengali en Londres.

El autor no estaba presente en aquella memorable ocasión, así que ha escrito esta defectuosa e incompleta descripción de oídas y fiándose de informaciones privadas, y guiado también por las noticias de los periódicos de la época. Si algún testigo presencial, superviviente de aquel lamentable fiasco, leyera estas páginas y advirtiese algún error notable en tan somera descripción, el autor agradecería todas las correcciones y advertencias, las cuales serán debidamente aprovechadas en las siguientes ediciones, numerosas sin duda dado el gran interés que ha despertado «La

Svengali» aun en los que nunca la vieron ni la oyeron (que son muchos), y también porque el autor es el más autorizado para recopilar este ligero bosquejo histórico por las muchas oportunidades de que disfrutó, si descontamos a Taffy y Laird a cuya amabilidad, aún más que a sus propios recuerdos personales, se debe todo el valor de esta narración.



«Tres ingleses limpios»

A la mañana siguiente volvieron los tres a Fitzroy Square. Billee había dormido en el piso de Taffy, en Jermyn Street.

Trilby mostró una trémula alegría al verles. Estaba vestida muy sencillamente — de negro—, pues la habían traído su equipaje del hotel. Una enfermera que mandaron del hospital permanecía con ella, y el médico acababa de marcharse. Había diagnosticado que *madame* Svengali padecía las consecuencias de una gran emoción. Un diagnóstico irrefutable.

No parecía que Trilby hubiera recobrado aún sus facultades mentales, ni que se diera cuenta de su situación.

—¡Qué alegría volver a verles a los tres! ¡Es para reconciliarse con la vida! He pensado tantas cosas... ¡pero nunca esto! ¡Tres ingleses limpios, los tres hablando inglés, y unos amigos tan buenos! ¡Oh, qué alegría! ¡Es como estar en el cielo! No sé cómo he conservado en mi mente una sola palabra inglesa...

Su voz era tan suave, tan dulce y tan baja, que todas aquellas ingenuas exclamaciones sonaban como una canción. Les miraba a los tres, uno detrás del otro, con la dulce coquetería de antaño.

Parecía enferma, débil y agotada, e insistió en conservar la mano de Laird entre las suyas.

—¿Qué le pasa a Svengali? ¿Es que se ha muerto? —Los tres se miraron perplejos—. ¡Ah, se ha muerto! Lo veo en vuestros ojos. Tenía una enfermedad de corazón. Lo siento, lo siento mucho de verdad. Siempre fue muy bueno. ¡Pobre Svengali!

—Sí, se ha muerto —dijo Taffy.

—Y Gecko, mi querido Gecko, ¿él ha muerto también? Anoche le vi, me calentó las manos y los pies, ¿dónde estamos?

—No, Gecko no se ha muerto, pero ha habido que encerrarle por algún tiempo. Hirió a Svengali..., pero tú lo viste, Trilby.

—¿Yo? No, no le vi. Pero he soñado algo parecido. Sí, Gecko con una navaja en la mano y la gente sujetándole y Svengali sangrando en el suelo. Fue justamente antes de su enfermedad. Svengali se hirió en el cuello, con un clavo roñoso. Él mismo me lo dijo, no sé cómo pudo ser, pero hizo mal Gecko en herirle... ¡eran tan amigos! ¿Por qué lo hizo?

—Pues porque Svengali te golpeó en un ensayo con la batuta. Te golpeó en los dedos y te hizo llorar. ¿No te acuerdas?

—¿Me golpeó en un ensayo? ¿Me hizo llorar? ¿De qué hablas, querido Taffy? Svengali no me pegó nunca, era la bondad misma. Además yo no tenía nada que ensayar...

—Sí; las canciones que ibas a cantar por la noche en el teatro.

—¿Cantar en el teatro? Si yo nunca canté en ninguno. Sólo anoche, si es que aquella sala era un teatro, y no pareció que les gustara. Ya tendré yo buen cuidado de no volver a cantar en un teatro. ¡Cómo gritaban, y Svengali en aquel palco riéndose de mí! ¿Para qué me llevaban allí, y por qué me mandaba cantar aquel francés pequeñito del chaleco blanco? Yo bien sé que no sé cantar, como para hacerlo en un teatro. ¡Qué tonta fui! Todo parecía una pesadilla. ¿Qué era? Acaso un sueño...

—¿Es que no te acuerdas de haber cantado en la Salle des Bashibazoucks, y en Viena, en San Petersburgo, y en todos los demás sitios?

—No digas tonterías, tú me confundes con otra. No he cantado nunca en ninguna parte. Sí; he estado en Viena y en San Petersburgo, pero nunca canté en ninguno de esos dos sitios, ¡por supuesto!

Hubo una pausa y los tres amigos se miraron indecisos. Billee dijo:

—Dime, Trilby, ¿por qué no respondiste a mi saludo en la place de la Concorde el día en que ibas en aquel coche tan lujoso con Svengali?

—¡Yo nunca monté en un coche lujoso con Svengali! Nos paseábamos más bien en ómnibus. Estás soñando, Billee, o me confundes con otra persona, y eso de negarte yo el saludo... ¡Nunca! ¡Aunque me hiciesen picadillo!

—¿Dónde vivías con Svengali en París?

—No me acuerdo. ¿Estuvimos en París? ¡Ah!, claro que sí; en el Hôtel Bertrand en la place Notre Dame des Victoires.

—¿Cuánto tiempo estuviste con Svengali?

—¡Oh!, meses, años. Se me ha olvidado. Estuve muy mala y me curó.

—¿Pues qué tuviste?

—¡Oh!, estaba como loca de pena y con horribles dolores en los ojos y quería morirme también yo cuando se murió Jeannot en Vibraye. Me parecía que no le había cuidado lo bastante. Estaba enloquecida, ¿no te acuerdas, Taffy, que me escribiste allí

por medio de Angèle Boisse? ¡Qué carta tan encantadora! Me la sé de memoria, y tú también, Sandy. —Y Trilby le besó—. Lo que no sé es dónde están las cartas. No tengo nada mío en el mundo, ni siquiera vuestras cartas que tanto quería, ni las de Billee, que eran muchísimas.

»Bueno... Svengali me solía escribir, también; supo mis señas por Angèle...



«El castigo sigue el crimen con pie incierto»

»Cuando murió Jeannot, comprendí que si no me marchaba de Vibraye y perdía de vista a toda aquella gente, acabaría quitándome la vida. Así que me corté el pelo, me puse una blusa, unos pantalones y una gorra de obrero y me fui a pie a París sin decir nada a nadie. No quería que nadie lo supiese, y además quería huir de Svengali, que me había escrito para decirme que venía a recogerme a Vibraye. Yo quería esconderme en París. Cuando llegué allí por fin eran las dos de la mañana, me dolía todo, y había perdido mis únicos treinta francos, se me debieron caer por un agujero del pantalón. Además, tuve una discusión con un carretero en el mercado. Creyó que era un hombre y me dio un golpe en un ojo, que se me puso negro, sólo porque acaricié a su caballo y le di una zanahoria que antes había tratado de comerme yo misma. Creo que el carretero estaba borracho. Entonces contemplé el río junto a la Morgue. Quería tirarme pero me dio asco de la Morgue y no me atreví. Svengali siempre me estaba hablando de la Morgue y de que yo acabaría allí. Solía decirme que iría a verme al depósito, y la idea me repugnó. Me aturdí, estaba como alelada. Luego fui a la rue des Cloîtres Sainte Pétronille, a casa de Angèle, y esperé en los alrededores. Pero no tuve decisión para llamar y me fui a la place St. Anatole des Arts, y miré al ventanal del estudio pensando lo bien que se estaría allí, en el sofá grande cerca de la estufa, y pensé ir a despertar a *madame* Vinard. Entonces me acordé de que Billee estaba allí enfermo, y de que su madre y su hermana permanecían a su lado. Me lo había escrito Angèle. ¡Pobre Billee! Allí estaba, ¡y tan enfermo!

»Me paseé por la plaza y por la rue des Trois Mauvais Ladres. Luego volví a la rue de la Seine, pero tampoco esta vez tuve el valor de tirarme al agua. Aparte de que un guardia había empezado a seguirme y estaba casi a mi lado. Y lo gracioso es que yo le conocía mucho y él no me conoció. Era Célestin Beaumollet, uno de los que se emborrachó la noche de Navidad, ¿os acordáis? Aquel guardia alto picado de viruelas...

»Después seguí paseando hasta que fue casi de día, y entonces, como ya no podía más, me fui a la rue Tire-Liard, a casa de Svengali, pero se había mudado a la rue des Saints Pères. Allí le encontré. Yo no quería ir pero no me pude dominar. Se conoce que estaba escrito. Me atendió muy bien, me curó casi inmediatamente y mandó a buscar café con pan y mantequilla —lo más rico que he comido en mi vida—, y me preparó un baño caliente en casa de Bidet Frères, rue Savonarole. Fue delicioso. Dormí dos días con sus noches. Entonces me dijo que me quería y que siempre que estuviera enferma me curaría, y que se casaría conmigo si me iba con él. Me dijo que se consagraría a mí para toda la vida y me alquiló una habitación junto a la suya.

»Estuve con él una semana en la que no hice casi nada más que dormir; había cogido un resfriado.



«El viejo estudio»

»Svengali tocó en dos conciertos y ganó mucho dinero, y entonces nos fuimos juntos a Alemania, y nadie supo nada de nosotros a partir de entonces.

—¿Se casó realmente contigo?

—Pues... no, no podía el pobre hombre. Estaba ya casado y tenía tres hijos que decía que no eran suyos. Viven en Elberfeld, en Prusia, donde su mujer tiene una pequeña confitería. Svengali se portó muy mal con ellos, pero no por culpa mía. Les había abandonado mucho antes, pero solía mandarles mucho dinero cuando lo tenía; yo le obligaba a ello, porque me daban mucha lástima los niños. Svengali siempre estaba hablando de ellos, contando lo que decían y lo que hacían, y luego imitaba a su mujer, me enseñaba cómo rezaba y cómo comía conserva de pepinos con una mano

mientras con la otra bebía *schnapps* para no perder tiempo, y me hacía morirme de la risa. Svengali a veces era graciosísimo a pesar de ser alemán, pobrecillo. Más tarde, Gecko fue a reunirse con nosotros, y también Marta.

—¿Quién es Marta?

—La tía de Svengali. Guisaba y trabajaba para nosotros de criada. Me ha mandado recado desde el hotel de que va a venir en seguida. Quería mucho a Svengali. ¡Pobre Marta y pobre Gecko! ¿Qué va a ser de ellos sin Svengali?

—Entonces, ¿qué hacía Svengali para vivir?

—Tocaba en conciertos, supongo, o en cosas por el estilo...

—¿Ibas a oírle alguna vez?

—Sí. A veces Marta me llevaba, al principio. Siempre le aplaudían mucho. Tocaba maravillosamente. Todo el mundo lo decía.

—¿No trató nunca de enseñarte a cantar?

—¡Oh, no! ¡Adónde iba a ir! Si siempre se reía cuando yo cantaba, y lo mismo hacían Marta y Gecko. Se morían de risa. Yo solía cantar *Ben Bolt*. Me lo hacían cantar para bromear, y se caían del suelo de la risa. A mí no me importaba nada. Como nadie me había enseñado...

—¿Y Svengali trataba con otras personas, o con otras mujeres?

—Que yo sepa, no. Siempre aseguraba que me quería tanto que no podía ni mirar a otras mujeres. ¡Pobre Svengali! —Al llegar a este punto los ojos de Trilby se llenaron de lágrimas de nuevo—. ¡Fue siempre tan bueno conmigo! Pero yo no pude nunca quererle como él hubiera deseado, ¡eso nunca! Me repugnaba sólo el pensarlo. Al principio, cuando todavía estábamos en París, en el estudio, yo le aborrecía. ¿Os acordáis? Casi nunca me dejaba sola, y entonces Marta me cuidaba, porque yo siempre estaba débil y enferma, y a menudo tan lánguida que apenas podía cruzar al otro extremo de la habitación. Yo creo que todo fue motivado por aquella caminata de Vibraye a París. Nunca me repuse de aquella fatiga.

»Yo trataba de hacer por él todo lo que podía, como una hija, ya que otra cosa no podía ser: componerle la ropa y otras cosillas, guisarle platos franceses... Creo que por entonces él era muy pobre, viajábamos mucho, pero todo lo mejor era para mí, pues él se privaba de todo por que yo estuviera contenta. Se disgustaba mucho si yo no comía, y eso que yo me esforzaba por comer.

»Cuando veía que estaba disgustada, o que yo tenía algún dolor, me decía: «¡Duérmete, monina!», y yo me dormía en seguida —creo que durante horas—. Luego me despertaba cansadísima y encontraba a Svengali de rodillas a mi lado y siempre tan cariñoso y tan solícito. A veces también venía el médico cuando yo estaba enferma en la cama.

»Gecko solía desayunar y comer con nosotros, no tenéis idea de lo bueno que es Gecko, ¡es un ángel! ¡Pobre Gecko! ¡Qué cosa tan horrible que haya herido a Svengali! Pero ¿por qué lo habrá hecho? ¡Si Svengali le había enseñado todo lo que sabía!

—¿Y no tratabas con ninguna otra persona ni otra mujer?

—Con nadie que recuerde; quitando a Marta, con nadie más.

—¿Y aquel vestido tan bonito que tenías anoche?

—No es mío. Está arriba, sobre la cama, y también el abrigo de piel. Son de Marta, que tiene muchos, y todos preciosos, de seda, de raso, de terciopelo, y muchísimas joyas hermosísimas. Marta negocia en joyas y gana mucho dinero.



«¡Ahorra, duérmete, monina!»

»Muchas veces yo me las ponía, soy muy agradecida para probar porque como soy tan alta y tan delgada... Entonces el pobre Svengali se arrodillaba delante de mí y lloraba, me besaba las manos y los pies y me decían que yo era su diosa y su emperatriz y cosas por el estilo, que a mí no me gustaban nada. Marta lloraba también y entonces decía Svengali: «Ahorra duérmete, monina». Y cuando me despertaba estaba tan cansada que me volvía a dormir por mi cuenta otra vez. Pero Svengali tenía mucha paciencia. ¡Pobre de mí! He sido siempre una carga pesada y una cuerda al cuello para él.

»Una vez, en un raptó de sonambulismo, me desperté en el mercado de Praga en medio de una multitud inmensa. Svengali estaba desmayado en el suelo sangrando por la frente. Luego me dijo que le había atropellado un carro con un caballo. Tenía la guitarra en la mano, supongo que él y Gecko habían estado tocando, porque Gecko también tenía su violín. Si no hubiese estado allí Gecko, no sé lo que hubiéramos hecho. ¡Si vierais que gente tan rara! ¡Y cuánta! Parecía que no habían visto nunca a una mujer inglesa. Si vierais qué ruido hacían y las cosas que me dieron... Algunos se arrodillaban y me besaban las manos y el borde del vestido.

»Svengali estuvo después una semana en la cama y yo le cuidé. Él se mostró muy agradecido. ¡Pobre Svengali! Yo sí que le agradecía tantas cosas como le debía. Decidme cómo murió; espero que no sufriese mucho.

Le dijeron a Trilby que había sido un colapso repentino, y que se había ido sin

dolor.

—Sí; ya sabía yo que estaba enfermo del corazón. No tenía buena salud y fumaba demasiado. Marta estaba muy preocupada por ello.

En aquel momento entró Marta. Era una judía vieja, corpulenta, de aspecto grotesco e innoble. Parecía vencida por el dolor y sumida en un completo estado de postración. Trilby la abrazó, la besó y le quitó el sombrero y el chal, haciéndole sentar en una butaca grande y poniéndole un taburete en los pies. No hablaba más que polaco y un poco de alemán. Trilby también había aprendido algo de alemán. Pero aunque poco, ayudada con unas cuantas señas establecidas en su larga intimidad, se entendían bastante bien.

Marta parecía buena, y era evidente que quería mucho a Trilby. Pero los tres ingleses la asustaban, sin duda.

Subieron el almuerzo para las dos, y la enfermera y nuestros tres amigos se marcharon prometiendo volver más tarde. Estaban perplejos y Laird insistía en que tenía que existir otra *madame* Svengali —la verdadera—, y que Trilby era una pantalla que engañaba, y se engañaba a sí misma sin quererlo, naturalmente.

En los ojos de ella, no obstante, se adivinaba la verdad: sí, en cada línea de su rostro resplandecía la verdad más pura.

Sólo de la verdad y nada más que de la verdad podía emanar aquella «voz de terciopelo», tan verdadera como la de un malvís o un ruisenior, aunque por el momento, o acaso para siempre, permaneciese rebelde a las artificiales leyes melódicas, a sus limitaciones y a sus tiranías. El largo entrenamiento a que había estado sujeta la había convertido «una maravilla, en la delicia del mundo», y aunque nunca jamás volviese a cantar una sola nota, unas meras palabras suyas, aunque fuesen las más triviales, valían más oro que el más precioso silencio.

Trilby, mientras no se aludiera al asunto del canto, se mostraba completamente normal, o por lo menos eso les parecía a Taffy, Laird y Billee. Los tres pensaban además para sus adentros que aquella última encamación de Trilby era la más dulce, la más enternecedora y la más encantadora de todas. Habían observado los tres lo rápidamente que había envejecido, sobre toda al verla sin maquillaje, pues representaba treinta años, cuando sólo tenía veintitrés.

Sus manos, tan blancas que parecían de cera, eran casi transparentes, y unas levísimas y delicadas arrugas se agrupaban alrededor de sus ojos. El pelo estaba ya vetado de gris y parecía que Trilby había perdido toda su fuerza, su elasticidad y su erguido porte, con la memoria de sus innumerables triunfos y de sus constantes viajes a través de Europa (si es que en realidad era la Svengali).

Era evidente que aquel ataque repentino, privándola de su facultad de cantar, la había dejado físicamente destrozada.

Pero Trilby era uno de esos seres afortunados que no pueden mirar, hablar o moverse sin despertar y satisfacer ciertos vagos anhelos que yacen dormidos en los corazones de la mayoría de nosotros, hombres o mujeres por igual: gracia, encanto,

magnetismo —llámese como se quiera la inefable seducción que poseía en grado tan eminente—, de todo lo cual nada había perdido al perder su alegría, su espléndida salud, su energía y su razón.

Loca, y enmudecida la música de sus labios, era más que nunca una sirena —una sirena completamente inconsciente— sin ninguna malicia, que atraía los corazones mucho más directa e irresistiblemente, ahora que no podía despertar las pasiones.

Todo esto lo sentían los tres amigos, cada uno de una manera distinta, Taffy y Billee sobre todo.

Toda la vida pasada de Trilby la habían olvidado, sus pecados de omisión y de acción, y fuera el que fuese el destino que la vida le reservase —salud, locura, enfermedad o muerte—, de allí en adelante se consagrarían a su cuidado, hasta que sanara o muriera.

Dos de ellos la habían amado; acaso los tres. Uno de ellos había sido amado por ella, tan apasionada, pura y generosamente como el más exigente pudiera desear, y aquel hombre había recobrado de una manera extraordinaria, con la sola vista de su amada y al sonido de su voz, su perdida herencia, común a todos los mortales: su facultad de amar, con todas las alegrías y dolores que esta facultad trae consigo, y sin la cual la vida le resultaba insoportable pese a poseer todos los demás dones y bendiciones en tal abundancia.

¡Oh, Circe! ¡Pobre Circe! ¡Querida Circe, tú que fuiste una maga divina —se decía Billee con su habitual exaltación—, una sola mirada de tus ojos, una sencilla nota de tu voz, ha convertido a una pobre bestia miserable y embrutecida de nuevo en un hombre! Nunca lo olvidaré, ¡nunca! Y ahora que una desgracia mucho mayor que la mía ha caído sobre ti, serás siempre hasta el fin el objeto de todos mis pensamientos.

Taffy sentía algo muy parecido, aunque no solía hablarse a sí mismo tan elocuentemente como Billee...

Mientras almorzaban, leyeron las reseñas de los acontecimientos de la noche anterior en diferentes diarios; tres o cuatro entre ellos, incluso el *Times*, publicaban artículos sobre la célebre y desgraciada cantante que había quedado viuda tan repentinamente en todo el esplendor de su triunfo. Aquellas informaciones eran más o menos ciertas. Uno de los periódicos decía que *madame* Svengali era huésped y estaba al cuidado del pintor William Bagot que vivía en Fitzroy Square.

Los tribunales empezarán a actuar aquella tarde para averiguar el motivo de la muerte de Svengali, y la policía interrogó a Gecko sobre su atentado contra Svengali en la comisaría de Bow Street.

Permitieron a Taffy que pudiera ver a Gecko, que había sido detenido hasta que fuese hecho público el resultado de la autopsia. Pero Gecko, después de haber pedido ansiosamente que le informaran sobre el estado de Trilby con toda clase de detalles, demostrando por ella un apasionado interés, se negó a decir nada. Parecía completamente indiferente a su propia suerte.

Cuando, al anochecer, volvieron a Fitzroy Square, supieron que una gran cantidad de personas del mundo musical y literario, principalmente extranjeras, habían acudido a preguntar por *madame* Svengali, pero ninguno había sido recibido.

La señora Godwin estaba encantada de la importancia de su nueva invitada. Trilby había estado escribiendo a Angèle Boisse a sus antiguas señas, rue des Cloîtres Sainte Pétronille, con la esperanza de que su carta la encontrase aún allí. Deseaba volver a París para trabajar de nuevo con su amiga como planchadora de ropa fina. Sentía una especie de nostalgia de París, del Quartier Latin y de su antigua y limpia profesión. Nuestros tres amigos no consideraban necesario este proyecto, pero no quisieron contrariarla por el momento. Se conocía que no estaba en estado de trabajar.

El médico, que había vuelto a visitarla, estaba indeciso a causa de su extraño agotamiento físico, y deseaba una consulta con un especialista de altura. Billee, que era amigo íntimo de la mayoría de los médicos eminentes, escribió con este motivo a *sir* Oliver Calthorpe.



«Taffy pudo ver a Gecko»

Trilby parecía experimentar una inusitada alegría al verse entre sus tres amigos, y hablaba y escuchaba con su antigua vehemencia y animación y mucha de su antigua alegría, a pesar de su extraña y triste situación. Aparte de esta anomalía, era imposible darse cuenta de que su cerebro estuviese afectado en manera alguna, excepto cuando se hacía alguna alusión al canto; esto la excitaba y la molestaba, como si trataran de reírse de ella. Su maravillosa carrera musical, y todo lo que suponía, había sido borrada totalmente de su memoria.

Trilby, además, estaba impaciente por encontrar otro alojamiento, para que no sufriera más inconvenientes, y ellos le prometieron que buscarían alguna habitación para ella y para Marta al día siguiente. Le contaron con toda clase de precauciones el incidente de Svengali y Gecko, y ella se mostró muy interesada, y no se mostró tan ansiosa cuanto cabría esperar. Lo que más le preocupaba era Gecko y la idea de la suerte que iba a correr.

Al día siguiente, Trilby se instaló con Marta en una casa de huéspedes de Charlotte Street, donde todo fue preparado para que gozaran de las máximas comodidades.

Sir Oliver la examinó junto con el médico de cabecera y otro doctor. El galeno puso el mayor interés en el caso, tanto por ella como en atención a su amigo Billee... y también por propia iniciativa, pues Trilby le había conquistado. El doctor la vio tres veces en aquella semana, pero no pudo averiguar del todo lo que le pasaba, aunque diagnosticó el caso como muy grave. A pesar de todas sus prescripciones y consejos, su debilidad y postración física aumentaron rápidamente, aunque no pudo descubrir la causa, ya que la simple locura no bastaba para justificar aquel estado. Trilby perdía peso a diario, y parecía consumirse y agotarse en una atrofia general.

Sir Oliver la llevó a pasear en coche con Marta en varias ocasiones. En una de ellas, al bajar por Charlotte Street, vio una tienda y a través de unos visillos a la moda francesa, unas cuantas planchadoras tocadas con impecables cobas. Era un taller de planchado fino y, al verlo, Trilby se excitó de tal modo que hubo que dejarla bajar y entrar en la tienda.

—Quisiera hablar con la dueña, si fuera posible —dijo.



«Una buena planchadora de ropa fina»

La dueña, una simpática *parisienne*, se sorprendió mucho al ver a una compatriota suya tan lujosamente vestida acercarse a ella para pedirle humildemente trabajo en su negocio. Sin duda se trataría, se dijo, de alguna persona importante. Lo extraño era que la visitante parecía demostrar un completo conocimiento de la profesión, y también del argot utilizado en París en tales desempeños. Marta consiguió captar una mirada de la planchadora, y le hizo una seña significativa sobre la frente, y sir Oliver asintió con la cabeza. La buena mujer siguió la corriente de aquel capricho de gran dama, y le prometió cuanto trabajo quisiera.

¡Trabajo! Pobre Trilby, ¡si apenas tenía fuerzas para volver al coche! Esta fue su última salida. Aquella pequeña aventura la llenó de esperanza y alegría, pues aún no había recibido contestación de Angèle Boisse (que estaba en Marsella). También le

dio por pensar que el Quartier Latin estaría muy triste sin Jeannot, sin Angèle y sin sus tres amigos ingleses de la place Saint Anatole des Arts.

No le permitían recibir a ninguna de las muchas personas ajenas a su círculo que acudían a interesarse por su salud. Los médicos le habían prohibido toda alusión a la música o al canto, que la irritaban sobremanera. Ella solía decirle a Marta, chapurreando el alemán:

—Diles, Marta, que eso que dicen es una locura. Me confunden con otra persona. ¡Están locos! ¡Me quieren poner en ridículo!

Y Marta se alteraba mucho, como si tuviese miedo, cuando ella le hablaba así.

Octava parte

*Le vie est vaine:
Un peu d'amour,
Un peu de haine...
Et puis-bonjour!*

*La vie est brève:
Un peu d'espoir,
Un peu de rêve...
Et puis-bonsoir!^[71]*

Svengali había muerto de una dolencia cardiaca. La cuchillada que le había dado Gecko no había influido al parecer —en la medida en que se puede fiar uno del médico forense— lo más mínimo en el agravamiento de su enfermedad.

Gecko fue enviado a la cárcel de Old Bailey y sentenciado a seis meses de trabajos forzados (sentencia que, si mal no recuerdo, dio ocasión a muchos comentarios por aquellos días). Taffy volvió a verle, pero de nuevo sin ningún resultado positivo. Gecko mantuvo un obstinado silencio en lo que se refería a sus relaciones con los Svengali, y acerca de las relaciones íntimas entre estos últimos.

Cuando le dijeron que la enfermedad de *madame* Svengali y su locura no tenían remedio, lloró un poco y exclamó:

—¡Pobrecita! ¡Ay, Señor, yo la quería tanto! No hay muchas como ella. ¡Dios del cielo, si era un ángel!

Y no pudo obtenerse de él una palabra más.

Se tardó bastante tiempo en arreglar los asuntos de Svengali después de su muerte. No se encontró ningún testamento. Su anciana madre y dos hermanas llegaron de Alemania, pero no su esposa. Aquella esposa de *vaudeville*, los tres niños y la confitería de Elberfeld habían sido jocosas invenciones de Svengali... ¡una especie de *Mrs. Harris*! Dejó tres mil libras esterlinas, todas ganadas en realidad por «la Svengali», y aun se comprobó que antes se había gastado mucho del dinero que produjo su actividad; pero nada de aquello percibió Trilby, salvo joyas y los vestidos que él le había dado, aunque hay que reconocer que, en este capítulo, había sido muy generoso. Su herencia también incluía innumerables y riquísimos regalos de emperadores, reyes y grandes hombres de todas clases. Trilby creía que todo ello pertenecía a Marta. Ésta se portó admirablemente; parecía adorar a Trilby con humilde y total adoración, como la que siente una madre fea y vieja por una bella hija moribunda.

Pronto se dieron cuenta de que fuese cual fuere la enfermedad que la aquejaba, Trilby no podría vivir mucho tiempo más.

Llegó a estar tan débil que no se la podía sacar a paseo ni en una silla de ruedas. Así pues, se pasaba el día con Marta, en su espacioso salón. Allí, como única y gran alegría, recibía a sus tres amigos todas las tardes, les invitaba a café y les hacía fumar

cigarrillos Caporal como en París. Los corazones de sus tres amigos se angustiaban cada día al contemplar los estragos de su rápida decadencia.



«Trilby creía que todo ello pertenecía a Marta»

Cada día se volvía más hermosa para ellos, a pesar de la creciente palidez. Su piel era, como nunca, pura, blanca y delicada, y tan admirables como siempre las facciones de su rostro.

Sus ojos recobraban toda su alegría cuando los tres Angluchos permanecían con ella, y su expresión se mostraba tierna y pensativa a pesar de ser juguetona. Se la veía tan ansiosa de vivir y de aferrarse a la vida que estaban seguros que el recuerdo de aquellos días les perseguiría siempre como la memoria más dulce y emocionante que hubieran experimentado nunca.

Sus vivos aunque débiles movimientos, que recordaban a la muchacha alegre y vigorosa que habían conocido hacía años, le llenaba de compasión y de puro y fraternal amor, mientras que los incomparables matices y modulaciones de su voz cuando hablaba y reía les embelesaban casi tanto como cuando había cantado el *Nussbaum* de Schumann en la sala de los Bashibazoucks.

A veces venían Lorrimer, Antony y el «Griego», y era aquella una pequeña y alegre corte bohemia. Lorrimer, Antony, Laird y Billee hicieron entonces aquellos bellísimos estudios a lápiz y tiza de la cabeza de Trilby, tan conocidos hoy en día, de tan extraordinario parecido y tan completamente distintos unos de otros. ¡Trilby vista a través de cuatro temperamentos!

Aquellas tardes fueron probablemente las más felices que Trilby pasó en su vida, con todos aquellos queridos amigos a su alrededor, que hablaban la lengua de sus amores y recordaban los felices días de París, sin pensar en el mañana.

Luego, durante la noche, al filo de la madrugada, se despertaba de un sueño lleno de dulces y felices recuerdos, recordando repentinamente su desgracia. Entonces sentía la gélida mano de aquella que se la llevaría en breve, y degustaba la amargura

de la muerte tan intensamente que hubiera querido gritar en plena noche, levantarse, caminar y retorcerse las manos ante la terrible idea de la suprema reparación. Pero se quedaba muda y quieta como un pobre y asustado ratoncito cogido en una trampa, por miedo de despertar a la pobre Marta que, cansada, roncaba a su lado.

Al cabo de una o dos horas pasaba la angustia, los estremecimientos y el horror, y un espíritu de estoica resignación se apoderaba de ella —un bálsamo, una calma bendita—, y entonces recobraba todo su valor.

Luego volvía a dormirse y soñaba más feliz que nunca hasta que la buena de Marta la despertaba con un beso maternal y una aromática taza de café, y descubría, débil y todo como estaba y condenada a muerte como presentía, que la mañana aportaba siempre consigo una ráfaga de optimismo. La vida era muy dulce para ella y tenía por delante un día entero lleno de alegría.

Cierta mañana se emocionó profundamente al recibir la visita de la señora Bagot que, cumpliendo un ardiente deseo de Billee, había acudido a verla.

Al entrar la venerable señora toda pálida y temblorosa, Trilby se levantó de su sillón para recibirla y tímidamente le cogió la mano sonriendo un poco alarmada. Ninguna de las dos pudo hablar durante unos instantes. La señora Bagot se quedó inmóvil en el umbral de la puerta mirando, con el corazón en un puño, a aquella Trilby tan terriblemente cambiada, ¡la muchacha que tanto había temido! También Trilby parecía privada de movimiento; sus labios y su rostro adquirieron una palidez cenicienta y exclamó:

—Me temo que, después de todo, no he cumplido mi promesa, señora. Pero ¡es que han cambiado tanto las cosas! De todas maneras *ahora* no debe usted temer nada.

Al oír aquella voz, la señora Bagot, que era tan impulsiva, emotiva e indisciplinada como su hijo, se precipitó hacia Trilby exclamando:

—¡Oh, querida niña, querida mía! —Y la abrazó, la acarició, la besó y, rompiendo a llorar a torrentes, la obligó a sentarse como si fuese una hija que había estado perdida largos años.

—La quiero a usted —dijo la señora Bagot— tanto como la admiré siempre.

—¡Qué buena es usted! —contestó Trilby con los ojos llenos de lágrimas—. No soy esa persona que usted creía, peligrosa y calculadora. Sabía muy bien, desde el primer momento, que no era la mujer que convenía a su hijo. A él mismo se lo había dicho una y otra vez. Fui muy tonta en decirle que sí al final. Me arrepentí en seguida, se lo aseguro, pero no pude remediarlo, era una fuerza superior a mí.

—¡Oh, no diga eso; no diga eso! Usted nunca obró mal, me di cuenta hace mucho tiempo, y he tenido grandes remordimientos desde entonces. Hay que perdonar a una pobre madre celosa. ¡Como si un hombre pudiera dejar de quererla! ¡Perdóneme!



«¡Oh, querida niña, querida mía!»

—¡Oh, señora! ¿Perdonarla yo? ¡Vaya una idea! Pero usted sí que me ha perdonado y eso es lo que más me importa ahora. Yo quería mucho a su hijo, todo lo que se puede querer a un hombre, y le sigo queriendo tanto como antes, aunque de una manera distinta. No sé si me comprende; creo que es un cariño parecido al de usted. Nunca ha habido otro hombre como él; por lo menos yo no lo he conocido y tiene usted que estar orgullosísima de él, ¡cómo no estarlo! ¡No hay mujer digna de él! Yo hubiera sido feliz siendo su sirvienta, su humilde sirvienta. Yo se lo decía, pero Billee no quería ni oír hablar de esto, era demasiado bueno. Siempre pensaba en los demás antes que en sí mismo. Y ahora, ¡qué rico y qué famoso ha llegado a ser! Me lo han contado todo y me ha hecho mucho bien. Me ha dado más alegría saberlo que ninguna otra noticia, y me satisface más que si yo fuese la rica y la famosa, créalo.

Esto dijo la Svengali, cuya fama avasalladora, que ella había olvidado completamente, aún resonaba en toda Europa; cuya lamentable enfermedad y muerte cercana estaba siendo llorada, debatida y comentada en todas las capitales del mundo civilizado al ir apareciendo los desconsoladores partes de su enfermedad, como si se tratase de una reina.

La señora Bagot sabía naturalmente del extraño cariz que había tomado la locura de Trilby, y no hizo alusión al torrente de pensamientos que acudían a su mente al escuchar a aquella imponente diosa del canto, a aquella pobre reina de los ruiseñores, celebrando humildemente la gloria de su hijo.

La señora Bagot acababa de volver de casa de Billee. Allí estaba Taffy, en un rincón del estudio, contestando diligentemente a infinidad de cartas y telegramas que llegaban diariamente de todos los rincones de Europa, pues el bueno de Taffy se había constituido en el secretario y hombre de negocios de Trilby, sin que ella lo supiera, naturalmente. No era un momio ciertamente (aunque a él le gustaba hacerlo), pues aparte de las numerosas personas que tenía que recibir y otros a quienes tenía

que conceder entrevistas, llegaban cariñosas cartas interesándose por la salud de la enferma y otras de pésame de casi todas las testas coronadas de Europa, a través de sus chambelanes; peticiones de ayuda de músicos en cierne; preciosas cartas de grandes y notables personalidades musicales; ofertas de desinteresados servicios; interesadas proposiciones de contratos para cuando los efectos de la desgracia se hubieran amortiguado, peticiones de audiencia de famosos empresarios, que, por conseguirla, no tenían en cuenta las distancias por grandes que fuesen, etc. Era el cuento de nunca acabar, en inglés, francés, alemán, italiano, en lenguas completamente incomprensibles (muchas cartas tenían que permanecer sin contestación). Taffy explicaba todo esto a la señora Bagot con cierto malicioso placer.

Había un constante oleaje de coches hasta la puerta, y el llamador de Billee no cesaba de sonar. Lord y *Lady* Palmerston que pedían noticias... El Lord Justicia que también las quería..., el Deán de Westminster... la marquesa de Westminster... Todo el mundo quería saber si *madame* Svengali iba mejorando.

Estas eran pequeñas cosas, ciertamente; pero la señora Bagot, que procedía de un pueblecito de Devonshire, y que no había conocido nunca imagen más importante que la de su hijo, descubría ahora que la fama de su pequeño Billee no era el centro del universo.

No hay que censurarla si toda aquella demostración de una fantástica y universal celebridad la impresionaba un poco.

Ahora resultaba que *madame* Svengali era la muchacha (¡qué bien la recordaba!) que ella había desechado tan despreciativamente con una sola palabra, que había aceptado su desprecio inmediatamente y con tanta mansedumbre y a la que había maldecido año tras año por..., ¿por qué?

La pobre señora tan pronto sentía calor como escalofríos y se humilló hasta el suelo y casi olvidó haber dicho que «la gran Trilby» no era una buena boda para su hijo.

Fue a verla de nuevo y se encontró con una pobre y conmovedora criatura que, aún más humilde que ella, le pedía perdón. ¿Por qué?

Una criatura conmovedora que había olvidado completamente en su locura que era la mejor cantante del mundo y una de las más grandes artistas que han existido, pero que recordaba con vergüenza y contrición que una vez se había tomado la libertad de ceder, después de repetidas presiones y tras no menos reiteradas negativas por su parte e impulsada por un amor irresistible, a las apasionadas instancias de un pobre y desconocido estudiante de pintura, un niño casi, sin mejor posición que la de ella, un muchacho desconocido y sin dinero, pero eso sí: el hijo de la señora Bagot.

Todo el sentido de las proporciones se esfumó en la mente de la pobre señora al recordarlo. Además, la patética belleza de Trilby, tan tierna y tan atractiva en su rápida consunción, el indescriptible encanto de su expresión, de su voz y de sus ademanes, que eran dones personalísimos que su enfermedad y su extraña locura no habían hecho más que aumentar; su sencillez infantil y aquel candoroso olvido de sí

mismo; todo ello encantó y entusiasmo de tal modo a la señora Bagot —que era tan susceptible a las impresiones como su hijo—, que bien pronto eligió casi adorar a aquella azucena que se marchitaba —pues así la llamaba en sus adentros—, olvidando del todo (o pareciendo olvidar) el terreno dudoso en que la azucena había crecido.

¡Oh, extraño y fascinador poder de la debilidad, combinada con la gracia y la belleza y con unas maneras dulces, sencillas y naturales! Y, por si fuera poco, la gran fascinación de una fama universal.



«Era mucho más guapa que ese retrato»

La señora Bagot no era más que una matrona británica de la clase media criada en el campo, prudente, convencional a más no poder, a pesar de su temperamento artístico. Una mujer que durante años (y más bien injustamente) había considerado a Trilby como una lasciva y peligrosa sirena, una mujer impura, sin principios, la enemiga mortal de su hogar.

Y allí estaba la señora Bagot como todos nosotros, nómadas y bohemios, sentada a los pies de Trilby.

—Una lavandera, una modelo, y Dios sabe qué.

¡Y nunca la había oído cantar!

Era un cuadro verdaderamente grotesco.

La señora Bagot no regresó a Devonshire. Se quedó con su hijo en Fitzroy Square, y se pasaba el día junto a Trilby, inventando toda clase de cosas para distraerla, llevando dulcemente sus pensamientos hacia el cielo y suavizando la llegada del fin.

Trilby tenía una manera de decir «muchas gracias» que impulsaba a hacer todavía más cosas por ella, aunque no fuese más que por verla expresar su agradecimiento de nuevo.

Conservaba gran parte de su antigua y pintoresca gracia para contar, y tenía aún mucho que comunicarles de su vida andariega, aunque había tan extrañas lagunas en su memoria, tales vacíos, que de haberse podido llenar hubieran resultado preñados de interés.

Nunca se cansaba de hablar ni de oír hablar de Billee, tema del que tampoco se

cansaba nunca la señora Bagot.

Luego fueron los recuerdos de su niñez. Un día la señora Bagot encontró en un cajón un pálido daguerrotipo de una mujer con una boina escocesa y una cara tan preciosa y dulce que parecía una santa. La señora Bagot casi se quedó sin respiración de la impresión recibida. Era la madre de Trilby.

¿Quién era su madre y qué hacía?

—¡Ah, pobre mamá! —exclamó Trilby mirando largamente el retrato—. Era mucho más guapa que ese retrato. Mamá fue camarera —*señorita de mostrador*— en una taberna, la de Los Montañeses Escoceses de la rue du Paradis Poissonnière. Un sitio en que los hombres bebían y fumaban sin sentarse. Qué lástima, ¿verdad?

»Papá, la quería con toda su alma, aunque no era de su misma clase. Se casaron en la Embajada de la rue de Faubourg St. Honoré.

»Los padres de mi madre no estaban casados. Su madre era hija de un barquero del lago Ness, cerca de un sitio que se llamaba Drummadrochit, pero su padre era el Honorable Coronel Desmond. Estaba emparentado con la mejor sociedad de Inglaterra e Irlanda. Se portó muy mal con mi pobre abuela y con mi madre, ¡su propia hija! Las abandonó a las dos. No encuentro que fuera muy *honorable* que digamos.

Seguidamente contó Trilby cómo aquel hogar de París podía haber sido muy feliz si no hubiera sido por el vicio de beber de su padre. Les contó también la muerte de sus padres y la de Jeannot.

Todos aquellos ingenuos relatos impresionaron mucho a la señora Bagot, pues justificaban en parte tantas cosas inexplicables de aquella extraordinaria mujer, que resultaba que era prima (de la rama pobre y alejada, eso sí) de la duquesa de Towers.

Con qué alegría hubiera aquella buena y encantadora señora acogido a Trilby en su regazo de haberlo sabido. Una vez, ella y su marido habían ido desde París a Viena sólo por oírla cantar, pero, por desgracia, los Svengali acababan de salir para San Petersburgo y ellos hicieron el viaje en balde.

La madre de Billee le trajo a Trilby muchos buenos libros y se los leía pacientemente: la obra del doctor Cummings sobre el cercano fin del universo y otros volúmenes de tan consoladoras tendencias para los que se apresten a dejar este mundo; el *Pilgrim's Progress*, pequeños panfletos edificantes y algunas cosas más de ese estilo.

Trilby lo agradecía mucho y escuchaba con paciente atención. Algunas veces una expresión de picardía y buen humor iluminaba su rostro, y sus labios casi llegaban a formular alguna de sus antiguas expresiones de alegría.

A veces la señora Bagot, para premiar su mansa docilidad, le leía *David Copperfield*, lo que encandilaba a Trilby.

Pero lo que la enferma prefería eran las *Estampas de la vida y el carácter*, de John Leech, que acababan de aparecer. Nunca había visto dibujos de Leech excepto en algún número de *Punch* que hojeó en el estudio de París. Nunca le cansaba, y

aprendía más de la vida inglesa que en ninguno de los libros que había leído. Se reía sin cesar, y su risa era tan dulce que quienes la oían disfrutaban más que si estuviera vocalizando la parte del *allegro* del *Impromptu* de Chopin.

Un día dijo con los labios temblorosos:

—No puedo comprender, señora, cómo es usted tan buena conmigo. Espero que no habrá olvidado quién soy y la historia de mi vida. No he sido una mujer honesta.

—¡Oh!, querida mía; no me lo pregunte... Sólo sé que usted es usted, y que yo soy yo, y esto me basta. Usted es mi pobre hija dulce, paciente y enferma, aunque haya sido antes otra cosa; más ofendida que pecadora, estoy segura. En esto... la he juzgado tan mal y he sido tan injusta que daría el mundo entero si dispusiera de él por remediarlo... Además, la querría lo mismo aunque hubiera usted cometido un asesinato, estoy segura. Es usted tan excepcional, tan irresistible. ¿Recuerda haber encontrado en la vida alguien que no la quisiera?

Los ojos de Trilby se humedecieron de tierna emoción al oír aquella frase tan agradable. Luego, después de pensar unos minutos, dijo con sencillo candor:

—No, yo creo que no..., pero ¡he olvidado a tanta gente!

Un día la madre de Billee dijo a Trilby que su cuñado Thomas Bagot deseaba hablar con ella.

—¿Es el señor que la acompañó al estudio de París?

—Sí.

—Es un sacerdote anglicano, ¿no? Entonces, ¿por qué quiere venir y de qué me quiere hablar?

—¡Oh, hija mía! —exclamó la señora Bagot con los ojos llenos de lágrimas.

Trilby se quedó un rato pensativa; luego dijo:

—Yo creo que es que me voy a morir. Sí; sí, eso es, desde luego.

—Querida Trilby, ¡todos estamos en las manos del Dios del poder y de la misericordia!

Unas lágrimas resbalaron por las mejillas de la señora Bagot.

Tras una larga pausa durante la cual se dedicó a mirar por la ventana, Trilby exclamó como en trance y de una manera abstracta y como si hablase consigo misma:

—Después de todo no es gran cosa morir. ¡He visto a tantos que han pasado por ello! Al final del camino, ¡una voltereta y ya! —Esta base la dijo en el más puro estilo Quartier Latin.

—¿Qué dices en francés, Trilby? ¡Hablas un francés tan difícil de entender!

—¡Oh, perdone! Pensaba que no es tan difícil morir como se cree. Yo he visto morir a mucha gente. Les he cuidado: a papá, a mamá, a Jeannot, a la suegra de Angèle Boisse, a Colin Maigret, un pobre picapedrero que vivía en el impasse des Taupes St. Germain. Le había atropellado un ómnibus en la rue Vaugirard y le tuvieron que cortar las dos piernas por encima de la rodilla. A ninguno les importó nada morir. No les daba miedo, ¡ni a mí tampoco me lo da! A los pobres les importa poco la muerte, e igual debería pasarles a los ricos. Tendrían que enseñarles

desde niños a reírse de la muerte y a despreciarla como hacen los chinos. Los chinos se mueren de risa mientras el verdugo les corta la cabeza, y así se fastidia el verdugo. Eso de la muerte es cosa de todos los días y todos tenemos que pasar por el mismo trago. ¡Quién dijo miedo!

—Morir no es todo, hija mía. ¿Estás preparada para enfrentarte con el Creador? ¿Has pensado alguna vez en Dios y en su cólera si mueres sin arrepentirte de tus pecados?

—¡Oh!... Pero ¡si no he hecho más que arrepentirme toda mi vida! Y además, no habrá cólera alguna contra ninguno de nosotros, ni contra los peores... Habrá un perdón para todos. Papá me lo decía a menudo, y él era un hombre de iglesia, igual que el señor Thomas Bagot. Yo pienso muchas veces en Dios y le quiero mucho. ¡Necesitamos tanto a un ser perfecto para admirarle y amarle!

»Y eso que hay gente que no cree en Él. El Père Martin no creía en Dios, pero no era más que un traperero; sin embargo, un día, Durien el escultor, que tiene mucho talento y es muy bueno, me dijo: «Mira, Trilby, a veces temo perder la fe, y sería una gran desgracia para mí, pues adoro a Dios con toda mi alma. Siempre que me pongo a trabajar pienso que sería feliz si mi trabajo le agradase».

»Y yo misma he pensado en lo feliz que sería si también pudiese pintar, esculpir, hacer música o componer versos para agradar a Dios.

»Recuerdo que una tarde de mucho calor estábamos sentados en el patio un grupo de gente junto a la puerta de la tienda de la Mère Martin, tomando café con un viejo inválido que se llamaba Bastide Lendormi, un veterano de la vieja guardia, al que no le quedaba más que un ojo, una pierna y un brazo; y todo el mundo le quería mucho. A todo esto una modelo que se llamaba Mimi la Salope salía del Monte de Piedad y el Père Martin la llamó, para que se sentara; le dio una taza de café y le dijo que cantase.

»Mimi cantó entonces una canción de Béranger sobre el gran Napoleón, que dice:

Háblanos de él, abuela.

Háblanos de él...

»Supongo que la cantaría bien, pues hizo llorar al viejo Bastide Lendormi y, cuando el Père Martin se puso a reírse de él, dijo:

»—Me da igual, porque, ¿sabes?, ¡cantar así es rezar!

»Pensé que me gustaría cantar como Mimi la Salope y desde entonces lo he pensado siempre. Nada más que eso... como rezar.

—¡Pero, Trilby! ¿Que te hubiera gustado cantar como...? Pero si, en fin..., sigue, me olvidaba. Dime, Trilby, ¿rezas algunas veces como los demás?

—¿Rezar?... Pocas veces. No lo hago poniéndome de rodillas y juntando las manos y hablando. Pienso, porque pensar es orar muchas veces, ¿no le parece a usted? También orar es arrepentirse y avergonzarse cuando ha cometido una alguna mezquindad, y alegrarse cuando se ha resistido a una tentación y dar gracias por un

día hermoso del que se disfruta sin hacer daño a nadie. ¿No es orar tratar de sobrevivir cuando se ha perdido todo lo que se amaba? Yo creo que eso es una buena oración. Puede haber oraciones sin palabras, lo mismo que canciones sin letra. Svengali decía siempre que las buenas canciones no necesitan palabras, y además siempre me pareció mezquino andar pidiendo cosas, cosas que no se obtienen, por otro lado, así tan deprisa... Por cierto, que una vez pedí con toda mi alma que Jeannot no se muriese...

—Sí, Trilby, pero ¿cómo te puedes arrepentir si no te humillas y pides perdón de rodillas?

—Pues... no lo sé exactamente. Mire usted, le diré la cosa más ruin que he hecho en mi vida...

(La señora Bagot se puso nerviosa).



«Cantar así es rezar»

—Había prometido —prosiguió— llevar a Jeannot a Saint Philippe du Roule a oír el sermón del Padre Bergamot, pero Durien me invitó a ir con él a Saint Germain, donde había una especie de feria, junto con Mathieu, que era estudiante de Leyes. También iba Victorine Letellier que... que era la amiga de Mathieu y se dedicaba a arreglar encajes en la rue St. Maritorne la Pocharde. Así que fui el domingo por la mañana a decir a Jeannot que no podía llevarle.

»Lloró tanto que estuve tentada de dejar la excursión y llevarle a Saint Philippe como había prometido. Pero entonces llegaron Durien, Mathieu y Victorine en un coche, y me estaban esperando a la puerta. Dejé al pequeño en casa, pero no disfruté nada en todo el día y me puse muy triste.

»Íbamos en un coche abierto con dos caballos que había alquilado Mathieu. Jeannot podía haber ido muy bien en el pescante, con el cochero, sin molestar a nadie, pero me pareció que no les hacía gracia llevarle, porque no dijeron nada y no me atreví a proponerlo. Jeannot nos vio marchar y yo no pude ni mirar hacia atrás. Y lo peor fue que cuando estábamos a medio camino, Durien dijo: «¡Qué lástima no haber traído a Jeannot!», y todos lo sintieron.

»Hace de esto seis o siete años, y creo que lo he recordado todos los días y a veces en medio de la noche, y, sobre todo, cuando Jeannot estaba muriéndose... ¡Qué recuerdo el de aquel Domingo de Ramos! Si esto no es arrepentirse, no sé qué lo será.

—Por Dios, Trilby; qué tontería. Eso no es nada. ¡Dejar a un niño pequeño en casa! Yo pensaba en otras cosas peores. Por ejemplo, cuando estabas en el Quartier Latin, ya sabes... sirviendo de modelo a pintores y escultores. Estoy segura de que siendo tan guapa como eres...

—¡Oh, sí! Ya sé lo que quiere decir. Hice mal, y luego me dio mucha vergüenza, aunque no crea usted que era nada divertido; nunca me divertí hasta que conocí a su hijo, a Taffy y a Sandy. Pero antes lo que yo hacía no engañaba ni desilusionaba a nadie ni hacía daño a nadie más que a mí misma.

»Además, Dios sabe que esa clase de falta se paga ya desde aquí, a no ser que sea una Catalina la Grande o una gran señora como lo son muchas, o un genio como *madame* Rachel o George Sand. Si no hubiera sido por eso y por haber posado desnuda, me hubiera sentido casi digna de casarme con su hijo, aunque fuera una planchadora de ropa fina; usted misma lo ha dicho.



«¡Qué recuerdo el de aquel Domingo de Ramos!»

»Y estoy segura de que hubiera sido una buena esposa. Él quería haberse ido a vivir para siempre a Barbizon y, como a mí no me importaba nada la sociedad, aquella vida hubiera sido muy a propósito para mí. Muchas de las mujeres de los artistas que viven allí son planchadoras o personas por el estilo, y se llevan muy bien, y nadie se preocupa por ello.

»Yo creo que he sufrido un buen castigo; ¡aunque bien lo merecía!

—Trilby, ¿has recibido la Confirmación?

—No me acuerdo, pero creo que no.

—Oh, querida... ¿Conoces al menos la historia de nuestro Salvador, la de la

Redención, la Encarnación y la Resurrección?

—Sí, sí... esas cosas las sé. Mamá me daba catequesis los domingos. Por muchos defectos que tuviera, en esto era impecable... A mí todo aquello me parecía muy complicado, pero papá me decía que no me preocupara, que simplemente fuese buena. Decía que Dios lo arreglaría todo para nosotros, para todos nosotros en definitiva. ¿Tiene su sentido, no?

»Me decía que fuese buena, y que no hiciera caso de lo que pudieran contar los curas y sacerdotes. Él había sido uno de ellos, ¡y estaba ya de vuelta, según decía!

»Y si bien nunca fui muy buena —de eso no cabe duda—, Dios sabe lo mucho que me he arrepentido, todavía hoy...

»Pero morirme, más bien me alegra, y no me asusta en absoluto. Sigo confiando en el pobre papá, ¡aunque fue tan desdichado! Es el hombre más inteligente que he conocido en mi vida, y el mejor también, si no cuento a Taffy, a Laird y a su hijo.

»No habrá infierno para ninguno de nosotros, él me lo decía, excepto lo que hacemos con nosotros mismos y los unos a los otros en esta vida... Y con esto ya es suficiente ¿no?

»Me dijo que él era responsable de mi persona, me lo decía a menudo, y que mamá también; que sus padres lo fueron en su día de él, y así sucesivamente, remontándose hasta Noé y más lejos aún en la escalera de las generaciones... Y que Dios era responsable de todos nosotros.

»Siempre me decía que tenía que pensar en los demás más que en mí misma, como hacen Taffy y su hijo; que no mintiera nunca, que no tuviera miedo, que no bebiera... y que todo me iría bien en la vida. A veces me equivoqué por completo, pero no era por culpa de papá, sino por mi culpa y por la de mamá, y cuando me daba cuenta siempre expresaba remordimientos, que luego ya no me abandonaban, y estoy segura de que se me perdonará, tomo a todos, hasta los más malos... Dales raciocinio suficiente en el otro mundo para entender todo su vicio en éste, y con ello ya tendrían bastante castigo, creo yo. ¿Parece sencillo verdad? Y luego quizá no haya otro mundo... eso forma parte del juego, ¿no le parece? ¡Y entonces todo sería aún más sencillo!

»No hay ningún hombre de iglesia, ni siquiera el Papa de Roma, que me haga dudar de mi padre, o me haga creer en castigos, después de todo lo que hemos padecido en esta vida. ¡Sería una tontería!

»Así que si no le importa, prefiero no hablar con el señor Bagot. Me gustaría más hablar con Taffy, si he de hablar con alguien. Taffy no es muy listo ni tiene talento para hablar, ni para pintar como tiene su hijo, pero estoy segura de que opinará como mi padre...

Y por cierto, que la opinión del bueno de Taffy sobre tan solemne cuestión estuvo totalmente de acuerdo con la de difunto reverendo Patrick Michael O'Ferrall —como con la de Laird— y también con la de Little Billee, para espanto de su madre.

Y asimismo opinaba *sir* Oliver Calthorpe, *sir* Jakes, desde entonces Mister

Talboys, el doctor Thorne, Anthony, Lorrimer y el Griego.

Y muchos años después, cuando el dolor la hubiera lacerado por todos lados, y el tiempo y la edad hubieran cicatrizado sus heridas dejando sólo en su conciencia las profundas cicatrices internas de la memoria, para saber cuán agudas, intensas y graves habían sido las heridas de antaño, la propia señora Bagot también acabaría opinando lo mismo.

Al anochecer de una inolvidable tarde de sábado, cuando empezaba a oscurecer en Charlotte Street, estaba Trilby con su bonita bata azul reclinada en el sofá junto al fuego, con la cabeza sostenida con almohadones y las rodillas levantadas. Parecía pálida y satisfecha.

Había pasado la mayor parte del día dictando su testamento al concienzudo Taffy.

Era un documento sencillo, a pesar de que legaba objetos y joyas de valor: toda una fortuna. Recuerdos de muchos hombres y mujeres que habían quedado fascinados por su canto, de reyes para abajo. Los había estado examinando con Marta, a quien ella creía que pertenecían. Le dijeron que eran regalos de la Svengali, pero ella no recordaba ni cuándo ni quién se los había regalado, excepto unos cuantos que le había dado el propio Svengali con muchas y apasionadas protestas de un amor que parecía que había sido profundo, constante y sincero, a pesar de que él sabía que ella no podía nunca corresponderle.

Había dejado la mayoría de lo que tenía a su fiel Marta.

Pero a cada uno de sus tres amigos les dejaba una magnífica sortija que habían de usar el día de mañana sus esposas, si alguna vez llegaban a casarse y ellas no se oponían.

A la señora Bagot le dejaba un collar de perlas, a su hija su diadema de estrellas de oro, y preciosos regalos de gran valor a cada uno de los médicos que la asistían tan asiduamente y que, según habían dicho, no querían recibir honorarios de *madame* Svengali. Gemelos y alfileres de corbata a Antony, Lorrimer, al «Griego», Dodor y Zouzou, y a Carnegie un frasquito de sales de plata que había pertenecido a lord Witlow; otros bonitos recuerdos a los Vinard, a Angèle Boisse, a Durien...

Dejaba también un magnífico reloj de oro con su cadena a Gecko, con una carta muy cariñosa y cien libras, que era todo su capital.

Había puesto mucho interés en consultarle a Taffy la clase de regalo que estaría más de acuerdo con la manera de ser de cada heredero, y se consoló mucho con la comprensiva y práctica escrupulosidad con que el buen Taffy se ocupó de todas aquellas minucias —;se ponía tan serio y tan solemne, y se tomaba tanto trabajo!—. Poco adivinaba ella lo cruelmente atormentado que estaba aquel pobre corazón mudo, pero que sentía tan profundamente...

Este documento había sido debidamente firmado por ella y los testigos, y entregado en custodia a Taffy; y Trilby se encontraba tranquila y feliz con la idea que ya no le quedaba nada por hacer más que disfrutar de aquella hora que pasaba volando, aprovechando todos sus preciosos instantes al pasar.

No sentía dolor ni en el alma ni en el cuerpo y estaba rodeada de todos los que amaba: Taffy, Laird, Billee, la señora Bagot y Marta, que, sentada en un rincón, hacía calceta con sus mitones negros, caladas las gafas de metal.

Trilby escuchaba la conversación y tomaba parte riendo según su costumbre: «El amor se asentaba en sus ojos», y les miraba uno por uno, pues les amaba más de lo que podía expresar. «El amor jugaba entre sus labios y gorjeaba en su garganta» siempre que hablaba. Su voz, aunque débil, era aún amplia, llena, más suave que voz alguna, en aquella estancia y en el mundo entero. Sí; era de diferente clase, de distinta esfera. Un carro paró a la puerta y al poco subieron un cajón de madera.

Trilby pidió que lo abriesen y apareció una gran fotografía de Svengali, vestido con el uniforme de Húsar de su propia orquesta húngara (Svengali siempre lo había usado, hasta que vino a París y Londres, donde dirigió con traje de etiqueta). Svengali aparecía de frente y parecía que miraba a los ojos. Estaba de pie junto a su atril, pasando una hoja con la mano izquierda y levantando la batuta con la derecha. Era una excelente fotografía hecha por un artista vienes, que mostraba un extraordinario parecido con el retratado, parecía que estuviese hablando. Estaba verdaderamente magnífico. Tenía prestancia y autoridad, y sus grandes ojos negros aparecían rebosantes de un severo dominio. Marta se puso a temblar al verla. Se la dieron a Trilby, que lanzó un grito de sorpresa. Nunca la había visto, no tenía ninguna fotografía del difunto Svengali ni la había tenido nunca.

El inesperado regalo no venía acompañado de ninguna carta ni tarjeta de explicación, y por los sellos de la caja parecía que había viajado por toda Europa hasta llegar a Londres, y que venía de alguna remota provincia de Rusia Oriental — del Este misterioso, del venenoso Este—, patria y hogar de un viento maléfico que no sopla para nada bueno.

Trilby la colocó sobre sus rodillas como sobre un facistol, y se quedó contemplándola fijamente y largo tiempo, haciendo algunas leves observaciones de vez en cuando, como: «Era muy hermoso», o bien «Ese uniforme le estaba muy bien. ¿Por qué lo llevaba?».

Los demás siguieron hablando y la señora Bagot hizo el café. Al cabo de un momento llevó una taza a Trilby y la encontró contemplando el retrato fijamente con los ojos dilatados y en ellos una extraña luz.

—¡Trilby, Trilby, tu café! ¿Qué te pasa, Trilby?

Trilby sonreía con los ojos fijos y no contestó. Los otros se levantaron y la rodearon alarmados. Marta estaba aterrada y quería quitarle la fotografía, pero no se atrevía. ¿Quién sabía las consecuencias que podría acarrear?

Taffy llamó a un criado y le ordenó ir a buscar al doctor Thorne, que vivía muy cerca en la misma Fitzroy Square.



Para Gecko

Después de un momento Trilby empezó a hablar suavemente en francés:

—¿Otra vez? Bueno, está bien, a media voz entonces. Sí; subir el tono en el centro y no muy de prisa para empezar, bueno. Marca bien la medida, Svengali, para que yo lo vea bien, pues se hace de noche. Así. Vamos, Gecko, dame el tono.

Entonces Trilby sonrió y pareció marcar la medida dulcemente con la cabeza de un lado a otro, sin apartar los ojos de los del retrato. Y de repente empezó a cantar el *Impromptu en la bemol* de Chopin. Aparentemente, apenas parecía respirar al emitir las notas sin palabras en una sencilla vocalización. Su aliento casi no era necesario, aunque la poca voz que empleaba era bastante para llenar la habitación, la casa, y anegar a su pequeño auditorio en una santa y angélica dulzura.

¡Cómo se advertía que era una maestra consumada en su arte! ¡Y también su admirable entrenamiento! Para ella cantar era tan fácil como abrir y cerrar los ojos, y lograba lo que para otro hubiera sido imposible.

Entre la sorpresa, el entusiasmo y el susto, se quedaron todos como estatuas de hielo; todos excepto Marta, que salió corriendo de la habitación prorrumpiendo en alemán:

—¡Dios del cielo! ¡Otra vez de vuelta, otra vez de vuelta!

Trilby canto el *Impromptu* como lo había cantado en la Salle des Bashibazoucks, pero ahora sonaba con inefable seducción, pues usaba menos voz, sólo su esencia, su puro espíritu, la flor de su voz...

Sin duda alguna aquellos cuatro oyentes que la rodeaban, pegados al encantado lecho, estaban asistiendo no sólo a la más extraordinaria ejecución musical que jamás haya salido de garganta humana, sino a la más divinamente hermosa.



«Del Este misterioso, del venenoso Este.»

Se produjo el efecto de siempre. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Billee y de su madre; había lágrimas también en los ojos de Laird y en las patillas de Taffy, lágrimas de puro deleite.

Cuando Trilby volvió al movimiento rápido después del *adagio*, su voz adquirió una fuerza, una penetración y una dulzura que no eran de este mundo; fue aumentando el tempo en el último movimiento antes de abismarse en el vacío al morir la voz en el espacio de un mero aliento melódico. Después, el leve y suave cohete de voz ascendente, *pianissimo*, con un *mi* por encima del pentagrama, como la última caricia del adiós (que Svengali había introducido como un *finale* y que no existía en la partitura para piano). Cuando Trilby terminó, murmuró:

—Ya está: Svengali. ¡Qué gusto, por fin! Y ahora estoy cansada, buenas noches, amigo mío...

Su cabeza cayó sobre la almohada y quedó profundamente dormida.

La señora Bagot retiró el retrato suavemente. Billee se arrodillo junto a Trilby y le cogió las manos entre las suyas. Cuando le buscó el pulso, no pudo encontrarlo.

—¡Trilby! ¡Trilby! —gritó poniendo su oído en la boca de la desgraciada para intentar oír su respiración. No se percibía nada...

Un instante después Trilby, cruzando las manos sobre el pecho, exhaló un leve suspiro y murmuró con voz débil:

—Svengali... Svengali... Svengali...

Todos se quedaron en silencio a su alrededor aterrorizados durante unos minutos.

Vino el médico; puso su mano sobre el corazón de Trilby y su oído en sus labios. Levantó uno de sus párpados y le miró los ojos. Luego, con la voz temblorosa por la fuerte emoción, se puso en pie y dijo:

—Los sufrimientos de *madame* Svengali han terminado.

—¡Dios mío! ¡¿ha muerto?! —gritó la madre de Billee.

—Sí, señora. Ha muerto hace unos minutos... acaso hace un cuarto de hora.

Veinte años después

Porthos-Athos, *alias* Taffy Wynne, está sentado tomando el desayuno frente a su mujer, en una mesita situada en el patio de un enorme caravansera del boulevard des Capucines en París, precisamente donde se había sentado veinte años antes con Laird y el pequeño Billee y donde, por más señas, le había retorcido la nariz a Svengali.

El aspecto del hotel no ha cambiado; su público es el mismo público cosmopolita, aunque acaso ahora con más elementos americanos; el habitual ir y venir de las llegadas y las salidas en los omnibuses de la estación y los fiacres y coches de punto; y en la escalera de mármol, otro anciano colosal y magnífico luce sus pantorrillas, vestido con casaca negra, calzón corto y medias de seda negra, como antaño, y probablemente lleve la misma cadena de reloj en símil oro... ¿De dónde sacan a todos esos magníficos viejos franceses? Acaso de Alemania, ¡«de donde vienen todos los buenos corpulentos camareros»!

Y además el buen tiempo habitual, tan bueno como el que hacía veinte años atrás. Siempre hace buen tiempo en el patio del Grand Hôtel. Como diría Laird: «¡Estas cosas las hacen mejor en Francia!».

Taffy tiene una barba corta que se está volviendo gris. Sus amables ojos azules ya no parecen coléricos, sino pacíficos, amistosos, tan francos como siempre, y llenos de paciencia bien humorada. Ha engordado; es muy grande en las tres dimensiones, pero mantiene la simetría y la elegancia del atleta tanto en movimiento como en reposo. Viste con prestancia la ropa, de buena hechura, aunque no sea nueva y deje adivinar el uso frecuente y cuidadoso del cepillo y la plancha, y a veces algún imperceptible zurcido en uno u otro lado.

¡Qué magnífico anciano será algún día!... ¡Si es que el Grand Hôtel agota alguna vez sus existencias! Da la impresión de que se le pueden confiar lo mismo las cosas pequeñas que las grandes y que su palabra vale tanto como su firma, y, a decir verdad, lo que aparente es lo que en verdad es.

El crítico más cínico «del viejo nombre sagrado de *gentleman*», y de sus virtudes cardinales se sentiría justificado al declarar a primera vista, con toda la fuerza dogmática posible, y sin conocer de nada a Taffy, que éste es, sin la menor duda posible, un *gentleman*, tanto por dentro como por fuera, de la coronilla de su cabeza (que muestra una calvicie avanzada) hasta la punta de los pies (de tamaño respetable y con calzado nada ligero, *ex pede Herculem!*).

En efecto, esto es lo primero que observa la gente al conocer a Taffy, y también lo último. Acaso quiera decir que es un poco pesado. ¡En fin, no se puede tener todo!

Pero si Porthos era un poco pesado, lo mismo lo era Athos, y también lo era su hijo, el fidelísimo vizconde de Bragelonne, ¡*buen perro cazador de raza!*, y el desheredado Wilfred de *Ivanhoe*, y Edgard, también conocido como Lord Ravenswood; y aun el coronel Newcome, de inmortal memoria...

Y sin embargo, ¿quién no los quiere con toda su alma?, ¿quién no desearía ser

como ellos, en lo bueno y en lo malo?

La mujer de Taffy se diferencia de su marido en muchos aspectos, pero, afortunadamente para los dos, ambos son muy parecidos en otros. Es una mujercita bien formada, con pelo muy negro y ondulado, y con unas manos y unos pies pequeñísimos; guapa, muy graciosa y vivaracha; no es en absoluto pesada, pues sus percepciones e intuiciones son muy atinadas y rápidas; todo cuanto la rodea le interesa profundamente, y siempre tiene algo que decir de cualquier cosa que uno pueda imaginarse, sin que eso esté reñido en su caso con la discreción.

Sin duda alguna pertenece a la valiosa, escasa y bendita raza de las personas con encanto.



«¡Svengali!... ¡Svengali!... ¡Svengali!...»

Un cuarto de siglo había transcurrido desde que ella se había enamorado del magnífico Taffy. Fue en la Plaza de St. Anatole des Arts, donde él y ella y su madre habían velado el lecho de dolor de Little Billee. Aunque no le declarase su amor en aquel momento al interesado. «*¡Todo llega al que sabe esperar!*». Sabio refrán que en esta ocasión, además, se cumple. Como así pudo comprobarlo Blanche Bagot.

Una terrible noche, que jamás olvidaría, Taffy, agotado, dormía profundamente en su lecho de Jermyn Street. Pues las penas cansan más que ninguna otra cosa en el mundo y propician el sueño más pesado.

Aquel día había acompañado a Trilby hasta su última morada en Kensal Green. Además de él, el cortejo principal lo conformaba Billee, su madre, Laird, Antony, el Griego y Durién (que había ido desde París con ese objeto). Todos ellos presidían el duelo; acudieron además muchas otras personas nobles y famosas, y algunas otras que no lo eran. Ingleses, pero también gente venida del extranjero, una concurrencia magnífica y muy representativa, tal y como publicaron todos los periódicos de Inglaterra y de otros países. Fue una ceremonia de lo más adecuada para poner término a la corta pero espléndida carrera de la artista que mayor placer dispensó en la época.

Cuando más profundamente dormía, una frenética campanilla despertó a Taffy de

su letargo. Alguien llamaba a la puerta como si la casa estuviese ardiendo. Oyó luego unos pasos rápidos que corrían escalera arriba dando tropezones en la oscuridad, y a alguien que se caía golpeándose en la barandilla. Casi como una exhalación, Billee irrumpió en la habitación gritando:

—¡Oh! ¡Taffy, Taffy! ¡Me vuelvo loco! ¡Me vuelvo loco! Esto es el fin...

—Bueno, hombre, espera por lo menos a que encienda una lámpara.

—¡Oh, Taffy! No he dormido ni un instante desde hace cuatro noches. Se murió con el nombre de Sve... Sve... Sve..., ¡no puedo decirlo! ¡Con el nombre de ese canalla en la boca! ¡Parecía que él la llamaba desde la tumba! Y recobró el sentido en el mismo instante en que vio su fotografía. Le quería tanto que a todos los demás nos olvidó. Al fin se ha ido con él al otro mundo a obedecerle y a cantar para él, y a ayudarle a hacer mejor música que nunca. ¡Oh, Ta... Ta...! ¡Oh, Taffy! ¡Oh-oh-oh, cógeme, coge...!



«Todo llega al que sabe esperar»

Y Billee cayó al suelo presa de un ataque. ¡Otra vez la temblé enfermedad de hacía cinco años!

Pero ha habido ya demasiadas enfermedades en esta historia, así que hablaré lo mínimo posible de la larga enfermedad que aquejó a Billee a partir de aquel día, de su lenta y sólo parcial recuperación, de la pérdida fatal de sus facultades pictóricas, de su rápido y trágico agravamiento, de su prematura muerte, de su entrega viril, hermosa y reposada, de las nupcias de la mariposa con la estrella, de la noche con el despuntar del día.

Aun cuando su corta vida había sido intachable, y plena de promesas y de espléndidos logros, nada la describiría mejor que su muerte. Fue como si marchase en busca de alguna celestial misión, cual valiente caballero de la antigüedad: «¡Un Bagot al ataque!». Su muerte sacudió las teóricamente infalibles convicciones de cierto vicario hasta sus fundamentos, e hizo que diese en pensar hondamente sobre

cuestiones que nunca antes habían merecido su atención. Se paró a meditar... y tanto se acongojó, que, por fin, se inclinó para besar la blanca y pura frente de su amigo muerto, dejando caer sobre ella una lágrima aún mayor que las que Billee (que tan propicio había sido al llanto) vertió en su vida.

Pero todo esto es demasiado triste para que nos empeñemos en escribir sobre ello.

Junto a la cama de Billee, en Devonshire, aprendió Taffy a querer a Blanche Bagot, y no habían pasado muchas semanas desde la muerte de Billee cuando Taffy le pidió que fuera su esposa. Un año después se casaron, y su matrimonio fue feliz: la única cosa que la señora Bagot considera aún hoy como una compensación por todas las penas y sufrimientos de su vida.

Durante uno o dos años, tras el matrimonio, Blanche fue acaso la que más ardientemente amó de los dos. Esa hermosa mirada del amor sorprendido, que hace que los ojos de todas las mujeres se parezcan, cuajaba en sus pupilas siempre que miraba a Taffy, y entonces el corazón de su marido se llenaba de un tierno arrepentimiento y le asaltaba una extraña conciencia de su propia indignidad.



«La larga enfermedad que aquejó a Billee»

Luego les nació un hijo, y aquella mirada recayó sobre el niño y Taffy la recogía cuando pasaba junto a él y sentía unos celos absurdos y desamparados que no dolían menos por resultar totalmente ridículos. Más tarde, la mirada materna recayó sobre otro hijo, y después sobre otro, y vino a acontecer que a través de los hijos fue cómo la madre dio en mirar al padre. Entonces éste guardó esa mirada para sí y ya no volvió a mirar a su mujer más que de ese modo; y como no vino ninguna hija, Blanche conservó toda la vida el monopolio de aquel dulce y expresivo mirar.

No son muy ricos. Él es mucho mejor *sportman* que pintor, y si no vende sus

cuadros, no es porque sean demasiado buenos para el gusto del público; sobre esto no se hace ilusiones, aunque sí su mujer.

Es el pintor menos presuntuoso que he conocido, y he conocido muchos que eran muy presuntuosos y pintaban peor que él.

Si pudiera mataría a su primo *sir* Oscar y a sus cinco hijos (los Wynne saben hacer bien eso de tener hijos), a sus diecisiete nietos, a sus catorce primos (con toda su progenie masculina), pues todos ellos se interponen entre Taffy y el título de barón, y con la propiedad aneja al título, de manera que Taffy podría ser, si se diera esa circunstancia, *sir* Taffy, y la encantadora Blanche podría ser llamada *Mylady*.

Narrar este holocausto shakesperiano no me supondría ningún remordimiento. Es una gran tentación, después de haber matado al primer héroe, enriquecer al segundo fabulosamente, proporcionarle un título, un castillo y un parque, además de una mujer hermosa y una familia encantadora, pero la verdad es inexorable y, además, ellos ya son felices como están...

Tienen bastante dinero, por lo demás, para pasarse una semana en París, e incluso para alojarse en el Grand Hôtel, ahora que sus dos hijos mayores están en el colegio de Harrow, donde ya estudió su padre, y el tercero en una escuela preparatoria de Elstree, en Herts.

Es su primer viaje desde la luna de miel. Su amigo M'Allister pensaba haber venido con ellos, pero el buen Laird de Cockpen, que es ya miembro de la Royal Academy, se está preparando para su propia luna de miel. Se ha marchado a Escocia a casarse con una paisana suya, rubia, muy inteligente, de una edad apropiada para él y a la que conocía desde que era una alegre niña con faldas cortas y él un aspirante a abogado (el orgullo de Dundee). Un matrimonio de conveniencia, basado en el afecto bien madurado y en la mutua estimación, que seguramente será un matrimonio feliz. Muy probablemente la pareja se sentará dentro de quince días, uno enfrente de otro, a desayunar en esta misma mesita del rincón del *hall* del Grand Hôtel, y ella se reirá de todo lo que él diga, y vivirán felices muchos años.

Así que aquí ponemos término a lo que se refiere al tercero de nuestros héroes. ¿D'Artagnan? ¡Salve! Sandy M'Allister, el más alegre, el más simpático y el más divertido de los escoceses. El más delicado, el más fino y el más fantástico entre los pintores británicos. Bebemos a tu salud y a la de los tuyos, deseándote una larga vida y mucha prosperidad.

Quedamos en que Taffy y su mujer han venido a París para su segunda luna de miel, una luna de miel otoñal. Están solos y muy contentos de estarlo. Esta pareja siempre lo pasa bien cuando están solos —la que divierte y al que se divierte—, y saben sacarle el jugo a su visita.

Han recorrido todo el Quartier Latin y han vuelto a visitar los rincones conocidos. Gracias a la amabilidad de la portera (que ya no es *madame* Vinard), han podido visitar el viejo estudio. Actualmente lo ocupan dos pintores americanos, que muestran escasa cortesía al verse interrumpidos en medio de su trabajo. El estudio está muy

limpio, y su aspecto es más que decoroso. El pie de Trilby, el poema y el cristal han sido retirados y, en su lugar, embellece la estancia una estantería. La nueva portera (que sólo lleva allí un año) no sabe nada de quién fue Trilby; y de los Vinard sólo les puede decir que ahora son ricos y viven prósperamente en un pueblecito del sur de Francia, y que *monsieur* Vinard es alcalde del lugar.

—Dios les bendiga —dice la portera—; es muy buena gente.

También ha paseado el matrimonio, en calesa abierta tirada por dos caballos, por el Bois de Boulogne hasta St. Cloud y Versailles, en donde han almorzado en el Hôtel des Reservoirs, y a St. Germain y Meudon (donde almorzaron en la caseta del guarda, ¡una caseta nueva!); han visitado el Salón, el Louvre, la fábrica de porcelana de Sèvres, los Gobelinos, el Hôtel Cluny, y los Inválidos, por la tumba de Napoleón; han entrado en media docena de iglesias, incluidas Notre Dame y la Sainte Chapelle; han cenado con los Dodor en una preciosa villa cerca de Asnières, y con los Zouzou en el espléndido Hôtel de la Rochemartel, y con los Durien en el Parc Monceau (la mejor comida la de Dodor, y la peor la de Zouzou). En casa de Durien, la compañía y la conversación eran tan agradables que se olvidaron de la comida (y fue una lástima). Los pequeños Dodor están muy bien, y lo mismo los pequeños Durien. En cuanto a los pequeños Zouzou, no existen y eso nos alivia a todos.

También han ido a las *varietés* a ver a *madame* Chaumont, y al Théâtre Français a ver a Sarah Bernhardt y a Coquelin y a Delaunay, y a la Opera a oír a *monsieur* Lassalle.

Hoy, que es el último día en la ciudad, van a vagabundear por los *boulevards*, para hacer compras y, tras comer en cualquier sitio, visitar el Bois por última vez y ver el *tout Paris*. Luego cenarán temprano en Durand o Bignon (o en el Café des Ambassadeurs) y acabarán cumplidamente el día en Les Mouches d'Espagne, el nuevo teatro del Boulevard Poissonnière, para ver a *madame* Cantharidi en *Petits bonheurs de contrebande*. Les han dicho que es una obra graciosísima y muy decente —graciosa sin ser vulgar—. Fue Dodor el que les informó diciéndoles que había llevado a su mujer a ver el espectáculo tres o cuatro veces.

Madame Cantharidi es, como todo el mundo sabe, una anciana muy inteligente y muy fea, con una voz cascada y una reputación intachable, que ha educado a su larga familia envidiablemente. A los jóvenes nunca se les ha permitido ver a su madre (y abuela) en el teatro. Ni siquiera a los hijos de la artista se les ha permitido. El excelente padre (que adora a su familia) consideró que eso era ir demasiado lejos.



«Felicidades de contrabando»

En la vida privada, *madame* Cantharidi es toda una señora, pero en el escenario..., en fin, vayan ustedes a verla, y comprenderán por qué es el ídolo del público parisiense. Es la verdadera y liberal dispensadora del moderno espíritu *gaulois*, que haría que Rabelais se revolviere en su tumba y se sonrojara como una hermanita benedictina.

Verdaderamente, merece el reverente amor y la gratitud de su querido público parisiense. Les divirtió durante todo el Imperio y durante el *año terrible* fue su único apoyo y consuelo. Desde entonces ha sido y es su mejor diversión.

Cuando vuelvan de «*la Revanche*», esperemos que *madame* Cantharidi siga en su puesto de Les Mouches d'Espagne, para dar la bienvenida a los héroes que retornen y alegrarse y gritar con ellos con su graciosa voz vieja y cascada..., y acaso para consolarles una vez más, si llega el caso.

«Victoriosos o vencidos, siempre reirán lo mismo».

La mujer de Taffy sabe poco francés. Hay que entenderlo muy bien (y hay que saber muchas otras cosas además) para captar los sutiles detalles de la actuación de *madame* Cantharidi (y de sus apartes y otras sutilezas escénicas).

Pero *madame* Cantharidi tiene una cara y una voz tan graciosa, y unos movimientos tan bufos y tan extraños, que la mujer de Taffy se muere de risa en cuanto la vieja entra en escena. Y se ríe con tantas ganas, que un buen burgués parisiense se vuelve a su mujer y le dice: «Fíjate en esa inglesita tan mona que tiene ganas de broma, y en ese buey de ojos azules que debe de ser su marido, y que no tiene traza de divertirse tanto».

El caso es que Taffy (que entiende el francés divinamente) está completamente escandalizado y furioso con Dodor por haberles mandado allí, y decide marcharse sin llamar la atención en cuanto termine el primer acto.

Está sentado esperando pacientemente, demasiado indignado para poderse reír de las cosas verdaderamente graciosas que tiene la obra (pues mucho de ello más que gracioso es abiertamente vulgar) y, sin darse cuenta, se sorprende observando a un músico viejo, de pelo blanco, que toca el violín. La forma de la cabeza le recuerda a alguien; está tocando un acompañamiento *obbligato* a una canción picante y graciosa de *madame* Cantharidi. Toca maravillosamente, como un maestro, y su interpretación cosecha casi tantos aplausos como los que se dispensan a la cantante.

Un momento después el violinista vuelve la cabeza y Taffy al verle de perfil, le reconoce.

Taffy reflexiona cinco minutos, luego arrancando una hoja de su cuadernito de notas escribe (en perfecto francés):

Querido Gecko:

Espero que no haya usted olvidado a Taffy Wynne ni a Litrebili, ni a la hermana de Litrebili, que es ahora mi mujer. Nos vamos mañana y querríamos verle una vez más. ¿Consiente usted en venir, una vez haya acabado la función, a cenar con nosotros en el Café Anglais? Si es que acepta, mire hacia arriba y diga que sí con la cabeza. Estaremos encantados.

Su buen amigo,

TAFFY WYNNE

Taffy entrega el papelito a un empleado con el encargo de que se entregue «al primer violín, el del pelo blanco».

Pronto ve que Gecko ha recibido el papel y lo lee despacio. Luego Gecko mira alrededor y Taffy, agitando el pañuelo, le llama la atención. Entonces Gecko, sorprendido, asiente aceptando la invitación.

Poco después, al acabar el primer acto, los señores de Wynne abandonan el teatro. El señor Wynne explica a la señora Wynne el motivo de esta decisión; ésta no se opone, pues estaba empezando a sentirse extrañamente incómoda al no saber muy bien qué era lo que le ocurría realmente a la divertida *madame* Cantharidi.

Al salir del teatro se dirigieron al Café Anglais y comprometieron un reservado en el entresuelo que daba al *boulevard*, y encargaron una cena excelente: sopa de tortuga, langosta a la mayonesa, y uno o dos platos aún más suculentos, además de Chambertin del mejor. Taffy, cuando viajaban por su gusto, era muy detallista y no reparaba en gastos.

Porthos era muy hospitalario y le gustaba comer mucho y bien; y Athos era muy aficionado al buen vino.

Después el matrimonio fue a sentarse a una coqueta mesita redonda de la terraza del Café de la Paix en el *boulevard*, cerca de la Grand Opera, que es un sitio muy alegre, y se dedicaron a estudiar la vida de París y a cultivar el apetito hasta la hora de la cena. A las once y media apareció Gecko, muy manso y humilde. Parecía un viejo. Representaba diez años más de los que tenía en realidad, y se inclinaba hacia adelante como si hubiera estado luchando toda la vida contra un temporal, y hubiera sido la suya una existencia dura y terriblemente áspera.

Besó la mano de la señora y hasta parecía dispuesto a besar también la de Taffy. Casi lloró de alegría al verlos otra vez, y de agradecimiento por haber sido invitado. Eran los suyos movimientos suaves, acariciadores y cariñosos, como los de un perrillo que se hace amigo enseguida de quien le dispensa cariño. Se advertía que su actitud era sincera y fraternal. Seguía siendo tan sencillo como lo había sido siempre.

Al principio estaba tan nervioso que apenas podía comer de pura excitación, pero

el buen ejemplo de Taffy y la cordialidad cariñosa y amable de su mujer (regado todo ello con dos vasos de Chambertin) pronto le ayudaron a cobrar aplomo y despertaron su dormido apetito, que era muy grande. ¡Pobrecillo!

Le relataron la muerte de Billee, y Gecko se emocionó profundamente cuando le hablaron de la causa de su muerte. Luego la conversación se centró en Trilby.

Gecko sacó del bolsillo el reloj que Trilby le había regalado, y lo besó con reverencia.

—¡Ah!, ¡era un ángel del cielo! ¡Cuando lo digo yo que he vivido con ellos cinco años! ¡Qué bondad la de ella! No era más que Gecko por aquí; Gecko por allí; «Pobrecito Gecko, cómo me preocupa tu dolor»; «Gecko, qué pálido estás, parece muy cansado, me da mucha pena verse así. ¿Quieres que te prepare alguna bebida?»; «Gecko, ¿te gustan las alcachofas a la Barigoule? Sí, te recuerdan a París, te lo he oído decir. Ya he descubierto donde puedo encontrar alcachofas y se cómo prepararlas a la Barigoule y las tendrás mañana y pasado y toda la semana que viene».



Entra Gecko

»¡Pobrecilla! Con lo poco que me importaban las alcachofas a la Barigoule! Y así era siempre, ¡siempre! Igual que lo era con Svengali y con Marta. Y mientras tanto, nunca estaba demasiado bien, siempre se hallaba enferma. ¡Pero era ella la que nos sostenía a los demás, a veces con lujo y esplendor!

—¡Y qué artista! —exclamó Taffy.

—¡Ah, ciertamente! Pero todo eso y más era Svengali, ¿sabe? Svengali era el más grande artista que he conocido. *Monsieur* Svengali era un mago y un demonio. A veces hasta creía que era un dios. Me encontró en la calle, tocando para ganar unas monedas de cobre, me cogió de la mano y fue mi único amigo. Me enseñó todo lo

que he aprendido en mi vida, y sin embargo él no sabía ni tocar mi instrumento.

»Y ahora que ha muerto, se me ha olvidado hacer música. Aquella cárcel inglesa me desmoralizó, y fue para siempre; ¡qué Infierno! Me inutilizó para los restos. Ya no sirvo más que para tocar el *obbligato*, cuando *madame* Cantharidi canta aquello de «las cosquillas», y eso que no se necesita un *obbligato* para una canción tan noble y tan preciosa como ésa.

»Sabe usted, señor, que esa canción la canta ahora todo París, el mismo París que se volvía loco cuando Trilby cantaba el *Nussbaum* en la Salle des Bashibazoucks.

Aquí el pobre Gecko trató de reír con una risa sardónica, con voz de falsete, como Svengali, y casi lo consiguió.

—¿Por qué le atacó usted con aquel cuchillo? ¿Recuerda?

—¡Ah, señor! Llovía sobre mojado. Hacía trabajar a Trilby demasiado. Aquello la mató, acabó por matarla. Luego, al final, no era tan bueno con ella: la reñía y la insultaba, le llamaba cosas horribles... Una vez, en Londres, le pegó en los dedos con la batuta y ella cayó de rodillas llorando... Yo hubiera defendido a Trilby contra una locomotora a toda velocidad, contra mi propio padre, contra el Emperador de Austria, contra el Papa, y eso que soy un buen católico, señor. Hubiera ido por ella al patíbulo y luego al infierno.

Y piadosamente se persignó.

—Pero ¿no la quería mucho Svengali?

—¡Oh, sí, señor! La quería con pasión. Pero ella no le quería como él hubiera deseado. Ella quería a Billee, al hermano de la señora, y yo creo que al final a Svengali le devoraron los celos. Cambió al llegar a París. Se conoce que París le recordaba a Billee, porque también se lo recordaba a ella.

—Pero ¿cómo pudo Svengali enseñarle a cantar así? Cuando la conocimos carecía completamente de oído musical.

Gecko calló un momento, Taffy le llenó el vaso, le dio un cigarro puro y encendió el otro.

—Mire usted, es cierto, no tenía mucho oído, pero sí una voz como nunca se había conocido. Svengali lo había descubierto hacía mucho, y lo mismo Litolff. Un día Svengali oyó que Litolff decía a Meyerbeer que la voz femenina más hermosa que había conocido pertenecía a una griseta inglesa que era modelo de escultores en el Quartier Latin, pero que desgraciadamente no tenía oído musical. Figúrese cómo se rió Svengali, parece que le estoy viendo ahora mismo...

»Los dos estuvimos enseñándole —durante tres años completos, desde la mañana a la noche—, seis, ocho horas al día. A mí se me partía el corazón verla trabajar así.

»Le tomábamos la voz, nota por nota. Nunca se acababan sus notas, a cuál más hermosa que la otra, terciopelo y oro, flores maravillosas, perlas, diamantes y rubíes, gotas de ámbar y rocío, melocotones, naranjas y limones, todo lo que se le pidiera se obtenía, todos los perfumes y las especias del jardín del Paraíso. Svengali, con su pequeña flauta, y yo con mi violín: así le enseñamos a crear los sonidos y luego a

emplearlos. Era un fenómeno, señor. Podía sostener una nota y hacerla pasar por todos los colores del arcoiris, según la manera en que Svengali la mirase. Hacía llorar o hacía reír, pero llanto o risa, era siempre la nota más emocionante, más dulce y más hermosa que se ha oído jamás excepto todas las otras que provenían de la propia Trilby. Cada una de ellas tenía tantas inflexiones como las campanas del carillón de Notre Dame. Podía correr arriba y abajo las escalas cromáticas, mejor y aún con más suavidad y rapidez que el mismo Svengali lo hacía al piano. Sus trinos, ¡ay, señor!, eran estrellas gemelas, Era la mejor contralto y la mejor soprano que ha existido y que existirá. Nunca hubo nadie como ella, ni lo habrá y, sin embargo; ¡cantó en público solamente dos años!

»*Ach!* Aquellos trotes y carreras y saltos de la oscuridad a la luz, aquellos ligados, aquellos descensos y deslices a lo Paganini de una nota a la otra, como el vuelo de una golondrina o de una gaviota. ¿Recuerda usted cómo enloquecían? Y si no, ¡que trate de imitarla cualquiera otra cantante, ya verá usted qué fracaso! Eso era él, Svengali... ¡Un brujo!

»Y verla cantar a ella..., ¿recuerda usted? Las manos en la espalda, el piececito encantador sobre un taburete, su pelo espeso cayendo por la espalda y aquella dulce sonrisa de Madonna tan suave, alegre y bondadosa. Era para hacer llorar de amor sólo el verla. ¡Eso era Trilby! Un ruiseñor y un ave del paraíso al mismo tiempo. En fin, hacía lo que quería, emitía cualquier sonido que se propusiese una vez que Svengali le había enseñado a hacerlo. Él era el más grande maestro que ha existido, y ella, una vez que aprendía una cosa, ya no la olvidaba.

—Es extraño —dijo Taffy— que perdiese el juicio tan repentinamente en Drury Lane y se olvidase de todo. Yo creo que vio morir a Svengali en el palco de enfrente y se volvió loca.

Y Taffy contó al violinista cómo Trilby había cantado por última vez al morir, como un cisne, delante de la fotografía de Svengali. Gecko ya lo sabía todo por Marta, que también había muerto.

Gecko calló un momento, y meditó mirando a sus interlocutores. Luego, como recogiendo sus ideas como con un esfuerzo, dijo:

—Mire, señor, Trilby no se volvió loca ni por un segundo.

—¿Qué? Pero ¿quiere usted decir que nos engañó a todos?

—Se le olvidó todo, sencillamente.

—¡Pero, hombre! Amigo mío, eso no se olvida...

—Señor, escuche. Trilby ya ha muerto, y también Svengali y Marta. Yo tengo mi humilde enfermedad, que dará cuenta de mí cualquier día y sin mucho dolor, si ésa es la voluntad de Dios... Así que le diré un secreto.

»*Había dos Trilbys.* Estaba la Trilby que usted conoció, que no sabía cantar ni dos notas seguidas, y que era un ángel del cielo y lo sigue siendo, pero que tenía la misma idea sobre el canto que la que tengo sobre cómo ganar el concurso hípico de Croix de Berny. No hubiera podido cantar sola, como tampoco un violín puede tocar solo. No

distinguía una canción de otra ni un acorde de otro. ¿Se acuerda de cómo trató de cantar *Ben Bolt* aquel primer día que vino a su estudio de la Place St. Anatole des Arts? Era gracioso, pero cuando cantaba era para taparse los oídos. Aquella era Trilby, su Trilby y la mía, y yo la quería como a mi único amor, mi única hermana, mi única hija, una dulce mártir en la tierra, una santa del cielo, y aquella Trilby me bastaba.

»Ésa era la Trilby que quería a su hermano, señora, con todo el amor de su corazón. Su hermano nunca supo lo que había perdido. El amor de Trilby era tan inmenso como su voz, y como ella, lleno de comprensión y de celestial dulzura. Trilby me lo contó todo. ¡Pobre Billee! ¡Lo que perdió!

»Pero, de repente, ¡pst!, ¡presto!, con un volar de la mano sobre ella, con una mirada, con una palabra, Svengali la convertía en otra Trilby, la suya propia, haciéndole ejecutar todo lo que él quería... La hubieran pinchado con una aguja al rojo y no lo hubiera sentido... No tenía más que decirle: «¡Duerme!», y de repente ella se convertía en una Trilby inconsciente, como si fuera de mármol, que emitía sonidos maravillosos, justo los que él quería y ninguno más, y que pensaba sus mismos pensamientos y deseaba sus mismos deseos, y que le amaba cuando él se lo mandaba, con un amor extraño, irreal y ficticio... El propio amor que Svengali se tenía a sí mismo vuelto del revés y reflejado sobre él... Un eco, un simulacro, y nada más... No era un amor que mereciese la pena poseerse. Yo, por no tener, ni celos tenía siquiera.

»Ésta era la Trilby a la que Svengali enseñó a cantar y... y yo le ayudé. ¡Dios me lo perdone! Aquella Trilby no era más que una máquina de cantar, un órgano que se tocaba, un instrumento de música, un Stradivarius, una flauta flexible de carne y hueso, una voz y nada más. Sí; no era más que la voz inconsciente con que Svengali cantaba, pues se necesitaban dos personas para cantar como lo hacía Trilby, la que posee la voz y la que sabe usarla. Y así, cuando usted la oía cantar el *Nussbaum* de Schumann y el *Impromptu*, era Svengali el que cantaba con la voz de Trilby, lo mismo que Joachim toca una chacona de Bach en su violín... ¿Qué sabe el violín de Joachim de Juan Sebastián Bach? ¡Bastante le importaban las chaconas a Trilby...! ¿Qué sabía Trilby de Schumann y Chopin? ¡Nada absolutamente! ¡Bastante le importaban los *Nussbaums* y los *Impromptus*...! La hacían bostezar hasta desencajarle las mandíbulas... Cuando la Trilby de Svengali aprendía a cantar, cuando la Trilby de Svengali se ponía a cantar..., o parecía que cantaba, nuestra Trilby había dejado de existir..., nuestra Trilby estaba completamente dormida... De hecho, nuestra Trilby estaba muerta...



«Le tomábamos la voz, nota por nota»

»¡Ah, señor..., aquella Trilby de Svengali! Yo la he oído cantar delante de reyes y reinas en palacios reales, como ninguna mujer canto jamás, ni cantará... He visto cómo emperadores y grandes duques le besaban la mano, señor, mientras sus mujeres y sus hijas le besaban en los labios llorando de emoción...

»He visto cómo desenganchaban los caballos de su trineo y cómo la flor de la nobleza la arrastraba hasta su hotel, con antorchas, coros, gritos de gloria, vivas de entusiasmo y serenatas que duraban toda la noche debajo de su balcón... Ella nunca se enteró de nada, no oía nada, no sentía nada, no veía nada, pero saludaba a un lado y a otro como una reina.

»Yo he tocado el violín para ella cuando cantaba por las calles, en las ferias y fiestas populares y en las kermesses, y he visto cómo la gente al oírla se volvía loca. Una vez en Praga, Svengali se cayó al suelo, con un ataque de pura excitación nerviosa, y entonces, de repente, nuestra Trilby —la nuestra, no la de Svengali— se despertó preguntando qué pasaba. Llevamos a Svengali a casa y la acostamos y la dejamos con Marta, y Trilby y yo nos fuimos del brazo a recorrer la ciudad en busca de un médico y a comprar cosas para la cena. Ese fue el día más feliz de toda mi vida.

»¡Ay! ¡Qué existencia! ¡Qué viajes! ¡Cuántos triunfos y aventuras! Hay para llenar un libro; ¡qué digo!, ¡una docena de libros! ¡Qué cinco años tan felices con aquellas dos Trilbys! ¡Qué recuerdos! No pienso en otra cosa ni de día ni de noche, incluso cuando estoy tocando el violín acompañando a la Svengali... Una cosa así justifica una vida y sobre todo el volver a casa y encontrarse con Trilby..., nuestra Trilby..., la verdadera Trilby... *Gott sei dank Ich habe geliebt und gelebet! Geliebt und gelebet! Geliebt und Gelebet.*^[72] *Cristo di Dio...* Dulce Hermana del Cielo, Dios de Misericordia, tened piedad de nosotros...



La primera canción del ruiseñor

Gecko tenía los ojos encarnados y la voz aguda, alta y trémula y anegada por el llanto. Aquellos recuerdos eran demasiado para él... ¡y lo mismo el Chambertin!

Puso los codos sobre la mesa y se ocultó la cara entre las manos llorando y mascullando en su lengua nativa (no sabemos cuál era, suponemos que polaco) como si rezase.

Taffy y su mujer se levantaron y se asomaron al balcón para contemplar los desiertos *boulevards* donde un ejército de basureros silenciosos y taciturnos barrían el asfalto de la calle. La noche era oscura, pero ya apuntaban las estrellas, y una fresca brisa que se había levantado hacía susurrar y danzar las hojas de los sicómoros a lo largo de las avenidas, una brisa deliciosa; justamente la brisa que necesita París. Un coche de punto se acercaba al paso. Taffy le llamó, el cochero contestó:

—Voy, señor —y se detuvo.

Taffy llamó al camarero, pidió la cuenta y la pagó. Gecko, al parecer, estaba dormido. Taffy le despertó suavemente y le dijo la hora que era. El pobre hombrecillo estaba deslumbrado y algo borracho. Parecía mucho más viejo que nunca; sesenta, setenta años... cualquier edad. Taffy le ayudó a ponerse su abrigo gris y, cogiéndole del brazo, le ayudó a bajar la escalera, dándole una tarjeta suya y diciéndole cuánto se habían alegrado de verle y que le escribiría desde Inglaterra, promesa que cumplió, estoy seguro de ello

Gecko descubrió su blanca melena rizada y, tomando la mano de la mujer de Taffy, se la besó, dándole las gracias elusivamente por su amable recibimiento.

Luego Taffy casi tuvo que subirle al coche, mientras el simpático cochero decía:

—¡Ah! Le conozco muy bien. Es el que toca el violín en Les Mouches d'Espagne. Se conoce que ha cenado como un burgués. «Felicidades de contrabando», ¿eh?... No tenga miedo, tendré cuidado de él. ¡No toca poco bien el violín, que digamos!, ¿verdad, señor?

Taffy dio la mano a Gecko y preguntó:

—¿Dónde vive usted, Gecko?



«Ich habe geliebt und gelebet!»

—En la calle de Pousse-Cailloux, 48, quinto piso.

—¡Qué raro! —dijo Taffy a su mujer—. ¡Qué fidelidad! Es precisamente donde vivía Trilby, el mismo número y el mismo piso.

—Sí —dijo Gecko, despabilándose—. Es la antigua buhardilla de Trilby. Vivo allí desde hace doce años, allí estoy y de allí no me mueve ya nadie...

Y rió débilmente su pequeña broma.

Taffy dio las señas al cochero, con cinco francos.

—Gracias, señor. Es al otro lado del río, cerca de la Sorbonne, ¿no es verdad? Ya cuidaré al burgués, esté tranquilo, no tenga miedo, número cuarenta y ocho. Allá que vamos... *Bonsoir, Monsieur et Dame*. —Y sacudiendo un látigo se alejó canturreando el cuplé de las cosquillas.

«*V'la mon mari qui r'garde
Prends garde! Ne m'chatoull plus*»^[73].

Los señores de Wynne se fueron andando hacia su hotel, que quedaba cerca. Ella se colgó de gran brazo de su marido, arrimándose mucho y temblando un poquitín. Hacía casi frío y sus pasos resonaban en el silencio: pit pat, flip, flop.

Los dos guardaban silencio, estaban cansados, soñolientos y muy tristes, y los dos pensaban (y sabían que el otro lo pensaba también) que una semana en París era mucha semana, y que iba a ser muy agradable oír dentro de unas horas el canto de los grajos alrededor de su casita de campo en Inglaterra, donde pronto llegarían sus tres alegres muchachos para pasar las vacaciones.

Y así les dejaremos, en su tranquila, útil y feliz existencia doméstica, que es la mejor que conozco, para esas edades a las que uno va llegando... y no hay edad mejor que ésta, se lo aseguro.

«¿Dónde se estará mejor que en el seno de la familia?»

Con ese puerto de salvación a la vista y habiendo alcanzado ya nuestra suma de sabiduría y aprendido a vivir sin desear la luna, podemos ciertamente en este mundo vivir con tan poco...

*A Little work, a Little play
To keep us going —and so, good-day!*

*A Little warmth, a Little light
Of love's bestowing —and so, good-night!*

*A Little fun, to match the sorrow
of each day's growing —and so, good-morrow!*

*A Little trust that when we die
We reap our sowing! And so good-bye!*^[74]



Final del libro

Postfacio

Max Lacruz Bassols

Un libro con mucho «punch» o Du Maurier, el agente doble

«Nunca pasa nada, salvo lo que no se puede prever...»

La Reina Victoria era la Reina de Corazones, y la época victoriana se caracterizó por el sentimentalismo en las artes (y la falta de sentimiento en los negocios). Y esta tradición literaria tiene justamente como su último baluarte a un autor como Du Maurier, que tenía un estilo tan natural como el de Thackeray y casi tan sentimental como el suyo. George Du Maurier, conocido caricaturista de la revista *Punch* antes de empezar a escribir ficción —tras varias décadas colaborando como ilustrador, ¡y pasados los sesenta años!—, se jactaba de atesorar en su mente todo un almacén de tramas novelescas. El resultado justamente del ofrecimiento de una de esas tramas a Henry James, durante una velada en que ambos caminaban por High Street, fue lo que propició su advenimiento como novelista. Du Maurier le contó a su amigo la historia de la modelo de la bohemia parisiense convertida en gran cantante bajo el influjo de un hipnotizador. «Ah, debería usted escribir esta historia», parece ser que exclamó James. «Pero si no sé escribir, nunca lo he hecho», replicó el dibujante «Si tanto le gusta la trama, se la regalo...». Pero James dijo que era una dádiva demasiado valiosa para poderla aceptar e insistió en que fuera su amigo quien escribiera el libro. Al llegar esa misma noche a casa, Du Maurier se puso manos a la obra. A la mañana siguiente ya había pergeñado los dos primeros capítulos... pero no de *Trilby*, sino de lo que sería su primera novela: *Peter Ibbetson*. «Todo parecía surgir de mi pluma sin el menor esfuerzo en un flujo continuo», escribiría en una carta el propio autor. Esta primera obra fue escrita como un reto y le reportó mil libras esterlinas. Sea como fuere, los editores creyeron en *Trilby* desde el principio. Empezaron ofreciéndole el doble del anticipo pagado por su obra anterior, y luego le propusieron unas regalías sobre la novela a cambio de rebajar el anticipo pagado a tanto alzado. Pero Du Maurier tenía tan poca fe en su segunda novela, que rechazó la oferta. A las pocas semanas de la salida del libro, empezó el *boom*. Y cuando los editores de Harper's se percataron de las proporciones que iba tomando el fenómeno, rompieron voluntariamente el contrato y le concedieron al autor unos buenos *royalties* por cada ejemplar vendido a partir de enero de 1895. ¡Qué época aquella en que los editores eran unos caballeros...!

El nombre de «Trilby» yacía en algún rincón de la mente de nuestro autor; el

origen era una historia de Charles Nodier, en la que «Trilby» era un hombre, si bien este mismo nombre aparecía también en un poema de Alfred de Musset. «Desde el momento en que se me ocurrió el nombre comprendí su importancia, su capital importancia», relata el propio Du Maurier. «Debí de sentirme tan feliz como Thackeray cuando se le apareció el título *Vanity Fair*». Hasta aquí los hechos y lo que nos dice el propio escritor.

Lo que cabe destacar en *Trilby* es su carácter autobiográfico, su lado humorístico y el hecho de que este libro marcara de manera absoluta el final de la vida de su autor... y a toda una generación de lectores. No son pocas las ocasiones durante la novela en que el autor se burla de las convenciones literarias; así, cuando describe la convalecencia de Little Billee nos dice: «el simpático lector creerá adivinar que, en buena lógica, el buen amigo Taffy caería a los pies de la encantadora hermana de su amigo (...) y cómo una noche en que marzo avanzaba suavemente para dejar paso al mes de abril, Little Billee, juntando sus manos, les habría dado su fraternal bendición. Pero a decir verdad, nada de esto sucedió. Nunca pasa nada, salvo lo que no se puede prever...». De hecho, este axioma paradójico no sólo se aplica a la propia novela sino al mismo e imprevisible éxito que tuvo el libro, que seguramente fue el primer *best-seller* de la era moderna, y a la reacción de Du Maurier frente a la «Trilbymanía» que se desató. El propio autor reconocía su sorpresa y aseguraba estar bastante agobiado por el éxito del libro, pues consideraba que «un *boom* nada significa en términos de excelencia literaria, nada en absoluto, salvo dinero...». Sin embargo, esta ambivalencia acerca del éxito de la novela fue más allá de las meras consideraciones económicas o literarias. Du Maurier se tomó el asunto como una cuestión personal, quizá porque, al igual que sus personajes, él también era un «agente doble», con toda la complejidad que ello supone, y esta «doble pertenencia» de sus personajes estaba íntimamente vinculada a la suya propia.

En efecto, George Du Maurier nació en París el 6 de marzo de 1834; su madre era inglesa y su padre francés, y fue criado en las dos lenguas de sus progenitores. Con cinco años la familia se trasladó a Londres, pero al año volvían a estar en Francia. El joven muchacho creció en Boulogne, y a los diecisiete años se marchó a Londres, donde vivía su padre. Éste murió en 1865, con lo cual George regresó a París, donde estuvo estudiando un año en el estudio de Gleyre, que es claramente el modelo del Carrel de nuestra novela. Luego fue a Amberes, donde siguió con su formación de pintura y dibujo, hasta que perdió la vista del ojo izquierdo. En 1860, George Du Maurier se instala en Londres, donde inicia una carrera de ilustrador y caricaturista para la revista *Punch*. Y ya hacia el final de su vida escribe tres novelas, *Peter Ibbetson*, publicada en 1891, *Trilby* aparecida en 1894 y *The Martian*, que se publicó póstumamente en 1898. Nuestro hombre murió en Inglaterra el 8 de octubre de 1896. A lo largo de su vida Du Maurier vivió tanto en Francia como en Inglaterra, y según su buen amigo Henry James, por su dualidad lingüística y cultural fue un ser «dividido en dos (...); un temperamento en el que lo francés se mezcla con lo inglés

de modo tan curioso y caprichoso, y no obstante tan calculado, que el sabor se mantiene hasta el final (...). Sus impulsos procedían de una raza y su reflexión de la otra, pero es el lector quien debe colocar la etiqueta en el lugar correcto cada vez...».

La cristalización de esta dualidad quizá la hallemos en la caracterización de la propia Trilby: cuando ésta conoce a los tres artistas, al principio del libro, es una mujer impulsiva, explosiva y habla «un francés muy francés». Conforme pasa más tiempo con sus amigos se convierte «en más inglesa». Pero esto no sólo se refiere a sus hábitos idiomáticos, sino también a su talante, volviéndose un ser más convencional y reservado. Sin embargo, Trilby no es una verdadera inglesa: su padre, no lo olvidemos, era irlandés, hijo de un famoso médico, y su madre una escocesa, y se conocieron en París, y en esa ciudad se crió ella. El carácter inglés le viene impuesto por sus tres amigos, pero al final, cuando muere, (en un claro ataque de «Trilbysmo») se rebela frente a la respetable y convencional señora Bagot, deshaciéndose en el momento del último suspiro de toda esa pátina inglesa que se le había ido adhiriendo. Trilby muere con el nombre en Svengali en los labios y se reúne con él en la muerte, recuperando así su perturbadora androgeneidad. Es difícil saber hasta qué punto el autor era consciente de lo potencialmente subversivo de esta escena final, pero es indudable que para Trilby vale el castigo «genio y figura hasta la sepultura». Y si «la buena», la heroína de la novela resiste a la postre frente a los convencionalismos vigentes, del mismo modo, el villano «el malo» de la fábula no es del todo tan malo, pues todo apunta a que Svengali está inspirado en un amigo de infancia del autor, Félix Moscheles, músico de talento, a quien Du Maurier quería y admiraba bastante, (y que practicaba... ¡el hipnotismo!). Así, en una carta a su amigo Moscheles, le dice «... veras que he utilizado todo tu mesmerismo y alguna cosilla más en mi nuevo libro». Ambos amigos habían conversado largo y tendido acerca del modo en que la hipnosis podía servir para ahondar en los misterios y las posibilidades del inconsciente humano. No es casual, pues, que en las tres novelas que escribió Du Maurier, se aborden justamente aspectos relacionados con los misterios del inconsciente. Y luego está «el bueno» de la película, el protagonista, que queda encarnado obviamente en Little Billee, que si bien tiene algunos modelos reales en pintores de la época, no deja de ser un *alter ego* del autor, pues en palabras de Lionel Stevenson: «él era lo que Du Maurier hubiese deseado ser, de no haber sido por sus problemas de vista; esto es, un joven genio que pasa de los estudios de París a la fama y logra el reconocimiento de la Royal Academy». A pesar de las posibles semejanzas autobiográficas con Little Billee, el personaje es presentado por el narrador como un héroe, pero el escritor en cambio nos lo muestra como un ser mentalmente algo rígido, un poco estrecho de miras y hasta un punto antipático. Una manera de narrar —nadando y guardando la ropa—, muy propia por cierto de la doble moral victoriana... Du Maurier debió de saber del carácter solapadamente subversivo de su obra, pues ésta desafía las pautas sexuales de la época al mostrarnos una heroína experimentada sexualmente pero al mismo tiempo pura. Y aunque sabemos que Du

Maurier se pasó media vida burlándose de los convencionalismos desde su actividad de humorista y caricaturista en *Punch*, no deja de ser cierto, por otro lado, que él deseaba sentirse integrado en la sociedad inglesa. Esto lo vemos en la propia novela, pues cada vez que se ponen en entredicho los principios morales victorianos, cruzando la raya roja de la decencia al uso, el escritor se protege con una frase convencional o una declaración de principios políticamente correcta. (Que no obstó para que, la censura franquista *perpetrase* con la traducción de este libro, publicada por José Janes Editor en 1947, una de sus faenas de aliño más redondas y divertidas que se recuerdan, dejando fuera del texto todas las alusiones más picantes y todos los comentarios irónicos referidos a la religión). Así, al final de la novela el autor propugna una vida que sería una «tranquila, útil y feliz existencia doméstica, que es la mejor que conozco, para esas edades a las que uno va llegando... y no hay edad mejor que ésta, se lo aseguro». Es decir que, formalmente al menos, el supuesto pasado promiscuo e inmoral de Trilby, así como su perturbadora y trágica muerte bajo el hipnótico influjo de Svengali quedan en nada o casi, y el carácter subversivo de la obra otro tanto.

George Du Maurier no estaba preparado para el espectacular éxito que tuvo el libro; ya cuando apareció la primera entrega en *Harper's Magazine* en enero de 1894, la narración tuvo un éxito inmediato. En su ditirámica reseña de *Trilby*, la crítica Margaret Sangster declaraba: «Habrà quien recuerde el primer semestre de 1894 no tanto por los tiempos difíciles o las huelgas como por el placer de haber leído el folletín de *Trilby*, un hito literario sin parangón en la literatura publicada en prensa. Nunca antes pareció tan larga la espera entre entrega y entrega... ni nunca se esperó con tanto fervor la salida de una historia bajo forma de libro». Si bien la cantidad por la que Du Maurier vendió el libro a los editores norteamericanos de *Harper & Brothers* fue relativamente modesta —un anticipo a tanto alzado de diez mil dólares, que incluía los *royalties* y los derechos de adaptación teatral, pronto el editor le devolvió los derechos escénicos al autor y empezó a pagarle *royalties* por cada ejemplar vendido después de enero de 1895. A la postre. Du Maurier obtuvo más de 135 000 dólares, y el editor ganó 600 000 dólares sólo con las ventas del libro a ambos lados del Atlántico. Si a ello le sumamos los ingresos por la adaptación teatral, llegamos fácilmente al millón de dólares, una cantidad astronómica para la época, lo que convierte a esta obra seguramente en el primer éxito de ventas de la historia de la edición moderna. *Trilby* dio lugar además a las más diversas parodias, pastiches y hasta a musicales inspirados en la novela, y aun dos adaptaciones al cine... amén de una auténtica fiebre de «*merchandising*» que nada tiene que envidiar a la de un *Harry Potter*... Además del sombrero «*Trilby*», que estuvo tanto tiempo en boga, hubo salsas «*Trilby*», jamón «*Trilby*», helados en forma de pie de «*Trilby*», entre otras cosas... A Du Maurier le incomodaba bastante todo aquello y consideraba que la *Trilby*manía generada era «una gigantesca gansada» para usar el término que mejor expresaba según él toda esa ridiculez adolescente. Tras el éxito de la novela, Du

Maurier sintió en carne propia la desazón de que «lo tomen a uno mucho más en serio de lo que uno jamás se propuso ni soñó». A pesar de sufrir algunos ataques y pullas, la novela fascinó al público Victoriano, dándole un vislumbre de un mundo sexual prohibido —pero tolerable por estar situado en la bohemia parisién de 1850—, un mundo mágico y lo bastante alejado de la realidad como para no suponer una real amenaza a las mentes bienpensantes. Tras la muerte de Du Maurier en 1896, la Trilbymanía se fue apagando, y aunque la figura de Svengali como el malvado manipulador hipnotizador ha sobrevivido como icono cultural, *Trilby* «la novela» fue poco a poco olvidándose. Sin embargo, hoy, con la publicación de varios libros en los que se habla de la amistad entre Du Maurier y Henry James, es de esperar que vuelva a surgir el interés del público por la obra. A esto se añade que la fascinación victoriana por los misterios de la mente no sólo no ha decrecido sino que ha ido en aumento, interesando cada vez más a grandes sectores del público lector. El estudio del mundo del inconsciente y su relación con el desarrollo de la personalidad han ido de la mano de la liberación sexual de la mujer también, y la lucha por la igualdad entre los sexos de finales del siglo XIX no ha cejado desde entonces. No olvidemos que antes de la «domesticación» que ejercen los tres «Angluchos», Trilby era una mujer no convencional y liberada a la que muchas mujeres victorianas querían en su fuero interno parecerse; su fortaleza puede seguir siendo un modelo hoy en día. Hoy en día sólo sería posible una nueva Trilbymanía si Hollywood pusiera los ojos en la novela y se adaptase por tercera vez a la gran pantalla para que al igual que la propia Trilby canta bellamente por última vez justo antes de morir, esta novela deslumbre una vez más antes de caer en el olvido. Un gran editor dijo: «Nuestro público es muy humilde, muy sencillo. Leen mal pero leen siempre lo mismo». Confiamos en que en este caso nuestros lectores lean «bien» a *Trilby*.

J. M. Lacruz Bassols



GEORGE DU MAURIER, ilustrador y novelista, nació el 6 de marzo de 1834 en París y se crió entre Boulogne y Londres; se marchó a pintar a París, donde se hizo amigo de figuras como Whistler o Poynter. En Amberes prosiguió su formación artística y perdió la visión del ojo izquierdo, lo que frustró su vocación de pintor. De vuelta en Londres, empieza a colaborar como dibujante y escritor satírico con Harper's Magazine y con la revista de humor Punch, a la que permanecerá unido hasta 1891. También ilustra las obras de Shakespeare o de Thackeray, entre otros.

Fue de los más conocidos ilustradores de su época. Ilustró revistas y animadas tiras cómicas para las revistas de humor *Punch*, *Once A Week* y *Cornhill Magazine*. Las ilustraciones que realizó de las obras de William Makepeace Thackeray, George Meredith, Elizabeth Gaskell y Henry James, tuvieron un gran éxito. Publicó además varias colecciones de dibujos, como *La sociedad inglesa en casa* (1880), selección de sus agudas observaciones sobre la vida doméstica británica del siglo XIX.

Compañero de club y amigo de Henry James, con más de sesenta años inicia una insólita carrera de novelista: en 1892 publica *Peter Ibbetson*. Pero será la publicación de *Trilby* en 1894 (con un argumento que ofreció previamente a Henry James, y que éste rechazó), lo que lo convertiría en un autor mundialmente célebre.

Animado por «la fiebre Trilby», Du Maurier comenzó a trabajar en su tercera novela, *The Martian*, fantasía romántica en la que un hombre cae poseído por un ser extraterrestre, publicada póstumamente. Tenía sesenta y dos años cuando murió el 8 de octubre de 1896, víctima de un fallo cardíaco. Es el abuelo de la conocida escritora

Daphne Du Maurier.

Notas

[1] Mimi Pinson es una rubia / Una rubia de todos conocida / No tiene más que un vestidito / ¡Un vestidito y un gorrito! <<

[2] Juego infantil y gimnástico conocido en todo el mundo. En España tiene, además de este nombre esencialmente castellano, los de «al paso» y «la uva». <<

[3] ¿Qué ha sido de todo el oro / que solía pender sobre sus pechos? <<

[4] Hay una calle en el divino París / que en francés no halla rima bonita / La rue *Neuve-des-Petits-Champs* / La calle Nueva de los Campos Chicos. <<

[5] ¡Tanto peor para los demás! <<

[6] Los señores bachilleres / A locales baratos van / Para bailar el cancán. <<

[7] Ah, ¿te acuerdas de la dulce Alicia, *Ben Bolt*? / Aquella dulce Alicia de pelo castaño... <<

[8] Que posa «de arriba abajo» si le apetece, va a la ciudad y hace lo que se tercié. <<

[9] «y el amado rincón junto al agua cristalina». <<

[10] Tiendas de baratillo, brocantes. <<

[11] Literalmente: calle Nueva de los Tres Leprosos Malos. <<

[12] ¡No hay que renegar de nada! <<

[13] Un sentimiento de melancolía / Que no está lejos del dolor / Y que se parece a la tristeza / Como la niebla se parece a la lluvia. <<

[14] En el término medio se halla la virtud. <<

[15] Que mucho amó. <<

[16] Dios, todos gustan de mirarla / Por graciosa, buena y bella, / Por los bienes que hay en ella / todos quieren alabarla. <<

[17] *Mimi* la Guarra. <<

[18] Su corazón es un laúd colgado / En cuanto se toca vibra... <<

[19] [Aprendices. <<](#)

[20] Broma y chanza parisienses. <<

[21] Eh, inglés... / ¿Tienes una hermana? / ¿Se te parece? / Qué lástima. / ¿Y reza al acostarse? <<

[22] Muy bien, muy logrado, sorprendente y muy fino. <<

[23] Aquellos animales vivían entre sí como parientes / Esta unión tan dulce y casi fraternal / edificaba a los vecinos. <<

[24] Finas hierbas, pimiento, mejillones y azafrán / Lenguado, cebolla, ajo, escarchos y albuces / en la Taberna Terré... comedlo / ¡en una buena bullabesa! <<

[25] Más allá de los mares / No hay dama ni doncella / Tan perfecta como ella / Pensar en ella es un sueño: / ¡es un gozo el contemplarla! <<

[26] ¿Pero qué le pasará a Litrebili? <<

[27] Debido a sus gentilezas. <<

[28] Aquella palabra sin objeto que al golpear hizo sufrir, / ¡Aquella palabra ociosa que ahora querría corregir! <<

[29] ¡Vade retro, pajarracos / Que de la compañía G soy yo! <<

[30] Para bailar el cancán / O el Robert Macaire / Siempre y siempre / De día o de noche / Yup, yup, yup, / ¡Tra la la... la la la! <<

[31] En la edición de 1901 se incluye la exclamación griega: οἴμοι, ¡Ay de mí! (N. del revisor). <<

[32] Medianoche Cristianos, es la hora solemne / En que el Hombre Dios descendió entre nosotros. <<

[33] ¡Pueblo de pie! Canta la liberación... / Navidad, Navidad ¡He aquí al Redentor!

<<

[34] Vamos, *Gycere*, / enrojece mi vaso / Del divino jugo que ansia mi corazón. /
Luego a la mesa, / Bacante amable, / emborrachémonos, / ¡Encontrándonos en los
gluglus! <<

[35] Oh, pasada felicidad / que no puede volver, / Tormento de mi mente, / ¡Por qué al perderte no perdí la memoria! <<

[36] Viva la vida, viva la vida / ¡Viva la compañía! <<

[37] Todo eso lo hizo por las Tierras Bajas. <<

[38] El viejo Joe pegaba patadas a su mujer / Y ésta se las devolvía multiplicadas por diez. <<

[39] Placer de amor dura un momento / Pena de amor dura toda la vida. <<

[40] El vino barato, de cuatro perras <<

[41] Y si me preguntan por qué acaba así esta canción / Diré simplemente que no lo sé,
no lo sé / Mi sola quimera es Nancy / yo grito *Tally-ho!* <<

[42] No hay nada más dulce / Que los glu glu. / Del vino de cuatro perras. <<

[43] Tisana de grama. <<

[44] El ojo gracioso y marcial / la pluma de patriota / el jubón de los Verdes de Lincoln / Nada más de mí supiste / Amor mío / Nada más de mí supiste... <<

[45] Entonces es cuando bajo la mortal palidez de la muerte / No podemos sentir los dolores ajenos ni osamos sonar los propios; / El hielo ha cuajado en la fuente de nuestras lágrimas, / Y aunque los ojos brillen aún, es el brillo de la escarcha glacial, / Aunque la gracia salte y fluya de los labios y la alegría distraiga el corazón: / Es como la hiedra que rodea un torreón, / Que por fuera está verde y lozana, y por dentro caduca y gris. <<

[46] Un poco de naranja / ajada una colilla de cigarro / que lo pise un tacón de príncipe
/ ¡y qué bonitos quedan! <<

[47] *Kathleen Mavourneen*, el alba gris blanquea / Se oye en el monte el cuerno del cazador. <<

[48] Nuestros barcos corazón de roble como nuestros hombres; / ¡Siempre combatiremos, siempre conquistaremos! <<

[49] Cual el dios Marte / fumando sus pipas y cigarros. <<

[50] Hola, *Souzon*, mi flor del bosque / ¿Siempre eres tú la más bonita? / Vuelvo como ves / ¡De un largo viaje por Italia! / El Paraíso he visitado, / Compuse versos, hice el amor... / Qué más te da... / Paso por tu casa / Ábreme la puerta / Hola, *Souzon* / Te vi cuando florecen las lilas / Tu corazón alegre recién brotado / Y tú decías: No quiero, / No quiero que me quieran más. / ¿Qué has hecho desde mi partida? / Quien demasiado pronto parte, regresa demasiado tarde / ¿Qué más me da? / Ábreme la puerta, / Hola, *Souzon*. <<

[51] Canción bufa de 1850, a base de jerga. Literalmente: «Papá hace la comadreja», léase: empeña objetos en el Monte Pío. <<

[52] Ahí va esta canción, ¿debería explicar por qué me muestro? / No lo sé de cierto, de cierto no lo sé... / Pero mi familia toda vive en Nancy. <<

[53] Ella viene, aquí está —ya pasó. / ¡El Cielo la acompañe! <<

[54] Avanza, tú, mar azul, profundo y oscuro, avanza... <<

[55] Y en tus riñones se adhiere la lapa / Y en tu corazón el cangrejo se activa. <<

[56] Deja a tu hermana cuando reza. <<

[57] Ah, sentir lo que sentí, ser lo que yo fui / Llorar lo que lloré en mil escenarios perdidos / Como el agua del desierto por muy amarga que sea resulta fresca / ¡De las arenas ávidas de la vida, estas lágrimas llegarían hasta mí! <<

[58] ¿Quién levantará jamás tu misterio / Insondable mar? <<

[59] En verdad la reina a su lado era fea / cuando al oscurecer / Pasaba por el puente de Toledo / Con su negro corsé. / Un rosario del tiempo de Carlomagno / Adornaba su cuello... / ¡El viento que viene cruzando la montaña / Me va enloqueciendo! / Bailad, cantad, aldeanos, la noche viene... / Sabina, un día, / Dio todo, su dulce belleza de paloma / Y su amor / Por un anillo del Conde de Saldaña / Por una joya... / ¡El viento que viene a través de la montaña / me ha enloquecido! <<

[60] Maldito bribón, ¡el soplador de gaitas de Dundee! <<

[61] Pobre Trilby, la amada, buena y bella, / Yo soy su pie. Adivine quien quiera / Qué tierno amigo que antaño la adoró / Guardó en un marco este bello recuerdo / De un amor muy sincero, que un capricho inspiró / Y que un soplo se llevará. / Yo era gemelo; ¿qué fue de mi hermano? / ¡Ay!, que el amor nos separó... / La eternidad nos unirá, espero, / Formando una pareja como en otros tiempos / En el fondo de un casto lecho donde nadie importunará / A Trilby —que entonces... dormirá. / Oh tierno amigo, qué harás tú sin nosotros, / Cerrada está la puerta donde vivió Trilby, / El Paraíso está lejos... y en la tierra / (Que nos fue dulce y le será ligera) / Para encontrar a nuestros iguales, aunque los busquen bien. ¡Buena búsqueda será! <<

[62] *Piouiou*, soldado raso de infantería. *Zouzou*: zuavo. *Nounou*: ama de cría con una bonita cofia de cintas colgando por la espalda. *Toutou*: indefinible perro faldero francés de raza desconocida en Inglaterra. *Loulou*: perro de Pomerania no mucho mejor que el anterior. (Nota del autor). <<

[63] En el claro de luna, / ¡Amigo Pierrot! / Préstame tu pluma / Para escribir una
palabra. / Mi vela está apagada / ¡No tengo fuego! / Abre tu puerta / Por amor de
Dios! (N. del revisor). <<

[64] Canción popular francesa que cuenta la muerte del duque de Marlborough. Existen diferentes versiones en español, ninguna de ellas fiel al original francés. (N. del revisor). <<

[65] No iremos hasta el alba / Hasta que llegue la luz del día. <<

[66] Simulacros de desesperada fantasía sobre labios que pertenecen a otros. <<

[67] La luna ha puesto pálidos tus labios, amada mía, / El viento ha enfriado tu pecho /
La noche ha derramado / Sobre tu amada cabeza / El helado rocío, y descansaste /
Donde el frío aliento de los cielos desnudos / Podrá visitarte a su antojo. <<

[68] Cuando meditamos tanto una palabra / Que la repetimos sin cesar, esa palabra tan sabida / Acaba por convertirse en un prodigio sin saber por. <<

[69] Maldito cerdo. <<

[70] Ah, ¿te acuerdas de la dulce Alicia Ben Bolt, / Aquella dulce Alicia de pelo castaño... / Que de dicha lloraba por una sonrisa tuya? <<

[71] La vida es vana: / Uno poco de amor, / Un poco de odio... / Y luego, ¡buenos días! / La vida es breve: / Un poco de esperanza, / Un poco de ensueño... / Y luego... ¡buenas noches! <<

[72] Gracias a Dios he querido y he sido querido... <<

[73] Ojo que mi marido mira / ¡Ojo mi amigo, no más cosquillas! <<

[74] Un poco de trabajo, y un poco de juego / Para sostenernos —y buenos días / Un poco de calor, un poco de luz / Que dé el amor —y buenas noches. <<